

75
IDAD. A
CIÓN. C

8

BF1275

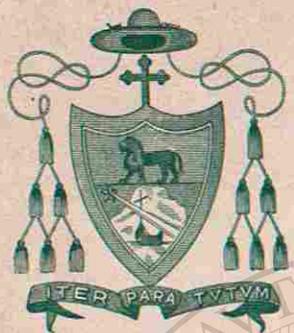
.B5

D42

c.1

46341

009948



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

8-7500



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LEON DENIS.

Cristianismo y Espiritismo.

Las Vicisitudes del Evangelio.

LA DOCTRINA SECRETA DEL CRISTIANISMO.

Relaciones
con los espíritus de los muertos.

LA NUEVA REVELACION.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Ververde y Teller

Biblioteca Universitaria

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECA

MEXICO

IMP. Y LIT. DE FELIX VIZCAINO SUCESOR.

Calle de Zuleta Núm. 18.

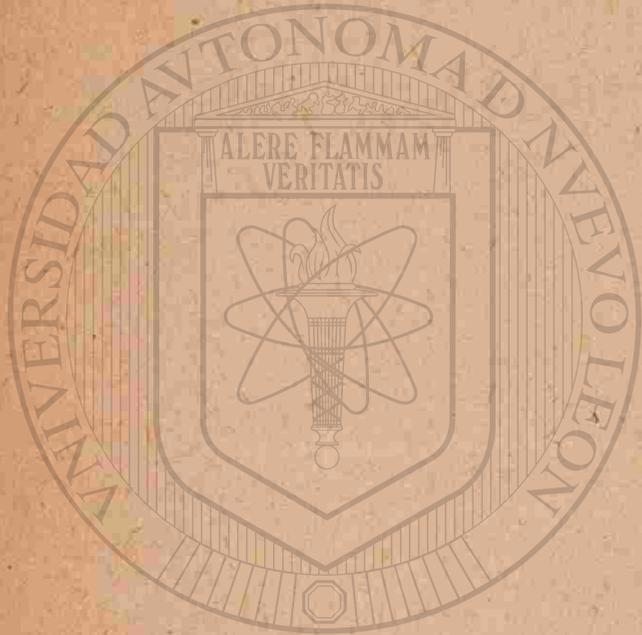
1899

46341

BF1275

BS

D42



Al espíritu de Jerónimo,

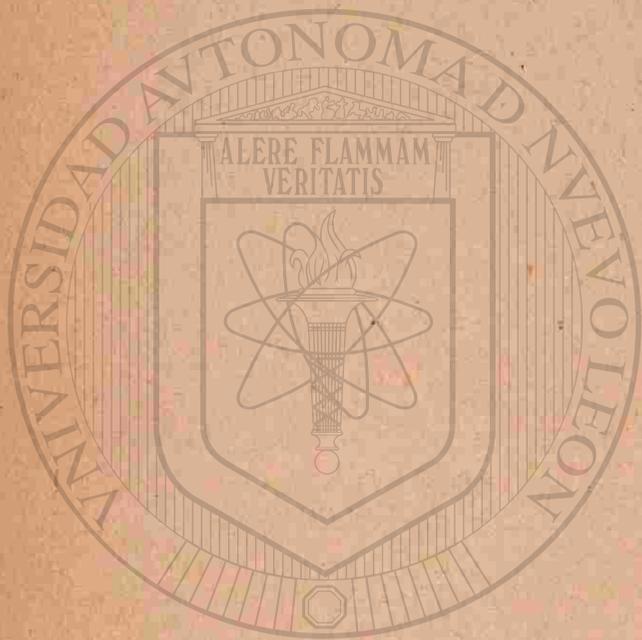
mi
venerado Maestro,
consagro este libro.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

009948



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

INTRODUCCION

No es un sentimiento de hostilidad ó de malevolencia el que ha inspirado estas páginas. No tenemos aversión para ninguna idea, ni para persona alguna. Cualesquiera que sean los errores ó las faltas de quienes se amparan con el nombre de Jesús y de su doctrina, la idea del Cristo no despierta en nosotros sino un sentimiento de profundo respeto y de sincera admiración. Educados en la religión cristiana, conocemos cuánto ésta encierra de poesía y de grandeza. Si hemos abandonado el terreno de la fe católica, para seguir el de la filosofía espírita, no hemos olvidado por esto los recuerdos de nuestra infancia, el altar adornado de flores ante el cual se ha inclinado nuestra juvenil cabeza, la armonía inmensa de los órganos sucediendo á los cantos graves y profundos, y la luz filtrándose por las ojivas de colores, chispeando sobre las baldosas del pavimento, entre los fieles prosternados. No hemos olvidado que la cruz austera extiende sus brazos sobre la tumba de aquellos que más hemos amado en la tierra. Si entre todas las imágenes hay para nosotros una grande y sagrada, es la del suplicio del Calvario, la del mártir enclavado en madero infame, vejado, coronado de espinas, y que, agonizando, perdona á sus verdugos.

Aún hoy, escuchamos con emoción sincera los lejanos toques de las campanas, la voz de los broncees que van á despertar los sonoros ecos de los valles y de los bosques. Y, en horas de tristeza, queremos meditar en la iglesia solitaria y silen-

ciosa, bajo la irresistible influencia que le han impreso las plegarias, las aspiraciones y las lágrimas de tantas generaciones.

Mas de esto surge una cuestión, que muchos han resuelto por el estudio y la reflexión. Todo aquel aparato que hiere los sentidos y toca al corazón, todas aquellas manifestaciones del arte, la pompa del rito romano, el cuadro intrincado y deslumbrador de las ceremonias, ¿acaso no son como un velo brillante que oculta la pobreza de la idea y la insuficiencia de la enseñanza? ¿No es el sentimiento de su impotencia para satisfacer las altas facultades del alma, la inteligencia, el juicio y la razón, el que ha puesto á la Iglesia en la via de las manifestaciones materiales y exteriores?

El protestantismo, al menos, es más sobrio. Si desprecia las decoraciones y las formas, es para sublimar la grandeza de la idea. Establece la autoridad única de la conciencia y el culto del pensamiento, y, de principio en principio, de consecuencia en consecuencia, llega lógicamente al libre examen, es decir, á la filosofía.

Conocemos todo cuanto encierra de sublime la doctrina de Cristo; sabemos que es por excelencia la doctrina del amor, la religión de la piedad, de la misericordia y de la fraternidad entre los hombres. Pero ¿la doctrina de Jesús es la que la Iglesia romana enseña? La palabra del Nazareno nos ha sido dada pura y sin mancha; ¿y la interpretación que la Iglesia nos da de ella está exenta de todo elemento que pueda corromper la pureza de su sentido?

No hay cuestión más importante, más digna de meditarse por los hombres pensadores, como de la atención de todos los que aman y buscan la verdad. Hé aquí lo que nos proponemos examinar en la primera parte de esta obra, con el auxilio y la inspiración de nuestros guías del espacio, prescindiendo de todo aquello que pueda turbar las conciencias, agitar las pasiones depravadas y fomentar el antagonismo entre los hombres.

Tal trabajo, es verdad, lo han emprendido algunos antes que nosotros, pero su fin, sus medios de investigación y controversia difieren de los nuestros. Han procurado menos edificar que destruir, en tanto que nosotros pretendemos formar una obra de síntesis y reconstitución. Hemos procurado separar de la sombra de los tiempos, de la confusión de los textos y de los hechos, el pensamiento por excelencia, pensamiento de vida que es la fuente pura, el foco inmenso y luminoso del cristianismo, al mismo tiempo que la explicación de los fenómenos extraños que caracterizan sus orígenes, fenómenos siempre renovables, que, en efecto, cada día varían á nuestros ojos, y son susceptibles de explicarse por las leyes naturales. En este pensamiento velado, en estos fenómenos inexplicados hasta hoy, pero que una nueva ciencia analiza y observa, es donde encontramos la solución de aquellos problemas ocultos por tanto tiempo á la razón humana: el conocimiento de nuestra verdadera razón de ser y la ley inflexible de nuestros soberanos destinos.

Una de las más fundadas objeciones dirigidas al cristianismo por la crítica moderna, es que su moral y su doctrina de la inmortalidad se apoyan en un conjunto de hechos que llaman *milagros* y que el hombre, iluminado con el conocimiento de las leyes naturales, no puede admitir hoy.

Si los milagros, se añade, han sido necesarios para fundar una creencia del más allá, ¿lo son menos en nuestra época de duda y de incredulidad? Y desde luego, ¿á qué causa deben atribuirse tales milagros? No á la naturaleza divina de Cristo como algunos lo han pretendido, puesto que sus discípulos los verificaban igualmente.

Mas la cuestión va á dilucidarse con una luz radiante, y las afirmaciones del cristianismo tocante á la inmortalidad, adquirirán más fuerza y autoridad si es posible comprobar que esos hechos que titulan *milagros* son verificados en todos los tiempos, particularmente en nuestros días; que son el efecto de causas libres, invisibles, que obran incesantemente, pero suje-

tos á leyes inmutables; si, en una palabra, vemos en ellos, no ya milagros, sino fenómenos naturales, una forma de la evolución y de la supervivencia del sér.

Tal es precisamente una de las consecuencias del espiritismo. Con un estudio profundo de las manifestaciones de ultratumba, demuestra que esos hechos se verifican en todos los tiempos, cuando las persecuciones no les ponen obstáculos; que casi todos los grandes misioneros, los fundadores de secta y de religión han sido *mediums* inspirados; que una comunión constante une dos humanidades, ligando á los habitantes del espacio con los del mundo terrestre.

Esos hechos se producen en derredor nuestro con nueva intensidad. Desde hace cincuenta años hay aparecidos, las voces de ultratumba dejáanse oír, los mensajes nos llegan por vía *typológica* ó de incorporación, así como por la escritura automática. Multitud de pruebas se presentan en conjunto para revelarnos la presencia de nuestros prójimos, de aquellos que hemos amado sobre la tierra, que han sido nuestra carne y nuestra sangre y de quienes la muerte nos había separado momentáneamente.

Con sus conversaciones, con sus enseñanzas, nos dan á conocer el misterioso más allá, objeto de tantos delirios, de tantas disputas y contradicciones. Las condiciones de la vida futura se revelan claramente á nuestro entendimiento. La obscuridad que reinaba en tales cuestiones, se disipa. El pasado y el porvenir se iluminan hasta en sus más recónditas profundidades.

De esta suerte, el espiritismo nos manifiesta las pruebas naturales y tangibles de la inmortalidad, y por esto nos conduce á las doctrinas puras del cristianismo, al fondo mismo del Evangelio, que la obra del catolicismo y la lenta edificación de sus dogmas han envuelto en tantos elementos discordantes y extraños. Con su escrupuloso estudio del cuerpo fluidico ó *periespíritu*, hace más comprensibles, más aceptables, los fenómenos

de aparición y de materialización sobre los cuales se apoya el cristianismo.

Estas consideraciones harán resaltar mejor la importancia de los problemas tratados en esta obra, y de los que damos la solución, apoyándonos á la vez en el testimonio de sabios imparciales é ilustres, y en los resultados de experiencias personales, practicadas durante más de treinta años.

En vista de esto, no se pondrá en duda por nadie, la oportunidad de este trabajo, el cual esperamos que no pase inapercibido. Nunca como al presente se ha hecho sentir la imperiosa necesidad de esclarecer cuestiones vitales, á las que está tan íntimamente enlazado el destino de los pueblos.

Hastiado de dogmas oscuros, de teorías exclusivistas, de afirmaciones sin pruebas, el pensamiento humano, desde hace mucho tiempo, se ha dejado invadir por la duda. La crítica inexorable ha analizado todos los sistemas.

La fe ha disminuido; el ideal religioso se ha ofuscado. Al mismo tiempo que los dogmas, las altas doctrinas filosóficas han perdido su prestigio. El hombre ha olvidado á la vez, el camino del santuario y la ruta que conduce al pórtico de la ciencia.

Para quien observe atentamente las cosas, la época en que vivimos está llena de amenazas; nuestra civilización tiene un aspecto deslumbrador, pero ¡cuánta mancha empaña su brillantez! El bienestar y la riqueza se difunden; pero ¿es por sus riquezas por lo que una sociedad es grande? ¿El objeto del hombre sobre la tierra, es llevar una vida fastuosa y sensual? ¡no! Un pueblo no es grande, un pueblo no prospera ni adelanta sino por el trabajo, por el culto á la verdad y á la justicia.

¿En qué se han convertido las civilizaciones del pasado, aquellas que no cuidaron sino del bienestar del cuerpo, de sus necesidades materiales y de locas fantasías? Han muerto, yacen bajo sus propias ruinas.

Encontramos precisamente en nuestra época las mismas

tendencias peligrosas que han perdido á nuestros antepasados. Estas tendencias consisten en atender solamente á la vida material, en dar á la existencia por objeto y por fin la conquista de los gozos físicos. La crítica y la ciencia materialistas han entenebrecido los horizontes de la vida. Han unido á las tristezas del presente, la negación sistemática, la idea abrumadora de la nada. Han agravado todas las humanas miserias. Han quitado al hombre, con sus armas mortales más seguras, el sentimiento de su responsabilidad. Han trastornado hasta en lo más profundo los mismos fundamentos del yo.

De este modo, de individuo á individuo, los caracteres se envilecen, la venalidad aumenta, la inmoralidad se propaga como una llaga inmensa. Lo que era sufrimiento se ha convertido en desesperación. Los casos de suicidio se multiplican cada día. ¡Hecho monstruoso y que jamás se había visto en época alguna! esta plaga del siglo alcanza aun á los niños.

Contra estas doctrinas de negación y de muerte surgen hoy hechos que las condenan. Una experimentación metódica y constante nos conduce á esta certidumbre: el ser humano sobrevive á la muerte, y su destino es obra suya.

Hechos multiplicados, innumerables, han suministrado datos sobre la naturaleza de la vida y la no interrumpida evolución del ser. La ciencia ha comprobado esos hechos. Mas al presente conviene interpretarlos, dilucidarlos, y sobre todo investigar la ley, las consecuencias, y todo cuanto pueda ser útil para la vida del individuo y de los pueblos.

Estos hechos van á despertar en las conciencias las verdades aletargadas. Devolverán al hombre la esperanza con el ideal elevado que ilustra y fortifica. Al probar que no morimos del todo, el hombre dirigirá su corazón y su pensamiento hacia las vidas posteriores en donde la justicia tiene su cumplimiento.

Todos comprenderán, por esto, que la existencia tiene un objeto, que la ley moral es una realidad y que tiene una sanción; que no hay sufrimientos estériles, ni trabajos sin provecho, ni

pruebas, sin recompensa; que todo está pesado en la balanza del divino justiciero.

En vez de este campo limitado de la vida, en el que los débiles sucumben fatalmente; en lugar de esta ciega y gigantesca máquina del mundo que demuele las existencias, y de que nos hablan los defensores del escepticismo, el nuevo Espiritismo manifestará á los ojos de aquellos que buscan y de aquellos que sufren la esplendorosa visión de un mundo de equidad, de justicia y de amor, donde todo está regulado con sabiduría, con orden y armonía.

De esta manera será mitigado el sufrimiento, se asegurará el progreso del hombre, su trabajo será santificado, y la vida adquirirá más dignidad y grandeza.

Así como el hombre tiene necesidad de una patria y de un hogar, la tiene también de una creencia. Esto explica por qué los formas religiosas caducas y envejecidas tienen aun sus partidarios. El corazón humano abriga tendencias y necesidades que ningún sistema negativo podrá satisfacer. A pesar de la duda que le invade, desde que el alma sufre, instintivamente se dirige al cielo. En cualquiera situación el hombre vuelve á encontrar la idea de Dios; en los cantos de su cuna, en los ensueños de su infancia, así como en las silenciosas meditaciones de su edad madura. En ciertas horas, el escéptico más endurcido no puede contemplar el estrellado firmamento, el curso de millones de soles que tachean el espacio, ni pasar ante la muerte, sin respeto y turbación.

Por cima de las polémicas infructuosas, de las controversias estériles, hay una cosa que se escapa á todas las críticas: es la aspiración del alma humana hacia un Ideal eterno que la sostiene en sus luchas, la consuela en sus días de prueba, le inspira resoluciones heroicas; es aquella intuición que nos revela que, tras de la escena en que se desarrollan los dramas de la vida y el grandioso espectáculo de la naturaleza, hay una Omnipotencia, una Causa suprema que está oculta, pero es la que ha re-

gulado las fases sucesivas y ha trazado el plan de evolución.

Mas ¿dónde encontrará el hombre el camino cierto que le conduzca á Dios? ¿Dónde apoyará la convicción que le guiará de etapa en etapa, y á través de los tiempos y del espacio, hacia el objeto supremo de la existencia? En una palabra, ¿cuál será la fe del porvenir?

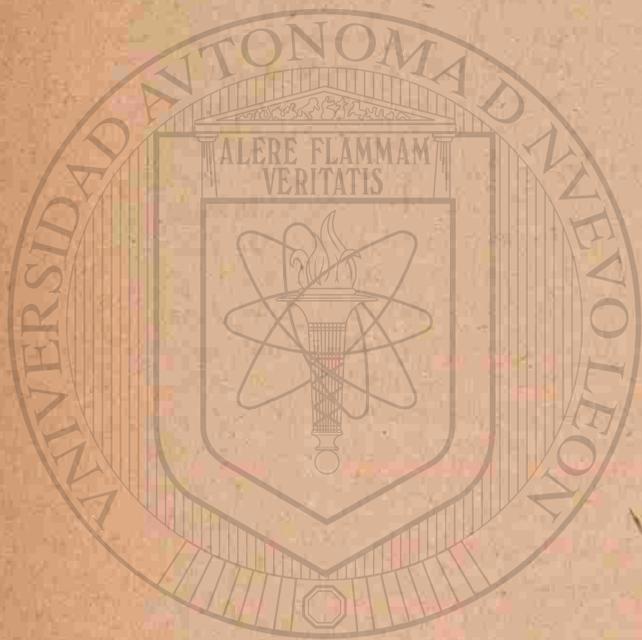
Las formas materiales y transitorias de la religión pasan, mas la idea religiosa, la creencia pura, despojada de todas sus formas inferiores, es indestructible en su esencia. El ideal religioso, como todas las manifestaciones del pensamiento, seguirá la ley ineludible de la evolución; no escapará á la ley del progreso, que rige á los seres y á las cosas.

La fe del porvenir que surge ya del seno de la sombra, no será ni católica ni protestante; será la creencia universal de las almas, la que reina en todas las sociedades adelantadas del espacio, y por la cual cesará el antagonismo que separa la ciencia natural de la religión. Merced á su influjo, la ciencia se convertirá en religiosa y la religión en científica. Sus fundamentos serán la observación, la imparcial experiencia de los hechos mil veces repetidos. Al manifestarnos las realidades objetivas del mundo de los Espíritus, disipará todas las dudas, alejará las incertidumbres, y nos mostrará las infinitas perspectivas del porvenir.

Hay momentos solemnes en la vida de los pueblos. En ciertas épocas de la historia pasan sobre el mundo las corrientes de la idea, que despiertan á la humanidad de su letargo. El hálito de lo alto hincha la gran ola humana, y gracias á él, salen de la sombra las verdades olvidadas en la noche de los siglos; surgen de las mudas profundidades donde duermen los tesoros de las fuerzas ocultas, donde se combinan los elementos regeneradores, donde se elabora la obra misteriosa y divina. Manifiéstanse bajo formas inesperadas, reaparecen y reviven. A semejanza de los fantasmas, inspiran admiración y espanto á las inteligencias mediocres. Se diría que son el alma de las

tradiciones antiguas, los espíritus de los dioses, de los héroes, de los profetas, que surgen de la noche. Desde luego, son despreciados, mofados por la muchedumbre; pero ellos, serenos é impasibles, prosiguen su camino. Mas un día llegará en que se reconozca que esas verdades menospreciadas y desdeñadas, venian á ofrecer el pan de vida, la copa de la esperanza á todas las almas sufrientes y laceradas; que nos traian un nuevo principio de enseñanza y quizás un medio de regeneración moral.

Tal es la actitud del Espiritualismo moderno, en el que renacen tantas verdades olvidadas desde algunos siglos. Resume en sí el credo de los sabios y de los antiguos iniciados, la fe de los primeros cristianos y la de nuestros padres los Celtas; reaparece con las más poderosas formas para señalar una nueva y ascendente etapa en la marcha de la humanidad.



CRISTIANISMO Y ESPIRITISMO.

I

ORIGEN DE LOS EVANGELIOS.

Desde hace cerca de un siglo, trabajos importantes emprendidos en diversos países cristianos por hombres que ocupan puestos elevados en las Iglesias y Universidades, han servido para reconstituir la evolución de la tradición evangélica en sus fases sucesivas.

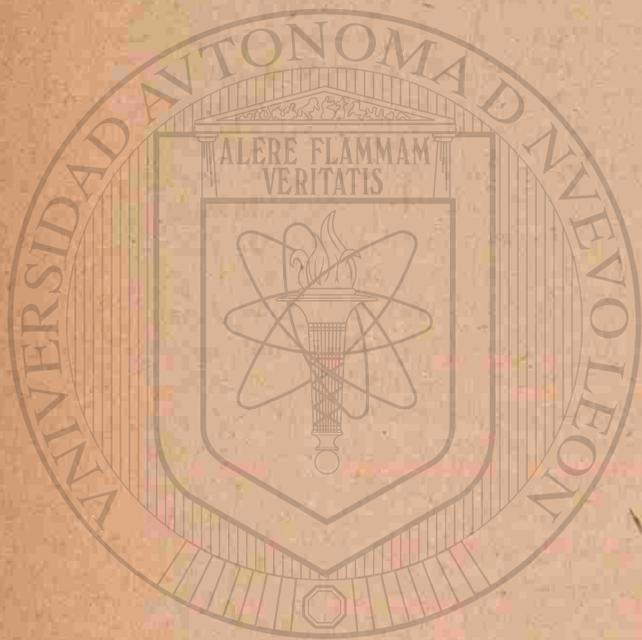
En los centros de religión protestante es donde principalmente se han llevado á cabo tales trabajos, notables por su erudición y carácter minucioso, y que han arrojado viva luz en los orígenes del cristianismo, en el fondo, la forma, y el alcance social de las doctrinas del Evangelio. ¹

Expondremos brevemente aquí cuáles son los resultados de dichos trabajos, procurando que sea en forma más sencilla que la de los exégetas protestantes.

Cristo nada escribió. Sus palabras derramadas en medio de los caminos, se han transmitido de boca en boca y sido transcritas en épocas diversas, mucho después de su muerte. Poco á poco se ha formado una tradición religiosa popular, tradición que ha sufrido evolución incesante hasta el siglo IV.

Durante ese período de trescientos años, la tradición cristiana

¹ Estos trabajos han sido recopilados por la *Enciclopedia de Ciencias religiosas* de F. Lichtenberger, Dean de la facultad de teología protestante de París, y que pueden consultar con provecho los que se consagren á los estudios de exégesis y crítica sagrada. Además se les recomienda *La Historia de la teología cristiana en el siglo apostólico*, por Eduardo Reuss, profesor de teología de Strasburgo. (Paris, Treuttel Würtz, 1872.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CRISTIANISMO Y ESPIRITISMO.

I

ORIGEN DE LOS EVANGELIOS.

Desde hace cerca de un siglo, trabajos importantes emprendidos en diversos países cristianos por hombres que ocupan puestos elevados en las Iglesias y Universidades, han servido para reconstituir la evolución de la tradición evangélica en sus fases sucesivas.

En los centros de religión protestante es donde principalmente se han llevado á cabo tales trabajos, notables por su erudición y carácter minucioso, y que han arrojado viva luz en los orígenes del cristianismo, en el fondo, la forma, y el alcance social de las doctrinas del Evangelio. †

Expondremos brevemente aquí cuáles son los resultados de dichos trabajos, procurando que sea en forma más sencilla que la de los exégetas protestantes.

Cristo nada escribió. Sus palabras derramadas en medio de los caminos, se han transmitido de boca en boca y sido transcritas en épocas diversas, mucho después de su muerte. Poco á poco se ha formado una tradición religiosa popular, tradición que ha sufrido evolución incesante hasta el siglo IV.

Durante ese período de trescientos años, la tradición cristiana

† Estos trabajos han sido recopilados por la *Enciclopedia de Ciencias religiosas* de F. Lichtenberger, Dean de la facultad de teología protestante de París, y que pueden consultar con provecho los que se consagren á los estudios de exégesis y crítica sagrada. Además se les recomienda *La Historia de la teología cristiana en el siglo apostólico*, por Eduardo Reuss, profesor de teología de Strasburgo. (Paris, Treuttel Würtz, 1852.)

no ha permanecido estacionaria, ni tal como antes era. Al dejar su punto de partida, á través de los tiempos y de las comarcas, se ha enriquecido y diversificado. Un poderoso trabajo de imaginación se ha realizado, y, siguiendo las formas que han revestido los diversos relatos evangélicos, siguiendo su origen hebraico ó griego, se ha podido establecer de modo seguro el orden en que esta tradición se ha desarrollado, y fijar la fecha y el valor de los documentos que la representan.

Durante medio siglo después de la muerte de Jesús, la tradición cristiana, oral y viva, fué como un manantial en el que cada uno pudo beber. Se propagó por la predicación, por la enseñanza de los apóstoles, hombres sencillos, incultos,¹ pero iluminados por el pensamiento de su Maestro.

Hasta los años de 60 ú 80 fué cuando aparecieron las primeras relaciones escritas, siendo la de Marcos la más antigua; después los primeros relatos atribuidos á Mateo y á Lucas, ambos escritos fragmentarios y que se aumentaron con las adiciones sucesivas, como todas las obras populares.²

Hacia fines del siglo I, por los años de 80 á 98, apareció el evangelio de Lucas, así como el primitivo de Mateo, perdido actualmente; en fin, en el transcurso de los años de 98 á 110 apareció en Efeso el evangelio de Juan.

Además de estos evangelios, los únicos reconocidos por la Iglesia, fueron publicados otros muchos. Actualmente se conoce una veintena de ellos; pero Orígenes, en el siglo III, cita número más elevado. Lucas alude á esto en el primer versículo del evangelio que lleva su nombre.

¿Por qué razón esos documentos han sido rechazados como apócrifos? Probablemente porque eran poco acomodaticios para quienes, en los siglos II y III, imprimieron al cristianismo

¹ Excepto Pablo, versado en letras.

² A. Sabatier, director de la sección de estudios superiores en la Sorbona, *Los Evangelios Canónicos*, p. 5. «La Iglesia ha tenido dificultad para encontrar los verdaderos autores de los Evangelios. De allí su fórmula adoptada: Evangelio según»

una dirección que debía alejarlo más y más de sus formas primitivas, y que después de haber rechazado mil sistemas religiosos calificados heréticos, debía llegar á la creación de las grandes religiones, en las cuales la idea del Cristo permanecía oculta como en una tumba, entre los dogmas y las prácticas.¹

Los primeros apóstoles se redujeron á enseñar la paternidad de Dios y la fraternidad humana. Demostraban la necesidad de la penitencia, es decir, de la reparación de nuestras faltas. Esta purificación era simbolizada por el bautismo, práctica adoptada por los Esenios, iniciadores de Jesús, de los cuales tomaron los apóstoles la creencia en la inmortalidad y en la resurrección, es decir, la vuelta del alma á la vida espiritual, á la vida del espacio.

De ahí una moral y una enseñanza que atrajeron numerosos prosélitos á los discípulos del Cristo, puesto que ellas no contenían nada que no pudiera mezclarse á ciertas doctrinas judías predicadas en las sinagogas y en el templo.

Con Pablo, y después de él, tomó otras fases la nueva creencia, y del seno de las comunidades cristianas surgieron doctrinas confusas. Se inculcó sucesivamente en los espíritus las ideas de la predestinación y la gracia, la divinidad de Cristo, la caída y la redención, la creencia en Satán y en el infierno, alterando con esto la sencillez y la pureza de las enseñanzas del hijo de María.

Este estado de cosas prosiguió agravándose, al mismo tiempo que las convulsiones políticas y sociales agitaron la infancia del mundo cristiano.

La narración de los primeros Evangelios nos transportan á la época de turbación en que la Judea, sublevada contra los romanos, ve la ruina de Jerusalem y la dispersión del pueblo judío. (Año 70)

Esas narraciones fueron escritas en medio de lágrimas y sangre, y las esperanzas que ellas expresan parecen salir de

¹ Véanse al fin de este volumen las notas complementarias núms. 2, 3 y 4.

un abismo de dolores; promesa para las almas entristecidas, cuando se despierta el nuevo ideal, la aspiración hacia un mundo mejor, llamado *reino de los cielos*, donde serán reparadas todas las injusticias presentes.

En la época de que tratamos los apóstoles, con excepción de Juan y Felipe, habían muerto; el vínculo que ligaba á los cristianos era aún muy débil. Formaban éstos grupos aislados los unos de los otros, que llamaban iglesias (*ecclesia*, asamblea), dirigida cada una por un obispo ó inspector nombrado por elección.

Cada iglesia seguía sus propias inspiraciones; no tenía para dirigirse más que una traducción incierta consignada en algunos manuscritos, que resumían más ó menos fielmente los hechos y las palabras de Jesús, y que cada obispo interpretaba á su arbitrio.

Añadamos á estas dificultades tan grandes, las que provenían de la fragilidad de los pergaminos, en una época en que la imprenta era desconocida, de la ineptitud de ciertos copistas, y de los defectos que pueden originarse de la falta de dirección y de orden, y comprenderemos fácilmente que la unidad de doctrina y de creencia no haya podido mantenerse en tiempos tan agitados.

Los tres Evangelios sinópticos ¹ están muy impregnados del pensamiento judaico-cristiano de los apóstoles, pero en el Evangelio de San Juan se nota ya otra influencia. Aparece en él un reflejo de la filosofía griega, rejuvenecida por las doctrinas de la escuela de Alejandría.

Hacia fines del primer siglo, los discípulos de los grandes filósofos griegos habían abierto escuelas en todas las ciudades importantes del Oriente. Los cristianos se encontraban en contacto con ellos y se suscitaban frecuentes discusiones entre los partidarios de las dos doctrinas. Los cristianos reclutados en los rangos inferiores de la población, poco letrados la mayor

¹ Se designan así los de Marcos, Lucas y Mateo.

parte, estaban mal preparados para los hechos del pensamiento. Por otra parte, los teóricos griegos sintieron impresionados por la grandeza y la elevación moral del cristianismo. Por esto se nota en ciertos puntos alguna similitud de apreciación y doctrina. El cristianismo naciente sufría poco á poco la influencia griega, que lo inducía á hacer del Cristo, el Verbo, el *Logos* de Platón.

II

AUTENTICIDAD DE LOS EVANGELIOS.

En los tiempos remotos, mucho antes de la venida de Jesús, la palabra de los profetas, como un rayo velado de la verdad, preparaba á los hombres para recibir las enseñanzas más profundas del Evangelio.

Mas, alterado por la versión de los Setenta, el Antiguo Testamento no daba, en los últimos siglos antes de Cristo, más que una vaga intuición de las verdades superiores.¹

«Las verdades eternas, que son los pensamientos de Dios—nos dice una individualidad eminente del espacio—han sido comunicadas al mundo en todos tiempos, presentadas en todos los medios, puestas al alcance de las inteligencias con una bondad paternal. Mas á menudo son desconocidas por el hombre. Desdeñando los principios enseñados, conducido por sus pasiones, ha pasado siempre cerca de las grandes cosas sin mirarlas. Esta indiferencia respecto de la belleza moral, esta causa de decadencia y de corrupción, conducirá á las naciones á su ruina, si la mano de la adversidad y las grandes conmociones de la historia, al sacudir intensamente los espíritus, no las endilgan hacia la verdad.»

Espíritu sublime, misionero divino, médium inspirado, Jesús viene, encarna entre los humildes, á fin de dar á todos el ejem-

¹ Véase al fin de esta obra la nota complementaria núm. 1.

plo de una vida sencilla á la vez que llena de grandeza, vida de abnegación y sacrificio, que debía dejar en la tierra huellas imborrables.

La grandiosa figura de Jesús sobrepuja á todas las concepciones del pensamiento. Hé aquí por qué no ha podido ser creada por la imaginación. En aquella alma, de una serenidad celeste, no se ve ninguna mancha, ninguna sombra. Todas las perfecciones se unen en ella con una armonía tan perfecta, que nos parecería el ideal realizado.

Su doctrina, toda luz y amor, se dirige especialmente á los humildes y á los pobres, á la débil mujer, á los hombres agobiados y abatidos, á las inteligencias abrumadas bajo el peso de la materia y que, en medio de la prueba y el sufrimiento, esperan la palabra de vida que debe consolarles y confortarles.

Y esta palabra, al dárselos con tan penetrante dulzura, expresa una fe tan comunicativa, que disipa todas sus dudas y les impele á seguir los pasos del Cristo.

Lo que Jesús llamaba predicar á los sencillos «el evangelio del reino de los cielos», era poner al alcance de todos el conocimiento de la inmortalidad y del Padre común, del Padre cuya voz se escucha cuando hay paz en el corazón y tranquilidad en la conciencia

Poco á poco esta doctrina, transmitida verbalmente en los primeros tiempos del cristianismo, se altera y se complica por la influencia de las corrientes contrarias que agitan á la sociedad cristiana.

Los apóstoles, elegidos por Jesús para continuar su misión, habían sabido comprenderle; habían recibido el impulso de su voluntad y de su fe. Pero sus conocimientos eran limitados, y sólo pudieron conservar piadosamente, por la memoria del corazón, las tradiciones, los pensamientos morales y el deseo de regeneración que había inculcado en ellos su Maestro.

En su peregrinación por el mundo, los apóstoles se limitaban, pues, á formar en cada ciudad grupos de cristianos á quienes

revelaban los principios esenciales; y sin detenerse mucho allí, iban á predicar «la buena nueva» á otros lugares.

Los Evangelios, escritos primero en medio de convulsiones que marcan la agonía del pueblo judío, y después bajo la influencia de las discusiones habidas en los primeros tiempos del cristianismo, se resienten de las pasiones, de los prejuicios de la época y de la turbación de los espíritus. Cada grupo de fieles, cada comunidad, tiene sus evangelios que difieren más ó menos de los otros.¹ Grandes controversias dogmáticas agitan el mundo cristiano y provocan trastornos sangrientos en el Imperio, hasta que Teodosio, al dar la supremacía al papado, impone la opinión del obispo de Roma á la cristiandad. Desde entonces el pensamiento, demasiado fecundo, creador de diversos sistemas, fué restringido.

A fin de poner término á estas divergencias, en el momento mismo en que algunos concilios discutían la naturaleza de Jesús, admitiendo los unos, rechazando los otros, su divinidad, el papa Dámaso confía á San Jerónimo, en 384, la tarea de redactar una traducción latina del Antiguo y del Nuevo Testamento. Tal traducción debería ser en lo sucesivo la sola considerada como ortodoxa, llegando á ser la regla de las doctrinas de la Iglesia; es la que se ha llamado *Vulgata*.

Este trabajo resolvía las grandes dificultades. San Jerónimo se encontraba, como él mismo lo ha dicho, al frente de tantos ejemplares, como copias. Esa variedad infinita de textos, lo obligaba á la selección y á recomposiciones capitales. Esto es lo que, temeroso de responsabilidades, expone en los prólogos de su obra, prólogos reunidos en un libro célebre. Hé aquí el que dirigió al papa Dámaso, y que se encuentra en su traducción latina de los Evangelios:

«Me obligáis á hacer de una obra antigua una nueva. Sometéis á mi arbitraje los ejemplares de las Escrituras, que se hallan dispersos en todo el mundo, y, como difieren entre sí, que

¹ Véase la nota complementaria núm. 3.

«distinga los que estén de acuerdo con el verdadero texto griego. Esta es una piadosa empresa, pero también peligroso atrevimiento para quien, como yo, está en el caso de someterse al juicio de los demás, y no en el de juzgar por sí mismo a los otros, querer cambiar la lengua de un anciano, y volver a conducir a la infancia al mundo ya viejo.

«En efecto, ¿cuál será el sabio, y aun el ignorante, que al tener en la mano un ejemplar (nuevo), después de haberlo leído solamente una vez y viendo que está en desacuerdo con el libro que está acostumbrado a leer, no lance exclamaciones de protesta, pretendiendo que soy sacrilego y falsario porque he osado añadir, cambiar, corregir tal ó cual cosa de los antiguos libros?» (Me clamitans esse sacrilegum qui audeam aliquid in veteribus libris addere, mutare, corrigere.)¹

«Un doble motivo me consuela de tal acusación. El primero es que vos, que sois el soberano pontífice, me ordenáis que lo haga; el segundo, que la verdad no puede existir en cosas que difieren, aun cuando tuvieran por apoyo la aprobación de los perversos.»

San Jerónimo concluye de esta suerte: «En este corto prefacio me refiero solamente a los cuatro Evangelios, cuyo orden es el siguiente: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Después de haber comparado cierto número de ejemplares griegos, pero antiguos, que no se apartan mucho de la versión itálica, los hemos combinado de tal manera (ita calamo temperavimus,) que corrigiendo únicamente lo que nos parecía alterar el sentido, hemos conservado el resto tal como estaba. (Obras de San Jerónimo, edición de los Benedictinos, 1693, tomo I, col. 1425.)

Así, después de una primera versión del hebreo al griego, de copias que llevan los nombres de Marcos y Mateo, y en general, y teniendo a la vista numerosos textos de los que cada copia difiere de las otras (tot sunt enim exemplaria quot codices),

¹ En efecto, la obra de San Jerónimo fué objeto, aun en su tiempo, de las más acerbas críticas: polémicas injuriosas se cambiaron entre él y sus detractores.

se formó la Vulgata, traducción, como lo confiesa el autor, corregida, aumentada, modificada, tomándola de los antiguos manuscritos

Esta traducción oficial, que debía ser definitiva según el propósito de quien había ordenado su ejecución, fué, sin embargo, modificada en distintas épocas por orden de los pontífices romanos. Lo que había parecido bueno en el transcurso de los años de 386 a 1586; lo que había sido aprobado en 1546 por el concilio ecuménico de Trento, fué declarado insuficiente y erróneo por Sixto V en 1590. Por orden de este mismo pontífice fué hecha una nueva revisión, y la edición que de ella resultó, y que lleva su nombre, fué modificada también por Clemente VIII en otra edición, que es la que se usa en nuestros días, y conforme a la cual se han hecho las traducciones francesas de los libros canónicos, sometidos a tantas alteraciones en el transcurso de los siglos.

A pesar de estas vicisitudes, no vacilamos en admitir la autenticidad de los Evangelios en sus textos primitivos. La palabra del Cristo splende en ellos, atractiva y poderosa; toda duda se desvanece con la irradiación de su personalidad sublime. Bajo el sentido alterado ú oculto se ve asomar la elevación de la idea primera. La mano del gran sembrador se revela allí; y en la profundidad de sus enseñanzas, unida a la belleza moral y al amor, se percibe la obra de un enviado del cielo.

Mas, al lado de aquella mano poderosa, la débil mano del hombre ha introducido en aquellas páginas, al lado de los ideales elevados del alma, débiles concepciones, mal ajustadas a los primitivos pensamientos, provocando así la incredulidad.

Si los Evangelios son aceptables en muchos puntos, conviene someter su conjunto al análisis de la razón. Todas las palabras, todos los hechos que consignan en sus páginas, no pueden ser atribuidos al Cristo.

En el transcurso de tiempo que separa la muerte de Jesús de la redacción definitiva de los Evangelios, muchos pensamientos

sublimes han sido olvidados, no pocos hechos discutibles aceptados como ciertos, muchos preceptos mal interpretados, desnaturalizando de este modo la enseñanza primitiva. Por las necesidades de una causa mundana, las más hermosas, las más fuertes ramas de aquel árbol de vida han sido cercenadas. Se han ahogado antes de su desarrollo los principios fortificantes que hubieran conducido á los pueblos á la verdadera creencia, la que buscan todavía hoy.

El pensamiento del Cristo subsiste en la enseñanza de la Iglesia y en los textos sagrados, pero mezclado con elementos diversos, introducidos por los papas y los concilios, cuyo fin, por miras interesadas, era asegurar, fortificar y hacer inquebrantable la autoridad de la Iglesia. Este fué el fin perseguido en todos tiempos, el pensamiento que ha inspirado todas las alteraciones introducidas en los documentos primitivos. No obstante esto, lo que resta en la Iglesia de espíritu evangélico, verdaderamente cristiano, ha bastado para inspirar obras admirables, obras de caridad que forman la gloria de las Iglesias cristianas y que protestan de encontrarse asociadas á tantas empresas ambiciosas, inspiradas por el amor á la dominación y á los bienes materiales.

Gran labor sería necesaria para entresacar el verdadero pensamiento de Cristo de los voluminosos Evangelios; trabajo posible, aunque arduo, para los inspirados á quienes guía una intuición segura, pero labor imposible para quienes solamente por sus propias facultades son guiados en este laberinto, en que las ficciones se mezclan á las realidades, lo profano á lo sagrado, la verdad al error.

En todos tiempos, ciertos hombres, impulsados por fuerza superior, se han consagrado á esta tarea, procurando despojar al pensamiento supremo de las sombras acumuladas al derredor de él.

Sostenidos, iluminados por esa chispa divina, que brilla de un modo intermitente para los hombres, pero cuyo foco jamás

se extingue, han afrontado todas las persecuciones, todos los suplicios, por afirmar lo que ellos creyeron que era la verdad. Tales fueron los apóstoles de la Reforma. Han muerto de pena, pero desde el seno del espacio sostienen aún é inspiran á aquellos que luchan por esta grande causa. Gracias á sus esfuerzos, la noche de las almas comienza á disiparse; se anuncia ya la aurora de una revelación más poderosa.

Con ayuda de las luces encendidas por esta nueva revelación, á la vez científica y filosófica, difundida ya en todo el mundo con el nombre de Espiritismo ó espiritualismo moderno, procuraremos develar la doctrina de Jesús de las obscuridades en que la ha envuelto el trabajo de los siglos. De esta manera llegaremos á concluir que esta doctrina y la de los Espíritus son idénticas, que el espiritismo es simplemente la vuelta al cristianismo primitivo, con más precisas formas, con tal séquito de pruebas experimentales, que hará imposible todo monopolio ulterior, toda reaparición de las causas que han desnaturalizado el pensamiento del Cristo.

III

SENTIDO OCULTO DE LOS EVANGELIOS.

Cierta escuela atribuye al cristianismo en general, y á los Evangelios en particular, un sentido alegórico y oculto. Algunos pensadores y filósofos han llegado hasta negar la existencia de Jesús; veían en él, en sus palabras, en los hechos de su vida, una idea filosófica, una abstracción á la que se dió cuerpo para satisfacer la tradición que anunciaba un salvador, un Mesías al pueblo judío.

Según ellos, la historia de Jesús sería sólo un drama poético, representando el nacimiento, la muerte, la resurrección de la idea libertadora en el seno del esclavizado pueblo hebreo, ó

sublimes han sido olvidados, no pocos hechos discutibles aceptados como ciertos, muchos preceptos mal interpretados, desnaturalizando de este modo la enseñanza primitiva. Por las necesidades de una causa mundana, las más hermosas, las más fuertes ramas de aquel árbol de vida han sido cercenadas. Se han ahogado antes de su desarrollo los principios fortificantes que hubieran conducido á los pueblos á la verdadera creencia, la que buscan todavía hoy.

El pensamiento del Cristo subsiste en la enseñanza de la Iglesia y en los textos sagrados, pero mezclado con elementos diversos, introducidos por los papas y los concilios, cuyo fin, por miras interesadas, era asegurar, fortificar y hacer inquebrantable la autoridad de la Iglesia. Este fué el fin perseguido en todos tiempos, el pensamiento que ha inspirado todas las alteraciones introducidas en los documentos primitivos. No obstante esto, lo que resta en la Iglesia de espíritu evangélico, verdaderamente cristiano, ha bastado para inspirar obras admirables, obras de caridad que forman la gloria de las Iglesias cristianas y que protestan de encontrarse asociadas á tantas empresas ambiciosas, inspiradas por el amor á la dominación y á los bienes materiales.

Gran labor sería necesaria para entresacar el verdadero pensamiento de Cristo de los voluminosos Evangelios; trabajo posible, aunque arduo, para los inspirados á quienes guía una intuición segura, pero labor imposible para quienes solamente por sus propias facultades son guiados en este laberinto, en que las ficciones se mezclan á las realidades, lo profano á lo sagrado, la verdad al error.

En todos tiempos, ciertos hombres, impulsados por fuerza superior, se han consagrado á esta tarea, procurando despojar al pensamiento supremo de las sombras acumuladas al derredor de él.

Sostenidos, iluminados por esa chispa divina, que brilla de un modo intermitente para los hombres, pero cuyo foco jamás

se extingue, han afrontado todas las persecuciones, todos los suplicios, por afirmar lo que ellos creyeron que era la verdad. Tales fueron los apóstoles de la Reforma. Han muerto de pena, pero desde el seno del espacio sostienen aún é inspiran á aquellos que luchan por esta grande causa. Gracias á sus esfuerzos, la noche de las almas comienza á disiparse; se anuncia ya la aurora de una revelación más poderosa.

Con ayuda de las luces encendidas por esta nueva revelación, á la vez científica y filosófica, difundida ya en todo el mundo con el nombre de Espiritismo ó espiritualismo moderno, procuraremos develar la doctrina de Jesús de las obscuridades en que la ha envuelto el trabajo de los siglos. De esta manera llegaremos á concluir que esta doctrina y la de los Espíritus son idénticas, que el espiritismo es simplemente la vuelta al cristianismo primitivo, con más precisas formas, con tal séquito de pruebas experimentales, que hará imposible todo monopolio ulterior, toda reaparición de las causas que han desnaturalizado el pensamiento del Cristo.

III

SENTIDO OCULTO DE LOS EVANGELIOS.

Cierta escuela atribuye al cristianismo en general, y á los Evangelios en particular, un sentido alegórico y oculto. Algunos pensadores y filósofos han llegado hasta negar la existencia de Jesús; veían en él, en sus palabras, en los hechos de su vida, una idea filosófica, una abstracción á la que se dió cuerpo para satisfacer la tradición que anunciaba un salvador, un Mesías al pueblo judío.

Según ellos, la historia de Jesús sería sólo un drama poético, representando el nacimiento, la muerte, la resurrección de la idea libertadora en el seno del esclavizado pueblo hebreo, ó

bien una serie de figuras imaginadas para hacer perceptible á las masas el lado práctico y social del cristianismo, la unión de los tipos divino y humano en un modelo de perfecciones ofrecido á la admiración de los hombres.

Si se aceptara esta tesis, los Evangelios deberían ser considerados como invenciones fabulosas. El poderoso movimiento del cristianismo hubiera tenido por punto de partida una impostura. Hay en esto exageración evidente. Si la vida de Jesús no es más que una ficción, ¿cómo ha podido ser ésta aceptada por sus contemporáneos al principio, y por larga serie de generaciones después?

¿Cuáles serían, pues, los verdaderos fundadores del cristianismo? ¿Los apóstoles! Eran ellos incapaces de tales concepciones. Con excepción de Pablo, que encontró la doctrina ya formada, la insuficiencia de los demás es notoria. La eminente personalidad de Jesús se destaca vigorosamente en el fondo de medioeridad de sus discípulos. La menor comparación hace resaltar la imposibilidad de tal hipótesis.

Se ha podido distinguir en los Evangelios las adiciones de los cristianos judíos, que demuestran claramente su origen y forman contraste admirable con las palabras y la doctrina de Jesús.¹ Resulta de esto un hecho evidente, y es que estos autores, guiados por miras estrechas y supersticiosas, eran incapaces de inventar una personalidad, una doctrina, una vida, una muerte como las del Cristo.

En aquel mundo judío, sombrío y exclusivo, donde reinaban el egoísmo y el odio, la doctrina de fraternidad y de amor no podía emanar sino de una inteligencia extraordinaria.

Si las Escrituras no fuesen más que conjunto de falsas alegorías, una obra de imaginación, la doctrina de Jesús no hubiera podido conservarse á través de los siglos, en medio de las diversas conmociones que han agitado la sociedad cristiana. Construcción sin base, se hubiera desmoronado, dispersado con

¹ Véanse las notas complementarias, núms. 2 y 3.

el soplo de los tiempos. Sin embargo, está en pie y domina los siglos, á pesar de las alteraciones sufridas, á pesar de cuanto han hecho los hombres para desfigurarla, para ahogarla bajo las sombras de una interpretación errónea.

La creencia en un mito no hubiera bastado para inspirar á los primeros cristianos el espíritu de sacrificio, el heroísmo en presencia de la muerte; no les hubiera proporcionado los medios de fundar una religión cuya existencia cuenta ya veinte siglos. Sólo la verdad puede desafiar la acción del tiempo y conservar su fuerza, su moral, su grandeza, á pesar de los esfuerzos de zapa que pretenden arruinarla. Jesús es la piedra angular del cristianismo, el alma de la nueva revelación. Todo en su obra es original.

Por otra parte, los testimonios históricos de la existencia de Jesús, aunque en pequeño número, no faltan por completo.

Suetonio, en la historia de los primeros Césares, habla del suplicio de *Christus*. Tácito y él mencionan la existencia de la secta cristiana en tiempo de los judíos, antes de la toma de Jerusalem por Tito.

El Talmud habla de la muerte de Jesús en la cruz, y todos los rabinos israelitas reconocen el alto valor de este testimonio.¹

En último caso, el Evangelio bastaría por sí solo para darnos la prueba moral de la existencia y de la alta misión del Cristo. Si numerosos hechos apócrifos han sido introducidos en él arbitrariamente y fuera de tiempo; si las supersticiones judías se encuentran allí bajo la forma de relatos fantásticos y de añejas teorías, subsisten sin embargo dos cosas que no han podido ser inventadas, y que llevan en sí mismas un imponente carácter de autenticidad: el drama sublime del Calvario y la dulce y profunda doctrina de Jesús.

Esta doctrina era sencilla y clara en sus principios esenciales; se dirigía á la multitud, principalmente á los humildes y á los desheredados. Todo en ella era á propósito para conmover

¹ Véase *Los Decididos*, por Cahen, miembro del consistorio israelita.

los corazones, para llevar el entusiasmo á las almas, iluminando y fortificando las conciencias. Encierra, sin embargo, los vestigios de una enseñanza secreta. Jesús habla á menudo por parábolas. Su pensamiento, tan luminoso de ordinario, se vela á veces en una semi-oscuridad. No se perciben entonces más que los vagos contornos de una grande idea disimulada con el símbolo.

Esto es lo que explica él mismo con estas palabras, cuando citando á Isaias agrega (Cap. VII, 9):

«Les hablo por parábolas, porque á vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de los cielos, mas á ellos no les ha sido dado». (Mat. XIII, 10 y 11).

Es evidente que habia dos doctrinas en el cristianismo primitivo; una destinada al vulgo y presentada con formas accesibles á todos, y otra oculta, reservada para los discipulos y los iniciados.

Esto mismo sucedía en todas las filosofías y religiones de la antigüedad.¹

La prueba de que existía tal enseñanza secreta se encuentra en las palabras ya citadas y en las que siguen: Después de escuchar la parábola del sembrador, relatada en los tres evangelios sinópticos, los discipulos preguntan á Jesús el sentido de tal parábola, y él les responde:

«A vosotros os es dado conocer el misterio del reino de Dios, mas para los que no lo conocen, todo se expresa con parábolas.

«De tal suerte que viendo, ven y nada perciben, y al oír, oyen y no comprenden.» (Marc. IV, 11 y 12; Luc. VIII, 10).

San Pablo lo confirma en su primera Epístola á los corintios, capítulo III, cuando distingue el lenguaje que ha de usarse con los hombres *carnales* ó con los hombres *espirituales*; es decir, con los profanos ó con los iniciados.

La iniciación era gradual, sin duda. Los que la recibían eran *ungidos*, y después de recibir la unción, entraban en la co-

¹ Véase mi obra *Después de la muerte*, pag. 9 á 87.

muni6n de los santos. Esto explica aquellas palabras de Juan:

«Habéis recibido la unci6n de parte del santo, y conocéis todas las cosas. Os he escrito, pues, no como á gentes que no conocen la verdad, sino como á personas que la conocen.» (Primera Epístola de San Juan, cap. II, 20, 21, 27).¹

El fundador del cristianismo no separaba la idea religiosa de su aplicaci6n social. El "reino de los cielos" era para él aquella sociedad perfecta de los espíritus cuya imagen queria realizar en la tierra. Pero debia chocar con los intereses establecidos y suscitar al derredor de sí mil obstáculos, mil peligros. De ahí una buena raz6n para ocultar bajo el mito, el milagro, la parábola, aquello que, en su doctrina, iba á perturbar las ideas reinantes y á amenazar las instituciones políticas ó religiosas.

Las obscuridades del Evangelio son, pues, calculadas, intencionales. Las verdades superiores se ocultan en él bajo velos simbólicos. Se enseña al hombre lo que le es necesario para conducirse moralmente en la práctica de la vida; pero el sentido profundo, el sentido filosófico de la doctrina, está reservado á pequeño número de personas.

Hé aquí lo que era la «comuni6n de los santos», la comuni6n de los pensamientos elevados, de las altas y puras aspiraciones. Esta comuni6n duró poco. Las pasiones terrestres, las ambiciones, los egoísmos, la destruyeron bien pronto. La política se introdujo en el sacerdocio. Los obispos, de humildes adeptos, de modestos "vigilantes" que eran, se convirtieron en poderosos y autoritarios. Se constituyó la teocracia, tuvo interés en poner la luz bajo el celemin, y la luz se extinguió. El pensamiento profundo desapareció: quedaron solamente los símbolos materiales. Tal obscuridad hacia más facil el gobierno de las multitudes. Se prefirió dejar las masas hundidas en la ignorancia, más bien que elevarlas hacia las alturas intelectuales. Los misterios cristianos no fueron ya explicados á las gentes de

¹ Véase también la nota complementaria núm. 4.

iglesia. Se persiguió como herejes á los pensadores y á los investigadores de buena fe, que se esforzaban en descubrir las verdades perdidas. La sombra que las ocultaba se hizo más y más espesa para el mundo, después de la disolución del imperio romano. La creencia en Satán y en el infierno sentó plaza preponderante en la fe cristiana. En vez de la religión de amor predicada por Jesús, se tuvo la religión del temor.

La invasión de los bárbaros había contribuido poderosamente á determinar este estado de cosas. Ella condujo á la sociedad al estado de infancia; consecuencia necesaria del atraso intelectual de los bárbaros invasores.

Desde el seno de las vastas estepas y de los profundos bosques, el mundo bárbaro se lanzó sobre el mundo civilizado. Todas aquellas multitudes ignorantes y groseras que el cristianismo atrajo á sí, causaron en el mundo pagano en decadencia y en el medio nuevo en que penetraban notable degradación intelectual.

El cristianismo logró domarlas, someterlas, pero á costa de su propio detrimento. Se veló el ideal divino; el culto se hizo material. Para herir la imaginación de las muchedumbres, se volvió á las prácticas idólatras, dignas de las primeras edades de la humanidad. A fin de dominar aquellas almas y de conducir las por medio del temor ó de la esperanza, se combinaron dogmas extraños. Ya no se pretendió realizar en este mundo aquel reino de Dios y de su justicia que había sido el ideal de los primeros cristianos. Después el anuncio del fin del mundo y del último juicio, tomados al pie de la letra; las preocupaciones de provecho individual explotadas por los sacerdotes, y otras mil causas, desviaron al cristianismo de su verdadera vía, y ahogaron el pensamiento de Jesús bajo la ola de las supersticiones.

Mas al lado de estos males, necesario es recordar los servicios prestados por la Iglesia á la causa de la humanidad. Sin su jerarquía y su potente organización, sin el papado que opuso

el poder de la idea, aunque obscurecida y desnaturalizada, al poder de la espada, se puede preguntar qué habrían llegado á ser la vida moral, la conciencia de la humanidad. En medio de aquellos siglos de violencia y de tinieblas, la fe cristiana animó á los pueblos bárbaros con un nuevo ardor, que los impulsó á obras generosas, como las Cruzadas, la fundación de la caballería, la creación de las artes en la edad media. El pensamiento encontró refugio en el silencio y la obscuridad de los claustros. Merced á las instituciones cristianas, no se extinguió la vida moral, á pesar de las brutales costumbres de la época. Estos son los servicios que hay que agradecer á la Iglesia, no obstante los medios de que se ha servido para asegurarse el imperio de las almas.

En resumen, la doctrina del gran crucificado, en sus formas populares, quería la conquista de la vida eterna á costa del sacrificio del presente. Religión del bien, de la elevación del alma dominando á la materia, el cristianismo constituía una reacción necesaria contra el politeísmo griego y romano, lleno de vida, de poesía, de luz, pero que no era más que un foco de sensualismo y de corrupción. El cristianismo era una etapa indispensable en la marcha de la humanidad, cuyo destino es elevarse sin cesar, de creencia en creencia, de concepción en concepción, hacia síntesis siempre más amplias y más fecundas.

El cristianismo, con sus doce siglos de dolores y de tinieblas, no ha sido era de felicidad para la raza humana; mas el objeto de la vida terrestre no es la felicidad; es la elevación por el trabajo, por el estudio y el sufrimiento; en una palabra, es la educación del alma, y la vía dolorosa conduce más seguramente á la perfección que la de los placeres.

El cristianismo representa, pues, una fase de la historia de la humanidad, que ha sido provechosa para ella; ésta no habría sido capaz de realizar las obras sociales que aseguraran su porvenir, si no hubiera estado impregnada del pensamiento y de la moral evangélicas.

Sin embargo, la Iglesia se ha hecho culpable trabajando en prolongar indefinidamente el estado de ignorancia de la sociedad. Después de haber alimentado y protegido al infante, ha querido mantenerle en estado de sumisión y de esclavitud intelectual. No ha salvado la conciencia, sino para oprimirla mejor.

La Iglesia romana no ha sabido conservar la llama de que era depositaria, y por castigo de lo alto, ó más bien por justo retorno de las cosas, la noche que quería para los otros se ha extendido en ella misma. No ha cesado de poner obstáculos al desenvolvimiento de las ciencias y de la filosofía, hasta proscribir, desde lo alto de la cátedra de San Pedro, el progreso — esta ley eterna, — el liberalismo y la civilización moderna. (Artículo 80 del Sillabus).

Así pues, fuera de ella, y aún contra ella, á partir de cierta hora de la historia, se ha realizado todo el movimiento, toda la evolución del humano espíritu. Fueron necesarios siglos de esfuerzos para disipar la obscuridad que pesaba sobre el mundo al salir de la edad media. Fué necesario el Renacimiento de las letras, la Reforma religiosa del siglo XVI, la filosofía, todas las conquistas de la ciencia que preparaban el terreno á la nueva revelación, á estas voces de ultratumba que, por millares en todos los puntos de la tierra, vienen á llamar á los hombres hacia las enseñanzas puras del Cristo, á restablecer su doctrina, á hacer comprensibles para todos, las verdades superiores sepultadas en la sombra de los tiempos.

IV

LA DOCTRINA SECRETA.

¿Cuál es la verdadera doctrina del Cristo?

Sus principios esenciales están enunciados claramente en el Evangelio. Es la paternidad universal de Dios y la fraternidad de los hombres, con las consecuencias morales que de ellas se originan; es la vida inmortal abierta á todos, y permitiendo á cada uno realizar en sí el "reino de Dios," es decir, la perfección; por el desprecio de los bienes materiales, el perdón de las injurias, y el amor al prójimo.

Amar: en esta sola palabra compendia Jesús toda la religión, toda la filosofía.

"Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os persiguen y calumnian, á fin de que seáis los hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre los buenos y sobre los malos, y hace llover sobre los justos y los injustos. Pues si no amáis más que á aquellos que os aman, ¿de qué galardón seréis merecedores?" (Mateo, V, 44 y siguientes.)

Dios mismo nos da el ejemplo de este amor, pues tiene siempre abiertos sus brazos para el pecador.

"Así, vuestro Padre que está en los cielos no quiere que perezca uno solo de estos pequeñitos."

El sermón de la montaña resume en rasgos indelebiles la enseñanza popular de Jesús. La ley moral está expresada allí de un modo que nadie ha igualado. Los hombres aprenden allí que los medios más seguros de elevación son las virtudes humildes y ocultas.

"Bienaventurados los pobres de espíritu (*es decir, los espirituales sencillos y rectos*), porque de ellos es el reino de los cie-

"los. — Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. — Bienaventurados los que han hambre de justicia, porque ellos serán hartos. — Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia. — Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán á Dios." [Mateo, V, 1 á 12; Lucas, VI, 20 á 25.]

Lo que quiere Jesús no es un culto fastuoso; no es una religión sacerdotal, rica en ceremonias y en prácticas que ahoguen el pensamiento; no, es un culto sencillo y puro, todo de sentimiento, que consista en la relación directa, sin intermediario, de la conciencia humana con Dios, su Padre.

"Llega el tiempo en que los verdaderos creyentes adorarán al Padre en espíritu y en verdad, pues tales son los adoradores que busca el Padre. Dios es espíritu, y es necesario que los que le adoren, le adoren en espíritu y en verdad."

El ascetismo es cosa vana. Jesús se limita á orar y á meditar en los lugares solitarios, en esos templos naturales que tienen por columnas las montañas, por techo la cúpula de los cielos, y en donde el pensamiento se eleva más libremente hacia el Creador.

A los que creían salvarse por la abstinencia y el ayuno, les dice:

"No es lo que entra por la boca lo que me mancha el alma, sino lo que sale de ella."

A los que oran largamente:

"Vuestro Padre sabe de qué tenéis necesidad antes que se lo pidáis "

No impone sino la caridad, la sencillez y la bondad.

"No juzguéis, y no seréis juzgados. Perdonad y se os perdonará. Sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso. Dar es más grato que recibir."

"El que se humille será ensalzado; el que se ensalce será humillado."

"Que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha, á fin

"de que tu limosna quede en secreto, y tu Padre, que ve en secreto, te lo premiará."

Y todo se resume en estas palabras de elocuente concisión:

"Amad á vuestro prójimo como á vosotros mismos, y sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. Esta es toda la ley y los profetas."

Con la dulce y suave palabra de Jesús, toda impregnada del sentimiento de la naturaleza, esta doctrina reviste un encanto penetrante, irresistible. Está llena de tierna solicitud para los débiles y los desheredados. Es la glorificación, es la exaltación de la pobreza, de la sencillez. Los bienes materiales nos vuelven esclavos; encadenan al hombre á la tierra. La riqueza es una traba, paraliza los vuelos del alma y la retiene lejos del "reino de Dios." La abnegación, la humildad rompen sus lazos y facilitan nuestra ascensión hacia la luz.

Hé aquí por qué la doctrina evangélica ha sido, á través de los siglos, la más alta expresión del Espiritismo, el supremo remedio para los males terrestres, el consuelo de las almas afligidas en la travesía de la vida, sembrada de tantas angustias y de lágrimas. Es ella la que constituye, á despecho de los extraños elementos que le han sido mezclados, toda la grandeza, todo el poder moral del cristianismo.

La doctrina secreta iba más lejos. Ocultaba miras profundas bajo el velo de las parábolas y las ficciones. Preesaba el modo de ser de la inmortalidad prometida, afirmando la sucesión de las vidas terrestres, en las cuales el alma, al reencarnar en cuerpos nuevos, sufría las consecuencias de sus existencias anteriores y preparaba las condiciones de su futuro destino. Enseñaba la pluralidad de los mundos habitados, las alternativas de vida de cada sér, en el mundo terrestre en que reapar-

recia al nacer, y en el mundo espiritual, á donde regresaba con la muerte, recogiendo de ambos medios los frutos buenos ó malos de su pasado. Enseñaba la unión estrecha y la solidaridad de esos dos mundos, y por consiguiente, la posible comunicación del hombre con los espíritus de los muertos que pueblan el espacio.

De ahí el amor activo, no solamente para los que sufren en el círculo de la existencia terrestre, sino también para las almas que vagan en nuestro derredor, perseguidas por dolorosos recuerdos. De ahí, la liga entre las dos humanidades, visible ó invisible, la ley de fraternidad en la vida y en la muerte, y la celebración de lo que se llamaba "los misterios," la comunión por el pensamiento y el corazón con ellos, ya sean espíritus buenos ó medianos, inferiores ó elevados, que constituyen aquel mundo invisible que nos rodea, y para el cual se abren dos salidas por donde pasan alternativamente todos los seres: la cuna y la tumba.

La ley de reencarnación está indicada en varios pasajes del Evangelio. Debe considerarse en dos aspectos diferentes: el retorno á la carne, de los espíritus en vía de perfeccionamiento; la reencarnación de los espíritus enviados á la tierra con el carácter de misioneros.

En su conversación con Nicodemus, Jesús se expresa así:

"En verdad os digo, si alguno no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios." *Nicodemus le objeta:* "¿Cómo un hombre puede nacer de nuevo siendo viejo?" *Jesús responde:* "En verdad os digo, que si un hombre no renace del agua y del espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que ha nacido de la carne, carne es; lo que ha nacido del espíritu, espíritu es. No te sorprenda lo que te he dicho; preciso es que nazcáis de nuevo. El viento sopla donde quiere, y tú oyes el ruido, pero tú no sabes de dónde viene ni á dónde va. Lo mismo sucede con todo hombre que nace del espíritu." (Juan, III, 3 á 8.)

Jesús agrega estas palabras significativas:

"Vos sois maestro en Israel é ignoráis estas cosas?"

Lo que demuestra que no se trataba del bautismo, que era conocido de los judíos y de Nicodemus, sino de la reencarnación ya enseñada por el *Zohar*, libro sagrado de los hebreos.¹

Ese viento ó ese espíritu que sopla donde quiere, es el alma que elige un nuevo cuerpo, una nueva morada, sin que los hombres sepan de dónde viene ni á dónde va. Es la única explicación satisfactoria.

En la Kábbala hebráica, el agua era la materia primaria, el elemento fructificante. En cuanto á la expresión *Espíritu Santo* que se encuentra en el texto y que le hace incomprensible, es necesario notar que la palabra *Santo* no se halla en los primeros escritos y que ha sido introducida después, como en otros muchos pasajes.² Es, pues, necesario leer: *renacer de la materia y del espíritu*.

En otra ocasión, á propósito de un ciego de nacimiento, encontrado en el camino, los discípulos preguntan á Jesús:

"Maestro, ¿quién es el que ha pecado? ¿Es este hombre, ó su padre, ó su madre, por lo que él ha nacido ciego?" (Juan, IX, 1, 2.)

Desde luego, la pregunta indica que los discípulos atribuían á expiación la enfermedad del ciego. En su concepto, la falta precede al castigo y aquélla es la causa primera. Es la ley de la consecuencia de los actos fijando las condiciones del destino. Aquí se trata de un ciego de nacimiento; su falta no puede explicarse sino por una existencia anterior.

De ahí la idea de la penitencia, que se nota en muchos pasajes de las Escrituras. "*Haced penitencia,*" dicen sin cesar, es decir, cumplid la reparación, que es el objeto de vuestra nueva vida; rectificad vuestro pasado, espiritualizaos, pues no saldréis del dominio terrestre, de la época de prueba, sino después de haber pagado hasta el último óbolo. (Mateo, V, 26.)

¹ Véase la nota complementaria número 5.

² Véase Bellemare, *Espírita y Cristiano*, ps. 351 y siguientes.

En vano los teólogos han procurado explicar de otra manera que por la reencarnación este pasaje del Evangelio; y al hacerlo, sus razonamientos han pecado, al menos, de extraños. El Sínodo de Amsterdam no ha podido salir de la dificultad sino con esta declaración: "El ciego de nacimiento había pecado en el seno de su madre."¹

Era también opinión acreditada en aquella época que los Espíritus eminentes venían, en nuevas encarnaciones, á continuar y concluir misiones interrumpidas por la muerte. Por ejemplo, Elías había vuelto á la tierra en la persona de Juan Bautista. Jesús lo afirma en estos términos, al dirigirse á la multitud:

"¿Qué habéis ido á ver? ¡Un profeta! Si, yo os lo aseguro, y más que un profeta. . . .—Y si queréis comprenderlo, es el mismo Elías el que debía venir.— El que tenga oídos para oír, que oiga." (Mateo, XI, 9, 14, 15.)

Más tarde, después de la decapitación de Juan Bautista, vuelve á decir á sus discípulos:

"Y sus discípulos le interrogaron diciendo: ¿Por qué, pues, los escribas pretenden que es necesario que Elías venga primeramente?—Y él, respondiendo, les dijo:—Elías, en efecto, debía venir y restablecer todas las cosas. Mas yo os lo digo: Elías ya ha venido, no le han conocido y han hecho con él lo que han querido.—Entonces sus discípulos comprendieron que era de Juan Bautista de quien hablaba." (Mateo, XVII, 10, 11, 12, 15.)

Así, para Jesús, como para sus discípulos, Elías y Juan Bautista eran una sola y misma individualidad, y si esa individualidad había revestido sucesivamente dos cuerpos, tal hecho no se explica sino por la ley de reencarnación.

En cierta circunstancia memorable, Jesús pregunta á sus discípulos: "¿Qué se dice del hijo del hombre?" Y ellos le responden:

¹ Véase la nota complementaria número 5.

"Unos dicen que es Juan Bautista, otros que Elías, otros, Jeremías ó alguno de los profetas." (Mateo, XVI, 13, 14; Marcos, VIII, 28.)

Jesús no protesta contra esta opinión como doctrina, como no había protestado en el caso del ciego de nacimiento. La pregunta que hace en seguida á Pedro se refiere sólo á su propia persona. "¿Y tú quién dices que soy yo?"

Volvemos á encontrar la doctrina secreta, disimulada bajo velos más ó menos transparentes, en las obras de los Apóstoles y de los Padres de la Iglesia de los primeros siglos. Estos no podían hablar claramente: de ahí las obscuridades de su lenguaje.

Bernabé escribía á los primeros fieles:

"Creo haberme explicado sencillamente en cuanto he podido, y no haber omitido nada de lo que pueda contribuir á vuestra instrucción y á vuestro bienestar en lo que se refiere á las cosas presentes; pues si yo os escribiera tocante á las cosas futuras, no comprenderíais, porque están expuestas en "parábolas." (Epístola católica de San Bernabé, XVII, 15.)

Seguendo esta regla, un discípulo de San Pablo, Hermas, describe la ley de las reencarnaciones bajo la figura de "piedras blancas, cuadradas y talladas," sacadas del agua para servir en la construcción de un edificio espiritual. (Libro del Pastor, III, XVI, 3, 5.)

"¿Por qué esas piedras han sido sacadas de lugar profundo y empleadas en seguida en la estructura de este edificio, puesto que ya estaban animadas del espíritu?—Era necesario, me dice el señor, que antes de ser admitidas para el edificio, fuesen preparadas por medio del agua. No podían entrar en el reino de Dios, sino despojándose de la imperfección de su primera vida."

Evidentemente, tales piedras son las almas de los hombres; las aguas,¹ las regiones oscuras, inferiores, las vidas mate-

¹ Esta parábola adquiere más fuerza de hecho, cuanto que para los judíos kabalistas el agua era la representación de la materia, el elemento primario, lo que llamaríamos hoy el éter cósmico.

riales, vidas de dolor y de prueba, durante las cuales las almas son talladas, pulidas, preparadas lentamente, á fin de tomar sitio un día en el edificio de la vida superior, en la vida celeste. Esto es propiamente el símbolo de la reencarnación, cuya idea era admitida en el siglo III y difundida entre los cristianos.

Entre los Padres de la Iglesia, Orígenes es uno de los que se han pronunciado más elocuentemente en favor de la pluralidad de existencias. Y era grande su autoridad. San Jerónimo le considera, "después de los Apóstoles, como el gran maestro de la Iglesia; verdad, agrega, que sólo la ignorancia podría negar." San Jerónimo tenía tal admiración por Orígenes, que él cargaría, escribe, con todas las calumnias que han sido dirigidas contra aquél, con tal que pudiese tener, aun á ese precio, su profundo conocimiento de las Escrituras.

Orígenes, en su célebre obra *De los principios*, desarrolla los poderosos argumentos que muestran, en la preexistencia y supervivencia de las almas en otros cuerpos, y en la sucesión de las vidas, el correctivo necesario de la aparente desigualdad de las condiciones humanas; una compensación al mal físico como al mal moral que parecen reinar sobre el mundo, si no se admite más que una sola existencia terrestre para cada alma. Sin embargo, Orígenes yerra en un punto, al suponer que la unión del alma y el cuerpo sea siempre un castigo. Pierde de vista la necesidad de la educación de las almas y la laboriosa realización del progreso.

Una opinión errónea se ha deslizado entre otras, con motivo de las doctrinas de Orígenes en general, y de la pluralidad de las existencias en particular; doctrinas que se consideran como condenadas por el Concilio de Calcedonia, primero, y más tarde, por el quinto de Constantinopla. Ahora bien, remontándose á ciertas fuentes,¹ se reconocería que esos Concilios han rechazado, no la creencia en la pluralidad de vidas del alma,

¹ Véase Pezzani, *La pluralidad de las existencias*, ps. 187, 190.

sino simplemente la preexistencia, tal como la enseñaba Orígenes, es decir, en el sentido de afirmar que los hombres eran ángeles caídos, y que el punto de partida había sido para todos la naturaleza angélica.

En realidad, la cuestión de la pluralidad de las existencias del alma no ha sido jamás resuelta por los Concilios. Queda en pie en espera de las resoluciones de la Iglesia en el porvenir; y es este un punto que importa quede establecido.

Así como la ley de los renacimientos, la pluralidad de los mundos está indicada en el Evangelio en forma de parábola:

«Hay muchas moradas en la casa de mi Padre. Yo voy á preparararos el lugar, y después de que yo haya partido y os haya preparado el lugar, volveré y os atraeré á mí, á fin de que donde yo esté, estéis también vosotros.»..... (Juan, XIV, 2 y 3.)

La casa del Padre, es el cielo infinito; las moradas prometidas son los mundos que recorren el espacio, esferas de luz, junto á las cuales nuestra Tierra no es más que un planeta oscuro y mezquino. Hacia esos mundos guiará Jesús á las almas que se adhieran á él y á su doctrina. Le son familiares, y él sabrá prepararnos allí un lugar conforme á nuestros méritos.

Orígenes comenta estas palabras en términos precisos:

«El Señor alude á las diferentes estancias que las almas deben ocupar, después de que han sido despojadas de sus cuerpos actuales y se han revestido de otros nuevos.»

V

RELACIONES CON LOS ESPIRITUS DE LOS MUERTOS.

Los primeros cristianos comunicaban con los espíritus de los muertos, y recibían de ellos enseñanzas. Es imposible dudar esto, puesto que los testimonios abundan. Tales testimonios surgen de los mismos textos de los libros canónicos, textos que han podido escapar, sin saberse cómo, á las vicisitudes de los tiempos.

riales, vidas de dolor y de prueba, durante las cuales las almas son talladas, pulidas, preparadas lentamente, á fin de tomar sitio un día en el edificio de la vida superior, en la vida celeste. Esto es propiamente el símbolo de la reencarnación, cuya idea era admitida en el siglo III y difundida entre los cristianos.

Entre los Padres de la Iglesia, Orígenes es uno de los que se han pronunciado más elocuentemente en favor de la pluralidad de existencias. Y era grande su autoridad. San Jerónimo le considera, "después de los Apóstoles, como el gran maestro de la Iglesia; verdad, agrega, que sólo la ignorancia podría negar." San Jerónimo tenía tal admiración por Orígenes, que él cargaría, escribe, con todas las calumnias que han sido dirigidas contra aquél, con tal que pudiese tener, aun á ese precio, su profundo conocimiento de las Escrituras.

Orígenes, en su célebre obra *De los principios*, desarrolla los poderosos argumentos que muestran, en la preexistencia y supervivencia de las almas en otros cuerpos, y en la sucesión de las vidas, el correctivo necesario de la aparente desigualdad de las condiciones humanas; una compensación al mal físico como al mal moral que parecen reinar sobre el mundo, si no se admite más que una sola existencia terrestre para cada alma. Sin embargo, Orígenes yerra en un punto, al suponer que la unión del alma y el cuerpo sea siempre un castigo. Pierde de vista la necesidad de la educación de las almas y la laboriosa realización del progreso.

Una opinión errónea se ha deslizado entre otras, con motivo de las doctrinas de Orígenes en general, y de la pluralidad de las existencias en particular; doctrinas que se consideran como condenadas por el Concilio de Calcedonia, primero, y más tarde, por el quinto de Constantinopla. Ahora bien, remontándose á ciertas fuentes,¹ se reconocería que esos Concilios han rechazado, no la creencia en la pluralidad de vidas del alma,

¹ Véase Pezzani, *La pluralidad de las existencias*, ps. 187, 190.

sino simplemente la preexistencia, tal como la enseñaba Orígenes, es decir, en el sentido de afirmar que los hombres eran ángeles caídos, y que el punto de partida había sido para todos la naturaleza angélica.

En realidad, la cuestión de la pluralidad de las existencias del alma no ha sido jamás resuelta por los Concilios. Queda en pie en espera de las resoluciones de la Iglesia en el porvenir; y es este un punto que importa quede establecido.

Así como la ley de los renacimientos, la pluralidad de los mundos está indicada en el Evangelio en forma de parábola:

«Hay muchas moradas en la casa de mi Padre. Yo voy á preparararos el lugar, y después de que yo haya partido y os haya preparado el lugar, volveré y os atraeré á mí, á fin de que donde yo esté, estéis también vosotros.»..... (Juan, XIV, 2 y 3.)

La casa del Padre, es el cielo infinito; las moradas prometidas son los mundos que recorren el espacio, esferas de luz, junto á las cuales nuestra Tierra no es más que un planeta oscuro y mezquino. Hacia esos mundos guiará Jesús á las almas que se adhieran á él y á su doctrina. Le son familiares, y él sabrá prepararnos allí un lugar conforme á nuestros méritos.

Orígenes comenta estas palabras en términos precisos:

«El Señor alude á las diferentes estancias que las almas deben ocupar, después de que han sido despojadas de sus cuerpos actuales y se han revestido de otros nuevos.»

V

RELACIONES CON LOS ESPIRITUS DE LOS MUERTOS.

Los primeros cristianos comunicaban con los espíritus de los muertos, y recibían de ellos enseñanzas. Es imposible dudar esto, puesto que los testimonios abundan. Tales testimonios surgen de los mismos textos de los libros canónicos, textos que han podido escapar, sin saberse cómo, á las vicisitudes de los tiempos.

pos, y cuya autenticidad es tanto menos dudosa para nosotros, cuanto que están en flagrante oposición con las actuales miras de la Iglesia.¹ Tales textos han prevalecido, sin duda porque no han sido comprendidos.

Todo el cristianismo se apoya en hechos de aparición y manifestación de los muertos. Proporciona innumerables pruebas de la existencia del mundo invisible y de las almas que lo pueblan.

Dichas pruebas abundan igualmente en el antiguo y en el nuevo Testamento. En uno y otro se encontrará el relato de apariciones de ángeles;² de las de espíritus justos; advertencias y revelaciones dadas por las almas de los muertos; el don de profecía³ y el don de curar.⁴ En el nuevo Testamento se encontrarán también las apariciones de Jesús mismo, después de su suplicio y de su sepultura.

La existencia del Cristo había sido una comunión constante con el mundo invisible. El hijo de María estaba dotado de facultades que le permitían conversar con los Espíritus. Muchas veces éstos se hacían visibles á su lado. Sus discípulos le vieron sorprendidos conversar un día con Moisés y Elías en el Tabor.⁵

En los momentos difíciles, cuando alguna pregunta le embaraza, como en el caso de la mujer adúltera, evoca las almas superiores, y su dedo traza en la arena la respuesta, como el medium de nuestros días, movido por una fuerza extraña, traza caracteres en la pizarra.

Éstos hechos son conocidos, relatados; pero muchos otros, relativos al comercio continuo de Jesús con lo invisible, han

¹ Véase al fin del volumen la nota número 6.

² El verdadero sentido de la palabra en hebreo es *mensajero*.

³ El don de profecía no consistía solamente en predecir el porvenir, sino, de una manera más extensa, en hablar y dar enseñanzas bajo la influencia de los espíritus.

⁴ Para lo relativo al conjunto de estos fenómenos, véase al fin de este volumen la nota complementaria número 7, sobre *los hechos espíritas en la Biblia*.

⁵ Jesús había elegido sus discípulos, no entre los hombres instruidos, sino entre los sensitivos, dotados de facultades medianímicas.

quedado ignorados de los hombres, aun de aquellos que le rodeaban.

Las relaciones del Cristo con el mundo de los Espíritus se afirman por el apoyo constante que aquel enviado divino ha recibido del más allá.

Muchas veces, á pesar de su valor, á pesar de la abnegación que inspiran sus actos, turbado por la grandeza de su tarea, eleva su alma hacia Dios; ruega, implora nuevas fuerzas, y es oído y auxiliado. Un soplo poderoso pasa por su frente; bajo un impulso irresistible, reproduce los pensamientos sugeridos; se siente socorrido, confortado.

En horas de soledad, sus ojos distinguen letras de fuego que trazan las voluntades de lo alto; voces que hieren sus oídos traen la respuesta á sus ardientes preces. Es la transmisión directa de las enseñanzas que debe difundir, de los preceptos regeneradores para cuya propagación ha venido á la tierra. Las vibraciones del pensamiento supremo que anima al Universo son sensibles para él; ellas le inculcan aquellos principios eternos que difundirá y que jamás se borrarán de la memoria de los hombres. Percibe acentos celestes, y sus labios repiten las palabras oídas; revelación sublime, misterio aún para muchos seres humanos, mas para él, confirmación absoluta de aquella protección constante y de las intuiciones que le llegan de los mundos superiores.

Y, cuando esta noble misión fué cumplida, cuando el sacrificio fué consumado, y Jesús puesto en la cruz, después colocado en una tumba, su espíritu se revela con nuevas manifestaciones. Aquella alma poderosa que ninguna tumba podía retener, se aparece á aquellos que había dejado en la tierra tristes, abatidos, desalentados. Les dice que la muerte es nada.

¹ Estos detalles, que quizá admirarán al lector, no son producto de nuestra imaginación. Nos han sido comunicados por un Espíritu elevado, cuya vida ha sido unida á la de Jesús. Lo mismo pasa con otros muchos casos expuestos en esta obra.

Con su presencia, les vuelve la energía, la fuerza moral necesarias para cumplir la misión confiada.

Las apariciones del Cristo son conocidas; han tenido numerosos testimonios. Jesús aparece y desaparece instantáneamente; cambia de forma y de apariencia; penetra en una habitación, cerradas las puertas. En Emaüs conversa con dos de sus apóstoles que no le reconocen; después desaparece de repente. Está en posesión de ese cuerpo fluidico, etéreo, que se encuentra en cada uno de nosotros, de ese cuerpo sutil, que es la envoltura inseparable de cada alma, y que un Espíritu elevado como el suyo, sabe dirigir, modificar, condensar, y rarificar á voluntad.¹ Lo condensa de tal manera que se hace visible y tangible para los asistentes.

Las apariciones de Jesús después de su muerte son la base, el punto vital de la doctrina cristiana, y por esto San Pablo ha dicho: «*Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe es vana.*» En el cristianismo, la inmortalidad no es una esperanza, es un hecho natural, un hecho apoyado en el testimonio de los sentidos. Los apóstoles no solamente creían en la resurrección, estaban seguros de ella.

Hé aquí por qué su predicación tomaba ese estilo fervoroso y penetrante que inspira una ardiente convicción. Con el suplicio de Jesús el cristianismo fué herido en el corazón. Los discípulos, consternados, estaban prestos á dispersarse. Mas el Cristo se les apareció, y su fe en él se hizo tan profunda que, por confesarla, sufrieron todos los tormentos. Las apariciones del Cristo después de su muerte aseguraron la persistencia de la idea cristiana, dándole por fundamento un conjunto de hechos.

Verdad es que los hombres han interpretado mal tales fenómenos, atribuyéndoles un carácter milagroso. El milagro es una derogación de las leyes eternas, establecidas por Dios, y sería indigno del poder supremo salirse de su propia naturaleza y variar sus decretos.

¹ Véase la nota número 9, que trata del *Periespiritu* ó cuerpo fluidico.

Según la Iglesia, Jesús resucitó con su cuerpo carnal. Esto es contrario al texto primitivo del Evangelio. Apariciones repentinas con cambio de forma verificándose en lugares cerrados, no pueden ser más que manifestaciones espíritas, fluidicas y naturales. Jesús resucitó como resucitaremos todos, cuando nuestro espíritu abandone su prisión de carne.

En Marcos, en Mateo y en el relato de Pablo (1^a Cor., XV.) estas apariciones se describen de la manera más concisa. Según Pablo, el cuerpo de Cristo es incorruptible; no tiene carne ni sangre. Esta opinión tuvo origen en la más antigua tradición. Más tarde fué cuando se habló de materialidad, por Lucas. El relato se complica entonces, adornándolo con detalles maravillosos, con el fin evidente de impresionar al lector. Tal manera de ver, como en general toda la teoría del milagro, resulta de una falsa interpretación de las leyes del Universo. Lo mismo sucede con la idea de lo sobrenatural, que corresponde á una concepción insuficiente del orden del mundo y de las reglas de la vida. En realidad, nada hay fuera de la naturaleza, la cual es obra divina en su majestuoso desarrollo. El error del hombre proviene de la idea estrecha que concibe de la naturaleza y de las formas de la vida, limitadas para él al círculo trazado por sus sentidos; y es bien sabido que éstos no abarcan más que una porción muy limitada del imperio de las cosas. Más allá de los límites que nos marcan, la vida se desenvuelve con ricos y múltiples aspectos, con formas sutiles, quíntesenciadas, que se gradúan, se multiplican y se renuevan á lo infinito.

A ese dominio de lo invisible pertenece el mundo fluidico; está poblado por los espíritus de los hombres que han habitado la tierra y se han despojado de su grosera envoltura. Subsisten bajo esa forma sutil de que acabamos de hablar, for-

¹ Clemente de Alejandría refiere una tradición que circulaba en su tiempo, según la cual Juan había hundido su mano en el cuerpo de Jesús, pasándola á través de él sin haber encontrado resistencia. (*Jesús de Nazareth*, por Alberto Reville, volumen 2^o Nota de la pág. 470.)

ma aún material, aunque etérea, pues la materia tiene muchos estados que no nos son conocidos. Tal forma es la imagen, ó más bien el *canecá* de los cuerpos carnales que dichos espíritus han animado en sus vidas sucesivas. Aquéllos desaparecen, pero ella permanece, como el espíritu de que es el organismo indestructible.

Los Espíritus ocupan situaciones varias con relación á su grado de elevación moral. Su irradiación, su luz, su potencia, son tanto más grandes, cuanto más alto han ascendido en la escala de las virtudes, de las perfecciones, y han servido con mayor abnegación á la causa del bien y de la humanidad. Tales son esos seres ó Espíritus que se manifiestan en todas las épocas de la historia, y en todos los medios por intervención de individuos especialmente dotados, que, según los tiempos, se llaman adivinos, sibilas, profetas ó médiums.

Las apariciones que marcan los primeros tiempos del cristianismo, como las épocas bíblicas más remotas, no son fenómenos aislados, sino la manifestación de una ley universal, eterna, que ha regulado siempre las relaciones entre los habitantes de dos mundos, el mundo de la materia grosera, al cual pertenecemos, y el mundo fluidico, invisible, poblado por los espíritus de aquellos que tan impropriamente llamamos los muertos.

El estudio de este orden de manifestaciones por la ciencia, es de época reciente. Merced á las observaciones de numerosos sabios, la existencia del mundo de los Espíritus ha sido comprobada de una manera positiva, y han sido determinadas con cierta precisión las leyes que lo rigen.

Se ha podido reconocer la presencia de un doble fluidico en cada ser humano sobreviviendo después de la muerte, y en este doble fluidico se ha reconocido la envoltura imperecedera del espíritu. Este doble fluidico, que se separa durante el sueño y el éxtasis, que se transporta y obra á distancia durante la vida, se convierte, después de la definitiva separación del cuer-

po carnal, y de una manera más completa, en el fiel servidor y en el centro de las fuerzas activas del espíritu.

Por medio de esta envoltura fluidica el espíritu preside las manifestaciones de ultratumba, que no son un secreto para nadie, después que comisiones científicas han estudiado sus múltiples aspectos, hasta pesar y fotografiar los Espíritus, como lo han hecho W. Crookes con el espíritu de Katie King, Russell Wallace y Aksakof con los de Abdullah y de John King.¹

De esta manera tales fenómenos, extraños sin duda, poco estudiados hasta ahora, pero perfectamente naturales, puesto que son producidos por los Espíritus, es decir, por seres semejantes á nosotros en su principio esencial de vida, han entrado poco á poco en el dominio de la observación y han pasado al orden de los hechos establecidos.

Durante mucho tiempo, los hombres no han visto en esto más que hechos milagrosos, verificados por Dios mismo ó por sus ángeles, opinión mantenida cuidadosamente por los sacerdotes, á fin de herir la imaginación de las masas y de hacerlas más dóciles á su poder.

Encontramos en las Escrituras frecuentes ejemplos del desprecio de que tales fenómenos han sido objeto. En Pathmos, Juan ve aparecer un genio que quiere desde luego adorar, pero éste le afirma que es el espíritu de uno de los profetas sus hermanos. En este caso, el error ha sido disipado; el Espíritu ha dado á conocer su personalidad; ¿en cuántos otros casos no ha pasado lo mismo, con relación á la persistencia de dicho desprecio? Igual cosa sucede con la intervención de los ángeles citada tan frecuentemente en la Biblia. Necesario es ponerse en guardia contra las pretensiones de los judíos y de los cristianos en atribuir á Dios y á sus ángeles fenómenos producidos por los espíritus de los muertos, y sobre los cuales to-

¹ W. Crookes, *Investigaciones sobre los fenómenos espíritas*; Russell Wallace, *El Espiritualismo Moderno*; Aksakof, *Animismo y Espiritismo*.

ca á nuestra época hacer la luz, colocándolos en el orden que les corresponde.

En la época de Jesús la creencia en la inmortalidad estaba debilitada. Los judíos estaban divididos respecto de la creencia en la vida futura. Los escépticos saduceos aumentaban en número y en influencia. Jesús viene; abre más amplias vías que comunican el mundo terrestre con el mundo espiritual; aproxima los invisibles á los humanos á tal punto, que pueden entenderse de nuevo. Su mano poderosa levanta el velo de la muerte, y, en el seno de la sombra, las visiones aparecen; en medio del silencio las voces déjanse oír; y esas visiones y esas voces vienen á afirmar al hombre la inmortalidad de su vida.

Así pues, el cristianismo primitivo tiene el carácter peculiar de haber aproximado las dos humanidades, terrestre y celeste; y ha hecho más intensas las relaciones entre el mundo visible y el invisible. En efecto, en cada grupo cristiano, como actualmente en cada grupo espírita, se practicaban evocaciones, se tenían *mediums* parlantes, inspirados, de efectos físicos, como lo manifiesta San Pablo en el capítulo XII de su primera epístola á los corintios.

Entonces, como ahora, ciertos sujetos poseían el don de profecía, el de curar, etc.

En el capítulo citado, San Pablo habla también del cuerpo espiritual, imponderable, incorruptible.

«El hombre está puesto en la tierra como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo espiritual; á la vez que tiene un cuerpo animal, tiene también un cuerpo espiritual.» (I. Cor. XV, 44.)

La aparición de Jesús en el camino de Damasco fué fenómeno espírita, que hizo que San Pablo se convirtiera al cristianismo. Pablo no había conocido al Cristo; y él mismo nos dice que tomaba inspiraciones de sus ocultas relaciones con el hijo de María.

San Pablo no fué solamente asistido por los espíritus de luz de que era intérprete, el *porta-palabras*.¹ Los espíritus inferiores le obsesaban muchas veces, y él debía resistir á su influencia. Así es como en todos los medios, para la educación del hombre y el desarrollo de su razón, se mezclan la luz y la sombra, el error y la verdad. Lo mismo acontece en el dominio del espiritismo moderno, donde se registran todo orden de manifestaciones, desde los mensajes de carácter más elevado, hasta los groseros fenómenos realizados por los espíritus atraídos. Pero aun éstos tienen su utilidad, como elementos de observación y como casos de identidad que proporcionan á la ciencia.

San Pablo conocía estas cosas. Instruido por la experiencia, recomendaba á sus hermanos los profetas² que se cuidaran de caer en tales embustes. Y añadía como consecuencia: «*Los espíritus de los profetas están sometidos á los profetas*» (I. Corint., XIV, 32), es decir, que es necesario no aceptar ciegamente las instrucciones de los espíritus, sin someterlas al análisis de la razón.

En el mismo sentido decía San Juan:

«Mis bien amados, no creais á todo espíritu, mas comprobad si los espíritus son de Dios.» (I. Epis., IV, 1.)

Los *Hechos de los Apóstoles* proporcionan numerosas indicaciones referentes á las relaciones de los discípulos de Jesús con el mundo invisible. Se ve de qué manera, siguiendo las instrucciones de los espíritus,³ los Apóstoles llegaron á no preocuparse de la abstinencia de ciertas carnes, rompieron la barrera que separaba los judíos de los gentiles, y reemplazaron la circuncisión con el bautismo.⁴

¹ Véase II á los Corintios, XII, 7; Efes., VI, 12.

² Entonces se llamaba profetas á los *mediums*.

³ En la versión griega de los Hechos y de los Evangelios, la palabra *Espritu* está muchas veces aislada. San Jerónimo le añade la de *Santo*, y los traductores franceses de la Vulgata son los que han dicho *Espritu-Santo*; (Véase á Bellemare, *Espritu y Cristiano*, ps. 270 y siguientes.)

⁴ *Hechos de los Apóstoles*, XI, 8, 9, 27 y 28; XVI, 6, 7, 18; XXI, 4; *Epis. á los Rom.*, XIV, 14; *I Corint.*, XII y XIV.—Véase también en la nota número 6 las apreciaciones del Reverendo C. Ware sobre los *Hechos*.

Las comunicaciones de los cristianos con los espíritus de los muertos eran cosa tan común en los primeros siglos, que circulaban entre ellos instrucciones precisas sobre este punto.

Hermas, discípulo de los Apóstoles, el mismo á quien San Pablo mandó saludar de su parte en su *Epístola á los Romanos* (XVI, 14), indica en su *Libro del Pastor*¹ los medios de distinguir los buenos y los malos espíritus.

En las siguientes líneas, escritas hace diez y ocho siglos, se creería leer la fiel descripción de las sesiones de evocación, tales como se practican en muchos lugares en nuestros días.

«El espíritu que viene de parte de Dios es tranquilo y humilde; se aleja de toda malicia y de todo deseo vano de este mundo, y se eleva sobre el nivel común de los hombres. No contesta á todos los que le preguntan, ni á personas determinadas. Así pues, cuando un hombre es apto para recibir á un espíritu que viene de Dios, y concurre á una reunión de creyentes, y cuando se han hecho las debidas preces, el espíritu inspira ó se posesiona de ese hombre, el que habla en la asamblea como Dios quiere. (Es el *medium parlante*.)

«Por el contrario, se conoce el espíritu terrestre, vano, sin sabiduría y sin fuerza, en el asunto que trata, en su pretensión de aparecer elevado y tomar el primer lugar. Es importuno, parlanchín, y no profetiza sin recompensa. Un profeta de Dios no obra así.»

La revelación de los espíritus continuó mucho tiempo después del periodo apostólico. Durante los siglos II y III los cristianos recurrían directamente á las almas de los muertos para resolver puntos de doctrina.

San Gregorio el Taumaturgo, obispo de Nueva Cesárea, de-

¹ Este *Libro del Pastor* era leído en las iglesias, aún en el siglo V, como son leídos actualmente los Evangelios y las Epístolas. San Clemente de Alejandría y Orígenes hablan de este particular. Se menciona en el catálogo más antiguo de los libros canónicos aceptados por la Iglesia Romana y publicados por Cañus hacia el año 220.

clará «haber recibido de Juan el Evangelista, en una visión, el símbolo de la fe, predicado por él á su Iglesia.»¹

Orígenes, ese sabio que San Jerónimo consideraba como el gran Maestro de la Iglesia después de los apóstoles, habla á menudo, en sus obras, de las manifestaciones de los muertos.

En su controversia con Celso dice:

«Yo no dudo que Celso se burle de mí; pero las burlas no me impedirán decir que muchas personas han abrazado el cristianismo como á su pesar, habiendo sido de tal modo cambiado su corazón por algún espíritu, sea por una aparición, sea en un sueño, que en lugar de la aversión que tenían á nuestra fe, la han amado hasta morir por ella. Tomo á Dios por testigo de lo que expreso; bien sabe que no quiero hacer recomendable la doctrina de Jesucristo por historias fabulosas, sino por la verdad de hechos incontestables.»²

El célebre obispo de Hipona, San Agustín, habla de esto mismo en sentido afirmativo.

En sus cartas menciona las «apariciones de los difuntos que van y vienen para visitar su morada terrestre, haciendo predicciones que los acontecimientos confirman.»³

En su tratado *De cura pro mortuis*, habla en estos términos de las manifestaciones de los muertos:

«Los espíritus de los muertos pueden ser enviados á los vivos; pueden manifestarles el porvenir que ellos mismos han conocido, ya por otros espíritus, ya por los ángeles, ó bien por revelación divina.»⁴

En su *Ciudad de Dios*, con relación al cuerpo lúcido, etéreo, aromal, que es el periespíritu de los espíritas, habla de las ope-

¹ *Compendio de la Historia eclesiástica*, por el abate Racine. San Gregorio de Niza, en su *Vida de San Gregorio el taumaturgo*, narra esta visión. Véase las *Obras de San Gregorio de Niza*, edición de 1638, t. III, ps. 545 y 546.

² Orígenes, edición benedictina de 1733, t. I, págs. 361 y 362.

³ *Carta á Evodio*, Ep. CLIX, edición de los Benedictinos, t. II, col. 562, y *De cura pro mortuis*, t. VI, col. 523.

⁴ *De cura pro mortuis*, edición benedictina, t. VI, col. 527.

raciones teúrgicas que lo hacen propio para comunicar con los espíritus y los ángeles y para percibir visiones.

San Clemente de Alejandría; San Gregorio de Nisa, en su *Discurso catequista*; el mismo San Jerónimo en su famosa controversia con Vigilancio el Galo, se pronuncian en el mismo sentido.

«Santo Tomás de Aquino, el ángel de la escuela — nos dice el abad Poussin, profesor en el Seminario de Nicea, en su obra *El Espiritismo ante la Iglesia* (1866), — «comunicaba con los habitantes del otro mundo, con los muertos, que le enseñaban el estado de las almas por las cuales se interesaba; con santos que le confortaban y le abrían los tesoros de la ciencia divina.»¹

La Iglesia creyó conveniente, por voz de los Concilios, condenar las prácticas espiritistas cuando, de democrática y popular que era en su origen, se convirtió en despótica y autoritaria. Quiso poseer sola el privilegio de las comunicaciones ocultas y el derecho de interpretarlas. Los laicos, convencidos de las relaciones con los muertos, fueron perseguidos y quemados como hechiceros.

Peró ese monopolio de las relaciones con el mundo invisible, no lo ha podido conseguir la Iglesia, á pesar de sus procesos, de sus sentencias condenatorias y de sus ejecuciones en masa. Al contrario, á partir de ese momento, las manifestaciones más admirables se producen fuera de ella. La fuente de las altas inspiraciones, cerrada para los clérigos, permanece abierta para los heréticos. La historia lo atestigua. La voz de Juana de Arco, los genios familiares del Tasso y de Jerónimo Cardan, los fenómenos macabros de la edad media producidos por los espíritus de orden inferior, los convulsionarios de San Medardo; después los pequeños profetas inspirados de las Cevennes, Swedenborg y su escuela; y además, otros mil hechos

¹ En la *Suma* se lee (I. q. 89, 8, 2 m): «El espíritu (*anima separata*) puede aparecer á los vivos.»

forman una cadena no interrumpida que, desde las manifestaciones de la más alta antigüedad, nos conduce al espiritismo moderno.

Sin embargo, en una época reciente y en el seno de la misma Iglesia, algunos pensadores escrutaban todavía el problema de lo invisible. Con el título *Del Discernimiento de los Espíritus*, el Cardenal Bona, ese Fenelón de la Italia, consagraba una obra al estudio de las diferentes categorías de espíritus que pueden manifestarse á los hombres.

«Hay motivo para admirarse — dice — de que existan hombres de buen sentido que hayan osado negar rotundamente las apariciones y las comunicaciones de las almas con los vivos, ó atribuir las á extravíos de imaginación, ó bien á arte de los demonios.»

El Cardenal no preveía el anatema de los sacerdotes católicos contra el espiritismo.¹

Es necesario, pues, reconocerlo: los dignatarios de la Iglesia, que de lo alto de la cátedra han fulminado contra los prácticos espiritistas, están completamente descarrilados. No han comprendido que las manifestaciones de las almas son una de las bases del cristianismo; que el movimiento espiritista, después de veinte siglos transcurridos, es la reproducción del movimiento cristiano, tal como fué en su origen. No han sabido recordar á tiempo que negar la comunicación con los muertos ó bien atribuir la á la intervención de los demonios, es ponerse en contradicción con los Padres de la Iglesia y con los mismos apóstoles. Ya los sacerdotes de Jerusalem acusaban á Jesús de obrar bajo la influencia de Belzebú. La teoría del demonio no es ya de estos tiempos.

En realidad, el espiritismo vuelve á encontrarse en todas partes, no como una superstición, sino como una ley fundamental de la naturaleza.

¹ Véase la nota complementaria número 6 al fin de este volumen.

Las relaciones entre los hombres y los espíritus han existido siempre. Por este medio se ha difundido en el mundo una revelación continua. Cruza á través del tiempo una corriente de poder espiritual cuya fuente es el mundo invisible. Algunas veces esa corriente se oculta en la sombra; se desarrolla en el sentido profundo de la historia; se oculta bajo las bóvedas de los templos de la India y del Egipto, en los misteriosos santuarios de la Galia y de la Grecia; no es conocida más que de los sabios, de los iniciados. Mas otras veces también, en las épocas elegidas por Dios, sale de los lugares ocultos y reaparece á plena luz, á la vista de todos: trae á la humanidad esos tesoros, esas riquezas olvidadas que van á embellecerla, á enriquecerla, á regenerarla.

Así es como las verdades superiores se revelan á través de los siglos para facilitar y estimular la evolución de los seres. Esas verdades se nos manifiestan con la ayuda de mediums poderosos, por la intervención de Espíritus avanzados que han vivido en la tierra, y que han sufrido en ella por el Bien y por la Justicia. Esos Espíritus selectos han vuelto á la vida del espacio, mas no han cesado de velar sobre la humanidad y de comunicarse con ella.

En ciertas épocas de la historia, un aliento de lo alto pasa sobre el mundo; disipanse las brumas que envuelven al pensamiento humano; las supersticiones, las dudas, las quimeras, se desvanecen; revélanse las grandes leyes del destino; la verdad aparece.

¡Felices quienes la reconocen y saben acogerla!

VI

ALTERACIÓN DEL CRISTIANISMO.— LOS DOGMAS.

Como un río revuelve con sus olas las pepitas de oro, la Iglesia mezcla, en su enseñanza, la pura moral evangélica con la oleada de sus propias concepciones.

Hemos dicho que, después de la muerte del Maestro, los primeros cristianos poseían aún, en su comunicación con el mundo invisible, un fecundo venero de inspiraciones, y las ponían de manifiesto. Mas las instrucciones de los espíritus no estaban siempre en armonía con las miras del sacerdocio naciente, el que, si encontraba un auxilio en tales relaciones, hallaba también en ellas, muy á menudo, severa censura para sus actos, y aun expresa condenación de los mismos.

En la obra del Padre Longueval¹ puede verse cómo á medida que se elabora en los primeros siglos la obra dogmática de la Iglesia, los espíritus se separan poco á poco de los cristianos ortodoxos para inspirar á aquellos á quienes se designaba entonces con el nombre de heresiarcas.

Montan, dice también el abate Fleury,² tenía dos profetisas, dos damas nobles y ricas, llamadas Priscila y Maximila. Cetrinta obtenía igualmente revelaciones.³ Apolonio de Tiana se contaba entre esos hombres favorecidos del cielo, que han sido asistidos por un «espíritu sobrenatural».⁴ Casi todos los maestros de la escuela de Alejandría eran inspirados por genios superiores.

¹ Historia de la Iglesia Galicana. t. I, p. 84.

² Hist. ecl., lib. IV, 6.

³ Ibid., lib. II, 3.

⁴ Hist. ecl., lib. I, 9.

Las relaciones entre los hombres y los espíritus han existido siempre. Por este medio se ha difundido en el mundo una revelación continua. Cruza á través del tiempo una corriente de poder espiritual cuya fuente es el mundo invisible. Algunas veces esa corriente se oculta en la sombra; se desarrolla en el sentido profundo de la historia; se oculta bajo las bóvedas de los templos de la India y del Egipto, en los misteriosos santuarios de la Galia y de la Grecia; no es conocida más que de los sabios, de los iniciados. Mas otras veces también, en las épocas elegidas por Dios, sale de los lugares ocultos y reaparece á plena luz, á la vista de todos: trae á la humanidad esos tesoros, esas riquezas olvidadas que van á embellecerla, á enriquecerla, á regenerarla.

Así es como las verdades superiores se revelan á través de los siglos para facilitar y estimular la evolución de los seres. Esas verdades se nos manifiestan con la ayuda de mediums poderosos, por la intervención de Espíritus avanzados que han vivido en la tierra, y que han sufrido en ella por el Bien y por la Justicia. Esos Espíritus selectos han vuelto á la vida del espacio, mas no han cesado de velar sobre la humanidad y de comunicarse con ella.

En ciertas épocas de la historia, un aliento de lo alto pasa sobre el mundo; disipanse las brumas que envuelven al pensamiento humano; las supersticiones, las dudas, las quimeras, se desvanecen; revélanse las grandes leyes del destino; la verdad aparece.

¡Felices quienes la reconocen y saben acogerla!

VI

ALTERACIÓN DEL CRISTIANISMO.— LOS DOGMAS.

Como un río revuelve con sus olas las pepitas de oro, la Iglesia mezcla, en su enseñanza, la pura moral evangélica con la oleada de sus propias concepciones.

Hemos dicho que, después de la muerte del Maestro, los primeros cristianos poseían aún, en su comunicación con el mundo invisible, un fecundo venero de inspiraciones, y las ponían de manifiesto. Mas las instrucciones de los espíritus no estaban siempre en armonía con las miras del sacerdocio naciente, el que, si encontraba un auxilio en tales relaciones, hallaba también en ellas, muy á menudo, severa censura para sus actos, y aun expresa condenación de los mismos.

En la obra del Padre Longueval¹ puede verse cómo á medida que se elabora en los primeros siglos la obra dogmática de la Iglesia, los espíritus se separan poco á poco de los cristianos ortodoxos para inspirar á aquellos á quienes se designaba entonces con el nombre de heresiarcas.

Montan, dice también el abate Fleury,² tenía dos profetisas, dos damas nobles y ricas, llamadas Priscila y Maximila. Cerinto obtenía igualmente revelaciones.³ Apolonio de Tiana se contaba entre esos hombres favorecidos del cielo, que han sido asistidos por un «espíritu sobrenatural».⁴ Casi todos los maestros de la escuela de Alejandría eran inspirados por genios superiores.

¹ Historia de la Iglesia Galicana. t. I, p. 84.

² Hist. ecl., lib. IV, 6.

³ Ibid., lib. II, 3.

⁴ Hist. ecl., lib. I, 9.

Todos estos espíritus, apoyándose en la confesión de San Pablo: « Todo lo que nosotros tenemos de conocimiento y de profecía, es muy imperfecto » (I. Cor., XIII, 9), traían, según dicho de ellos mismos, una revelación que venía á confirmar y á completar la de Jesús.

Desde el siglo III, afirmaban que los dogmas impuestos por la Iglesia como un desafío á la razón, no servían más que para oscurecer el pensamiento de Cristo. Combatían el fausto ya excesivo y escandaloso de los obispos, clamando enérgicamente contra todo lo que era á sus ojos un rebajamiento de la moral.¹

Esta oposición creciente se convertía en intolerable á los ojos de la Iglesia. Los « heresiarcas, » aconsejados y dirigidos por los espíritus, entraban en abierta lucha con ella. Interpretaban el Evangelio con una extensión de miras que la Iglesia no podía admitir sin que se arruinaran sus intereses materiales. Casi todos se convertían en neo-platónicos, aceptando la sucesión de las vidas del hombre, y lo que Orígenes llamaba « las penas medicinales, » es decir, los castigos proporcionados á las faltas del alma, reencarnada en cuerpos nuevos para rescatar su pasado y purificarse por el dolor. Esta doctrina, enseñada por los Espíritus, y de la que Orígenes y muchos Padres de la Iglesia encontraban, como lo hemos visto, la sanción en las Escrituras, era más conforme á la justicia y á la misericordia de Dios, que no puede condenar las almas á suplicios eternos después de una sola vida, sino que debe proporcionarles los medios de elevarse por medio de existencias laboriosas, por pruebas aceptadas con resignación y soportadas con valor.

Esta doctrina de esperanza y de progreso no inspiraba, en concepto de los jefes de la Iglesia, bastante terror del pecado y de la muerte. No permitía sentar sobre bases bastante sólidas

¹ Padre Longueval. *Historia de la Iglesia Galicana*, I, 84.

la autoridad del sacerdocio. El hombre, pudiendo rescatarse por sí mismo de sus faltas, no tenía necesidad del sacerdote. El don de profecía, la comunicación constante con los Espíritus, eran fuerzas que minaban sin cesar el poder de la Iglesia. Esta, asustada, resolvió poner término á la lucha, ahogando el profetismo. Impuso el silencio á todos aquellos, invisibles ó humanos, que, con el fin de espiritualizar el cristianismo, afirmaban ideas cuya elevación le espantaba.

Después de haber visto durante tres siglos en el don de profecía ó de mediumnidad—que todos podían adquirir, según la promesa de los Apóstoles—un medio soberano para dilucidar los problemas religiosos y fortificar la fe, la Iglesia acabó por declarar que todo lo que provenía de esta fuente no era más que mera ilusión ú obra del demonio. Se afirmó á sí misma, desde lo alto de su autoridad, como si ella fuese la sola profecía viva, la única revelación perpetua y permanente. Todo lo que no emanaba de ella fué condenado, infamado. Toda esa fase grandiosa del Evangelio de que hemos hablado; toda la obra de los profetas que le completaba y le iluminaba, fueron veladas con sombras. Ya no se habló de espíritus ni de elevación de los seres en la escala de las existencias y de los mundos; nada de rescate de las faltas cometidas; nada de progresos realizados y trabajos continuados á través de lo infinito de los espacios y del tiempo.

Se han perdido de vista tales enseñanzas, se ha olvidado la verdadera naturaleza de los dones de profecía, á tal punto, que los comentadores modernos de las Escrituras dicen que « la profecía no era más que el don de explicar á los fieles los misterios de la religión. »¹ Los profetas eran para ellos « el obispo y el sacerdote que juzgaban, por el don de discernimiento y las reglas de la Escritura, si lo que es dicho viene del espíritu de Dios ó del espíritu del demonio. » Contradicción abso-

¹ Le Maistre de Sacy, *Comentarios de San Pablo* (I, 3, 22, 29.)

luta con la opinión de los primeros cristianos, que en los profetas veían inspirados, no de Dios, sino de los espíritus, como lo dice San Juan en el pasaje ya citado de su *Epístola* (IV, 1).

Por un momento se había creído que la doctrina de Jesús, unida á las miras profundas de los filósofos alejandrinos, iba á prevalecer sobre las tendencias del misticismo judío-cristiano y á impeler á la humanidad por la extensa vía del progreso y á conducirla hacia la fuente de las altas inspiraciones espirituales. Mas los hombres desinteresados, amantes de la verdad por ella misma, no eran muy numerosos en los concilios. Doctrinas mejor adaptadas á los intereses terrestres de la Iglesia, fueron elaboradas por esas asambleas, que no cesaron de inmovilizar y de materializar la religión. Debido á ellas y bajo la influencia soberana de los pontífices romanos, fué formado, durante el transcurso de los siglos, ese tejido de dogmas atrevidos que no tienen nada de común con el Evangelio y le son muy posteriores; sombrío edificio donde el pensamiento humano, semejante al águila cautiva, impotente para desplegar sus alas y no mirando más que un pedazo de cielo, fué encerrado durante tanto tiempo como en una tumba.

Ese valladar puesto en el camino de la humanidad, surgió en 325, con el Concilio de Nicea, y tuvo su complemento con el Concilio de Roma en 1870. Su fundamento es el pecado original, y su remate la inmaculada concepción y la infalibilidad papal.

Por esta obra monstruosa el hombre aprende á conocer á un Dios implacable y vengador, ese infierno siempre abierto, ese paraíso cerrado á tantas almas valientes, á tantas nobles inteligencias y fácilmente conquistadas por una vida de algunos días, con tal que haya sido purificada por el bautismo; concepciones que han arrojado á tantos seres humanos á la desesperación y al ateísmo.

Examinemos los principales dogmas y misterios cuyo conjunto constituye la enseñanza de las Iglesias cristianas. Su exposición la encontraremos en todos los catecismos ortodoxos.

Nótase desde luego la extraña concepción del Sér divino que conduce al misterio de la Trinidad, un solo Dios en tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Jesús había traído al mundo una noción de la divinidad desconocida para el judaísmo. El Dios de Jesús no es ya el despota parcial y envidioso que protege á Israel contra los demás pueblos: es el Dios, padre de la humanidad. Todas las naciones, todos los hombres son sus hijos. Es el Dios en quien todo vive, se agita y respira, immanente en la naturaleza y en la conciencia humana.

Para el mundo pagano, como para los judíos, esa noción de Dios contenía toda una revolución moral. A los hombres que habían llegado á divinizar todo y á temer todo lo que habían divinizado, la doctrina de Jesús revelaba la existencia de un solo Dios Creador y Padre, por quien todos los hombres son hermanos y en nombre del cual todos se deben asistencia y afecciones mutuas. Tal doctrina hacía posible la comunión con este Padre, por la unión fraternal de los miembros de la familia humana. Abría á todos el camino de la perfección por el amor al prójimo y el sacrificio en favor de la humanidad.

Esta doctrina, sencilla y grande á la vez, debía elevar al espíritu humano hasta alturas inmensas, hacia el foco divino, del que cada hombre puede sentir en sí la irradiación. ¿Cómo esta idea sencilla y pura de la divinidad, que podía regenerar al mundo, ha sido transformada hasta el punto de convertirse en desconocible?

Y ese fué el resultado de las pasiones y de los intereses ma-

teriales que entraron en acción en el mundo cristiano después de la muerte de Jesús.

La noción de la Trinidad, tomada de una leyenda india, que era la expresión de un símbolo, vino á obscurecer y á desnaturalizar esta alta idea de Dios. La inteligencia humana podía elevarse hasta la concepción del Sér eterno que abarca el universo y da vida á todas las criaturas; mas no puede explicarse cómo tres personas se unen para constituir un solo Dios. La cuestión de consubstancialidad no dilucida el problema, y en vano se nos hará observar que al hombre no le es dado conocer la naturaleza de Dios. Aquí no se trata de atributos divinos, sino de la ley de la medida y de los números, ley que todo lo regula en el universo, aun las relaciones que ligan la razón humana á la razón suprema de las cosas.

Pero esta concepción trinitaria, tan oscura, tan incomprendible, ofrecía una gran ventaja á los ojos de la Iglesia: le permitía convertir á Jesucristo en Dios; daba al espíritu poderoso que ella titula su fundador, un prestigio que reflejaba sobre ella y aseguraba su poder. Hé aquí el secreto de su adopción por el Concilio de Nicea, después de las discusiones y las turbulencias que agitaron los espíritus durante tres siglos. Las discusiones sólo cesaron con la proscripción de los obispos arrianos, ordenada por el Emperador Constancio, y el destierro del Papa Liberio, que había rehusado sancionar la decisión del Concilio.¹

La divinidad del Cristo, rechazada por tres Concilios, es sancionada en estos términos, en el año 325, por el de Nicea:

«La Iglesia de Dios, católica y apostólica, anatematiza á aquellos que dicen que había un tiempo en que el Hijo no existía, ó que no existía antes de haber sido engendrado.»

Esta declaración está en contradicción formal con el parecer de los apóstoles y de los evangelistas. Cuando todos creían

¹ Véase, para los detalles de estos hechos, á E. Bellemare, *Espírita y Cristiano*, p. 212.

que el Hijo era creado por el Padre, los obispos del siglo IV proclaman al Hijo igual al Padre, «eterno como él, engendrado y no creado,» dando así un mentís al mismo Cristo, el cual decía y repetía: «Mi Padre es más grande que yo.»

Para justificar esta afirmación, la Iglesia se apoya en ciertas palabras de Cristo que, si son exactas, han sido mal comprendidas, mal interpretadas. Por ejemplo, en *Juan* (X, 33), dice: «Te apedreamos porque siendo hombre, te haces Dios.»

La respuesta de Jesús destruye esta acusación y revela su pensamiento íntimo: «¿No está escrito en vuestra ley: Yo digo: Vosotros sois dioses?» (*Juan*, X, 34).¹

«Si ella ha llamado dioses á aquellos á quienes la palabra de Dios es dirigida» (*Juan*, X, 35).

Ya se sabe que los antiguos, latinos y orientales, llamaban dioses á todos aquellos que por cualquier título se elevaban sobre el nivel común de los hombres.² El Cristo, á esta calificación abusiva, prefería la de hijos de Dios para designar á los que buscaban y observaban las enseñanzas divinas. Esto se explica en el versículo siguiente:

«Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.» (*Mateo*, V, 9.)

Los apóstoles daban el mismo sentido á esta expresión:

«Todos los que son conducidos por un espíritu de Dios (es decir, por un espíritu bueno y elevado), son hijos de Dios.» (*San Pablo, Ep. á los Romanos*, VIII, 14.)

Jesús lo confirma en muchas circunstancias:

«¿Diréis que yo blasfemo, yo á quien el Padre ha santificado y ha enviado al mundo, porque he dicho: Yo soy el hijo de Dios?» (*Juan*, X, 36).³

¹ Estas palabras se refieren al siguiente pasaje del salmo LXXXII, v. 6: «Yo digo: Vosotros sois dioses, y todos sois hijos del Altísimo.»

² Véase la nota complementaria número 8.

³ Si en su lenguaje parabólico, Jesús se denominaba muchas veces hijo de Dios, se designa más frecuentemente con el título de *el hijo del hombre*. Tal expresión se encuentra setenta y seis veces en los Evangelios.

« Jesús responde: ¿Por qué me llamas tú bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. » (*Lucas, XVIII, 19.*)

« Yo nada puedo hacer por mi mismo. No procuro hacer mi voluntad, sino la voluntad del Padre que me ha enviado » (*Juan, V, 30.*)

Las siguientes palabras son más explícitas aún:

« Vosotros queréis sacrificarme á mí, que soy un hombre, que os he dicho la verdad que he aprendido de Dios. » (*Juan, VIII, 40.*)

« Si vosotros me amáis, os regocijaréis de que voy á mi Padre, pues mi Padre es más grande que yo. » (*Juan, XVI, 28.*)

« Jesús dice á Magdalena: Vé hacia mis hermanos y díles que yo subo hacia mi Padre y Padre vuestro, hacia mi Dios y vuestro Dios. » (*Juan, XX, 17.*)

De esta manera, lejos de enunciar la idea sacrilega de que él era Dios, en todas circunstancias Jesús habla del Sér infinito como la criatura debe hablar del Creador, ó bien como un subordinado habla de su señor.

Los mismos apóstoles veían sólo en Jesús un misionero, un enviado de lo alto, un espíritu superior, sin duda, por sus luces y sus virtudes, pero nada más un espíritu humano. Su actitud para él, su lenguaje, lo prueban claramente. Si los apóstoles lo hubieran considerado como Dios, ¿no se habrían prosternado delante de él, no le hubieran hablado arrodillados? Mas no fué así: sus deferencias y respetos no pasaban de lo que se debe á un maestro, á un hombre eminente. Dábanle habitualmente el título de maestro (*rabbi* en hebreo). Los Evangelios dan fe de ello. Cuando le llaman Cristo, no ven en esta calificación sino el sinónimo de « enviado de Dios. »

« Pedro responde: ¡Tú eres el Cristo! » (*Marcos, VIII, 29.*)

El sentir de los apóstoles se encuentra explicado claramente en ciertos pasajes de los *Hechos*. Según el capítulo II, v. 22, Pedro se dirige á la multitud y le habla de este modo:

« Hombres israelitas, escuchad mis palabras. Jesús el Naza-

reno ha sido un hombre (*virum*), aprobado por Dios entre nosotros, por los efectos de su poder, por los milagros que ha hecho por él ante vosotros. »

El mismo pensamiento fué expresado por *Lucas, XXIV, 18, 19:*

« Jesús de Nazareth ha sido un profeta, poderoso en obras y en palabras, delante de Dios y delante de todo el pueblo. »

Así pues, para los discípulos de Jesús como para todos aquellos que estudien atenta é imparcialmente el problema de esa maravillosa existencia, el Cristo, según la expresión que él mismo se aplica, no es más que el « profeta » de Dios, es decir, el intérprete, el mensajero de Dios, un espíritu dotado de facultades especiales, de poderes excepcionales, pero no superiores á la naturaleza humana. Su clarividencia, sus inspiraciones, el don de curar que poseía en tan alto grado, se encuentran, aunque en diversos grados, en diferentes épocas y en otros hombres.

Se puede comprobar la existencia de tales facultades en los *mediums* de nuestros días, no reunidas, de manera que constituyan una personalidad poderosa como la de Cristo, sino dispersas, repartidas en gran número de individuos. Las curaciones de Jesús no son milagros,¹ sino la aplicación de un poder fluídico y magnético, el mismo que vemos actuar, aunque en distintos grados de potencia, en ciertas curaciones de nuestra época. Tales poderes están sujetos á variaciones, á intermitencias, sucediendo igual cosa con el mismo Cristo, como lo prueban estos versículos del Evangelio de Marcos (VI, 4, 5):

« Y Jesús les dijo: Un profeta está sin honor² en su patria, »

¹ Lo que se llama milagros, son los fenómenos producidos por la acción de fuerzas desconocidas que la ciencia descubre tarde ó temprano. No puede haber milagro en el sentido de que él implique la derogación de las leyes naturales. Por la violación de dichas leyes, el desórden y la confusión penetrarían en el mundo. Dios no puede haber establecido leyes para violarlas en seguida. Nos daría de este modo el peor ejemplo, pues si violamos la ley, ¿podríamos ser castigados por ello, cuando Dios, creador de la ley, fuera quien la desconociese?

² Es decir, no es allí estimado ni considerado.—(*N. del T.*)

en su casa y en su familia. Ningún milagro puede obrar allí.»

Todos los que han observado de cerca los fenómenos del espiritismo, del magnetismo y de la sugestión, y se han remontado de los efectos á la causa que los produce, saben que existe grande analogía entre las curaciones obradas por el Cristo y las que han obtenido nuestros prácticos modernos. Como él, pero con menor poder y menor resultado, los curanderos espiritas tratan los casos de obsesión y de posesión, y con el auxilio de pases y tocamientos, por la imposición de las manos, libran á los enfermos de los males causados por la influencia de los espíritus impuros, de aquellos que la Escritura designa con el nombre de *demonios*:

«Y habiendo venido la tarde, le fueron presentados muchos endemoniados, de los que extirpó los malos espíritus con su palabra; curó á todos los que estaban enfermos.» (*Mateo*, VIII, 16.)

La mayor parte de las enfermedades nerviosas provienen de trastornos causados por influencias extrañas en nuestro organismo fluidico ó periespiritu. La medicina, que sólo estudia el cuerpo material, no ha podido descubrir la causa de dichos males y los remedios aplicables. Por esto es casi siempre impotente para curarlos. La acción fluidica de ciertos hombres, sostenida por la voluntad, la oración y asistencia de los Espíritus elevados, pueden hacer cesar tales turbaciones, volver á la envoltura fluidica de los enfermos sus vibraciones normales y obligar á los malos espíritus á que se retiren. Esto era lo que obtenía fácilmente Jesús, y después de él, los apóstoles y los santos.

Los conocimientos difundidos entre los hombres por el Espiritualismo moderno, nos permiten comprender y definir mejor la elevada personalidad del Cristo. Jesús era un misionero

ro divino, dotado de grandes poderes y un médium incomparable. Él mismo lo afirma:

«Yo no he hablado por mí mismo; aquel que me ha enviado, el Padre, me ha prescrito lo que he de decir y de qué debo hablar.» (*Juan*, XII, 49.)

En todas las razas humanas, en todas las grandes épocas de la historia, Dios ha enviado sus misioneros, espíritus superiores, llegados por sus esfuerzos y sus méritos al más alto grado de la jerarquía espiritual. Puede seguirse á través de los tiempos la huella de sus pasos. Sus frentes dominan desde lo alto á las muchedumbres humanas, y su hermosa tarea es dirigir las hacia las cimas intelectuales. El cielo los ha armado para las luchas del pensamiento; de él han recibido el valor y el poder.

Jesús es uno de esos misioneros divinos, y el más grande de todos. Despojado de la falsa aureola de su divinidad, nos parece más imponente. Ante sus martirios, sus desfallecimientos, su resignación, quedaríamos casi insensibles viniendo de un Dios. Mas todo ello nos conduce y nos conmueve profundamente en un hermano. De todos los hijos de los hombres, Jesús es el más digno de admiración; más grande cuando predica en la montaña, entre la multitud de los humildes. Mucho más grande aún en el Calvario, cuando la sombra de su cruz se extiende sobre el mundo el día de su suplicio.

El paso de Jesús en la tierra, sus enseñanzas, sus ejemplos, han dejado huellas imborrables, y su influencia se extenderá en los siglos del porvenir. Aún hoy, preside los destinos del globo en que ha vivido, amado y sufrido. Llegado por su sacrificio al rango de gobernador espiritual de este mundo, bajo su oculta dirección y con su apoyo, se efectúa la nueva revelación que, con el nombre de Espiritualismo moderno, viene á restablecer su doctrina, á inculcar en los hombres el sentimiento de sus deberes, el conocimiento de su naturaleza y de sus destinos.

LOS DOGMAS (CONTINUACIÓN), LOS SACRAMENTOS, EL CULTO.

El pecado original es el dogma fundamental sobre el cual descansa todo el edificio de los dogmas cristianos; idea verdadera en el fondo, pero falsa en la forma y desnaturalizada por la Iglesia. Verdadera en el sentido de que el hombre sufre por la intuición que conserva de las faltas cometidas en sus vidas anteriores, y de las consecuencias que para él entrañan. Mas este sufrimiento es personal y meritorio. Nadie es responsable de las faltas de otro, si no es que sea su cómplice. Presentado bajo su aspecto dogmático, el pecado original, que es castigado en toda la posteridad de Adam, es decir, en la humanidad entera, por la desobediencia de la primera pareja, para salvarla en seguida por medio de una iniquidad más grande, la inmolación de un justo; es un ultraje á la razón y á la moral, consideradas en sus principios esenciales: la bondad y la justicia. Ha servido más para alejar al hombre de la creencia en Dios, que todos los ataques y las críticas de la filosofía.

En efecto, no impunemente se intenta separar en el pensamiento y en la conciencia, la idea de Dios y la de la justicia. Con esto se produce la turbación en las almas y se provoca un trabajo mental que conduce forzosamente á la ruina de una de esas dos ideas. Ahora bien, la idea de Dios es la que no ha perecido, porque el hombre ve en ese Sér la más alta personificación de la justicia, de la sabiduría y del amor. Todas las perfecciones deben encontrarse reunidas en el Sér eterno.

El hombre ha perdido el recuerdo preciso de su pasado cul-

pable; pero ha conservado de él un vago sentimiento. De ahí proviene esa concepción del pecado original, que se encuentra en muchas religiones, y de la expiación necesaria. De tal concepción errónea se deduce la de la caída, del rescate y la redención por la sangre del Cristo, los misterios de la encarnación de la virgen-madre, de la inmaculada concepción; en una palabra, toda la armazón del cristianismo.¹

Todos esos dogmas constituyen una verdadera negación de la razón y de la justicia divinas, si se les toma al pie de la letra, como lo quiere la Iglesia, y en su sentido material.

No es admisible que Dios haya creado al hombre y la mujer con la condición de que no se instruyeran. Es menos admisible aún que, por una sola desobediencia, haya condenado á su posteridad y á la humanidad entera á la muerte y al infierno.

«¿Qué se pensaría — dice con razón E. Bellemare — de un juez que condenara á un hombre con el pretexto de que hace millares de años, uno de sus antecesores ha cometido un crimen?» Y sin embargo, tal es el papel odioso que el catolicismo atribuye al Juez supremo, á Dios.

Estas tesis gratuitas justifican el alejamiento y el odio que ciertos pensadores tienen por la idea de Dios. Esto es lo que explica, sin excusarlo, la vehemente y atrevida proposición de cierto escritor célebre: «Dios es el mal.»

Si se considera el dogma del pecado original y la caída por lo que es realmente, es decir, como un mito, una leyenda oriental, tal como se encuentra en todas las cosmogonias antiguas; si se desvanecen tales quimeras, en el momento se desquicia por completo el edificio de los dogmas y de los misterios. Puede preguntarse: ¿qué quedaría entonces del cristianismo?

¹ La decadencia de la humanidad en Adam, dice el abate de Noirlieu, en su *Catecismo filosófico para uso del pueblo*, y su reparación en Jesucristo, son los dos grandes hechos en los que se apoya el cristianismo. Sin el dogma del pecado original no se concibe ya la necesidad del Redentor. Así, nada enseña más explícitamente la Iglesia que la caída de Adam y sus funestas consecuencias para todos sus descendientes.

Quedará lo que hay en él de verdaderamente grande, de imperecedero, de racional, es decir, lo que es capaz de elevar y de fortificar á la humanidad.

Continuemos nuestro examen. La soberanía de Dios, nos dicen los teólogos, se manifiesta por la predestinación y por la redención. Siendo Dios soberano y absoluto, su voluntad es la última y decisiva causa de todo lo que en el universo se realiza. Agustín es el autor de este dogma, establecido en su lucha contra los Maniqueos, partidarios de los dos principios opuestos, el bien y el mal, y contra Pelagio, quien reivindicaba los derechos de la libertad humana. Muchas veces Agustín se refiere, para sostener su dogma, á la autoridad de San Pablo, verdadero autor de la doctrina de la predestinación, y cuya exposición, poco concluyente para nosotros, se encuentra en el capítulo IX de la *Epístola á los Romanos*.

Según San Pablo, cuya teoría ha sido adoptada sucesivamente por Agustín, por los reformadores del siglo XVI, y después por Jansenio, Pascal, etc., el hombre no puede adquirir la salvación por sus propias obras, porque su naturaleza le lleva irremisiblemente al mal.

Esta inclinación funesta es el resultado de la caída del primer hombre y de la corrupción que se extiende en la humanidad entera, siendo tal corrupción herencia de todos los descendientes de Adam. Por la concepción, se transmite á los hijos el pecado de los padres. Tal dogma se llama el *traducianismo*, y las Iglesias cristianas no parecen percibir que por esta afirmación monstruosa se constituyen en aliadas del materialismo, que proclama la misma teoría con el nombre de ley de la herencia.

Todos los hombres perdidos por el pecado de Adam, serían

entregados á la condenación eterna, si Dios, en su misericordia, no hubiera encontrado el medio de salvarlos. Este medio es la redención. El hijo de Dios se hizo hombre. En su vida terrestre ha cumplido la voluntad de su Padre y dado satisfacción á su justicia, ofreciéndose en holocausto por la salud de todos.

De este dogma resulta que los fieles no son salvados por ejercicio de su libre voluntad ni por sus propios méritos, puesto que no hay libre albedrío ante la soberanía de Dios, sino por efecto de una gracia que el mismo Dios otorga á sus elegidos. Deduciendo todas las consecuencias lógicas de este principio, podría decirse: Dios es quien atrae á sus elegidos; Dios es quien endurece á los pecadores. Todo se hace por la predestinación divina. Adam, pues, no ha pecado por su libre albedrío. Es Dios, soberano absoluto, quien lo ha predestinado á la caída.

Dicho dogma conduce á resultados tan deplorables, que el mismo Calvino, que lo ha afirmado con todas sus consecuencias, hablando de los hombres predestinados á la condenación eterna, lo llama un «decreto horrible» (*decretum horribile*). «Pero—añade—Dios ha hablado y la razón debe someterse.»

¡Dios ha hablado! Pero ¿dónde y por quién ha hablado? En los textos oscuros, obra de una imaginación turbada.

Y para imponer tales miras, para inculcarlas en los espíritus, Calvino no ha retrocedido ante el empleo de la violencia. La hoguera de Servet nos lo atestigua.

Lógica terrible que, procediendo de verdades mal comprendidas, como ya lo hemos dicho, se confunde en sus propios sofismas y apela al fuego y al hierro para imponerse y dirimir cuestiones inexplicables, para aclarar un *imbroglio* creado por la ignorancia y las pasiones.

«¡Cómo!—replicaba Pelagio á Agustín—Dios nos perdona «nuestros propios pecados, y nos atribuye los de otro?»

«Hay, dice San Pablo, ¹ un solo Dios y un solo *mediador* ² entre Dios y los hombres: Jesucristo, hombre.»

¡Mediador, es decir, intermediario, medium incomparable, vínculo que une la humanidad con Dios, hé ahí lo que es Jesús! Mediador y no redentor, pues que la idea de redención no resiste el examen. Es contraria á la justicia divina, así como al orden majestuoso del universo. Entre los mundos que pueblan el espacio, no es la tierra el único sitio de expiación y dolor. Hay otros lugares de sufrimiento donde las almas, cautivas en la materia, aprenden, como aquí abajo, á dominar sus vicios y á adquirir cualidades que les facilitarán el acceso á mundos dichosos.

Si el sacrificio de Jesús era necesario para salvar la humanidad terrestre, Dios debería también socorro á las demás humanidades desgraciadas. Mas siendo ilimitado el número de mundos inferiores donde dominan las pasiones materiales, el hijo de Dios estaría condenado, por lo mismo, á sufrimientos y sacrificios sin fin. Tal hipótesis es inadmisibile.

«Con su sacrificio, dicen otros teólogos, Jesús ha vencido el pecado y la muerte, porque la muerte es el precio del pecado y un espantoso desorden en la creación.»³

Sin embargo, se muere desde la venida de Jesús, como se moría antes de él. La muerte, considerada por ciertos cristianos como una consecuencia del pecado y un castigo del ser, es, por lo tanto, una ley natural y una transformación necesaria para el progreso y la elevación del alma. No puede ser ele-

¹ *Epist. á Timoteo, cap. II, 5.*

² Esta expresión de mediador es aplicada en otra ocasión á Jesús por el autor de la *Epístola á los hebreos*.

³ De Pressensé. *Jesucristo, su tiempo, su vida, sus obras*, p. 654. Esta opinión se encuentra también en muchos autores católicos.

mento de desorden en el universo. Juzgarla de este modo, ¿no es desconocer la sabiduría divina? Así es como, partiendo de un punto de vista erróneo, los hombres de la Iglesia llegan á las concepciones más extrañas.

Cuando afirman que Jesús, por su muerte, se ha ofrecido á Dios en holocausto por el rescate de la humanidad, ¿no equivale esto á decir, para aquellos que creen en la divinidad del Cristo, que él se ha ofrecido á sí mismo? ¿Y de qué ha rescatado á los hombres? No de las penas del infierno, puesto que se nos repite cada día que los hombres muertos en reato de pecado mortal son condenados á las penas eternas.

La palabra pecado no expresa por sí misma más que una idea confusa. La violación de la ley produce en cada ser un menoscabo moral, una sublevación de la conciencia, que es causa de sufrimiento íntimo y disminución de las percepciones anímicas. De este modo el ser se castiga á sí mismo. Dios no interviene: él no puede ser ni atacado ni ofendido, porque Dios es el infinito y el absoluto; ninguna ser podrá causarle agravio alguno.

Si el sacrificio de Jesús ha rescatado á los hombres, ¿por qué se les bautiza aún? Tal redención, en todo caso, no puede aplicarse más que á los cristianos y á aquellos que han conocido y aceptado la doctrina del Nazareno. ¿Habría, pues, dejado fuera de su círculo de acción la mayor parte de la humanidad? Todavía hoy hay en la tierra mil millones de hombres que viven fuera de las Iglesias cristianas, en la ignorancia de sus leyes, privados de esa enseñanza sin cuya observancia—se nos dice—«no hay salvación.» ¿Qué pensar de miras tan opuestas á los verdaderos principios de justicia y de amor que rigen los mundos?

No, la misión del Cristo no era rescatar con su sangre las faltas de la humanidad. La sangre, aun de un Dios, no podría rescatar á nadie. Cada cual debe rescatarse á sí mismo, rescatarse de la ignorancia y del mal. Esto es lo que millares de es-

piritus afirman en todos los puntos del globo. El Cristo ha descendido de las esferas luminosas para manifestar á los hombres el camino que conduce hacia Dios. Ha venido para enseñarnos á amar, á sufrir, á trabajar por nuestra elevación y por la de la muchedumbre humana.

Otros, antes que él, han puesto á los pueblos en la vía del bien y de la verdad. Nadie lo ha hecho con esa exquisita dulzura, con esa profunda ternura que caracteriza la enseñanza de Jesús. Nadie ha sabido, como él, enseñarnos á amar las virtudes modestas y ocultas. Hé ahí el poder, la grandeza moral del Evangelio; hé ahí el elemento vital del cristianismo, que se abate bajo el peso de los dogmas extravagantes de que está sobrecargado.

El dogma de las penas eternas debe ocupar nuestra atención. Arma temible en manos del sacerdote, en épocas de fé; amenaza suspendida sobre la cabeza del hombre, ha sido para la Iglesia un medio incomparable de dominación.

¿De dónde viene esta concepción de Satán y del infierno? Únicamente de las falsas nociones que de la idea de Dios nos ha legado el pasado. Toda la humanidad primitiva ha creído en los dioses del mal, en el poder de las tinieblas, y esta creencia se ha consignado en leyendas pavorosas, en imágenes terribles, que se han transmitido de generación en generación y han inspirado gran número de mitos religiosos. Las fuerzas misteriosas de la naturaleza, al manifestarse, difundían el terror en el espíritu de los primeros hombres. Por todas partes, en su derredor, en la sombra, creían ver surgir formas amenazantes prestas á asirlos, á estrecharlos en horrible abrazo. El hombre ha personificado é individualizado esos maléficis poderes; por esto ha creado los dioses del mal. Y estas remotas

tradiciones, herencia de razas que han desaparecido, perpetuadas de edad en edad, se encuentran todavía hoy en las religiones actuales.

De ahí Satán, el eterno rebelado, el eterno enemigo del bien, más poderoso que Dios mismo, puesto que reina en calidad de amo sobre el mundo, y que las almas, creadas para la felicidad, caen, la mayor parte, bajo su imperio; Satán, la astucia, la perfidia en persona, y después el infierno y sus torturas refinadas, cuya pintura enloquece las imaginaciones sencillas y asustadizas.

Así es como en todos los dominios del pensamiento, el hombre terrestre ha sustituido á las luces puras de la razón que Dios le dió como un guía seguro, las quimeras de su imaginación turbada.

Es verdad que nuestra época escéptica y burlesca no cree mucho en el diablo; pero los sacerdotes no cesan en su tarea de enseñar la existencia de ese diablo y la del infierno. De tiempo en tiempo pueden oírse predicaciones en que hacen la descripción de los castigos reservados á los condenados. La Iglesia persiste en proscribir la ciencia y el conocimiento de la verdad, en introducir al demonio en todas las cosas, hasta en el dominio de la psicología moderna. Amenaza con las llamas eternas á todo hombre que intenta emanciparse de un *Credo* que su razón y su conciencia rechazan. De este modo, el Evangelio de amor se ha convertido en sus manos en instrumento de terror.

Pero ¿no basta reflexionar, considerar un instante la obra divina para rechazar toda creencia en el demonio? ¿Cómo admitir que el foco supremo del Bien y de lo Bello, que la fuente inagotable de bondad, de misericordia, haya podido crear ese ser monstruoso y maléfico? ¿Cómo creer que Dios ha podido dar á este ser, con la ciencia del mal, todo poder sobre el mundo, y que le haya entregado, como fácil presa, toda la familia humana? No; Dios no ha podido crear la inmensa mayoría de sus

hijos para perderlos, para hacer su eterna desgracia: Dios no ha podido dar el poder á aquel que debe abusar más de él, al ser más inicuo y malvado. Esto es inaceptable, indigno del criterio de una alma que cree en la justicia y en la bondad del Creador.

Admitir á Satán y el infierno eterno, es hacer injuria á la Divinidad. Una de dos: ó Dios tiene la presciencia y ha sabido cuáles serían los resultados de su obra, y al realizarla se ha convertido en el verdugo de sus criaturas; ó bien, no ha previsto tal resultado, y en ese caso no tiene la presciencia, y es tan falible como su obra; y entonces la Iglesia, al proclamar la infalibilidad del Papa, le ha elevado sobre Dios! Con tales concepciones se ha endilgado á los pueblos al escepticismo y al materialismo. Es lo que ha hecho la Iglesia Romana, y por su monstruosa obra ha contraído las más graves responsabilidades.

En cuanto á los castigos reservados á los culpables como sanción penal y para asegurar el cumplimiento de la ley de justicia, no hay necesidad de ocurrir á cosas imaginarias.

Si echamos una ojeada en derredor de nosotros, veremos que por donde quiera, en la tierra, nos acecha el dolor. No es necesario salir de este mundo para encontrar sufrimientos proporcionados á las faltas, y situaciones expiatorias para todos los culpables. ¿Para qué buscar el infierno en quiméricas regiones? El infierno está al derredor nuestro. ¿Cuál es el verdadero sentido de la palabra infierno? ¡Lugar inferior! La Tierra es, sin duda, uno de los mundos inferiores del universo. El destino del hombre aquí abajo, es muchas veces demasiado duro, y la suma de sus males bastante grande; y es por demás entenebrecer con fantásticas concepciones las perspectivas del porvenir. Tales concepciones son un ultraje á Dios. No puede haber males eternos, sino solamente temporales, apropiados á las necesidades de la ley de evolución y de progreso. El principio de las reencarnaciones sucesivas es más equitati-

vo que la noción del infierno perdurable, puesto que realiza la justicia y la armonía en el universo. Con la sucesión de nuevas y penosas encarnaciones terrestres, el culpable rescata sus faltas pasadas. La ley del destino se teje por cada uno de nosotros con la trama de nuestras buenas ó malas acciones, y todas repercuten al través del tiempo con sus consecuencias felices ó funestas. Así es como cada uno prepara su cielo ó su infierno.

El alma, en la parte inferior de su evolución, encerrada en el círculo de sus vidas terrestres, vacilante, incierta, sacudida por atracciones diversas, ignorando los grandes destinos que la esperan y el objeto de la creación, yerra, languidece y se abandona á las pasiones y á los atractivos materiales que la arrastran. Pero poco á poco, por el desenvolvimiento de sus fuerzas psíquicas, de sus conocimientos, de su voluntad, el alma se eleva, se emancipa de las influencias inferiores, y cerniéndose por cima de las miserias de esta vida, contempla las regiones divinas.

Tiempo vendrá en que el mal no será ya la condición de esta vida, y en que los seres, purificados por el sufrimiento, después de haber recibido la prolongada educación de los siglos, dejarán la vía obscura para adelantarse hacia la eterna luz. Las humanidades, unidas por los lazos de una solidaridad estrecha y de un profundo afecto, marcharán de progreso en progreso, de perfección en perfección, hacia el gran foco, hacia el fin supremo que es Dios, cumpliendo de este modo la obra del Padre, que no ha querido la perdición, sino la felicidad y la elevación de todos sus hijos.

El principal argumento de los defensores de la teoría del infierno, es que la ofensa hecha por el hombre, ser finito, á Dios, ser infinito, es, por consiguiente, infinita, y merece una pena eterna.

Mas todo matemático nos dirá que la relación de una cantidad finita á un infinito, es nula. Se puede retorcer el argumento y decir que el hombre, ignorante y finito, no puede ofender lo infinito, y que por consiguiente su ofensa es nula con relación á dicho infinito.

El hombre no puede hacer mal sino á sí mismo, retardando su elevación y atrayéndose los sufrimientos que origina todo acto culpable. ¿Los Jefes de la Iglesia están realmente convencidos de la existencia del infierno eterno, ó lo consideran más bien como un espanto ilusorio, pero necesario, para la virtud de la humanidad? Esto es lo que podría creerse contestando las siguientes palabras de San Jerónimo, el traductor de la Vulgata:

..... «Tales son los motivos en que se apoyan aquellos que quieren hacer entender que *después de los suplicios y tormentos vendrán los consuelos, lo que se debe ocultar, en cuanto al presente, á aquellos para quienes es útil el temor, á fin de que, temiendo los suplicios, se abstengan de pecar. (Quæ nunc abscondenda sunt ab his quibus timor est utilis, aut, dum supplicia reformidant, peccare desistant.)* ¹

Verdad es que San Jerónimo no ha temido introducir en el texto del Evangelio de San Mateo estas expresiones: «el fuego eterno», «el suplicio eterno». Mas las palabras hebreas

¹ San Jerónimo, *Obras*, edición benedictina de 1704, tom. III, col. 514. San Jerónimo cita los textos siguientes; *Rom.* XI, 25, 26, 32; *Micheas*, VII, 9, 19, etc.

que se han traducido de este modo, no parecen tener el sentido que los latinos les han atribuido (1)

Tal no puede ser el pensamiento de aquél que ha dicho: «Dios no quiere que ninguno de estos pequeñitos perezca.» Estas palabras son confirmadas por las de los apóstoles.

«Dios quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad.» (San Pablo I, á *Timoteo*, II, 4.)

«Dios es el salvador de todos los hombres» (San Pablo I, á *Timoteo*, IV, 10.)

«Dios no quiere que ningún hombre perezca, sino que todos lleguen á la penitencia.» (San Pedro II, *Epistola*, III, 9.)

Muchos de los Padres de la Iglesia opinan de la misma manera; en primer lugar San Clemente de Alejandria, el maestro de Orígenes, quien dice:

«El Cristo salvador obra de modo que al fin consigan todos el bien, y no solamente algunos privilegiados. El soberano Maestro ha dispuesto todo, ya en el conjunto, ya en los detalles, para que se alcance tal fin.» ²

En seguida, San Gregorio de Niza es quien se rebela, del modo más serio, contra la eternidad de las penas. En su concepto:

«Es necesario que el alma inmortal sea purificada de sus

1 La palabra *eterno*, que se encuentra frecuentemente en las Escrituras, no parece que deba tomarse á la letra, sino como una de esas expresiones enfáticas tan usadas por los orientales. Cuántas promesas, calificadas de eternas, hechas al pueblo hebreo ó á sus jefes, no han tenido más que una realización muy restringida!

¿En donde está aquella tierra que los hebreos debían poseer eternamente? *in æternum*. (Levítico, XXV, 46) ¿En dónde están aquellas piedras del Jordán que Dios anunció que debían ser, para su pueblo, un monumento *eterno*? (Josué, IV, 7.) ¿En dónde la alianza *eterna*, concluída con la raza de David? (II Reyes, XXIII, 5.) ¿En donde aquellos levitas, escogidos para servir *eternamente* al Señor? (I, *Paralelipom.*, XV, 2.) ¿En dónde aquella estirpe de Salomón, que debía reinar *eternamente* sobre Israel [*Paralelipom.*, XXII, 10.] y tantas otras promesas antiguas? En todos estos casos la palabra *eterno* parece significar sencillamente *larga duración*.

² Tomado del *Exámen crítico de las doctrinas de la Religión cristiana*, de Patricio Laroque. Las palabras están citadas en griego.

«manchas y curada de sus enfermedades. Las pruebas terrestres tienen por objeto efectuar esta curación, que se acaba después de la muerte, cuando no ha podido ser realizada en esta vida. Cuando Dios hace sufrir al pecador, no es por un espíritu de odio ni de venganza; quiere atraer el alma á sí, á él que es la fuente de toda felicidad. El fuego de la purificación dura sólo el tiempo conveniente, y el único objeto de Dios es convertir á los hombres en partícipes de los bienes que constituyen su esencia.»¹

De allí viene la idea del Purgatorio, término medio adoptado por la Iglesia, que ha retrocedido ante la enormidad de las penas eternas aplicadas á ciertas faltas ligeras. Ahora bien, el purgatorio, en la mayor parte de los casos, es la vida terrestre y las pruebas que ésta trae consigo. Los primeros cristianos no ignoraban esto. La Iglesia de la Edad Media ha desechado esta explicación, que hubiera entrañado la afirmación de la pluralidad de las existencias del alma y la ruina de la institución de las indulgencias, fuente de grandes provechos para los pontífices romanos. Y ya se sabe los abusos que esto ha originado.

* * *

En realidad, Satán no es más que una alegoría. Satán es el símbolo del mal. Pero el mal no es un principio eterno, coexistente con el bien. Su reinado pasará. El mal es el estado transitorio de los seres en vía de evolución.

No hay ni vacío ni imperfección en el universo. La obra divina es armónica y perfecta. De esta obra el hombre no ve más que un fragmento, y sin embargo, quiere juzgarla según

¹ Tomado del *Exámen crítico de las doctrinas de la Religión cristiana*, de Patricio Laroque. Las palabras están citadas en griego.

sus restringidas percepciones. El hombre, en su vida presente, no es más que un punto en el tiempo y en el espacio. Para juzgar la creación, le sería necesario abarcarla toda entera, medir la cadena de los mundos que está llamado á recorrer, y la sucesión de las existencias que le esperan en el seno del porvenir. Tan vasto conjunto escapa á sus concepciones; de ahí sus errores, de ahí lo falso de sus juicios.

Casi siempre, lo que nosotros llamamos mal no es más que el sufrimiento; mas éste es necesario, pues sólo él conduce á formar un recto raciocinio. Gracias á él, el hombre aprende á distinguir, á analizar sus sensaciones.

El alma es una chispa salida del foco creador y eterno. En medio del sufrimiento llega á la plenitud de la luz, á la conciencia perfecta de sí misma. El dolor es como la sombra que hace apreciar y resaltar la luz. Sin la noche, ¿contemplaríamos las estrellas? El dolor rompe la cadena de las fatalidades materiales y abre al alma las puertas que dan acceso hacia la vida superior.

En el punto de vista físico, el mal, el sufrimiento, son á menudo cosas relativas y de mera convención. Las sensaciones varían á lo infinito según las personas; agradables para unos, serán dolorosas para los otros. Hay mundos muy diferentes del medio terrestre, donde todo será penoso para unos, en tanto que los demás hombres podrán vivir allí cómodamente.

Si hacemos abstracción del medio estrecho en que vivimos, el mal no nos parecería ya como causa fatal, ó principio inmutable, sino de efectos pasajeros, variando según los individuos, transformándose y alternándose con su perfeccionamiento.

El hombre, ignorante al principiar su ruta, debe desarrollar su inteligencia y su voluntad por constantes esfuerzos. En su lucha contra la naturaleza, su energía se tiempla, su ser moral se vigoriza y engrandece. Gracias á esta lucha, se realiza el progreso y se prosigue la ascensión de la humanidad, subiendo de etapa en etapa, de peldaño en peldaño, hacia lo bueno y lo

mejor, conquistando por sí misma su preponderancia sobre el mundo material.

Si el hombre hubiera sido creado feliz y perfecto, hubiera quedado confundido en la perfección divina; no hubiera podido individualizar el principio espiritual que hay en él. No hubiera tenido ni trabajo, ni esfuerzos, ni progreso en el universo; nada más que la inmovilidad, la inercia. La evolución de los seres habría sido reemplazada por una triste y monótona perfección. Tal sería el paraíso del catolicismo.

Debido al látigo de la necesidad, al aguijón del anhelo y del dolor, el hombre marcha, avanza, se eleva, y de vidas en vidas, de progreso en progreso, llega á imprimir en el mundo el sello de su inteligencia y de su dominación.

Lo mismo sucede con el mal moral. Como el mal físico, no es más que un aspecto pasajero, una forma transitoria de la vida universal. El hombre hace el mal por ignorancia, por debilidad, y sus actos reaccionan en él. El mal es la lucha que se produce entre las potencias inferiores de la materia y las superiores que constituyen su ser pensante, su verdadero yo. Pero del mal y del sufrimiento nacerán un día la felicidad y la virtud. Cuando el alma haya vencido las influencias materiales, gozará de esa quietud feliz, como si el mal jamás hubiera existido.

No es, pues, el infierno el que lucha contra Dios; no es Satán quien echa sus redes en el mundo. No. Es el alma humana que busca su camino en la sombra, es ella la que se esfuerza por mantenerse en su personalidad grandiosa y, después de muchos desfallecimientos, de caídas frecuentes y de benéficas reacciones, doma sus vicios, conquista la fuerza moral y la verdadera luz. Así, lentamente, de edad en edad, al través del flujo y reflujó de las pasiones, se acentúa el progreso y se realiza el bien.

El imperio del mal está en los mundos inferiores y tenebrosos; es la multitud de almas atrasadas que se agitan en las vías del error y del crimen, girando en el círculo de las existencias

materiales, y sujetas á duras pruebas, bajo el látigo del dolor; saliendo lentamente de ese abismo de sombra, de egoísmo y de miseria para iluminarse con los rayos de la ciencia y la caridad. Satán, es la ignorancia, es la materia y sus groseras influencias; Dios, es el conocimiento, es la claridad sublime, cuyo reflejo ilumina toda conciencia humana.

La marcha de la humanidad se proseguirá hacia las alturas. El espíritu moderno se emancipará más y más de los prejuicios del pasado. La vida perderá el aspecto feroz de los siglos de hierro, para convertirse en campo pacífico y fecundo en que el hombre trabajará en el desarrollo de sus benéficas aptitudes y de sus cualidades morales.

El mal no se ha extinguido aún en la Tierra, ni la lucha ha concluido. Los vicios, las pasiones, enraizan en el fondo del alma humana. Son de temerse tempestades sociales y conflictos terribles. Por donde quiera parece percibirse el sordo ruido de conflagraciones, y escucharse voces que piden justicia.

La lucha es muchas veces necesaria en los mundos de la materia; necesaria para arrancar al hombre de su embotamiento, de sus groseros placeres, para preparar el advenimiento de una sociedad nueva. Como la lumbré se desprende al choque del pedernal, así, del choque de las pasiones puede surgir una idea nueva, una forma más alta de la justicia, según la cual la humanidad modelará sus instituciones.

El hombre moderno ya siente aumentar en sí la conciencia de su papel y de su valor. Muy pronto se sentirá adherido al universo, participando de su vida inmensa; será para siempre el ciudadano del cielo. Por su inteligencia, por su alma, el hombre sabrá obrar, colaborar en la obra universal: se convertirá á su vez en creador, obrero de Dios.

La nueva revelación le habrá enseñado á conocerse, á conocer la naturaleza del alma, su papel y sus destinos. Esta le dará á conocer el doble poder que posee sobre el mundo de la materia y sobre el mundo del espíritu. Todas las incoherencias,

todas las aparentes contradicciones de la obra divina se explicarán para él. Lo que él llamaba el mal físico y el mal moral, todo lo que le parecía la negación del bien, de lo bello, de lo justo, todo se unificará en la síntesis de una obra poderosa y fuerte, en la armonía de leyes sabias y profundas. El hombre verá disiparse el espantoso sueño, la pesadilla de la condenación, elevará su alma hacia el espacio que llena el pensamiento divino, hacia el espacio de donde desciende el perdón de todas las faltas, el rescate de todos los crímenes, el consuelo para todos los dolores; hacia el espacio espléndido donde reina la misericordia eterna.

Los poderes del infierno serán desvanecidos para siempre; el reino de Satán habrá tocado á su fin; el alma, emancipada de sus terrores, se reirá de los fantasmas que tan largo tiempo la han espantado.

¿Hablaemos de la resurrección de la carne, dogma según el cual los átomos de nuestro cuerpo carnal, desmenuzados, dispersos en mil cuerpos nuevos, deben reunirse un día, reconstituir nuestra envoltura y comparecer en el último juicio?

Las leyes de la evolución material, la circulación incesante de la vida, el giro de moléculas que pasan en innumerables corrientes, de formas en formas, de organismos en organismos, hacen inadmisibile esta teoría. El cuerpo humano se modifica constantemente; los elementos que lo componen se renuevan enteramente en menos de siete años. Ninguno de los átomos actuales de nuestra carne se volverá á encontrar en la muerte, por poco que se prolongue nuestra vida, y aquellos que constituyeron entonces nuestra envoltura serán dispersos en el espacio.

La mayor parte de los padres de la Iglesia lo entendían de otra manera. Conocían la existencia del periespíritu, de ese

cuerpo fluidico, sutil, imponderable, que es la envoltura permanente del alma, antes, durante y después de la vida terrestre: los padres de la Iglesia le llamaban cuerpo espiritual. San Pablo, Orígenes y los Padres alejandrinos afirmaban su existencia. En su concepto, el cuerpo de los ángeles y el de los elegidos, formados de este sutil elemento, "eran incorruptibles, ligeros, tenues, y en gran manera ágiles."¹

De esta manera no atribuían la resurrección más que á aquel cuerpo espiritual, el cual resume en su substancia, quintesenciada todas las groseras envolturas, todos los atavios perecederos que el alma ha revestido, abandonados después, en sus peregrinaciones al través de los mundos.

El periespíritu, penetrando con su energía todas las materias pasajeras de la vida terrestre, merece sólo, en efecto, el nombre de cuerpo.

La cuestión, por lo tanto, estaba simplificada. Dicha creencia de los primeros Padres en el cuerpo espiritual, arrojaba, por otra parte, bastantes luces acerca del problema de las manifestaciones ocultas.

Tertuliano dice (*De carne Christi*, cap. VI):

«Los ángeles tienen un cuerpo que les es propio y pueden transfigurarse en carne humana; pueden, por cierto tiempo, manifestarse á los hombres y comunicarse visiblemente con ellos.»

Hágase extensivo á los espíritus de los muertos el poder que Tertuliano atribuye á los ángeles, y se tendrá explicado el fenómeno de las materializaciones y de las apariciones.

Por otra parte, si se consulta con atención las Escrituras, se notará que el grosero sentido atribuido en nuestros días por la Iglesia á la resurrección no está de manera alguna justificado. No se encontrarán los términos: "resurrección de la carne," sino más bien "resucitar de entre los muertos" (a "mortuis

¹ Véase la nota complementaria núm. 9.

resurgere), y, en un sentido más general, la resurrección de los muertos (*resurrectio mortuorum*). La diferencia es grande.

Según los textos, la resurrección, tomada en el sentido espiritual, es el renacimiento a la vida en el más allá; es la espiritualización de la forma humana para aquellos que son dignos de ello, y no la operación química que reconstituiría los elementos materiales: es la depuración del alma y de su periespíritu, tejido fluidico en el cual está formado el cuerpo material en el tiempo de la vida terrestre.

Es lo que el Apóstol se esforzaba en hacer entender:

«El hombre está sembrado en la corrupción,¹ y se reconstruye en la incorruptibilidad; está sembrado en la ignominia, y se reconstruye en la gloria; está sembrado en la enfermedad, y se reconstruye en el poder. *Es sembrado cuerpo animal, y se reconstruye cuerpo espiritual*. Yo os lo digo, hermanos míos, la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción heredar la incorruptibilidad»

Algunos teólogos adoptan esta interpretación, dando a los cuerpos resucitados propiedades desconocidas para la materia carnal, haciéndolos "luminosos, ágiles como espíritus, sutiles como éter, é impasibles."²

Tal es el verdadero sentido de la resurrección de los muertos, como la entendían los primeros cristianos. Si se ve, en época posterior, aparecer en ciertos documentos, y en particular en el simbolo aprócrifo de los apóstoles, la palabra *resurrección* de la carne, es siempre en el sentido de reencarnación,³ — es decir, la vuelta a la vida material, — acto por el cual el alma revisita una nueva carne para recorrer el camino de sus existencias terrestres.

¹ *I Epist. á los Cor.*, XV, 42, 50 (traducido del texto griego); véase también XV, 52, 56; *Epist. á los Filip.*, III, 21. San Juan, V, 28 y 29; San Ignacio, *Epist. á los Tral.* IX, 1.

² Abate Petit, *La Renovación Religiosa*, pp. 48-53. Véase también al fin la nota núm. 9.

³ Abate Petit, obra citada, p. 53, l. 8.

El cristianismo, con el triple aspecto que ha revestido en nuestros días: catolicismo romano, protestantismo ortodoxo ó religión griega, no ha sido constituido de una vez y en un momento, como creen algunos, sino lentamente, con el transcurso de los siglos, en medio de vacilaciones, de encarnizadas luchas y de profundos desquiciamientos. Cada dogma edificándose sobre otro, venía á afirmar lo que en los tiempos anteriores se había negado. El mismo siglo XIX ha visto promulgados de los dogmas más discutidos, los más controvertidos, el de la inmaculada concepción y el de la infalibilidad papal, de los que un sacerdote católico de gran valía ha podido decir:

"Inspiran poca veneración cuando se ve la manera como se han instituido."¹

Sin embargo, esta obra de los siglos, de la que la tradición eclesiástica ha hecho una doctrina ininteligible, habría podido convertirse en vestidura de una religión razonable, conforme á los datos de la ciencia y á las exigencias del sentido común, si, en lugar de tomar cada dogma á la letra, se hubiera visto en él una imagen, un transparente simbolo.

Despojando el dogma cristiano de su carácter sobrenatural, casi siempre podria encontrarse en él una idea filosófica, una enseñanza substancial.

Por ejemplo, la Trinidad, definida por la Iglesia "un solo Dios en tres personas," no sería, en este punto de vista, más que un concepto del espíritu, representando la Divinidad bajo tres aspectos esenciales: la Ley, viva é inmutable, es el Padre; la Razón ó la Sabiduría eterna, el Hijo; el Amor, fuerza creadora y fecunda, el Espíritu Santo.

¹ Padre Archal, *El Espíritu Consolador*, p. 24.

La encarnación del Cristo, es la divina sabiduría descendiendo del cielo á la humanidad, y tomando cuerpo, para formar un tipo de perfección moral ofrecido como ejemplo á los hombres.

De esta suerte se podrían explicar, de un modo sencillo, claro, racional, todos los dogmas antiguos del cristianismo, aquellos que emanan de la doctrina secreta enseñada en los primeros siglos, y de la cual se ha perdido la clave y desconocido el sentido.

En cuanto á los dogmas modernos, no puede verse en ellos más que el resultado de la ambición sacerdotal. Han sido promulgados para hacer más completa la esclavitud de las almas.

Mas por profundo que sea el pensamiento filosófico oculto bajo el simbolo, no será suficiente, en lo sucesivo, para efectuar la restauración de las creencias humanas. Las leyes superiores y los destinos del alma nos son revelados por voces más autorizadas que las de los pensadores de la antigüedad, las de los seres que habitan el espacio y viven de esa vida fluidica que será un día la nuestra.

Esta revelación servirá de base á las creencias del porvenir, porque entraña la demostración deslumbrante de ese más allá de que está sedienta el alma, de ese mundo espiritual á que aspira, y que las religiones le han presentado hasta ahora bajo formas tan incompletas como quiméricas.

* * *

La explicación racional de los dogmas puede extenderse á los sacramentos, instituciones respetables, si se les considera como figuras simbólicas, como medios sugestivos y de disciplina religiosa: pero que no se deben tomar á la letra en el sentido impuesto por la Iglesia.

Lo que hemos dicho del pecado original nos conduce á considerar el bautismo como simple ceremonia de iniciación, pues el agua es impotente para purificar el alma de sus manchas.

La confirmación ó imposición de las manos es el acto de transmisión de los dones fluidicos, del poder del Apóstol á otra persona. Tal poder sólo se justifica por los méritos adquiridos en las vidas anteriores.

La penitencia y la remisión de los pecados han dado origen á la confesión, pública al principio y hecha directamente á Dios; después auricular en la Iglesia católica, y dirigiéndose al sacerdote. Este, convertido en único árbitro, ha juzgado indispensable este medio para aclarar y discernir los casos en que la absolución es merecida. Pero ¿puede siempre fallar con certidumbre? La contrición del penitente, nos dice la Iglesia, es necesaria. ¿Y cómo establecer que es real y suficiente dicha contrición? La decisión del sacerdote proviene de la confesión de las faltas; y ¿es siempre cierto que dicha confesión sea completa?

Si consultamos los textos en que se funda la institución de la confesión, no encontraremos en ellos más que una cosa: que el hombre debe convenir en que sus agravios dañan al prójimo, que debe confesar sus faltas delante de Dios. De tales textos se deduce más bien esta consideración: la conciencia individual es sagrada y depende directamente de Dios. Nada hay en ellos que justifique pretensión del sacerdote de erigirse en juez.

Si San Pablo, hablando de la comunión y de aquellos que son dignos de ella, dice:

«Que cada uno se pruebe á sí mismo» (*I Epístola á los Corintios*, XI, 28), permanece mudo en lo que concierne á la confesión, considerada en nuestros días como indispensable en semejante circunstancia.

¹⁹ Mateo, III, 6; Lucas, XVIII, 3; Santiago, Epíst. III, 16; Juan, I, Epíst., I, 8, 9, II, 1, 2.

San Juan Crisóstomo, en un caso semejante, exclama:
 «Revelad vuestra vida á Dios, confesad vuestros pecados á
 Dios, confesadlos á vuestro juez, rogándole, *si no de palabra,*
 «al menos mentalmente, y suplicadle de tal manera, que os
 «perdone» (Homilía XXXI, sobre la Epist. á los hebreos.)

La confesión auricular nunca fué practicada en los primeros
 tiempos del cristianismo; tal institución no viene de Jesús, sino
 de los hombres.

En cuanto á la remisión de los pecados, deducida de las cé-
 lebres palabras del Cristo: "*Lo que es ligado en la tierra, atado
 será en el cielo,*" parece que tales palabras se aplican más bien
 á las costumbres, á los gustos materiales contraídos por el es-
 piritu durante la vida terrestre y que lo encadenan fluidica-
 mente á la tierra después de su muerte.

Después viene la eucaristía ó presencia real del cuerpo y de
 la sangre de Jesucristo, la hostia consagrada, el sacrificio de
 la cruz renovado todos los días, en los mil altares de la catoli-
 cidad á la voz del sacerdote, y la absorción por los fieles del
 cuerpo vivo y de la sangre del Cristo, según la fórmula del ca-
 tecismo del concilio de Trento:

«No es solamente el cuerpo de Jesucristo el que está con-
 tenido en la Eucaristía, con todo lo que constituye un cuerpo
 verdadero, como los huesos y los nervios: es Jesucristo
 «entero.»

¿De dónde viene este misterio afirmado por la Iglesia? De
 las palabras de Jesús tomadas á la letra, y que tenían un ca-
 rácter meramente simbólico. Evidentemente, el Cristo sólo
 quiso hablar de su cuerpo espiritual, personificando al hombre
 regenerado por el espíritu de caridad y de amor. La comuni-
 ón entre el sér humano y la naturaleza divina se opera por
 la unión moral con Dios, se realiza por los vuelos del alma ha-
 cia su Padre, por constantes aspiraciones hacia el foco divino.
 Toda ceremonia material es vana, si no corresponde á un es-
 tado elevado del pensamiento y del corazón.

* * *

El culto religioso es homenaje legítimo rendido al Todopo-
 deroso, es la devoción del alma hacia su Creador, la relación
 natural y esencial del hombre con Dios. Las prácticas de este
 culto son útiles; las aspiraciones que despiertan, la poesía con-
 soladora que él inspira, son apoyo para el hombre y protección
 contra sus pasiones. Mas para hablar al espíritu y al corazón
 del creyente, el culto debe ser sobrio en sus manifestaciones,
 debe renunciar á la ostentación de riquezas materiales, siem-
 pre nociva para el recogimiento y la oración. No debe dejar
 resquicio para supersticiones pueriles. Sencillo y grande en
 sus formas, debe producir la severa impresión de la majestad
 divina.

En las edades remotas, el culto exterior casi siempre ha
 excedido de los límites que le asigna la fe pura y elevada.
 Impulsado por el fanatismo religioso, que resulta de su igno-
 rancia y de su inferioridad moral, el hombre ha ofrecido á
 la divinidad sacrificios sangrientos; el sacerdote ha ence-
 rrado al espíritu de las generaciones en una red de cere-
 monias terribles.

Los tiempos han cambiado; la inteligencia se ha desarrollado;
 las costumbres se han dulcificado, pero la opresión sacerdotal
 se manifiesta aún en nuestros días, en esos ritos bajo los cua-
 les la idea de Dios se vela y se obscurece, en ese ceremonial
 cuyo lujo y esplendor cautivan los sentidos y desvían al pen-
 samiento del fin elevado que persigue. ¿No se nota bajo ese
 fausto, bajo esas pompas brillantes del catolicismo un espíritu
 de dominación que intenta invadirlo, ligarlo todo, y con formas
 diversas y prácticas exteriores, alejarse más y más del verda-
 dero ideal cristiano?

Es necesario, es urgente que el culto rendido á Dios se con-

vierta en sencillo, austero en su principio como en sus manifestaciones. ¡Qué progresos se realizarían, si el culto practicado en la familia, permitiese á todos sus miembros agrupados y con respetuoso recogimiento, elevar, en un arraque de fe, sus pensamientos y sus corazones hacia el Eterno; si, en épocas determinadas, todos los creyentes se reuniesen para oír de una boca autorizada la palabra de verdad! Entonces la doctrina de Jesús, mejor comprendida, sería amada y practicada; el culto, convertido en humilde y sincero, ejercería su acción eficaz en las almas.

A pesar de todo, el culto romano se obstina en conservar fórmulas tomadas de las antiguas religiones orientales, formas que ya nada dicen al corazón y son hábito rutinario para los fieles, sin influencia en su vida moral. Persiste en dirigirse á Dios, después de dos mil años, en una lengua que no se entiende ya, con palabras que murmuran los labios, pero de las que no se comprende el sentido.

Todas sus manifestaciones tienden á desviar al hombre del estudio profundo y de la reflexión, para desenvolver en él la vida contemplativa. Las largas oraciones y el ceremonial deslumbrante ocupan los sentidos, mantienen la ilusión y habitúan al pensamiento á funcionar mecánicamente, sin el concurso de la razón.

Todas las formas del culto romano son legado del pasado. Sus ceremonias, sus vasos de oro y de plata, sus cantos, sus procesiones, el agua lustral, son herencia del paganismo! Del brahmanismo ha tomado el altar, el fuego sagrado que arde en él, el pan y el vino que el sacerdote consagra á la Divinidad. Del budhismo ha copiado el celibato eclesiástico y la jerarquía sacerdotal.

Se ha verificado una lenta sustitución, en la que se vuelven á encontrar los vestigios de las creencias desvanecidas. Los dioses paganos se han convertido en demonios. Las divinidades de los Fenicios y de los Asirios, Baal Zeboud (Belzebú)

Aztaroth, Lucifer, fueron transformados en potencias infernales. Los heroes, los personajes reverenciados en la Galia, en Italia, en Grecia, han ascendido á la categoría de santos. Se conservó las fiestas de los pueblos antiguos, dándoles formas apenas diferentes, como la de los Muertos. El culto nuevo se ha ingertado en el antiguo, del que es, con otros nombres, la reproducción. Los mismos dogmas cristianos se encuentran en la India y en la Persia.

El Zend Avesta,¹ como la doctrina cristiana, contiene las teorías de la caída y de la redención, la de los buenos y de los malos ángeles, la desobediencia primitiva del hombre y la necesidad de la salvación por la gracia.

En medio de este conjunto de formas materiales y de añejas concepciones; en medio de esta fatigosa herencia de religiones desaparecidas que constituyen el cristianismo moderno, casi no se reconoce el pensamiento de su fundador. En efecto, los autores del Evangelio no habian previsto ni los dogmas, ni el culto, ni el sacerdocio. Nada semejante se encuentra en el pensamiento evangélico. Nadie ha estado menos imbuido que Jesús en el espíritu sacerdotal; nadie ha sido menos partidario de las formas, de las prácticas exteriores. Todo en él es sentimiento, elevación de la idea, pureza del corazón y sencillez.

En este punto, sus sucesores han desconocido completamente sus intenciones. Impulsados por los instintos materiales que dominan en la humanidad, han sobrecargado la religión cristiana de un aparato pomposo, bajo el cual se ha sofocado su idea primitiva. Pero tarde ó temprano, el pensamiento del Maestro, restablecido en su pristina pureza, brillará con nuevo esplendor. Las formas religiosas pasarán, las instituciones humanas se desquiciarán, la palabra del Cristo vivirá eternamente para vivificar las almas y regenerar las sociedades.

¹ Emilio Burnouf. *La ciencia de las religiones*, p. 222.

VIII.

DECADENCIA DEL CRISTIANISMO.

Han transcurrido diez y nueve siglos desde los tiempos del Cristo, diez y nueve siglos de autoridad para la Iglesia, de los cuales doce han sido de poder absoluto. ¿Cuáles son al presente, las consecuencias de su enseñanza?

El cristianismo tenía por misión conservar, explicar, propagar la doctrina de Jesús, hacer de ella la regla de una sociedad mejor y más feliz. ¿Ha sabido cumplir esta grande tarea? «Por sus frutos se conoce el árbol» dice la Escritura. Mirad el árbol del cristianismo. ¿Acaso se doblega bajo el peso de los frutos de esperanza y de amor?

El árbol es siempre gigantesco, sin duda, pero de su ancha copa ¿qué de ramas han sido cortadas, mutiladas, cuántas otras se han secado, cuántas han permanecido infecundas! El peregrino de la vida se detiene fatigado, bajo su sombra, pero es en vano que busque allí el reposo del alma, la confianza, la fuerza moral necesaria para proseguir su camino. Busca sombraje más saludable: ascia alimento más nutritivo, é instintivamente, sus miradas exploran el horizonte.

En nuestros días, en este siglo de progreso, el hombre no sabe aún nada del porvenir, nada de la suerte que le espera al fin de la etapa terrestre. La fe en la inmortalidad es muy débil en muchos de aquellos que se dicen discípulos del Cristo; muchas veces sus esperanzas vacilan combatidas por el soplo helado del escepticismo. Los fieles depositan sus muertos en el féretro, y, con los martillazos que golpean el ataúd, la duda pesa en sus almas y las oprime.

El sacerdote conoce su debilidad; se siente frágil, sujeto al error como aquellos que tienen la pretensión de dirigir, y si no fuera por su situación material y su ficticia categoría, que

quiere sostener á todo trance, reconoceria su insuficiencia y dejaria de ser un ciego, conductor de ciegos. Porque aquél que, no sabiendo nada de la vida futura y de sus verdaderas leyes, se erige en guía de los demás, es tan ciego como aquél de quien habla el Evangelio:

«Si un ciego conduce á otra ciego, ambos caerán en el hoyo.»
(Mateo, XV, 14)

La obscuridad ha entenebrecido el santuario. No hay obispo que parezca saber, respecto de las condiciones de la vida de ultratumba, lo que sabía el menor iniciado de los tiempos antiguos, el más humilde diácono de la Iglesia primitiva.

Fuera del santuario, reinan la duda, la indiferencia, el ateísmo. El ideal cristiano ha perdido su influencia sobre el pueblo, la vida moral se ha debilitado. La sociedad, ignorante del fin elevado de la existencia, se arroja con frenesí en busca de placeres materiales. Se ha iniciado un periodo de turbación y de trastornos, cuyo resultado serian el abismo y la ruina, si un nuevo ideal, aunque todavía velado, no comenzara á irradiar y á esclarecer las inteligencias.

Mas, ¿de donde viene el actual estado de cosas?

Durante doce siglos, la Iglesia ha dominado, manejando á su arbitrio el alma humana y la sociedad entera. Todos los poderes estaban en su mano, todas las autoridades estaban en ella ó procedían de ella. Reinaba sobre los espíritus y sobre los cuerpos, reinaba con la palabra y con el libro, por el hierro y por el fuego. Era señora absoluta en el mundo cristiano, ningún freno, ningún dique limitaba su acción. Y ¿qué ha hecho de esta sociedad? Se lamenta de su corrupción, de su escepticismo, de sus vicios. ¿Cree que acusándola se acuse á si misma? Esta sociedad es su obra; la verdad es que ha sido incapaz para dirigirla, para mejorarla. La sociedad escéptica y corrompida del siglo XVIII ha salido de sus manos. Son los abusos, los exesos, los errores del sacerdocio los que han formado el modo de ser de su espíritu. La imposibilidad de creer

en los dogmas de la Iglesia es la que ha conducido á la humanidad á la duda y la negación.

El materialismo ha penetrado el cuerpo social hasta en su médula. Mas ¿quién es el culpable? Si las almas hubieran encontrado en la religión bien enseñada, la fuerza moral, el consuelo, la dirección espiritual de que tenían necesidad, ¿estarían separadas de esas Iglesias, que han mecido en sus poderosas manos tantas generaciones? ¿Habrían cesado de creer, de esperar y de amar? La verdad es que la enseñanza de la Iglesia no ha logrado satisfacer las inteligencias y las conciencias. No ha podido dominar las costumbres, ha extendido por todas partes la incertidumbre, la turbación del pensamiento, y de ahí ha venido la vacilación en el cumplimiento del deber, y para muchos, la ruina de toda esperanza.

Si cuando la Iglesia se encontraba en la cúspide del poder no pudo regenerar á la humanidad ¿cómo podría realizarlo hoy? ¡Ah! quizás si ella abandonara sus palacios, sus riquezas, su culto fastuoso y teatral, el oro y la púrpura; si; cubiertos de sayal, con el crucifijo en la mano, los obispos, los príncipes de la Iglesia renunciando á sus bienes materiales y siendo, como Cristo, vagabundos sublimes, fuesen á predicar á las muchedumbres el verdadero Evangelio de paz y de amor, entonces quizá la humanidad creería en ellos. La Iglesia romana no parece dispuesta á hacer ese papel; el espíritu del Cristo parece abandonarla cada día más. Casi no queda en ella más que una forma exterior, una apariencia, bajo la que no hay más que el cadáver de una grande idea.

Las Iglesias cristianas, en su conjunto, subsisten sólo por una cosa: por lo que queda en ellas de moral evangélica: su concepción del mundo, de la vida, del destino, no es más que letra muerta. En efecto, ¿qué pensar, qué decir, de una enseñanza que ha obligado á los hombres á creer, á afirmar, durante algunos siglos, la inmovilidad de la Tierra y la creación del mundo en seis días? ¿Qué pensar de una doctrina que ve,

en la resurrección de la carne el único medio de volver los muertos á la vida? ¿Qué se puede responder á una concepción de la vida futura, que consiste en creer que los átomos de nuestro cuerpo deben volver á unirse un día? En vista de los nuevos datos que cada día vienen á aclarar el problema de la supervivencia, todo esto no es más que un sueño de niño.

Lo mismo sucede con la idea de Dios. El más grave reproche que se puede dirigir á la enseñanza de las Iglesias, es haber falseado, desnaturalizado la idea de Dios, y por consiguiente, haberla hecho odiosa para muchos espíritus. La Iglesia romana ha impuesto siempre á las multitudes el temor de Dios. Esto era un elemento necesario para realizar su plan de dominación, para doblegar á la humanidad semi-bárbara bajo el principio de autoridad, pero un sentimiento pernicioso, porque después de haber hecho largo tiempo esclavos, ha acabado por hacer rebeldes; un sentimiento malsano, el del terror, que después de haber llevado al hombre al temor, lo ha instigado á aborrecer, que le ha enseñado á no ver en el Poder supremo más que el Dios de los castigos espantosos y de las penas eternas, el Dios en cuyo nombre se han levantado los cadalsos y las hogueras, y en nombre del cual la sangre ha corrido en las salas de tortura. De ahí ha provenido esa reacción violenta, esa negación furiosa, ese odio á la idea de Dios, del Dios déspota y verdugo, odio que se traduce en este grito, que repercute hoy por todas partes, en nuestras moradas, en nuestras plazas, en nuestras publicaciones impresas: ¡Ni Dios, ni amo!

Y, si agregáis á esto la terrible disciplina impuesta á los fieles por la Iglesia de la Edad Media, los ayunos, las maceraciones, el temor perpetuo de la condenación, los escrúpulos exagerados, siendo una sola mirada, un pensamiento, una palabra culpable acreedores á las penas del infierno, comprenderéis qué sombrío ideal, que régimen de espanto ha hecho durante varios siglos, pesar la Iglesia sobre el mundo, obli-

gándolo á renunciar todo lo que constituye la civilización, la vida social, para no pensar más que en el bienestar personal con desprecio de las leyes naturales, que son las leyes divinas.

¡Ah! esto no es lo que enseñaba Jesús cuando hablaba del Padre, cuando afirmaba este solo, este verdadero principio del cristianismo, el amor, sentimiento que fecundiza el alma, la eleva de todo abatimiento, abre una salida á la expansión de afectos que ella encierra, sentimiento del que puede dimanar la renovación, la regeneración de la humanidad.

Puesto que nosotros no podemos conocer á Dios y acercarnos á él sino por el amor, sólo el amor es el que atrae y vivifica. Dios es todo amor y, para comprenderlo, es necesario desarrollar en sí ese principio divino. Es necesario cesar de vivir en la esfera del *yo*, para vivir en la esfera de lo divino que abarca todas las creaciones. Dios está en todo hombre que sabe amar. Amar y cultivar lo que hay de divino en nosotros y en la humanidad, es el secreto de todo progreso, de toda elevación. Es por lo que se ha dicho: "Amar á Dios sobre todas las cosas, y á tu prójimo como á ti mismo."

Por esto, las grandes almas cristianas se han elevado á sublimes alturas. Por esto, los Vicentes de Paul, los Franciscos de Asís y algunos otros han podido realizar obras que causan la admiración de los siglos. Su ardiente caridad no era inspirada por el dogma católico. Del Evangelio es de donde los nobles espíritus han tomado la fe y el amor que les animaba.

Si hubieran prevalecido los preceptos evangélicos, el cristianismo estaría en el apogeo de su poder y de su gloria. He aquí por qué es necesario volver á las enseñanzas puras del Cristo si se quiere levantar y salvar la religión; porque si la religión del poder tiene su grandeza, más grande es la del amor; si la religión de la justicia es grande, mayor lo es la del perdón y la misericordia. Tales son los verdaderos principios y el fundamento real del cristianismo.

Lo que ha pasado con la idea de Dios, ha sucedido con la concepción del mundo y de la vida. La Iglesia ha impuesto á las inteligencias, durante largo tiempo, la teoría antigua que hacía de la Tierra el cuerpo central, el más importante del universo; considerando al Sol y á los astros como tributarios que se agitan al derredor de ella. Los cielos eran como una bóveda sólida, encima el trono del Eterno, rodeado de las legiones celestiales; debajo de la tierra los lugares profundos, los infiernos. El mundo, creado hace seis mil años, debía tener fin próximo: de aquí, una amenaza constante para la humanidad. Con el fin del mundo coincidiría el terrible juicio definitivo, universal, para asistir al cual todos los muertos saldrán de sus tumbas, con sus cuerpos carnales, compareciendo ante el tribunal de Dios.

La astronomía moderna ha destruido estas falsas concepciones. Demuestra que nuestro globo es pequeña parte en el gran conjunto de los cuerpos celestes, y que las profundidades del cielo están pobladas de astros en número infinito. Por todas partes, tierras, soles, esferas, en vía de formación, de desarrollo ó de decrecimiento, mostrándonos las maravillas de una creación incesante, eterna, donde las formas de la vida se multiplican, se suceden y se renuevan, como alumbramientos de un pensamiento soberano.

Entre aquellos mundos que ruedan en la inmensidad de los cielos, nuestra Tierra es como un grano de arena, como un átomo perdido en el espacio. La Iglesia persiste en creer que sólo este átomo está habitado. Empero, la ciencia, la filosofía, la revelación de los Espíritus, nos demuestran la vida difundida en la superficie de esos mundos y elevándose de grado en grado, á través de lentas transformaciones, hacia un ideal de belleza y de perfección. Por todas partes, pueblos, razas, humanidades innumerables prosiguiendo sus destinos en el seno de la armonía universal.

La Iglesia enseña que hace seis mil años, un primer hombre

apareció sobre la Tierra, en un estado de felicidad del que ha caído por consecuencia de su pecado. Su antropología prehistórica coloca la existencia de la humanidad en épocas mucho más remotas. Nos muestra al hombre en estado salvaje al principio, del cual ha ido saliendo poco á poco, para elevarse, por un progreso constante, hasta la actual civilización.

El globo terrestre no ha sido creado en seis días; es un organismo que se ha desarrollado durante larguísimo tiempo. En las capas superpuestas que se extienden en su superficie, la geología nos muestra las fases sucesivas de su formación. La observación científica, el estudio paciente y perseverante de las leyes de la vida, han hecho reconocer la acción de una voluntad que ha dispuesto todas las cosas con un plan determinado. En virtud de ese plan, los seres poseen en sí el principio de existencia y se elevan, por gradaciones sucesivas, de formas en formas, de especie en especie, hacia tipos siempre más perfectos. En ninguna parte aparecen las huellas de una creación arbitraria ó milagrosa, sino más bien el trabajo lento de una creación que se efectúa por los esfuerzos de cada uno y en provecho de todos. Por donde quiera se revela la acción de leyes sabias y profundas, la manifestación de un orden universal, de un pensamiento divino que ha dejado al sér la libertad y los medios de desarrollarse por sí mismo, á costa de tiempo, de trabajo y de pruebas.

La Iglesia que, durante tantos siglos, ha enseñado, regentado, dirigido al mundo, ha ignorado siempre, en realidad, las verdaderas leyes del universo y de la vida. Patentes están, sin embargo, las obras de Aquel de quien se dice representante, y en nombre de quien pretende hablar y enseñar. Tales obras las ha desconocido y las desconoce aún. Sus explicaciones acerca del orden y la estructura del universo, respecto de la vida del alma y de su porvenir y de las fuerzas psíquicas del sér, han sido siempre erróneas.

Han sido necesarios los esfuerzos de la ciencia y del libre

pensamiento para sondear ese inmenso dominio de la naturaleza, del que la Iglesia decía ser poseedora y tener la verdadera interpretación. La ciencia es la que ha obligado á la Iglesia á rectificarse á sí misma, respecto de numerosos puntos, y á distinguir en el cristianismo, lo que era verdad esencial, de lo que era ficción ó alegoría.

La Iglesia ha considerado como herejes á los sabios que afirmaban el movimiento de la Tierra. Galileo fué condenado á prisión por haber enseñado que el globo terráqueo se mueve. El monje irlandés Virgilio fué excomulgado por el papa Zacarías, por haber afirmado que existen antípodas.

La Iglesia, tomando á la letra lo que sólo eran figuras, no podía creer en la esfericidad del globo, puesto que muchos pasajes de las Escrituras parecen indicar que tiene cuatro rincones. No obstante, declara que hablando de la inmovilidad de la Tierra en el centro del mundo, las Escrituras se referían al punto de vista de la ignorancia antigua, y se ha vuelto á encarrilar en estos casos, de acuerdo con el sistema de Galileo y de Descartes. Mas esto no ha sido sin grandes vacilaciones, puesto que las obras de Galileo y de Copérnico no han sido borradas del Índice sino en 1835. La Iglesia ha llegado insensiblemente á considerar como simple ficción lo que, en otro tiempo, era dógma para ella. En este punto, es la ciencia la que le ha ayudado á comprender la Biblia.

Lo mismo pasa con sus opiniones acerca de la creación. La grande antigüedad de nuestro planeta y su formación establecidas por la ciencia, han sido largo tiempo condenadas por la Iglesia como opuestas al relato del Génesis. Hoy, cede á la presión de los estudios geológicos, y sólo ve en ese relato un cuadro simbólico de la obra de la naturaleza, desenvolviéndose en el curso de los tiempos, conforme á un plan divino.

¿Se detendrá la Iglesia aquí? ¿No se verá obligada á in-

1 Véase en la nota núm. 10 el texto de la condenación de Galileo en 1615.

clinarse ante la historia y ante la exégesis, como ya lo ha hecho ante la astronomía y la geología? ¿No llegará á despojar la personalidad del Cristo y su alta misión moral de todas las hipótesis establecidas respecto de su origen y su naturaleza divinos?

La Iglesia, después de haber combatido á la ciencia y renegado de ella, deberá forzosamente ir tras ella y asimilarse todos sus descubrimientos si quiere vivir. Sus errores seculares quedarán sólo como un testimonio de su impotencia, para elevarse por sí misma al conocimiento de las leyes universales. Y se preguntará á la Iglesia—equivocada acerca de las cosas físicas, siempre comprobables—qué crédito se le puede acordar en lo concerniente á las doctrinas místicas, que han permanecido hasta aquí sin satisfactoria comprobación.

Todo nos demuestra que esta parte de su enseñanza no es menos defectuosa. Al multiplicarse las manifestaciones de los espíritus de los muertos, nos proporcionan medios de aclaración acerca de la vida de ultratumba, nuevas percepciones respecto al modo de ser de esta vida, y que vienen á arruinar las afirmaciones del dogma.

No podemos creer en un mundo, en el universo creado de la nada, que Dios gobierna por el milagro y por la gracia. Tampoco podemos creer que la vida sea un factor para el solo bien personal, el trabajo un estigma, un castigo, con el infierno inacabable por perspectiva; ó un purgatorio, en donde no se puede salir sino por oraciones pagadas; ó un paraíso triste y monótono en donde estemos quizá condenados á vivir sin actividad, sin objeto, separados para siempre de aquellos á quienes hemos amado. No podemos creer ya en el pecado de Adam, cayendo sobre la humanidad entera, ni en el rescate por la inmolación de un Dios en la cruz. La idea moderna se aparta más y más de tales mitos, de esos espantajos pueriles; rompe esas telarañas que se han querido extender entre ella y la verdad; se eleva cada día, y, en el espectáculo de los mundos, en

el gran libro de la naturaleza cuyas páginas se despliegan á su derredor; en el maravilloso cuadro de la vida y sus perpetuas evoluciones; en esa ley del progreso inscrita en el cielo y en la tierra, en esa ley de libertad y de amor, grabada en el corazón del hombre, ve la obra de un Sér que no es el Dios fantástico de la Biblia, sino la Majestad soberana, principio eterno de justicia, ley viva del bien, de lo verdadero y de lo bello, que llena lo infinito y se cierne por encima de los tiempos.

Se pregunta uno cómo el alimento dogmático de la Iglesia ha podido ser ministrado durante siglos á las inteligencias populares, cuando el menor estudio del universo, la simple mirada dirigida al espacio pueden darnos, acerca de la vida, siempre renaciente de la causa suprema y de sus leyes, una idea tan importante, tan fecunda en grandes enseñanzas, en inspiraciones poderosas.

A esta idea viene á agregarse la noción clara y precisa del objeto de la existencia, del fin que todos los seres persiguen en su marcha, despojándose por sí mismos de ese fondo de egoísmo y de barbarie, que es el solo pecado original, conquistando paso á paso, de existencia en existencia, esa perfección cuyo germen ha colocado Dios en ellos, y que deben desarrollar por la reencarnación y las sucesivas existencias que han recorrido.

De este modo se revela el pensamiento de Dios. Porque Dios, que es la justicia absoluta, no ha querido la condenación, ni aun la redención por la gracia, ó por los méritos de un salvador, sino la salvación del hombre por sus propias obras y la satisfacción nuestra de realizar por nosotros mismos, con su auxilio, nuestra elevación y nuestra felicidad.

Desgraciadamente esta concepción del mundo y de la vida, indispensable para el desarrollo y la elevación de las sociedades humanas, está sólo en la conciencia de un pequeño número. Las masas vagan en los senderos de la existencia, ignorando las leyes de la naturaleza, no teniendo por alimento moral más que ese catecismo enseñado á los niños en todos los países

cristianos, oscuro é ininteligible para la mayor parte y que no deja en el alma más que impresiones pasajeras.

Es, sin embargo, una imperiosa necesidad que todos los hombres posean una noción precisa del objeto de la vida, que sepan lo que son, de dónde vienen, á dónde van, cómo y por qué deben obrar.

Esta noción, este conocimiento, cuando es seguro y elevado, puede guiarlos, sostenerlos en los momentos difíciles, preparándolos para las inevitables luchas. Sin el conocimiento del objeto de la existencia, no hay fuerza de alma ni solidaridad durable entre los miembros de una sociedad. La idea es la que liga á los hombres; el fundamento común de los principios y de las creencias es el que realiza la unidad moral en la agrupación social, en la nación, en la humanidad.

La Iglesia ha tenido el monopolio de esta concepción del mundo, de la vida, de su fin. La enseña á todos por medio del catecismo. Por más que sean insuficientes, oscuros y absurdos los principios que forman esta enseñanza popular, en que la moral cristiana se mezcla á los dogmas de antaño, ellos constituyen hasta hoy la fuerza de la Iglesia y su superioridad sobre la sociedad laica, porque ésta no ha sabido aún sustituir el catecismo, y, en su vacilación ó en su impotencia para dar al niño y al hombre una síntesis, una idea exacta de sus relaciones con el universo, consigo mismo, con sus semejantes, con Dios, abandona la dirección moral del pueblo á una institución que no representa más que un ideal agonizante, incapaz de regenerar á las naciones. Ciertamente es que en los nuevos manuales de enseñanza laica se encuentran algunas páginas consagradas á las cuestiones morales, á Dios, al alma inmortal, pero tales nociones son muy olvidadas en la práctica. El institutor, casi siempre en la imposibilidad de satisfacer las exigencias de un programa complicado, careciendo él mismo de convicción en la mayor parte de los casos, olvida ó desprecia esta rama esencial de la enseñanza.

Resulta de esto, como decimos, que el catecismo queda como solo medio de educación moral puesto al alcance de todos. Por él, y por sus preceptos de conjunto se ha formado y sostenido la sociedad cristiana; por él se perpetúa el poder de la Iglesia. Mas esta enseñanza es superficial, de mera memoria; las incompletas nociones que inculca al niño son aprendidas, mas no sentidas por el corazón, no penetran en el alma, en la conciencia del sér. Casi no resisten á las influencias exteriores que el niño experimenta ni al desenvolvimiento de su propia razón. Cuando el hijo del pobre, obligado á entregarse al trabajo, y no teniendo para dirigirse más que las enseñanzas del catecismo, llega á no creer ya en ellas, el trastorno y el vacío reinan en su pensamiento y en su conciencia. Incapaz de elevarse por sí mismo á una concepción más alta de la vida, de sus derechos y de sus deberes; habiendo perdido, con la creencia de los dogmas, todo lo que poseía de nociones morales, queda entregado á todos los embates del materialismo y de la negación, sin preservativo contra los apetitos groseros, sin defensa, en los días de miseria, contra las sugerencias del suicidio y de la depravación.

Desde las edades de fe ciega, la sociedad cristiana ha estado reducida á vivir de un ideal atrasado, de una concepción del universo y de la vida, inconciliable en muchos puntos con los descubrimientos de la ciencia y las aspiraciones de la humanidad. De ahí una turbación profunda en las inteligencias y en las conciencias; de ahí una alteración de todas las condiciones necesarias para la armonía social.

Desde hace cien años, el aliento de la libertad pasa sobre el mundo; el pensamiento se ha emancipado de las trabas que lo constreñían; la fe ha disminuído. Mas los pueblos latinos con-

servan el fuerte sello de la enseñanza católica que, durante doce siglos, les ha modelado á su manera, ha mantenido en ellos las cualidades y los defectos — los defectos sobre todo — que los caracterizan y precipitan su decadencia.

La doctrina católica, al dar al hombre una idea errónea de su papel, ha contribuido á oscurecer su razón, á falsear el juicio de las generaciones. No ha podido sostenerse sino con argumentos sutiles y capciosos, cuyo repetido uso hace perder el hábito de razonar y de juzgar sanamente las cosas. Se ha llegado poco á poco á aceptar, á considerar como infalibles sistemas falsos, en oposición con las leyes naturales y las altas facultades del alma.

Tal manera de ver y de juzgar debía forzosamente influir en los actos de la vida social y en las obras de la civilización. Así, se ha visto á menudo á los pueblos católicos, por la demasiada confianza en sí mismos, perder el sentido práctico y apasionarse de empresas sin provecho y sin porvenir.

Esto es lo que aparece en todas las obras políticas, financieras ó de colonización, en las cuales los pueblos católicos se muestran sensiblemente inferiores á las naciones protestantes, mejor preparadas, por su educación religiosa y su espíritu de libre examen, á todo lo que exigen el orden, la previsión, el juicio y la perseverancia en el trabajo. En cambio, los católicos preponderan en las artes y las letras, pero esto es una compensación insuficiente.

Los pueblos latinos, en los que la educación católica ha desarrollado el sentimiento y la imaginación con detrimento de la razón, se entusiasman fácilmente, adoptan ciertas ideas sin madurarlas, prosiguiendo la ejecución con un ardor y una exageración que con frecuencia conducen al fracaso y á la ruina. Las pasiones, siempre más vivas cuando la razón no viene á refrenarlas, hacen que esos pueblos propendan al cambio; las modas, las ideas, los gustos varían muy á menudo en ellos, á costa de obras fuertes y durables. Así es como se ve á

las naciones anglo-sajonas y de religión protestante conseguir grandes resultados allí donde los pueblos latinos fracasan. La iniciativa en las obras de progreso, la conquista y la colonización del globo, quedan en las manos de los pueblos del Norte, que se engrandecen y fortifican sin cesar, con perjuicio de las naciones latinas y católicas.

La influencia en las costumbres no es menos entristecedora. El carácter latino, el espíritu francés en particular, formado durante siglos por el catolicismo, se ha vuelto poco á propósito para las cosas serias y profundas. En Francia, las conversaciones son á menudo frívolas; se habla allí, de preferencia, de placeres, de cosas fútiles; la murmuración, la crítica maligna, el hábito de denigrar, forman el principal asunto en las conversaciones. Destruyen poco á poco el espíritu de benevolencia y de tolerancia que liga los miembros de una sociedad, y fomentan entre los hombres el espíritu de malicia, la envidia y el rencor.

Tales defectos no se hallan en el mismo grado en las sociedades protestantes. La instrucción se ha desarrollado más; las conversaciones son allí generalmente más serias y la maledicencia más atenuada. Hay allí más adhesión á la religión y se practica con más escrúpulo. Al contrario, en la mayor parte de los católicos la religión se ha convertido en una cuestión de forma, en partido político más bien que en convicción; la moral evangélica es cada vez menos observada. Los gustos serios se hacen raros; cada uno quiere satisfacer sus inclinaciones, brillar y divertirse.

Parece que la Iglesia romana, en sus enseñanzas, se dedica á ocupar el espíritu, á extraviarlo en las vías del sentimiento, para hacerle olvidar el objeto real del estudio, que es la conquista de la verdad. Sólo ofrece á las inteligencias un alimento insuficiente, una doctrina ilusoria, pero perfectamente adaptada á sus intereses materiales.

Las pompas del culto, las fiestas numerosas, las prolongadas

ceremonias, distraen á los fieles de investigaciones arduas, del trabajo fructuoso, y los conducen á la ociosidad. Todo trabajo es para ellos una necesidad, más bien que una ocupación agradable. Sufren el trabajo sin amarlo. Por esto es que se ve más ignorancia y miseria en los pueblos latinos que en los pueblos del Norte.

Sería injusto, sin duda, imputar á la Iglesia todos los defectos de nuestra raza; el carácter francés es, por sí mismo, ligero, impresionable, poco reflexivo; pero tales defectos los ha agravado el catolicismo aniquilando, por su doctrina, el uso de la razón y el espíritu de observación, al exigir de sus fieles una credulidad ciega respecto de afirmaciones destituidas de pruebas.

No impunemente se ha oprimido á la razón, durante siglos, esa facultad soberana concedida por Dios al hombre para guiarle por las vías del destino. Debido á esto, se prepara fácilmente el abatimiento de las naciones.

En muchos casos, el catolicismo no se presenta solamente á nosotros como doctrina religiosa, sino también como poder temporal mezclado en todas las querellas de este mundo, inspirado del deseo de adquirir una autoridad absoluta y de pretendido derecho divino. Este doble aspecto ha contribuido en gran manera á quitar al catolicismo esa dignidad serena, ese desapego de las cosas materiales, que deberían constituir el prestigio de las religiones. No parece que sea por él que Jesús haya dicho: "Mi reino no es de este mundo."

En todos tiempos el catolicismo se ha aliado con un partido político, presto á sostener los esfuerzos de la reacción contra la corriente de las ideas modernas. En este punto de vista, decirse puede que la educación católica desarrolla el espíritu de intolerancia é impone la resistencia al progreso; fomenta en la nación el instinto de lucha, un estado de antagonismo y de discordia, por el cual se gastan y se anulan las aptitudes intelectuales y morales.

Por esto se encuentra dividida la sociedad en dos campos enemigos: la oposición se perpetúa entre las dos mitades de la nación, la una queriendo marchar hacia adelante, la otra tendiendo á retroceder hacia el pasado, mermando en esa lucha la vitalidad de sus fuerzas, con gran detrimento de la prosperidad y de la paz generales.

La Iglesia romana, que durante quince siglos ha ofuscado el pensamiento, oprimido la conciencia en nombre de la unidad de la fe; que se ha asociado á todos los despotismos cuando tenía interés en hacerlo, proclama hoy el principio de libertad. Esto sería una reivindicación muy legítima, si por libertad no entendiésemos el privilegio; pero es necesario notar que el catolicismo no ha podido conciliarse con el espíritu de libertad. Este ha comenzado á manifestarse en el mundo cuando el poder de la Iglesia ha disminuido. Los progresos del uno han estado siempre en proporción exacta con el aminoramiento del otro; mientras que los protestantes modernos, acostumbrados por su religión al uso de la libertad, han sabido aplicarlo á la vida política y civil.

Todavía más: ¿no condena la Iglesia el libre pensamiento, como condenaba en otro tiempo el libre examen, aplicado á la interpretación de las Escrituras? ¿No prohíbe á todos los suyos razonar y discutir en cuestiones de religión? Todo esto nos demuestra cuánto se han separado las miras de la Iglesia romana de los principios del verdadero cristianismo.

Hé aquí lo que decía San Pablo:

"Probad todas las cosas, y retened lo que es bueno" (1 *Tesalónica*, V, 21.)

"En donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad." (1 *Epíst. á los Corint.*, III, 17.)

La doctrina de Jesús, tal como está expresada en los Evangelios y en las Epístolas, es una doctrina de libertad. La afirmación de esta libertad moral y de la soberanía de la conciencia se repite casi en todas las páginas del Nuevo Testamento.

Por haber desconocido esto los jefes de la Iglesia han desnaturalizado el cristianismo y oprimido las conciencias. Han impuesto la fe, en vez de dejar que fuese aceptada por la voluntad libre y espontánea del hombre, y han hecho de la historia del catolicismo el calvario de la humanidad.

Se puede decir otro tanto de la razón, tan ultrajada por los sacerdotes de Aquél que fué la Razón personificada, el Verbo, la Palabra.

Han olvidado que la razón, "esta luz—dice San Juan—con la que todo hombre viene á éste mundo," es una; que la razón humana, destello desprendido de la razón divina, sólo difiere de ella en poder y en extensión, y que obedecer á sus leyes, es obedecer á Dios.

"¡Oh razón! decía Fenelón en un momento de intuición suprema—¿no eres tú el Dios que yo busco?"

Si la Iglesia hubiera comprendido la esencia neta del cristianismo, se habría abstenido de lanzar anatemas al racionalismo y de inmolar la libertad y la ciencia en el altar de las supersticiones romanas.

El derecho de pensar es lo que hay de más noble y más grande para nosotros; mas la Iglesia se ha esforzado siempre en impedir que el hombre use de él. Le ha dicho: "¡Cree y no razones! ¡Ignora y humíllate! ¡Cierra los ojos, y recibe el yugo!" Es tanto como decir: ¡Renuncia á tu privilegio divino y desciende al nivel de la bestia!

Porque la razón, despreciada por la Iglesia, es el más seguro medio que el hombre ha recibido de Dios para descubrir la verdad. Desconocerla, es desconocer al mismo Dios, que es su fuente. ¿No es por ella, por la que el hombre esclarece y resuelve todos los problemas de la vida política, doméstica y social? ¿Y se quiere que la rechace cuando trata de verdades religiosas que no puede penetrar sin su auxilio?

Relativa y débil por sí misma, la razón humana se rectifica y se completa remontándose hacia su fuente divina, comuni-

cándose con esa Razón absoluta que se conoce, se acepta por la reflexión, se posee, y que es Dios.

Pueden ser necesarias facultades bastante elevadas para inventar y expresar sistemas erróneos, para defenderlos y propagarlos. La verdad, sencilla y clara, es aceptada y comprendida por los espíritus más humildes, cuando saben ayudarse de la razón, mientras que los sofistas que la rechazan se apartan más y más de la verdad para extraviarse en un laberinto de teorías, de dogmas, de afirmaciones en que se pierden. Para encontrar la vía segura, les sería necesario destruir lo que tan penosamente han edificado, y volver á esa razón despreciada, la única que les dará el sentido real de la vida y el conocimiento de las leyes divinas.

De este modo se verifica lo que indican estas palabras de la Escritura: "Ha ocultado á los sabios lo que ha revelado á los niños."

Hemos procurado hacer resaltar las consecuencias de la educación religiosa en nuestro país. Su influencia, muchas veces tan enfadosa en la práctica de la vida, persiste después de la muerte y prepara á las almas crédulas, profundas y crueles decepciones. Cuántos católicos, ya en estado de espíritus, en numerosos mensajes medianímicos nos han descrito ya sus angustias, cuando, esperando las recompensas prometidas, imbuidos en las ideas del paraíso y de la redención, se han encontrado en el espacio vacío, triste, inmenso, errando durante años en busca de una felicidad quimérica, y no comprendiendo nada de este nuevo medio, tan diferente de aquel que tantas veces se les había ensalzado. Sus percepciones restringidas, su comprensión velada por una doctrina y unas prácticas abusivas, no les permiten apreciar las bellezas del universo fluidico.

Y cuando, en sus investigaciones y sus peregrinaciones extra-terrestres, encuentran á los sacerdotes que fueron sus educadores religiosos y les ven, como ellos, en estado de espí-

rifus, sus quejas, sus reproches no son atendidos por esos seres desgraciados, que también son presa de turbación y ansiedad.

Triste efecto de una enseñanza falsa tan poco á propósito para preparar las almas á los combates y las realidades del destino.

En el curso de este estudio, hemos llegado algunas veces á comparar las doctrinas de la Iglesia romana con las del protestantismo, y á hacer resaltar, en ciertos puntos, la superioridad de estas últimas. ¿Se sigue de aquí que consideremos el protestantismo como la más perfecta de las religiones? No es éste nuestro modo de sentir.

El protestantismo, en su culto y en su enseñanza, se acerca más, en efecto, á la sencillez y á las miras de los primeros cristianos. No desprecia la razón, como lo hace el catolicismo, sino al contrario, la respeta y se apoya en ella. Su moral es muy pura y su organización sin fausto y sin aparato. Suprime la jerarquía sacerdotal, el culto á la Virgen y á los santos, las prácticas fastidiosas, las largas oraciones, los rosarios, los amuletos, todo el pueril arsenal de la devoción católica. El pastor no es más que un profesor de moral, encargado de presidir las ceremonias religiosas, reducidas al bautismo, á la comunión, á la predicación; de bendecir los matrimonios, de visitar á los pobres, á los enfermos y á los moribundos.

El protestantismo establece el libre examen, la interpretación de las Escrituras. De este modo desarrolla el juicio y favorece la instrucción, considerada en todos tiempos como peligrosa por la Iglesia romana. El protestante permanece, pues, libre y aprende á gobernarse por sí mismo, en tanto que el católico abdica su razón y su libertad en manos del sacerdote.

Sin embargo, por grande que sea la obra de la reforma del siglo XVI, no podrá satisfacer las actuales necesidades del pensamiento. El protestantismo ha conservado, del conjunto dogmático de la edad media, muchas cosas inaceptables. Ha sustituido la autoridad del papa con la de un libro; pero la Biblia, interpretada por el libre examen, no puede ser considerada como de inspiración divina.¹ Las conciencias que han escapado del yugo de Roma, no podrán colocarse bajo el de una obra, respetable sin duda, y de la que es necesario tener cuenta, pero de origen puramente humano, salpicada de ficciones y alegorías, bajo las cuales se disimula el pensamiento filosófico y desaparece muy á menudo.

Lutero proclamaba la divinidad de Jesús, su nacimiento milagroso y su resurrección; Calvino impone los dogmas de la Trinidad y de la predestinación. Los artículos de la *Confesión de Augsbourg* y de la *Declaración de la Rochelle*, afirman el pecado original, el rescate por la sangre del Cristo, las penas eternas, la condenación de los niños muertos sin bautismo.

Entre los protestantes, aun ortodoxos, ¿cuántos hay hoy que sostienen estas afirmaciones y aceptan en su asamblea el símbolo de los apóstoles, leído en todos los templos, y que los apóstoles jamás han conocido!

Al lado de la ortodoxia protestante, se ha formado un gran partido con el nombre de protestantismo liberal. Rechaza los dogmas que acabamos de enumerar y se limita á reconocer la grandeza moral de Jesús y de sus enseñanzas. Este partido cuenta en sus filas espíritus muy esclarecidos, animados de un laudable sentimiento de tolerancia y de gran amor al progreso, hombres dignos de admiración y simpatía.

Mas los protestantes liberales se han colocado en una situación delicada y falsa. Persisten en quedar en la Iglesia reformada, despues de haber rechazado, uno á uno, todos los puntos

¹ Véase la nota complementaria núm. 1 al fin del volumen.

de doctrina, todos los artículos de fe. Han tenido participación en los extensos trabajos de que hablamos al principio de esta obra, trabajos emprendidos para inquirir los orígenes del cristianismo y la autenticidad de los libros santos. Han sujetado á examen riguroso todos los documentos en que se funda la tradición cristiana. La aplicación del libre examen les ha impulsado á emprender investigaciones constantes, y en vista de ellas, los dogmas, los milagros y ciertos hechos históricos han perdido en su concepto, todo carácter fehaciente. De tal examen, una sola cosa queda en pie: la moral evangélica.

Los protestantes liberales han llegado á colocar el principio de la soberanía de la conciencia sobre la unidad de la fe: al obrar así, han roto los lazos que los ligaban con la Iglesia reformada. En realidad, no son ya protestantes, sino más bien cristianos libre-pensadores.

Así, es una anomalía verles practicar en todas sus formas un culto que tan poco corresponde á sus aspiraciones. En nuestro concepto, en las asambleas religiosas de los "protestantes liberales," sería mejor obrar, que leer y comentar la sola Biblia, cantar salmos en monótonas tonadas, hablar de un "Dios fuerte y celoso," ó recomendar á los habitantes de París, como se hace todos los domingos en el templo del Oratorio, no codiciar "ni el buey ni el asno del prójimo." Un culto así, y tales excitaciones pueden convenir á los pueblos pastores de la antigüedad; mas no responden ya á las necesidades, á las ideas, á las esperanzas de los cristianos de nuestros días.

Las aspiraciones modernas necesitan otros acentos, otras formas, otras manifestaciones religiosas: lenguaje y cantos que hablen al alma, que la atraigan, que la conmuevan y hagan vibrar lo último de su sér. Sencillo y sobrio, el culto debe inspirarse en el arte musical contemporáneo y esforzarse por elevar el pensamiento hacia las divinas esferas, hacia las regiones puras de lo ideal.

En resumen, el protestantismo, en conjunto, puede conside-

rarse como superior al catolicismo, en el sentido de que se aproxima más al verdadero pensamiento del Cristo. Pero, demasiado adherido aún á la forma y á la letra, no podrá satisfacer las necesidades del moderno espíritu.

Haría obra útil, abandonando la herencia de la Reforma, para inspirarse exclusivamente en el espíritu evangélico. El espíritu de la Reforma tenía su razón de ser en el siglo XVI, al terminar un largo período de despotismo y de tinieblas; no puede ya ofrecer al mundo moderno más que fantasías teológicas y motivos de división entre los miembros de la gran familia cristiana.

Lo que al presente le es necesario á la humanidad, no es ya una ciencia, una fe derivada de un sistema ó de una religión particular, inspirada en textos respetables, pero de autenticidad dudosa, en donde la verdad y el error se mezclan y se confunden. Lo que necesita es una creencia apoyada en pruebas, en hechos; una certidumbre basada en el estudio y la experiencia, de donde surjan un ideal de justicia, una noción precisa del destino, un móvil de perfeccionamiento, capaces de regenerar á los pueblos y de unir á los hombres de todas las razas y de todas las religiones.

Hay muchos lazos históricos y religiosos que ligan el alma moderna á la idea cristiana, para que ésta no pueda serle adicta. Hay en el cristianismo elementos de progreso, gérmenes de vida social y de moral que, desarrollándose, pueden producir grandes cosas. La doctrina del Cristo contiene muchas enseñanzas que no han sido bien comprendidas y que, bajo influencias más eficaces, pueden producir frutos de sabiduría y de amor, poderosos resultados para el bien general. Seamos cristianos, pero elevándonos sobre las diversas confesiones hasta la fuente pura de donde ha salido el Evangelio. Amemos al Cristo, pero coloquémosle sobre las sectas intolerantes y sobre las Iglesias que se excluyen las unas á las otras y se lanzan anatemas. El Cristo no puede ser ni jesuita, ni pesimista,

ni hugonote; sus brazos están abiertos para toda la humanidad.

Hemos indicado antes cuáles eran las consecuencias de la educación religiosa en nuestro país. Si la educación católica en particular es incompleta y plagada de ilusiones, ¿debe, por esto, ser preferida la enseñanza laica?

La enseñanza laica produce efectos opuestos á los que hemos indicado: da á los hombres el espíritu de independencia; los emancipa de la tutela gubernamental y religiosa, pero al mismo tiempo relaja la disciplina moral, sin la cual no hay sociedad bien constituida.

Tal enseñanza no es, como lo pretenden sus detractores, enteramente destituida de principios; sin embargo, no ha sabido dar un objeto elevado á la vida, no ha sabido sustituir con algo el ideal cristiano; ha roto los lazos de solidaridad que deben unir á los hombres y conducirlos hacia un fin común.

Hé aquí por qué el espíritu de familia y la autoridad paterna se han debilitado en nuestro país. Los padres parecen estar subordinados á sus hijos, y en éstos no se encuentran ya los sentimientos respetuosos que constituyen la fuerza de la familia, y aseguran para la edad madura la autoridad necesaria. Estas causas de enervamiento parecen invadir paso á paso todo el cuerpo social. Casi en lo general se contraen nuevas costumbres y una manera de vivir de la que son excluidas las cosas serias, las solas capaces de fortificar el espíritu, de orientarle hacia la práctica constante del deber.

La enseñanza primaria no da más que una instrucción apenas bosquejada y muy pronto abandonada, una instrucción precoz desprovista de enlace, de encadenamiento, y sobre todo de buen resultado. No es completada por ese elemento indis-

pensable que es la enseñanza moral. Deja ignorante al niño, y por consiguiente al hombre; las cosas más esenciales, las grandes leyes de la vida.

Cuando, de doce á catorce años, el niño de las escuelas primarias, provisto de sus certificados de estudio, es lanzado al torbellino de los intereses en la gran lucha social, le falta ese fondo sólido, ese conocimiento de la verdad y del deber, que es el supremo apoyo, el arma más necesaria para los combates de la existencia.

Todo lo que se le ha dicho acerca de los deberes del hombre—y esto se reduce á muy poca cosa—se le ha dicho en una edad en que no podía apreciar su valor. Y todo esto llega á desmenuzarse, á desvanecerse, sin dejar huellas en su intelecto. Pero, se dirá, si la instrucción primaria es insuficiente, mal organizada, mal dirigida; después, en la enseñanza superior y clásica, el joven debe encontrar acopio abundante de principios, de nociones esenciales, para perseguir un fin levantado. Esto es ilusión; y me refiero en este punto á la opinión de un escritor competente: Francisco Sarcey dice, en una de sus crónicas del "*Petit Journal*" (7 de Marzo de 1894):

"De mis estudios clásicos, de mi permanencia en las clases de filosofía, no ha surgido para mí ninguna noción precisa acerca de los destinos del alma humana."

Esto nos recuerda aquella conocida apreciación de un juez perito en la materia: "La filosofía clásica no es más que la historia de las contradicciones del espíritu humano."

El materialismo y el positivismo reinan casi exclusivamente en las altas esferas políticas, pobladas de inteligencias amaneradas por la enseñanza superior. La influencia de tales teorías recae sobre la vida política y social, y, en concurso con las doctrinas del catolicismo, contribuye á deprimir los caracteres y las voluntades.

Cuando se va al fondo de las cosas, á pesar de algunas ligeras apariencias de espiritualismo, no puede menos de recono-

cerse que la enseñanza laica, en todos los grados, está impregnada de escepticismo, inspirado por las filosofías negativas. De aquí su impotencia para inculcar nociones profundas de moralidad en el niño.

Porque es en vano que se preconice la moral, independiente de toda creencia y de toda religión: la experiencia nos demuestra que mientras más se difunden las concepciones materialistas y otras, más se amancipan las conciencias de los principios de moralidad, y, por consiguiente, de los deberes que les imponen. La desmoralización coincide con el desquiciamiento de las creencias.

Es verdad que mucho se nos habla de altruismo, pero el altruismo no es más que una palabra vacía, una teoría desprovista de base y de sanción. Es simiente arrojada en la roca y condenada á perecer, porque no basta sembrar, es necesario también preparar el terreno. Las sabias nociones del altruismo no podrán conmover y moralizar á hombres penetrados de la idea de que la lucha de las necesidades y de los intereses es la ley suprema de la existencia, convencidos de que todas las esperanzas, todos los arranques generosos tienen por final la nada. El materialismo, reacción vigorosa é inevitable contra el dogma y la superstición, ha penetrado en todas las clases de la sociedad francesa. En los espíritus cultivados toma el nombre de positivismo. Cualesquiera que sean los nombres con que se decoran las filosofías negativas y las diferencias que caracterizan sus métodos, sus investigaciones se limitan á las cosas concretas, al dominio de la materia y de las fuerzas elementales, y llegan á los mismos resultados. Hé aquí por qué se puede, sin injusticia, reunirlos en una apreciación común.

¹ Un escritor materialista de renombre, M. Emilio Ferrière, en su obra *La Causa primera*, Alcan, 1897, confiesa que la ciencia materialista es incapaz de establecer un plan lógico de moral.

« En cuanto á las conclusiones morales—nos dice,—son de tal manera espesas las tinieblas, y tan notorias las contradicciones, que se halla uno reducido al solo partido filosófico aceptable, á saber, resignarse á la ignorancia.»

El materialismo ha tenido su hora de triunfo. Sus teorías han dominado la ciencia en un momento dado. En sus luchas contra una opresión secular, en sus esfuerzos por emancipar la conciencia y dar vuelo libre al pensamiento, había merecido mucho de la humanidad. Mas, poderoso para destruir, no lo ha sido para edificar. Si libra al alma humana de la red de supersticiones que le encadena, es para dejarla vagar después al azar, sin guía y sin apoyo. Ignora ó quiere ignorar la verdadera naturaleza del hombre, sus necesidades, sus aspiraciones, porque se siente incapaz de satisfacerlas. Demuele el edificio de dos creencias añejas, edificio estrecho que no bastaba ya para abrigar el pensamiento y la conciencia, y en vez de una construcción más espaciosa, mejor iluminada, es el vacío lo que le ofrece, es un abismo de desesperación y de miseria moral. Así pues, todas las almas sufrientes, todas las inteligencias sedientas de ideal, que han respondido á su llamamiento, tarde ó temprano acaban por abandonarle.

Si las ideas materialistas han penetrado desde las altas regiones políticas hasta las capas profundas de la sociedad, en cambio, en el dominio de la ciencia han perdido mucho de su influencia. Las experiencias de la psicología moderna han demostrado por demás que todo lo existente no es sólo materia ó fuerza, como lo afirmaban Büchner, Carl Vogt, Jules Soufry y otros: han probado que la vida no es una propiedad que se desvanece con los cuerpos. Después de las experiencias del Dr. Luys, de Baraduc, Rochas, Myers, Richet, etc., Carl Vogt no osará ya decir que «el cerebro secreta el pensamiento como el hígado secreta la bilis.» Las secreciones del cuerpo humano son ponderables; mas ¿quién ha pesado el pensamiento? La misma teoría atomista ha caído en descrédito. El átomo, base esencial del universo—nos decían los materialistas—es considerado desde hoy por los químicos como pura abstracción. Es lo que dice Berthelot en sus *Orígenes de la química*, pág. 320:

«El éter de los físicos y el átomo de los químicos se desva-

necen, para dar lugar á concepciones más altas, que tienden á explicarlo todo por los solos fenómenos del movimiento.»

W. Ostwald, profesor de física en la Universidad de Leipzig, en su estudio intitulado «La derrota del atomismo» (*Revista General de Ciencias*, de Noviembre, 1895), se expresa en los términos siguientes, con relación al átomo y á la teoría mecánica del universo, la cual abraza á la vez la mecánica celeste, y los fenómenos de la vida orgánica:

«Es invención asaz imperfecta. La tentativa no tiene más valor que el de una hipótesis auxiliar. Es puro error.»

M. Ostwald cree, como Newton, que deben existir «principios más elevados» que los conocidos actualmente.

De estas apreciaciones de hombres notoriamente competentes resulta que los materialistas han levantado su edificio científico sobre base la más frágil que pueda imaginarse.

El materialismo ve solamente el primer aspecto de las cosas; no abarca más que en lado de la realidad. Sin duda que la materia forma un mundo magnífico si se la considera en la majestuosa unidad de sus leyes. Pero la materia, aun cuando se la pudiera conocer en su esencia, no es el todo, no representa más que el aspecto inferior del mundo y de la vida.

El materialismo apoya sus conclusiones en el testimonio exclusivo de los sentidos; pero nuestros sentidos son limitados é insuficientes; frecuentemente nos engañan. No con los sentidos físicos, ni con instrumentos de precisión ó métodos extravagantes es con lo que se descubren las leyes y las causas superiores: sólo la razón puede conocer la *razón* suprema de las cosas.

Los materialistas han creído penetrar todos los secretos de la naturaleza por el atento estudio de las formas físicas: han considerado, en realidad, solamente el aspecto más burdo, haciendo abstracción de multitud de fuerzas y de causas sin cuyo conocimiento cualquiera explicación del universo es imposible.

Los materialistas han hecho lo que el minero que, ahondando el filón bajo de tierra, á cada paso descubre nuevos tesoros y riquezas; igual cosa ha pasado con la ciencia positiva, preciso es confesarlo haciéndole justicia. Pero á medida que avanza en su labor, el minero pierde de vista la luz del día, el espléndido dominio de la vida, para hundirse en las regiones de la noche, del silencio y de la muerte. Así ha procedido el materialismo.

En las altas esferas intelectuales, la derrota del materialismo ha determinado también la de la ciencia. Se ha lapidado á ésta, como si fuera responsable de las teorías presentadas en su nombre. En varios escritos resonantes se ha acusado á la ciencia de no haber dado al espíritu humano lo que éste tiene derecho á esperar de ella.

M. Séailles, en su discurso pronunciado en la apertura de la Facultad de letras en 1894, decía:

«La ciencia moderna vuelve á la confusión del pensamiento, que se pierde en el mundo que ella había abierto ante sí, y se sepulta con su victoria.»

Otros aseguraban, con M. Brunetière, que la ciencia había hecho bancarrota. Evidentemente esto era exagerado é inexacto. Lo que en realidad ha hecho bancarrota, no es la ciencia propiamente dicha, sino ciertas teorías basadas en el materialismo y el positivismo.

Si se arroja el guante á la ciencia, no es porque se desconozcan los servicios que ha prestado y presta á la humanidad. Nadie puede afirmar que la ciencia no ha contriuido en mucho al desarrollo del progreso material y de la civilización: en comprobación de esto, ya hemos visto en líneas anteriores que, gracias á ella, se han rectificado las erróneas concepciones de la teología.

Lo que es de lamentarse es que la ciencia no haya podido todavía dar al hombre el conocimiento real de sí mismo y de las leyes que rigen su destino. Y se comprende que esto sí

habría sido posible, si en vez de reducirse al estudio de la materia, hubiera dedicándose á explorar sincera y asiduamente todos los dominios de la vida. Bajo la presión de doctrinas negativas, la ciencia se ha extraviado en el análisis, en el estudio fragmentario de la naturaleza física. Pero la polvareda de la ciencia no es la ciencia misma; la polvareda de la verdad no es la verdad.

La humanidad, cansada de concepciones metafísicas y de soluciones teológicas, había vuelto sus miradas y sus esperanzas hacia la ciencia, demandándole el secreto de la existencia, una creencia, una fe nueva, para reemplazar la de los templos, que se derrumba. Le pedía la solución de los problemas de la vida que la dominan, la encierran y la envuelven en sus profundidades.

Ante estos llamamientos repetidos, la ciencia ha permanecido muda, ó si en ciertos casos ha propuesto alguna solución, ésta era de tal modo, que la idea dominante que de ella se desprendía era la de la nada. De aquí la decepción, la desaprobación de ciertos pensadores, y las protestas que se han elevado contra tal idea; mas estas acusaciones deben recaer únicamente sobre la escuela materialista y la positivista.

Cuando la ciencia quede libre de trabas y de restricciones, sabrá completarse por concepciones más altas y más luminosas.

* * *

Un hecho nos ha sorprendido siempre profundamente, y es que, entre los hombres libres que dirigen los destinos de la República, muchos se creen, se dicen materialistas y ateos. ¿Cómo no han comprendido que el materialismo, apoyándose en la fatalidad ciega y consagrando el derecho de la fuerza, no puede hacer hombres libres? Los demócratas de 89 y de 48 tenían ciertamente otras miras.

Según las teorías materialistas, el hombre es sólo una máquina gobernada por los instintos. Así pues, para una máquina no puede haber libertad, ni responsabilidad, ni leyes morales, puesto que la moral es una ley del espíritu. Y sin ley moral, ¿á qué se reduce la idea del deber? Esto sería el derrumbamiento de todo el orden establecido. Una sociedad no puede vivir, progresar y engrandecerse, sino apoyándose en la idea del deber, ó lo que es lo mismo, en la virtud y la justicia. Estas son las únicas bases posibles del orden social. Hé aquí por qué este orden no ha podido jamás conciliarse con el ateísmo y el materialismo, porque lo mismo que la superstición y la idolatría nos conducen á la arbitrariedad y al despotismo, así el ateísmo y el materialismo conducen lógicamente al desvirtuamiento de las fuerzas sociales, y muchas veces á la anarquía y al nihilismo.

El materialismo, conforme á su idea exclusivamente mecánica del universo y de la vida, ha hecho surgir en los dominios del pensamiento una aterradora noción del porvenir. Según esa noción, el hombre es sólo un juguete de la suerte, una simple rueda en la grande y ciega máquina del mundo: la existencia es lucha ruda, feroz, en la cual domina la fuerza, y los débiles sucumben fatalmente. ¿Quién no conoce la doctrina del *struggle for life*, según la cual la vida se convierte en campo cerrado y siniestro, por el que los seres pasan, se suceden, se empujan, para ir á sumergirse en los abismos de la nada?

Por estas teorías extendidas en las masas, el materialismo se ha convertido en un verdadero peligro social. Por ellas, ha hecho más tremendo para el hombre el peso de sus miserias, y más sombrío el cuadro de la existencia; ha disminuido la energía humana, y lanzado á los desgraciados á la tristeza y la desesperación.

¿Por qué sorprenderse, pues, si los matrimonios se hacen más raros, si los infanticidios, los suicidios, los casos de enajenación mental se multiplican? En nuestros días, como signo característico de estos tiempos, se ve con frecuencia que jóvenes de los dos sexos, algunos casi niños, recurren al suicidio por fútiles motivos. (1) Menudean los crímenes de adolescen-

(1) Según las estadísticas, el número de los muertos por suicidio se ha elevado un 300 por 100 más desde hace 50 años.

tes: la falange del vicio y del asesinato crece cada día en proporciones horripilantes.

Con las teorías de la escuela materialista la responsabilidad moral se nulifica. El hombre no es libre—nos dicen Güchner y sus discípulos;—es esclavo de su medio. El crimen se explica por el atavismo y por la herencia. Es un fenómeno natural; es el efecto necesario de una causa, la consecuencia de ciega fatalidad. En resumen, no hay bien ni mal! Por esto, se excusan las faltas más graves, se tuerce la conciencia, se ahoga toda idea de sanción mora y de justicia. En efecto, si el crimen es fatal, tiene que ser involuntario, no trae culpa, ni es vergonzoso. Y si la pasión es irresistible, ¿a qué ensayar combatirla?

Propagados estos errores, su consecuencia natural es sobreexcitar hasta el más alto grado los apetitos, desarrollar el sensualismo y los instintos egoístas. En las clases acomodadas, muchos individuos no tienen más que un objeto; suprimir los deberes y las luchas austeras de la vida; hacer de la existencia una fiesta perpetua, una especie de embriaguez; pero ¡ay! embriaguez cuyo despertar podría ser terrible.

Se niega el libre albedrío y la supervivencia del ser; se niega Dios, el deber, la justicia, todos los principios sobre los cuales reposan las sociedades humanas, sin preocuparse de lo que puede resultar de estas negaciones. Se ve ya la deplorable influencia que ellas ejercen en las multitudes, lanzándolas á los más grandes excesos. Así, á cada generación que pasa, los caracteres se rebajan, la dignidad humana se aminora, las sociedades pierden su virilidad y su grandeza.

Inspirada en el disgusto de la vida, ha surgido y extendiéndose por todas partes cierta literatura que, semejante á ola formidable, sube, se agranda, y amenaza extinguir toda luz, ahogar en el alma humana las esperanzas generosas, los santos entusiasmos, y sumergir el pensamiento en las sombras del más negro pesimismo.

Leed, por ejemplo, la *Batalla Social* de M. Clémenceau: detened la atención en el prefacio de esta obra, del que se desprende la triste poesía de la nada, y en el que todo habla de decrepitud invasora, de muerte del pensamiento y de la conciencia, insistiendo en la idea de la nada, hacia la cual cree el

autor que todas las cosas ruedan ó se arrastran inevitablemente.

M. Clémenceau describe así las últimas fases de la vida sobre la tierra:

“Derruidas nuestras ciudades, entre informes vestigios humanos; las últimas ruinas derribadas sobre la vida muriente; todo pensamiento, todo arte hundidos en la gran muerte que asciende. Toda la obra humana, sumergida bajo la última viscosidad de la vida.

“Y después, la postrera manifestación de vida terrestre será destruída á su turno. El globo, frío y desnudo, pasará inútilmente su indiferencia por los estériles caminos del espacio. Entonces terminará el ciclo de los últimos planetas hermanos, muertos algunos quizá desde hoy. Y el sol, extinguido, seguido de su fúnebre cortejo, precipitará en la negra noche su incalculable curso hacia lo desconocido.”

¿Ignora el autor que la vida es eterna? Si hay universos que se extinguen en el fondo de los cielos, otros se encienden y resplandecen: si hay tumbas en el espacio, también hay allí cunas. Nada puede ser destruído, ni una molécula, ni un principio de vida: para cada sér, como para cada mundo, la muerte no es más que un pasaje, el crepúsculo que precede al alba de un eterno renacer! El universo es el campo de educación del espíritu inmortal, y la vida su ruta de ascensión hacia un estado más bello, iluminado con los rayos de la justicia y del amor.

En definitiva, la consecuencia de tantas luchas, vicisitudes y males, es el bien final de los seres. Desgraciado quien no sabe ver y comprender esto!

Veamos también lo que dice M. Jules Scury, en un artículo de *La Justicia*, de 10 de Mayo de 1895, en el cual analiza la obra citada.

“¿Qué es lo bello, lo verdadero, el bien, sino puros conceptos, abstracciones de abstracciones? Y un concepto, á nada de objetivo corresponde. En la naturaleza no hay bien, ni mal, ni verdad, ni error, ni belleza, ni fealdad. Estos son fantasmas que espantan nuestro espíritu; ellos se desvanecen con el último hombre.

“Nosotros ignoraremos siempre de qué estofa está hecho este mundo. Jamás sabremos si en el universo hay otra cosa

que mecanismos. Y donde reinan las leyes de la mecánica, no hay Dios, ni alma, ni religión, ni metafísica.”

Este mismo autor nos decía: ⁽¹⁾

“La vida es un sueño siniestro, una alucinación dolorosa, en cambio de la cual la nada sería un bien.”

Algunos otros van más lejos todavía. Un periodista bien conocido, Edmundo Lepelletier, con motivo del naufragio de la “Utopia,” escribía lo siguiente:

“Todas las ventajas de la existencia pertenecen á quienes se hallan mejor armados para triunfar de la competencia vital; y el mejor armado es el más impío, el más egoísta, el menos accesible á los sentimientos de dolor, de humanidad y también de justicia.

“Todo el vigor de las sociedades y el bien de las civilizaciones están constituidos en esta necesidad de lucha y esta fatalidad del triunfo de la fuerza, con desprecio del derecho, de la justicia y de la humanidad.”

“¿Qué cosa es lo bueno?—dice Federico Nietzsche. ⁽²⁾—El poder! ¿Qué es lo malo? La debilidad! ¿Qué es la dicha? El sentimiento de que el poder se engrandece; de que una resistencia es vencida. No es el contentamiento, sino el mayor poder; no la paz ante todo, sino la guerra; no la virtud, sino el valor.

“Perezcan los débiles y los ineptos! y aun ayúdeselos á desaparecer. ¿Qué hay de más nocivo que cualquier vicio? La piedad para los caídos y los débiles!”

Hé aquí lo que los escritores y los filósofos materialistas difunden en las hojas públicas. ¿Tienen verdadera conciencia de las responsabilidades que contraen? ¿Preven qué cosecha producirá tal semilla? ¿Saben que vulgarizando estas doctrinas inicuas y desesperantes colocan en la mano de los desheredados la antorcha del incendiario y los instrumentos de muerte?

¡Ah! estas doctrinas parecen calmantes, inofensivas á los dichosos, á los satisfechos, á los gozadores escépticos que poseen lo necesario con lo supérfluo, y que con ellas justifican todos los apetitos y excusan todos los vicios; mas aquellos á

(1) *Filosofía natural*, pág. 210.

(2) *El Antecristo*, por Federico Nietzsche.

quienes azota la suerte, los que padecen y sufren, ¿qué uso, qué aplicación harán de tales doctrinas?

El ejemplo de Vaillant y de Emilio Henry nos lo demuestra.

Vaillant lo ha declarado ante el Jurado del Sena, en Enero de 1894. La idea de su crimen la concibió con la lectura de obras materialistas.

Emilio Henry se expresó también así: “Los estudios científicos me han iniciado en el conocimiento de las fuerzas naturales: soy materialista y ateo.”

¡Oh ciencia de la materia! con tus afirmaciones rotundas, con tus leyes inexorables del atavismo y de la herencia; cuando enseñas que la fatalidad y la fuerza rigen el mundo, rompes todo resorte, toda energía moral en los débiles y en los heridos de la vida; haces penetrar la desesperación en el hogar de las familias; destilas tu ponzoña hasta en el corazón de las sociedades!

¡Oh materialistas! vosotros habéis borrado el nombre de Dios del corazón del pueblo; habéis dicho á éste que todo se reduce á los goces terrestres; que todos los apetitos son legítimos, y que la vida es sombra que dura un instante.

Y el pueblo lo ha creído; las voces exteriores que le hablaban de justicia y de esperanza, se han extinguido. Las almas se han encerrado en la fe, y al mismo tiempo se han abierto á las pasiones terrestres. El egoísmo ha proscrito al desinterés, á la piedad y la fraternidad.

Sin ideal en su triste vida, sin fe en el porvenir, sin luz moral, el hombre ha descendido al estado bestial; ha sentido despertarse sus instintos feroces; se ha inspirado en la codicia, la envidia y los arranques furiosos. Y al presente, las fieras rugen en la sombra, con el odio y la rabia en el corazón, y prestas á desgarrar, á destruir, á amontonar ruinas sobre ruinas.

La sociedad está invadida de males profundos. El espectáculo de las corrupciones, del impudor, que se extienden en nuestro derredor; la fiebre de riquezas, el lujo insolente, el frenesí de especulación que, en su avidez, llega á secar en poco tiempo las fuentes naturales de la producción, todo esto llena de tristeza el pensamiento.

Y como todo se encadena en el orden de las cosas, como todo lleva en sí sus frutos, el mal, sembrado con profusión, parece hacer llamamiento al dolor y á la tempestad. Este es el

lado temible de la situación: parece que llegamos á una hora sombría de la historia.

¡Anatema á los que han ahogado las voces de la conciencia, que han dado muerte al ideal puro y desinteresado, á los que han enseñado al pueblo que todo es materia y que la muerte es la nada! ¡Anatema á quienes no han querido comprender que todo ser humano tiene derecho á la existencia, á la luz, y más aún, á la vida espiritual; á quienes han dado ejemplo de inmoralidad, de egoísmo, de sensualismo!

Furiosa tempestad se prepara contra esta sociedad que no ofrece al hombre protección, ni consuelo, ni socorro moral. Los relámpagos de esa borrasca surgen á veces del seno de las multitudes; la hora de la cólera se aproxima; puesto que no sin peligro se comprime el alma humana, se impide la evolución moral del mundo, se encierra el pensamiento en el férreo círculo del escepticismo y del nihilismo. Viene un día en que este pensamiento reacciona con violencia, y en que las bases sociales son quebrantadas por espantosas convulsiones.

Mas yergue tu frente, hombre, é invoca á la esperanza. Un nuevo rayo va á descender de los espacios para alumbrar tu ruta. Todo lo que hasta aquí se te ha enseñado es incompleto y estéril. Los materialistas sólo han visto la superficie y la apariencia de las cosas: no conocen más que los aspectos inferiores de la vida infinita. Su sueño es una pesadilla.

Sin duda que, si se considera el espectáculo de la vida sobre la tierra, preciso es reconocer que lo que domina en ella, en las regiones inferiores de la naturaleza, es la lucha ardiente, el combate sin tregua, la guerra perpetua por la cual cada ser procura hacerse lugar en el mundo. Si; los seres se estrechan y las fuerzas universales chocan en lucha gigantesca; pero en definitiva, lo que se produce de esta lucha, no es la confusión, el caos, como se pudiera esperar de fuerzas ciegas; es el equilibrio y la armonía. En todas partes la destrucción de seres y de cosas no es más que el preludio de reconstrucciones, de nacimientos nuevos.

Y ¿qué importa la muerte aparente si la vida es inmortal, si el ser es imperecedero en su esencia, si la misma muerte es una de las condiciones, una de las fases de su elevación?

Preciso es no considerar solamente la evolución material: ésta no es más que una fase de las cosas. La destrucción de los

organismos nada prueba: son construcciones pasajeras; el cuerpo es sólo un vestido. La entidad viviente está en el ser psíquico, es decir, el espíritu, siendo éste el que anima estas formas materiales. El espíritu vuelve á encontrarse en toda su integridad más allá de la tumba, con las cualidades adquiridas y los méritos acumulados, presto á emprender nuevas ascensiones. Allí se encuentra revestido de esa envoltura sutil, ese cuerpo fluido del que es inseparable que existía antes del nacimiento, subsiste actualmente en cada uno de nosotros, y sobrevivirá después de la muerte. La existencia de ese cuerpo sutil está demostrada por diarias experiencias de desdoblamiento, de exteriorización de la sensibilidad; por la aparición de fantasmas de vivientes durante el sueño, así como por la de los muertos.

En otro punto de vista, las teorías materialistas no son más acertadas. Nos dicen que todo lo que caracteriza al espíritu humano, aptitudes, facultades, virtudes y vicios, se explica por la ley de herencia y por la influencia del medio. Extiende la vista en vuestro derredor, y veréis que los hechos desmienten esta aserción. Sí; la influencia de las condiciones materiales es poderosa: ella doblega algunas veces á ciertos espíritus bajo su yugo; pero cuántas otras, por medio de la voluntad, el valor y la perseverancia, han sabido elevarse de la situación más oscura, de los grados más inferiores, hasta las alturas donde brilla el genio. Cuántos pensadores, sabios y filósofos nacidos en la pobreza, han logrado, con sus esfuerzos, alcanzar los primeros rangos. ¿Será necesario nombrarlos? Recordemos solamente que Copérnico era hijo de un panadero; Kepler, hijo de un tabernero, fué él mismo sirviente en una taberna; d'Alembert, niño expósito recogido una noche de invierno en la puerta de una iglesia, fué educado por la mujer de un vidriero; Newton y Laplace fueron hijos de pobres paisanos; Humphry Davy doméstico de un farmacéutico; Faraday, encuadernador; Franklin, aprendiz de imprenta. Todos estos y otros muchos han sabido luchar contra las condiciones más desfavorables, triunfar de los mayores obstáculos, conquistar una reputación imperecedera.

Así pues, no son la condición y el origen los que dan el talento. Un padre ilustre puede tener descendencia de medianías: dos hermanos pueden asemejarse físicamente; usar los

mismos alimentos, recibir igual educación, sin tener por esto las mismas aptitudes ni las mismas facultades.

En contraposición de las teorías negativas, todo demuestra que la infelicidad, el genio, la virtud, no son resultados de condiciones materiales, sino que, al contrario, como potencia superior á dichas condiciones, frecuentemente las dominan y las gobiernan.

No hay duda que en la mayor parte de los casos la materia pesa gravemente sobre el espíritu y contrasta su vuelo; pero muchas veces también la voluntad se yergue y doma las resistencias de la carne hasta en medio de las más crueles torturas. ¿No vemos esto mismo en todos aquellos que han sufrido y muerto por una gran causa, en todos esos mártires que han dado su vida por la verdad? Allí están Jordano Bruno, prefiriendo el suplicio á la retractación; Campanella, que sufre siete veces la tortura, y recomienza siete veces sus amargas sátiras contra los inquisidores; Juana de Arco que muere en la hoguera; Sócrates, que salva la filosofía y bebe la cicuta más bien que renegar de sus doctrinas; allí están Pierre Ramus, Arnolfo de Brescia, Juan Huss, Jerónimo de Praga, y Savonarola.

En todos esos grandes suplicios vemos afirmarse la insigne superioridad del espíritu sobre la materia. El cuerpo, atenuado por el sufrimiento, se retuerce y gime; mas el alma está allí, imponiéndose y dominando la rebelión de la carne.

Todo esto nos demuestra de cuánto es capaz la voluntad, facultad maestra cuyo uso constante é ilustrado, puede elevar al hombre tan alto. Ella es el arma por excelencia, que es necesario aprender á utilizar, á aguzar sin tregua. Aquellos que por medio de sofismas pretenden menoscabarla y embotarla, cometen la más funesta acción.

Penoso es hacer constar que las doctrinas más extendidas entre nosotros, el catolicismo por una parte y el materialismo por otra, concurren á aniquilar ó al menos á entorpecer el ejercicio de las potencias del sér humano: razón, voluntad, libertad, energías, con las cuales el hombre podría realizar tan magnas cosas y prepararse un maravilloso porvenir.

En vista de ello, ¿cómo asombrarse de que nuestra civilización presente aún tantas llagas vergonzosas, cuando el hombre ignora su modo de ser y el cúmulo de riquezas que la mano divina ha puesto en él para su elevación y su felicidad?

En el círculo de su vida, la humanidad se agita entre dos errores: el uno que afirma, y el otro que niega; uno que dice al hombre: "Cree sin comprender!" el otro que le grita: "Muere sin esperar!"

De un lado la idolatría; porque es un ídolo ese Dios que parece desear aún la sangre derramada en otro tiempo en su nombre; que se levanta como un obstáculo entre el hombre y la ciencia; que combate el progreso y la libertad; sombría divinidad que no se puede mostrar sin velar la faz del Cristo, sin menospreciar la razón y la conciencia.

De otro lado, la nada, la muerte de toda esperanza, de toda aspiración al más allá; la ruina de toda idea de solidaridad y de fraternidad entre los hombres. Si éstos pueden estar ligados por una creencia, aunque ciega, no pueden estarlo por las negaciones.

Francia, en particular, está comprimida como con férreo círculo, entre estas dos concepciones opuestas, las dos dogmáticas á su manera, las dos procurando imponerse al país, para realizar el reinado de la teocracia y del ateísmo.

Si el materialismo y el nihilismo hubieran sido sólo enemigos de la superstición y de la idolatría, se habría visto en ellos los agentes de una transformación necesaria; pero no se han reducido á combatir los dogmas religiosos; han condenado todo lo que constituye la grandeza del alma, roto sus energías morales, destruido su confianza en sí misma y en Dios; han preconizado ese abandono á la fatalidad, ese apego exclusivo á las cosas materiales, abandono que lentamente nos desarma, nos debilita, nos prepara el fracaso y la caída.

El alma humana ha retrocedido ante este abismo. El progreso del materialismo, sus consecuencias sociales, han sembrado el espanto en gran número de espíritus. Ante la obra de destrucción efectuada por la crítica materialista, ante la ausencia de toda enseñanza capaz de fortificar el alma de las democracias, esos espíritus han recordado el poder de la idea religiosa, han vuelto hacia la Iglesia como hacia el solo refugio, la sola autoridad firme y segura. De ahí un retoño de vida y de prestigio del catolicismo. Este, aprovechándose de las faltas de sus adversarios, hace vigorosos esfuerzos para disputar á los libre-pensadores la dirección de las masas y para recobrar la influencia perdida.

Pero ya lo hemos visto; la Iglesia romana no sabrá satisfacer la necesidad de ideal y de luz que ha impelido á ciertos espíritus hacia ella. Sus fuerzas no son fuerzas vivas; lo que lleva en sí, no es el porvenir, es el pasado con sus sombras, sus intolerancias, sus rencores, sus causas de división y de perpetua discordia entre los hombres. El actual retorno de las cosas que la favorece, sólo puede ser efímero; la insuficiencia de la Iglesia aparecerá pronto á los ojos de una generación ilustrada, ávida de hechos y de realidades.

La Iglesia misma ha cuidado de disuadir á quienes fundaban en ella algunas esperanzas de progreso y de renovación.

Por su encíclica *Satis cognitum*, publicada en Agosto de 1896, León XIII ha vuelto á hundirse ciegamente en las doctrinas del pasado, haciendo afirmaciones las más intransigentes.

“La Iglesia de Cristo—dice—es única y perpetua: cualquiera que se separe de ella se aleja de la voluntad y de la orden de Jesucristo; deja el camino del bien y va á su perdición.

“En la Iglesia romana se perpetúa la misión inmutable de enseñar todo lo que Jesucristo ha enseñado, y subsiste para todos la obligación constante é ineludible de aceptar y de profesar toda la doctrina así enseñada.

“La Iglesia y los Santos Padres han considerado siempre como excluido de la comunión católica y fuera de la Iglesia á cualquiera que se separe en un ápice de la doctrina enseñada por el magisterio auténtico.

“Todas las veces, pues, que la palabra de este magisterio, instituido por Jesucristo en la Iglesia, declare que tal ó cual verdad forma parte del conjunto de la doctrina divinamente revelada, cada uno debe creer con certidumbre que esto es la verdad.”

Así, el Papa pretende decidir, para siempre, de los destinos de las almas. Su encíclica es una ampliación de la famosa frase: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*. Condena las doctrinas que no aceptan su supremacía; ahonda más profundamente el foso que separa el pensamiento moderno, el libre y luminoso espiritualismo, del dogmatismo romano. Desvanece las ilusiones de quienes habían creído en la posible evolución del catolicismo hacia más amplios y esplendorosos horizontes, á la conciliación entre los creyentes de todas clases, uniendo sus comunes esfuerzos para combatir el ateísmo y la desmoralización.

No obstante los asaltos que ha tenido que sufrir en los últimos siglos, la Iglesia ha podido resistir y mantenerse en pie. Su fuerza ha estado, según lo hemos visto, en que posee una concepción general aunque falsa, del mundo y de la vida, concepción opuesta al vacío y á la esterilidad de las doctrinas materialistas. Lo que resta en ella de moral evangélica, unido á su potente organización jerárquica, á su rigurosa disciplina, á sus obras de beneficencia y á las virtudes de cierto número de sus sacerdotes, han bastado para facilitar esa resistencia, y para asegurar su vida en medio de un mundo que se esforzaba en escapar de su yugo.

Pero sería puerilidad creer que la fe del pasado puede renacer: el lazo religioso que unía los hombres á la Iglesia romana se ha relajado para siempre. El catolicismo—ya lo hemos dicho—no está ya en estado de proporcionar á las sociedades modernas el alimento necesario á su vida espiritual y á su elevación moral. ¿No lo vemos en nuestro derredor? Los creyentes de nuestros días, considerados en conjunto, no son ni menos materiales, ni menos ávidos de fortuna, de placeres y de goces que los libre-pensadores.

Entre ellos, cuántos indiferentes que practican á medias, sin creer, sin reflexionar jamás en los problemas religiosos acerca del universo, el hombre y la vida! Todos los errores del pasado, todos los vicios del viejo mundo, el fariseísmo judío, las supersticiones y la idolatría paganas, han reaparecido en la sociedad llamada cristiana, hasta tal punto, que se puede preguntar si la civilización que lleva ese calificativo es superior á las otras que no lo tienen.

El cristianismo era una fe viviente y fulgurante: el catolicismo no es más que una doctrina árida y sombría, inconciliable con los preceptos del Evangelio, no teniendo que oponer á los argumentos de la crítica racionalista sino las afirmaciones de un dogma impotente para probar y convencer.

Todas las declaraciones, todas las encíclicas pontificales, nada pueden. Será preciso cambiar, ó morir. La Iglesia romana no recobrará ya el gobierno del mundo.

Al presente, no hay renovación moral posible, sino fuera

del dogmatismo de las Iglesias. Lo que las sociedades necesitan es una concepción religiosa en armonía con el universo y la ciencia, y que satisfaga á la razón humana. Toda restauración dogmática sería estéril. Los pueblos ya no se engañarán. El dogma, para ellos, es la Iglesia; y la Iglesia, aliándose á todas las opresiones, se ha convertido, según el dicho de J. Jaurès, "en una de las formas de la explotación humana." Sus afirmaciones han perdido el crédito en el espíritu de las masas. El pueblo, al presente, quiere la verdad, toda la verdad!

Cierto es que la sociedad moderna tiende aún, si no á la Iglesia, á lo menos al cristianismo, por los lazos de todo un pasado, lentamente formados en el transcurso de los siglos. Permanece adherida á la idea cristiana, porque los principios del Evangelio se han arraigado, quizás sin advertirlo y bajo nombres nuevos, en su pensamiento y en su corazón.

Hay en el Evangelio principios y gérmenes há largo tiempo incomprensibles y ocultos, como la semilla bajo la tierra, y que, después de muchos sufrimientos, después de lenta y dolorosa fermentación, esperan levantarse, brotar y producir frutos. Para esto, es necesaria una impulsión nueva, una diferente orientación de la idea cristiana, provocada por espíritus sinceros y desinteresados.

El cristianismo había traído al mundo—más bien que las otras religiones—el amor activo para todos los que sufren, la adhesión á la humanidad, llevada hasta el sacrificio; la idea de fraternidad en la vida y en la muerte; apareciendo por primera vez en la historia con la imagen del crucificado, del Cristo muriendo por todos.

Esta magna idea es la que, á pesar de los manejos de la Iglesia y la falsificación de las doctrinas primitivas, ha penetrado en las sociedades occidentales, é impulsado á las razas blancas, de etapas en etapas, hacia formas sociales más adecuadas al espíritu de justicia y de fraternidad, instigándoles á hacer para los pequeños un lugar cada vez más amplio en el banquete de la vida. Preciso es que un nuevo movimiento de ideas, surgiendo, no del santuario, sino fuera de él, venga á completar y esclarecer estos preceptos, estas verdades ocultas, y mostrar con ellas el principio de las leyes que rigen á los seres en esta y en la otra vida. Esta será la misión del espiritismo moderno.

La nueva revelación, las enseñanzas de los Espíritus, las pruebas que ellos dan de la supervivencia, de la inmortalidad del sér y de la justicia eterna, nos enseñan á distinguir qué es lo que hay de vivo ó de muerto en el cristianismo. Si los hombres de fe quieren convencerse del poder de estas enseñanzas y aceptar sus frutos, podrán recobrar con ellos la vida hoy agotada, el ideal que hoy agoniza. Este ideal que proclaman las voces del mundo invisible, no es diferente del de los fundadores del cristianismo. Se trata, en todo caso, de realizar sobre la tierra el "reino de Dios y de su justicia;" de purificar el alma humana de sus vicios, de sus errores; de levantarla de sus caídas, y, dándole el conocimiento de las leyes superiores y de sus verdaderos destinos, desarrollar en ella ese espíritu de sabiduría y de amor, sin el cual no hay paz social ni elevación. Para renacer y brillar el cristianismo, deberá vivificarse en esta fuente donde bebían los primeros cristianos

El cristianismo debe transformarse, despojarse de todo carácter sobrenatural y milagroso, convertirse en simple, claro, racional, sin dejar de ser un lazo, un intermediario entre el hombre, el mundo invisible y Dios. Sin esta relación, nada habrá de creencia firme, de filosofía elevada, ni de religión viviente. La religión debe despojarse de las viejas formas, inspirarse en los descubrimientos modernos, en las leyes de la naturaleza y las prescripciones de la razón. Debe familiarizar el espíritu humano con esa ley del destino que multiplica sus existencias, le pone alternativamente en los dos mundos, material y flúidico, y le permite así desarrollarse, regenerarse y conquistar su felicidad. Debe hacerle comprender que una estrecha solidaridad une á los miembros de ambas humanidades, la de la tierra y la del espacio; los que viven en la carne, y los que aspiran á renacer para trabajar en su progreso y el de sus semejantes. Debe mostrarles, de preferencia, esa regla de soberana justicia en virtud de la cual cada uno recoge, andando el tiempo, todo lo que ha sembrado de bien y de mal, de gérmenes de dicha ó de sufrimiento. Y estas nociones, estas leyes, mejor comprendidas, constituirán nueva base de educación, un principio de restablecimiento, un lazo religioso entre los hombres. Porque el lazo de solidaridad que les une se extiende al pasado y al porvenir, abarca todos los siglos, los une á todos los mundos. Miembros de una misma y gran familia,

solidarios, á través de sus existencias, en el vasto campo de sus destinos; partidos del mismo punto para arribar á iguales eminencias, todos los hombres son hermanos y deben ayudarse mutuamente, sostenerse en su marcha á través de las edades, hacia un ideal de ciencia, de virtud y de amor.

El Cristo ha dicho: "La letra mata y el espíritu vivifica." Pero los hombres han pospuesto siempre el espíritu á la letra. Han enlazado el pensamiento en una red de dogmas, de donde no puede salir sino con una especie de desgarramiento. A fuerza de comprimir la verdad, las Iglesias han acabado por desconocer su poder. Pero, tarde ó temprano, la luz viene, y esplendiendo con fuerza invencible, quebrantará hasta en sus bases las instituciones que tanto tiempo la ofuscaron.

Esto es lo que amenaza á las Iglesias. Las advertencias, sin embargo, no le han faltado. Aun entre los más sinceros cristianos se han elevado voces proféticas. De Maistre decía, desde la primera mitad de este siglo:

"Iglesia cristiana, ¿os parece que tal estado de cosas puede durar, y que esta vasta apostasía no sea á la vez la causa y el presagio de un memorable juicio? ¿Véis si los iluminados se han engañado al presentir, como más ó menos próxima, una tercera explosión de la todopoderosa bondad de Dios hacia los hombres? Nunca acabaría yo si quisiera reunir todas las pruebas que concurren á justificar esta previsión. Es necesario que estemos prestos para un gran acontecimiento del orden divino. Ya no hay religión en la tierra. Los terribles oráculos anuncian en todas partes que los tiempos son llegados."

Las previsiones de De Maistre se realizan. La humanidad atraviesa por crisis intensa en el orden filosófico, religioso y social. Pero las potencias invisibles ponen manos á la obra. Todos los que en medio del silencio, cuando los ruidos de la tierra se extinguen, han escuchado sus voces; todos los que estudian las corrientes, los soplos misteriosos que pasan sobre el mundo, saben que se opera un trabajo de fermentación en las profundidades del pensamiento y en la misma ciencia. La re-

novación se prepara: el siglo que va á nacer presenciara el florecimiento de una grande idea.

Por esto decimos á los ministros de todos los cultos y de todas las religiones: Si queréis que vuestras Iglesias vivan, volved la vista hacia la nueva luz que Dios envía á la humanidad. Dejadla penetrar en el sombrío edificio de vuestras concepciones; dejadla entrar á torrentes en las inteligencias, á fin de que los hombres se hagan mejores y se ilustren, á fin de que el ideal religioso que renace, caliente los corazones y vivifique las sociedades.

Ensanchad vuestros horizontes. Buscad lo que aproxima á las almas, y no lo que las divide. No lancéis anatemas á quienes no piensan como vosotros, porque os prepararéis crueles decepciones en el más allá. Que vuestra fe no sea exclusiva ni intolerante.

Aprended á discernir, á separar las cosas imaginarias de las reales. Absteneos de combatir la ciencia y de renegar de la razón, pues la razón es Dios en nosotros, y nuestra conciencia su santuario.

Pero—objetaréis—¿esto no será ya nuestra religión?

Sin duda: el nuevo espiritualismo no es una religión; mas aparece en el mundo llevando una antorcha en la mano, y su luz va á iluminar los más apartados rincones y fecundar á todas las religiones. El espiritualismo moderno es creencia basada en los hechos, en realidades sensibles; creencia que se desarrolla, progresa con la humanidad y puede unir á todos los seres, elevándolos hacia una concepción más alta de Dios, del destino y del deber. Por esto, cada uno de nosotros aprenderá á comunicarse con el supremo Autor de las cosas, con ese Padre de todos, que es vuestro Dios y el nuestro, y á quien propenden, desde el origen de las edades, todos los pensamientos que razonan y todos los corazones que adoran.

No pidáis ya lazo alguno moral y religioso á una doctrina de opresión y de temor. Dejad al espíritu humano su libre vuelo hacia la luz y el espacio. Todo rayo que viene de lo alto es una emanación de Dios, que es el sol eterno de las almas.

Cuando la humanidad se haya librado de las supersticiones y de los fantasmas del pasado, entonces veréis difundirse en ella los gérmenes de amor y de bien que la mano divina ha de-

rramado, y conoceréis la religión verdadera, la que se eleva por encima de las diversas creencias y á ninguna maldice.

IX

LA NUEVA REVELACION. EL ESPIRITISMO Y LA CIENCIA.

La nueva revelación se efectúa con formas inesperadas, ó por mejor decir, con formas olvidadas, idénticas, sin embargo, á las que revistieron las primeras manifestaciones del cristianismo.

Este comenzó por el milagro. La religión del Cristo está fundada en la prueba material de la supervivencia. (1) El espiritismo moderno se revela con ayuda del fenómeno. Así, milagro y fenómeno son dos palabras que concurren á un mismo hecho. El diferente sentido que ellas tienen, da la medida del camino recorrido por el espíritu humano en diez y nueve siglos. El milagro es superior á la ley natural: el fenómeno está sometido á esa ley: no es más que el efecto de una causa, la resultante de una ley. La experiencia y la razón han demostrado que el milagro es imposible. Las leyes de la naturaleza, que son las leyes divinas, no podrían ser violadas, puesto que ellas son las que reglan y mantienen la armonía del universo. Dios no puede desmentirse.

Los fenómenos de ultratumba se encuentran como base de todas las grandes doctrinas del pasado. Casi en todos tiempos han estado unidos por medio de relaciones el mundo invisible y el mundo de los vivos. Pero en la India, en Egipto y en Grecia este estudio era privilegio de un pequeño número de inquiridores y de iniciados, y los resultados obtenidos eran ocultos cuidadosamente.

Para que este estudio sea posible á todos; para dar á conocer las verdaderas leyes que rigen el mundo invisible; para enseñar á los hombres á ver en esos fenómenos, no un orden de cosas sobrenatural, sino un dominio ignorado de la naturaleza y de la vida, sería necesario el inmenso trabajo de los siglos, todos los descubrimientos de la ciencia, todas las con-

(1) Véase el cap. V.

quistas del espíritu humano sobre la materia: sería necesario que el hombre conociese su verdadero puesto en el universo, que aprenda á medir la debilidad de sus sentidos, su impotencia para explorar, por sí solos, todos los dominios de la naturaleza viviente.

La ciencia con sus invenciones ha atenuado esta imperfección de nuestros órganos. El telescopio ha abierto á nuestras miradas los abismos del espacio: el microscopio nos ha revelado lo infinitamente pequeño. La vida se nos ha mostrado en todas partes; en el mundo de los infusorios, como en la superficie de los globos gigantes que ruedan en la profundidad de los cielos. La física ha descubierto las leyes que rigen la transformación de las fuerzas, la conservación de la energía, y las que mantienen el equilibrio universal: la química nos ha hecho conocer las combinaciones de la sustancia. El vapor y la electricidad han venido á revolucionar la faz del globo, á facilitar las relaciones de los pueblos y las manifestaciones del pensamiento, á fin de que la idea irradie y se propague en todos los puntos de la esfera terrestre.

El espíritu humano ha podido fijar sus miradas en esta gran Biblia de la naturaleza, en este libro divino que excede en majestad á todas las biblias humanas. Ha leído fácilmente las fórmulas y las leyes que presiden á las evoluciones de la vida, á la marcha de los universos.

Al presente, el estudio del mundo invisible viene á completar esta magnífica ascensión del pensamiento y de la ciencia. El problema del más allá se insinúa en el espíritu humano con un poder, una autoridad y una insistencia tales, que quizás nada semejante se ha producido en la historia.

Porque jamás se había visto que tal conjunto de hechos, de fenómenos, considerados desde luego como imposibles y no despertando en la mayoría de nuestros contemporáneos más que la antipatía y el desdén, acabasen por imponerse á la atención y al examen de los hombres más competentes y más autorizados.

Hacia la mitad del presente siglo, el hombre, decepcionado por todas las teorías contradictorias, por todos los sistemas incompletos con que se ha querido alimentar su pensamiento, se dejaba invadir por la duda; perdía más y más la noción de la vida futura. Entonces el mundo invisible se ha acercado á

rramado, y conoceréis la religión verdadera, la que se eleva por encima de las diversas creencias y á ninguna maldice.

IX

LA NUEVA REVELACION. EL ESPIRITISMO Y LA CIENCIA.

La nueva revelación se efectúa con formas inesperadas, ó por mejor decir, con formas olvidadas, idénticas, sin embargo, á las que revistieron las primeras manifestaciones del cristianismo.

Este comenzó por el milagro. La religión del Cristo está fundada en la prueba material de la supervivencia. (1) El espiritismo moderno se revela con ayuda del fenómeno. Así, milagro y fenómeno son dos palabras que concurren á un mismo hecho. El diferente sentido que ellas tienen, da la medida del camino recorrido por el espíritu humano en diez y nueve siglos. El milagro es superior á la ley natural: el fenómeno está sometido á esa ley: no es más que el efecto de una causa, la resultante de una ley. La experiencia y la razón han demostrado que el milagro es imposible. Las leyes de la naturaleza, que son las leyes divinas, no podrían ser violadas, puesto que ellas son las que reglan y mantienen la armonía del universo. Dios no puede desmentirse.

Los fenómenos de ultratumba se encuentran como base de todas las grandes doctrinas del pasado. Casi en todos tiempos han estado unidos por medio de relaciones el mundo invisible y el mundo de los vivos. Pero en la India, en Egipto y en Grecia este estudio era privilegio de un pequeño número de inquiridores y de iniciados, y los resultados obtenidos eran ocultos cuidadosamente.

Para que este estudio sea posible á todos; para dar á conocer las verdaderas leyes que rigen el mundo invisible; para enseñar á los hombres á ver en esos fenómenos, no un orden de cosas sobrenatural, sino un dominio ignorado de la naturaleza y de la vida, sería necesario el inmenso trabajo de los siglos, todos los descubrimientos de la ciencia, todas las con-

(1) Véase el cap. V.

quistas del espíritu humano sobre la materia: sería necesario que el hombre conociese su verdadero puesto en el universo, que aprenda á medir la debilidad de sus sentidos, su impotencia para explorar, por sí solos, todos los dominios de la naturaleza viviente.

La ciencia con sus invenciones ha atenuado esta imperfección de nuestros órganos. El telescopio ha abierto á nuestras miradas los abismos del espacio: el microscopio nos ha revelado lo infinitamente pequeño. La vida se nos ha mostrado en todas partes; en el mundo de los infusorios, como en la superficie de los globos gigantes que ruedan en la profundidad de los cielos. La física ha descubierto las leyes que rigen la transformación de las fuerzas, la conservación de la energía, y las que mantienen el equilibrio universal: la química nos ha hecho conocer las combinaciones de la sustancia. El vapor y la electricidad han venido á revolucionar la faz del globo, á facilitar las relaciones de los pueblos y las manifestaciones del pensamiento, á fin de que la idea irradie y se propague en todos los puntos de la esfera terrestre.

El espíritu humano ha podido fijar sus miradas en esta gran Biblia de la naturaleza, en este libro divino que excede en majestad á todas las biblias humanas. Ha leído fácilmente las fórmulas y las leyes que presiden á las evoluciones de la vida, á la marcha de los universos.

Al presente, el estudio del mundo invisible viene á completar esta magnífica ascensión del pensamiento y de la ciencia. El problema del más allá se insinúa en el espíritu humano con un poder, una autoridad y una insistencia tales, que quizás nada semejante se ha producido en la historia.

Porque jamás se había visto que tal conjunto de hechos, de fenómenos, considerados desde luego como imposibles y no despertando en la mayoría de nuestros contemporáneos más que la antipatía y el desdén, acabasen por imponerse á la atención y al examen de los hombres más competentes y más autorizados.

Hacia la mitad del presente siglo, el hombre, decepcionado por todas las teorías contradictorias, por todos los sistemas incompletos con que se ha querido alimentar su pensamiento, se dejaba invadir por la duda; perdía más y más la noción de la vida futura. Entonces el mundo invisible se ha acercado á

él, persiguiéndole hasta en su morada. Los muertos se han manifestado á los vivos, por medios diversos. Las voces de ultratumba han hablado; los misterios de los santuarios orientales, los fenómenos ocultos de la Edad Media, después de largo y silencioso quietismo, se han renovado: el espiritismo ha nacido.

Más allá de los mares, en un mundo joven, rico de energía vital, de ardiente expansión, y menos sujeto que la vieja Europa al espíritu de rutina y á los prejuicios del pasado, en la América del Norte, se han producido las primeras manifestaciones del espiritualismo moderno. De allí se han esparcido en todo el globo. Esta elección ha sido, sin duda, la más acertada. La libre América es el lugar más propicio para una obra de propaganda y de renovación. Tan es así, que hoy se cuentan ya veinte millones de "espiritualistas modernos."

Pero de uno y otro lado del Atlántico, aunque con intensidad diversa, las fases de progresión de la idea espírita han sido las mismas.

En ambos continentes, el estudio del magnetismo y de los fluidos había preparado á ciertos espíritus para la observación del mundo invisible.

Desde luego se produjeron en todas partes hechos extraños, de los cuales sólo se osaba hablar en voz baja y en la intimidad. Después, el tono se elevó poco á poco. Hombres de talento, sabios, cuyos nombres son garantía de honorable sinceridad, osaron hablar bien alto de estos hechos y afirmarlos. Se habló de hipnotismo, de sugestión; después vinieron la telepatía, los casos de levitación y todos los fenómenos del espiritismo.

Las mesas se agitaban girando; los objetos se desplazaban sin contacto; golpes bien perceptibles resonaban en los muros y los muebles. Todo esto se producía; manifestaciones vulgares en apariencia, pero perfectamente adaptadas á las exigencias del medio terrestre, al estado de espíritu positivo y escéptico de las sociedades modernas.

El fenómeno hablaba á los sentidos, porque éstos son como las aberturas por donde el hecho penetra hasta el entendimiento. Las impresiones sentidas en el organismo producen la sorpresa, provocan las pesquisas, y conducen á la convicción. De aquí el encadenamiento de los hechos, la marcha ascendente de los fenómenos.

En efecto; después de una primera fase material y grosera, las manifestaciones tuvieron nuevo aspecto. Los golpes se regularizaron convirtiéndose en medio de comunicación inteligente y consciente; la escritura automática se propagó. La posibilidad de relaciones entre el mundo visible y el invisible se mostró como un hecho importante, trastornando las ideas existentes, quebrantando las enseñanzas habituales, pero abriendo una salida hacia la vida futura, que el hombre vacilaba todavía en franquear, deslumbrado como estaba ante las perspectivas que se presentaban ante sus ojos.

Al mismo tiempo que el espiritismo se propagaba, veía levantarse en su contra numerosas oposiciones. Como todas las ideas nuevas, debe afrontar el desprecio, la calumnia, la persecución moral. Como idea cristiana que renace, fué colmado de amargura y de injurias. Siempre sucede así. Cuando aparecen nuevos aspectos de la verdad ante los hombres, provocan siempre la desconfianza y la hostilidad.

Esto se comprende. La humanidad ha agotado las viejas formas del pensamiento y de la creencia, y cuando esos inesperados aspectos de la verdad se revelan, parecen no corresponder al ideal antiguo, que está debilitado, pero no muerto. Necesario es también un largo periodo de examen, de reflexión, de incubación, para que la idea nueva se abra camino en los espíritus. De aquí las incertidumbres y los sufrimientos al principio de esa reacción.

Se ha hecho mofa de las formas del nuevo espiritualismo. Mas las potencias invisibles que velan por la humanidad son más competentes que nosotros para escoger los medios de acción y de impulso que conviene adoptar, según los tiempos y las circunstancias, para inculcar en el hombre el sentimiento de su misión y de su destino, todo ello sin poner trabas á su libre albedrío; pues lo esencial, lo necesario es que la libertad del hombre quede incólume.

La voluntad superior sabe apropiarse á las necesidades de cada época y de cada raza las formas nuevas de la eterna revelación. Ella hace que en el seno de las sociedades surjan los pensadores, los experimentadores, los sabios que indiquen la ruta por seguir, y pongan los primeros fundamentos. Su labor se desarrolla lentamente. Débiles é insensibles son al principio los resultados, pero la idea penetra poco á poco en las in-

teligencias. El movimiento, con ser inapercibido, no es por eso menos seguro y más profundo.

En nuestra época la ciencia es la maestra soberana, la directora del movimiento intelectual. Cansada de especulaciones metafísicas y de dogmas religiosos, la humanidad reclamaba pruebas sensibles, bases sólidas sobre las cuales pudiera asentar sus convicciones. Se ha acogido al estudio experimental y á la observación de los hechos como á tabla de salvación. De aquí dimana el gran crédito de los hombres científicos en la actualidad y por esto la revelación ha tomado un carácter científico. Por medio de hechos materiales, se ha llamado la atención de hombres tan adictos á lo material.

Los fenómenos misteriosos que se encuentran en la historia del pasado, se han renovado y multiplicado en nuestro alrededor; y se han ido sucediendo en tal orden progresivo, que parece revelar un plan preconcebido, la ejecución de un pensamiento y de una voluntad.

En efecto, á medida que el nuevo espiritualismo ganaba terreno, los fenómenos cambiaban de aspecto. Las groseras manifestaciones del principio se mejoraban, teniendo carácter más elevado. Los mediums recibían, por la escritura, de un modo mecánico ó intuitivo, mensajes é inspiraciones de procedencia extraña; los instrumentos de música sonaban sin contacto; se escuchaban voces y cantos, y las melodías penetrantes parecían descender del cielo y sorprendían á los más incrédulos. Producíase la escritura directa en el interior de pizarras unidas y selladas: por medio de fenómenos de incorporación los difuntos tomaban posesión del organismo de un sujeto dormido, y conversaban con quienes les habían conocido en la tierra. Gradualmente, y como por consecuencia de un calculado desarrollo, aparecían los mediums videntes, parlantes y curanderos.

En fin, los habitantes del espacio, revistiendo envolturas temporales, venían á mezclarse á los humanos, vivían un instante con su vida material y terrestre, se dejaban ver, tocar, fotografiar, y se desvanecían en seguida para recobrar su existencia etérea.

Así es como se ha efectuado, desde hace medio siglo, todo un encadenamiento de hechos, desde los más simples y vulgares, hasta los más sutiles y complicados, según el grado de ele-

vación de las inteligencias que en ello intervienen; y todas estas manifestaciones se han efectuado ante las miradas de observadores atentos.

Así, no obstante las dificultades de experimentación, á pesar de que dichos fenómenos han sido algunas veces pretexto para la impostura y la explotación, la prevención y la desconfianza han disminuido poco á poco, y el número de investigadores ha ido creciendo.

Desde hace cincuenta años, el fenómeno espírita ha sido, en todas partes, objeto de frecuentes investigaciones, emprendidas y dirigidas por comisiones científicas; sabios escépticos, profesores célebres pertenecientes á las grandes universidades del mundo, han sometido esos hechos á examen riguroso y profundo. Su intención era, desde luego, hacer la luz en lo que creían ser resultado de fraudes ó de alucinaciones. Pero todos, después de años de estudio y de experimentación persistente, de incrédulos que eran, han abandonado sus preveniciones y se han inclinado ante la realidad de los hechos.

Mientras más se ha examinado y estudiado el problema, más numerosos y evidentes se han presentado los casos de identidad, y las pruebas de la persistencia de la personalidad humana más allá de la tumba. Las manifestaciones espíritas, comprobadas por millares en todos los puntos del globo, han demostrado que un mundo invisible se agita á nuestro alrededor, á nuestro alcance; un mundo donde viven, en estado fluido, todos los que nos han precedido sobre la tierra, que han luchado y sufrido, y constituyen, después de la muerte, una segunda humanidad.

El nuevo espiritualismo se presenta hoy con tal conjunto de pruebas y tal número de testimonios, que no es posible la duda para los investigadores de buena fe. Esto mismo expresaba en los siguientes términos el profesor Challis, de la Universidad de Cambridge:

"Los testimonios han sido tan abundantes y tan perfectos, y son procedentes de orígenes tan distintos y de tal número de testigos, que es necesario, ó admitir las manifestaciones tal y como se las representa, ó renunciar á la posibilidad de certificar algún hecho que se pretenda comprobar por testimonio humano." (1)

(1) Russell Wallace, *El Moderno Espiritualismo*, pág. 139.

Así pues, el movimiento de propagación se ha acentuado más y más: al presente asistimos á una verdadera difusión de la idea espírita. La creencia en el mundo invisible se extiende por toda la tierra. En todas partes el espiritismo tiene sociedades de experimentación, vulgarizadores y periódicos que lo proclaman.

Insistamos en un punto esencial. El error ó el escepticismo del hombre tocante á la existencia del mundo invisible tenían una sola causa: la impotencia de su organismo para hacerle concebir idea completa de las formas y de las posibilidades de la vida.

No se ha tenido en cuenta que nuestros sentidos, aunque se hayan desarrollado y afinado desde el origen de la humanidad, no perciben todavía más que las formas muy rudimentarias de la materia: sus estados sutiles se escapan á su concepción. De aquí, la opinión generalmente extendida de que no era posible sino bajo formas y con organismos semejantes á los que contempla nuestra vista. De aquí, la falsa idea de que la vida no era más que una imitación, una reproducción de lo que vemos en nuestro derredor.

Desde el día en que con la ayuda de poderosos instrumentos de óptica, nos ha sido revelado lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, ha sido preciso reconocer que nuestros sentidos, por sí solos, sólo abrazan un círculo muy restringido del imperio de las cosas, un campo limitado de la naturaleza; que, en definitiva, no sabíamos casi nada de la vida universal.

En época bien reciente, sólo conocíamos tres modalidades de la materia: los sólidos, los líquidos, los gases. Nada sabíamos de las innumerables transformaciones de que es capaz.

Desde hace veinte años solamente, han conocido los sabios el cuarto estado de la materia, el estado radiante. W. Crookes, el académico inglés, ha sido el primero que comprobó dicho estado, y sus experiencias espíritas, proseguidas durante tres años, no han sido extrañas á este descubrimiento. El mismo ha podido demostrar que la materia hecha invisible, reducida á partículas infinitesimales, adquiere energías, potencias incal-

culables, y que esas energías aumentan sin cesar á medida que la materia se rarifica.

En fecha más reciente, las investigaciones de nuestros sabios han venido á comprobar estos descubrimientos. Poco á poco la ciencia ha abordado el dominio de lo invisible, de lo intangible, de lo imponderable. Ha debido reconocer que el estado radiante no es el último de la materia: todavía más; ella se le ha aparecido con aspectos más y más sutiles y quintesenciados, rarificándose casi á lo infinito, sin cesar por eso de ser la forma posible, la forma necesaria de la vida.

Esto que la ciencia comienza solamente á entrever, lo sabían los espíritas desde hace largo tiempo, por la revelación de los Espíritus. Habían aprendido que el mundo visible es sólo una ínfima porción del universo; que fuera de lo que perciben nuestros sentidos, la materia, la fuerza, la vida, se presentan de varios modos, con innumerables aspectos; que estamos rodeados, envueltos de radiaciones invisibles para nosotros en razón de lo grosero de nuestros órganos.

Las experiencias científicas han demostrado todo esto. La comprobación de estos modos de energía, la existencia de esas formas sutiles de la materia, proporcionan al mismo tiempo la explicación racional de los fenómenos espíritas. Los Invisibles toman de esos elementos de la materia las fuerzas de que se sirven para sus manifestaciones físicas, y de ellos también están constituidos sus organismos y sus envolturas.

Todos los investigadores de buena fe no han tardado en reconocerlo. Desde el descubrimiento de la materia radiante, la ciencia ha avanzado paso á paso en ese vasto imperio de lo desconocido. Cada día confirma ella misma, por nuevas experiencias, lo que el espíritu humano, más clarividente que nuestros sentidos, había sentido desde hace largo tiempo.

La ciencia había comenzado por fotografiar los rayos invisibles del espectro solar, los rayos ultra-violetas y los infrarrojos que no impresionan nuestra retina. Después, ha obtenido la reproducción sobre la placa sensible, de gran número de mundos estelares, de estrellas lejanas, de astros perdidos en las profundidades del espacio, á distancia tal, que sus radiaciones luminosas se escapan, no sólo á nuestra vista, sino muchas veces aun al telescopio.

Se sabe que las sensaciones de luz, así como las del sonido,

el calor, etc., son producidas por cierta cantidad de vibraciones del éter. La retina, órgano de la vista, percibe hasta ciertos límites las ondas luminosas. (1) Más allá de estos límites, gran número de vibraciones se le escapan. Así pues, estas vibraciones inapreciables para nosotros, pueden ser percibidas por la placa fotográfica, la cual es más sensible que el ojo humano: lo que permite decir que el objetivo fotográfico es como un ojo abierto hacia lo invisible.

Tenemos otra prueba en la aplicación de los rayos X, los rayos oscuros de Roentgen, á la fotografía. Estos rayos, aunque invisibles, tienen sin embargo bastante poder para atravesar ciertos cuerpos opacos, tales como el lienzo, la carne, la madera, permitiendo reproducir los objetos ocultos á todos los ojos, así como el contenido de un bolsillo, de una carta cerrada, etc. Penetran en las profundidades del organismo humano, y los menores detalles de nuestra anatomía no tienen secretos para ellos.

La utilización de los rayos X tiende á generalizarse más y más; por este hecho se puede conjeturar que la ciencia del porvenir podrá aprovecharse de las formas sutiles de la materia, cuando sepa almacenarlas y dirigir las.

El descubrimiento de la materia luminosa y de sus aplicaciones tiene un alcance incalculable. No solamente nos prueba que las formas de la materia se escalonan más allá de la percepción de nuestros sentidos, formas perceptibles solamente para los aparatos registradores, sino también que esas formas y esas irradiaciones, á medida que aumentan de sutilidad, ad-

(1) La retina, que es el más perfecto de nuestros órganos, percibe las ondulaciones etéreas desde 400 trillones por segundo hasta 790 trillones, es decir, todo lo que constituye la gama de los colores, desde el rojo en una de las extremidades del espectro solar, hasta el violeta, en la otra extremidad. Más allá, la sensación es nula. El profesor Stokes ha logrado, sin embargo, hacer visibles los rayos ultra-violetas, haciéndolos atravesar un papel empapado en una solución de sulfato de quinina, que reduce el número de las vibraciones. Asimismo, el profesor Tyndall ha hecho visibles, por medio del calor, los rayos infra-rojos, invisibles al ojo en estado normal.

Partiendo de estos datos, podemos admitir científicamente una sucesión no interrumpida de vibraciones menos numerosas, invisibles, y deducir que, si nuestros órganos fueran aptos para recibir la impresión, podríamos distinguir una variedad inimaginable de colores ignorados, y también de innumerables formas, substancias, organismos, que no percibimos ahora, por la imperfección de nuestros sentidos.

quieran más fuerza y penetración. Nos habituamos así á estudiar la naturaleza en sus aspectos ocultos, que son los de su mayor potencia.

En estas manifestaciones de la materia, todavía mal definidas, encontramos la explicación científica de multitud de fenómenos, como las apariciones, el paso de los espíritus á través de cuerpos sólidos, etc. La aplicación de los rayos Roentgen á la fotografía nos hace comprender el fenómeno de la doble vista de los médiums y el de la fotografía espírita. En efecto, si las placas pueden ser influenciadas por rayos invisibles, por radiaciones de la materia imponderable que penetran los cuerpos opacos, con más razón los fluidos quintesenciados de que se compone la envoltura invisible de los espíritus, pueden, en ciertas condiciones, impresionar la retina de los médiums, aparato más complejo y más delicado que la placa de vidrio.

De este modo el espiritismo se fortifica de día en día con la adición de argumentos tomados de los descubrimientos de la ciencia, y que acabarán por convencer á los más endurecidos escépticos.

La fotografía de las radiaciones del pensamiento viene á abrir un campo nuevo á los investigadores.

Los doctores Baraduc, Luys (1) y Lebon han logrado fijar sobre la placa sensible las radiaciones del pensamiento y las vibraciones de la voluntad. Nosotros mismos hemos verificado estas experiencias, durante algunos años, y el hecho que de ellas se desprende, es que existe en cada sér humano un centro de radiaciones invisibles, un foco de luces que escapan á la vista, pero que pueden impresionar las placas fotográficas.

Sea por el contacto de los dedos sobre la gelatina ó sobre el vidrio desnudo, sea por la aplicación de la cámara obscura cerca del cerebro, se obtiene sobre la placa la imagen de ondas, vibraciones, que varían de aspecto y de intensidad bajo la influencia de las disposiciones mentales del operador. Uniformes, regulares en el estado normal estas ondas, se presentan en forma de torbellinos ó de espirales bajo la acción de la cólera; se extienden como cascadas y en anchos efluvios en el

(1) Véase la comunicación del Dr. Baraduc al Congreso de Fotografía de Bar, la del Dr. Luys á la Sociedad de Biología (Junio 1897), y la obra del Dr. Baraduc: *El Alma humana, sus Movimientos, sus Luces*.

éxtasis, y se elevan en columnas majestuosas durante la plegaria, como vapores de incienso.

También se ha llegado á producir sobre las placas el doble flúidico del hombre, ese doble misterioso que es el centro de estas radiaciones. El Coronel Rochas, Administrador de la Escuela Politécnica, y el Dr. Barlemont, han obtenido, en Nadar, la fotografía simultánea del cuerpo de un medium y de su doble, momentáneamente separados. (1)

Como preludio de muchas pruebas objetivas que señalaremos después, la fotografía viene á revelarnos la existencia de este cuerpo flúidico, de esta envoltura sutil que es la forma luminosa y radiante del espíritu, inseparable de él durante la vida, como después de la muerte.

Las placas fotográficas no son solamente impresionadas por las vibraciones flúidicas del sér humano; lo son también por formas que pertenecen al mundo invisible, por séres que existen, viven y se agitan en torno de nosotros, presidiendo un conjunto de manifestaciones de que vamos á tratar, y que en vano se ha procurado explicar de otro modo que por su presencia y su acción.

Estos séres libres ya por la muerte de las necesidades y de las miserias de la naturaleza humana, continúan obrando con ayuda de ese cuerpo flúidico que es su envoltura imperecedera; cuerpo formado de los elementos más sutiles de la materia, de que hemos hablado, y que escapan, hasta hoy, á nuestros sentidos en su estado normal.

La cuestión del cuerpo flúidico ó peri-espíritu, aunque ya tratada por nosotros en otras páginas, (2) necesita nuevas explicaciones, pues ella nos hace comprender mejor la vida del espacio y el modo de acción de los espíritus sobre la materia.

(1) Véase *Revista espírita*, Noviembre 1894, con el facsimile, y las obras del Coronel Rochas, *Exteriorización de la sensibilidad y Exteriorización de la motilidad*, Chamuel, editor.

Resultados análogos se encuentran en el caso del medium Herrod, y el afirmado por el Juez Carter (Aksakof, *Animismo y espiritismo*, p. 78, 79), así como en los testimonios de M. Glendinnig (*Borderland* de Julio 1896).

(2) *Después de la muerte*, pág. 191.

Todos saben que las moléculas de nuestro cuerpo físico están sometidas á mutaciones constantes. Nuestra envoltura carnal elimina cada día cierto número de elementos, y cada día se asimila otros nuevos. El cuerpo entero, desde las partes blandas del cerebro hasta las más duras de la armazón ósea, se renueva en cierto número de años. En medio de estas corrientes continuas subsiste en nosotros una forma flúidica original, compresible y expansible, que subsiste y se perpetúa.

En ella—aunque esto sea invisible para nuestros sentidos—vienen á incorporarse, á fijarse las moléculas de la materia grosera. El periespíritu es como el molde, la urdimbre flúidica del sér humano. Por esto, cuando la separación se efectúa por la muerte, el cuerpo material se abate, se deteriora y descompone.

El periespíritu es la envoltura permanente del espíritu, mientras que el cuerpo físico es sólo la envoltura temporal, un vestido prestado, que usamos para cumplir nuestra peregrinación terrestre. El periespíritu existía antes del nacimiento, y sobrevive después de la muerte. En su unión íntima con el espíritu, constituye el elemento esencial y persistente de nuestra individualidad á través de las múltiples existencias que nos es preciso recorrer. (1)

Por la existencia de este cuerpo flúidico, por su desprendimiento del cuerpo físico durante el sueño, ya sea éste natural ó provocado, se explican las apariciones de fantasmas de los vivos, y, por extensión, las de los espíritus de los muertos.

(1) Según M. Gabriel Delanne, que se ha consagrado á un estudio profundo y concienzudo del cuerpo flúidico (véase *La Evolución Anímica*, Chamuel, editor), el periespíritu es un verdadero organismo flúidico, un modelo sobre el cual se concreta la materia y se organiza el cuerpo físico. Es el que dirige automáticamente todas las acciones que concurren al mantenimiento de la vida. Bajo el influjo de la fuerza vital, dispone las moléculas materiales conforme á un plan determinado que tiene en cuenta todos los principales aparatos del organismo; respiración, circulación, sistema nervioso, etc.

Este modelo, este "dibujo ideal invisible, impuesto por Claudio Bernard," es el que mantiene la estabilidad del sér en medio de la integral renovación de la materia organizada: sin él, la acción vital podría tomar todas las formas, lo cual no se efectúa.

También, conforme á ese plan flúidico periespiritual, se arregla la evolución embriogénica del sér hasta su organización completa.

Agreguemos que esta teoría nos ha sido confirmada por las indicaciones de espíritus elevados.

Se ha podido comprobar ya, en muchos casos, que el doble fluídico de personas vivas se destacaba, en ciertas condiciones, del cuerpo material, para aparecer y manifestarse á distancia. Estos fenómenos son conocidos con el nombre de "hechos telepáticos." (1)

Desde entonces se tuvo la evidencia de que, si durante la vida la forma fluídica puede obrar sin el concurso del cuerpo, la muerte no podía ser el término de su actividad.

En el estudio especial de los fenómenos de exteriorización de la sensibilidad y de la motilidad, el coronel Rochas, y con él los profesores Richet y Sabatier, los doctores Ségard, Dariex, MM. de Grammont y de Watteville, habían llegado al dominio de las pruebas experimentales, de donde surgió la certidumbre de la acción del doble fluídico á distancia. Los sabios ingleses han ido más lejos: han comprobado, en numeros casos, que las envolturas fluídicas de espíritus desencarnados se han hecho visibles, por efecto de condensación ó más bien de materialización, como sucede con el vapor de agua, que, invisible y diseminado en la atmósfera, por transformaciones sucesivas puede hacerse visible y tangible, al convertirse en hielo.

El periespíritu es invisible para nosotros en su estado ordinario, porque su esencia sutil produce un número de vibraciones que excede á la facultad de percepción de nuestra vista. En los casos de materialización, el espíritu toma de los médiums ó de otras personas presentes los fluidos más groseros que asimila á los suyos, á fin de adaptar el número de vibraciones de su envoltura á la capacidad de nuestro sentido visual. La operación es delicada y llena de dificultades: sin embargo, los casos de apariciones de espíritus son numerosos y se apoyan en testimonios respetables.

El caso más célebre es el del espíritu de Katie King, que se manifestó, durante tres años, á W. Crookes, académico inglés, con ayuda de la médium Florencia Cook. El mismo M. Crookes ha descrito sus experiencias en una obra que mucho ha circulado. (2) Katie King y Florencia Cook han sido vistas una al lado de la otra; eran de talla y de fisonomía diferentes, y se distinguían bien en otros detalles.

(1) Véase la nota complementaria núm. 12.

(2) *Investigaciones acerca de los fenómenos del espiritismo*, Leymarie, editor.

El testimonio de W. Crookes está confirmado por el de los doctores Gully y Sexton, del príncipe de Sayn-Wittgenstein, de Harrisson, de B. Coleman, Sergeant Cox, Varley, ingeniero electricista, de Mme. Florencia Marryat, etc.; quienes asistieron, en diferente ocasiones, á las apariciones de Katie.

En vano se ha procurado algunas veces insinuar que M. Crookes ha desmentido sus afirmaciones. En Abril de 1897, pasando por París, decía á un repórter del periódico *Le Matin*, que no solamente confirmaba lo dicho, sino que se proponía reanudar bien pronto el curso de sus experiencias de espiritismo.

Otro caso célebre es el del espíritu Abdullah, relatado por Aksakof, consejero de Estado ruso, en su obra *Animismo y Espiritismo*. El espíritu era de tipo oriental, y su talla de más de seis pies de alto, mientras que el médium, Eglinton, era de cuerpo pequeño y de notable tipo anglo-sajón.

Un sabio americano, Robert Dale Owen, antiguo embajador de los Estados Unidos en Nápoles, se ha consagrado seis años á experiencias de materialización, y ha declarado haber visto centenares de formas de espíritus. En una sesión dispuesta por la Sociedad de investigaciones psíquicas de los Estados Unidos, y á la cual asistía el Reverendo Savage, célebre predicador, treinta espíritus materializados aparecieron á la vista de los asistentes, quienes reconocieron en ellos á parientes y amigos difuntos. Estas manifestaciones son frecuentes en América. (1)

La objeción favorita de los incrédulos, tocante á este género de fenómenos, es que se producen en la obscuridad, y que esto favorece las supercherías. Es necesario notar desde luego que la obscuridad es indispensable á las apariciones luminosas, que son las más numerosas. La luz ejerce acción disolvente sobre los fluidos, y muchas manifestaciones no pueden efectuarse con ella. Hay, sin embargo, casos en que ciertos espíritus han podido aparecer con luz fosforada; otros se desmaterializan en plena luz. En el círculo de radiaciones de tres picos de gas se ha visto á Katie King hundirse poco á poco, disolverse, y desaparecer. (2)

(1) Véase *El Psiquismo Experimental*, por Erny, pág. 184.

(2) Véase la misma obra, pág. 145.

Durante diez años hemos proseguido estos estudios, con ayuda del Dr. A. . . . médico de Tours, y de un capitán del 9º Cuerpo. Por medio de uno de ellos, sumido en sueño magnético, los Invisibles nos habían prometido, desde hacia largo tiempo, una materialización; y una tarde, estando reunidos los tres en el gabinete de consultas de nuestro amigo, cerradas cuidadosamente las puertas y penetrando aún luz suficiente por una alta ventana, lo cual nos permitía ver distinta y claramente los menores objetos, sobre un punto del muro sonaron tres golpes. Era la señal convenida.

Volviendo hacia allí nuestras miradas, vimos surgir, del muro espeso y sin solución de continuidad, una forma humana de talla regular. Aparecía de perfil, mostrándose á la vez la espalda y la cabeza: después y poco á poco, se hizo visible todo el cuerpo. La parte superior bien distinta, y sus contornos netos y precisos: la inferior era más vaporosa, como una masa confusa. La aparición no marchaba, se deslizaba. Después de haber atravesado lentamente la sala, fué á hundirse y desaparecer en el muro opuesto, en un lugar que no presentaba salida alguna. Pudimos contemplarla cerca de tres minutos, y nuestras impresiones, comparadas y comprobadas, resultaron idénticas.

Las materializaciones y apariciones de espíritus encuentran, según lo hemos visto, obstáculos que se oponen á que sean numerosas y frecuentes. Otra cosa sucede respecto de ciertos fenómenos de orden psíquico y de varias clases, los cuales se propagan y se multiplican más y más en nuestro alrededor.

Vamos á examinar sucesivamente estos hechos, en su orden progresivo, en el punto de vista del interés que presentan y de la certidumbre que de ello surge, tocante á la vida libre del espíritu.

En primer lugar viene el fenómeno, tan extendido hoy, de las casas en que se verifican manifestaciones de orden físico por los espíritus de orden inferior que las frecuentan. Golpes, sonidos de toda clase, desde los más débiles hasta los más fuertes, hacen vibrar los pisos, los muebles, los muros: la vajilla es transportada y rota; algunas piedras son lanzadas del exterior hasta el interior de la habitación.

Casi todos los días se lee en los periódicos el relato de fe-

nómenos de este género. Apenas han cesado en un punto, se producen en otro, ya en Francia, ya en el extranjero, llamando la atención pública y teniéndola embargada. En ciertos lugares, como en Valence-en-Brie, en Izeures (Indre-et-Loire,) en Ath (Brabant), Agen, etc. etc., han durado meses enteros, sin que los más hábiles policías hayan logrado descubrir una causa humana de estas manifestaciones.

Estos hechos se explican por la acción malhechora de seres invisibles que, *post mortem*, mantienen rencores que en la tierra fueron nacidos de malévolas relaciones anteriores, de daños causados por ciertas familias ó individuos, quienes por esta causa atraen sobre ellos la influencia nefasta de estos desencarnados. Así, en el plan general de evolución, aun la libertad del mal, la obra de las pasiones inferiores, llamando, por la producción de estos fenómenos, la atención pública hacia un mundo ignorado, concurre á la instrucción y al progreso de todos.

A pesar de las repugnancias de la ciencia para ocuparse de estos hechos, cada día crece el número de investigadores concienzudos que, apartándose de caminos trillados, se dedican á la paciente observación del mundo invisible. No hay mes, ni aun semana, en que no se registre un nuevo resultado en la experimentación.

Los fenómenos físicos, la levitación de cuerpos pesados y su transporte á distancia, sin contacto, llaman especialmente la atención de ciertos sabios.

Hemos hablado en otra vez ⁽¹⁾ de las experiencias efectuadas en Nápoles y en Milán en 1892, por hombres de ciencia de diferentes nacionalidades. En documentos redactados por ellos han reconocido la intervención de fuerzas y de voluntades desconocidas en la producción de estos fenómenos.

Experiencias análogas se han practicado después en Roma, en Varsovia, en la casa del doctor Ochorowicz, en la isla Roubaud, en la residencia de M. Richet, profesor de la Academia de Medicina de París, en Burdeos, y en Agnèlas, cerca de Voiron (Isère), en casa del coronel Rochas.

En todas partes se ha comprobado el desplazamiento de muebles, de instrumentos de música, sin contacto, la levita-

(1) Después de la muerte, última edición, pág. 182 á 184.

ción de cuerpos humanos, el levantamiento de sillas con las personas que las ocupaban. El profesor Lombroso, en uno de sus relatos, habla de cierto armario "que avanzaba como un paquidermo."

Todas estas manifestaciones pudieran ser explicadas, bien ó mal, por causas exclusivamente materiales, ó por la acción de fuerzas inconscientes. La fuerza psíquica, exteriorizada por el sér humano, bastaría, por ejemplo, para explicar los movimientos de mesas y otros objetos á distancia, y, por extensión, todos los fenómenos que no demuestran la acción de otra inteligencia que la de los asistentes.

Mas lo que complica el fenómeno y hace insuficiente esta explicación es que, en la mayor parte de las sesiones de que hablamos, además de movimiento de objetos y levitación de personas, se efectúan tocamientos, apariciones de manos luminosas y de formas humanas, que no son las de los experimentadores; suenan piezas de música en pianos cerrados, y se escuchan voces y cantos. Alguna vez, como en Roma, en las experiencias del doctor Sant-Angelo, melodías penetrantes que nada tienen de terrestres producen en los asistentes un arro-bamiento casi extático.

Todos estos fenómenos se han obtenido en presencia de mediums ya célebres, entre otros Eusapia Paladino.

Aquí nos parecen indispensables algunas explicaciones acerca de la naturaleza y el verdadero modo de acción de la mediumnidad.

Ya lo hemos dicho antes: nuestros sentidos no nos permiten conocer más que una pequeña parte de las leyes del universo; sin embargo, el círculo de nuestros conocimientos se ensancha poco á poco, y se dilatará más á medida que nuestros modos de sensación se perfeccionen.

Nos bastaría tener un sentido más, una nueva facultad física, para ver abrirse ante nosotros algunos de los dominios ignorados de la vida, y desplegarse, á nuestro alcance, las maravillas del mundo invisible.

Pues bien; estos sentidos nuevos, estas facultades que en el porvenir serán dotes de todos, hoy los poseen algunas per-

sonas, en diversos grados, y estas personas son á quienes se designa con el nombre de *mediums*.

Hay que notar, por otra parte, que en todos tiempos ha habido sujetos con facultades especiales que les daban aptitud para comunicar con lo invisible. La historia, los libros sagrados de todos los pueblos, hacen mención de ello en muchas de sus páginas. Los videntes de la Galia, los oráculos y las pitonisas de Grecia, las sibilas del mundo pagano, los grandes y pequeños profetas de Judea, no eran otra cosa que los mediums de nuestros días. Las potencias superiores se han servido siempre de estos intermediarios para hacer escuchar á la humanidad sus enseñanzas y sus exhortaciones. Los nombres son los que cambian; los hechos quedan los mismos; con la sola diferencia de que estos hechos se producen en mayor número, con aspectos más imponentes, cuando llega para la humanidad la hora de comenzar una etapa, una nueva ascensión hacia esas cimas del pensamiento que son el objeto de su viaje.

Preciso es agregar que no solamente los Espíritus elevados se manifiestan; los de otro grado, cuando encuentran los medios á propósito, procuran entrar en relación con los humanos.

De aquí la necesidad de distinguir, en las comunicaciones ocultas, lo que viene de lo alto y lo que procede de lo inferior, lo que proviene de Espíritus de luz y lo que es producido por espíritus atrasados. Hay, en efecto, espíritus de toda clase y de todo género de elevación, y en nuestro derredor existen mayor número de inferiores que de elevados. Los primeros son los productores de fenómenos físicos, manifestaciones ruidosas, todo lo cual es de orden vulgar, pero sin embargo útil, según lo hemos demostrado, puesto que ello nos lleva al conocimiento de todo un mundo olvidado.

En estos fenómenos los mediums hacen papel pasivo, comparable al de las pilas eléctricas. Son los productores y acumuladores de fluidos, y de ellos toman los espíritus las fuerzas necesarias para obrar sobre la materia. Esta clase de mediums se encuentra en todas partes, aun en las esferas poco ilustradas. Su concurso es puramente material; sus aptitudes son más bien privilegio físico, que indicio de elevación. Cosa distinta es la participación del medium en los fenómenos intelectuales, los más interesantes de todos, y por los cuales se revela mejor la identidad y la individualidad de las Inteligencias invisibles,

proporcionándonos, además, las enseñanzas y las revelaciones que hacen del espiritismo no sólo un campo de exploraciones científicas, sino, según la expresión de Russel Wallace, "un verbo, una palabra."

Vamos á enumerar algunos de estos fenómenos.

El de la escritura directa llama desde luego nuestra atención. En ciertas circunstancias se ve que aparecen papeles con escritura que no es de origen humano. (1) Hemos sido testigos de la producción de algunos hechos de este género. Un día en Orange, durante una sesión de espiritismo, vimos descender en el vacío, encima de nuestra cabeza, un pedazo de papel que parecía proceder del techo, y lentamente vino á caer sobre nuestro sombrero, colocado en la mesa cerca de nosotros. En él estaban trazadas dos líneas de fina escritura, dos versos. Expresaban una advertencia, y una predicción concerniente á nosotros, y que se realizó después.

Lo más frecuente es que este fenómeno se produzca en dos pizarras, unidas, atadas y selladas, en el interior de las cuales se pone un pedazo de lápiz. El mensaje es escrito en presencia de los asistentes, algunas veces en lengua extranjera, desconocida del medium y de las personas presentes, y responde á cuestiones propuestas por ellos.

El Dr. Gibier ha estudiado este género de manifestaciones durante treinta y tres sesiones, con ayuda del medium Slade. (2)

Se ha censurado que este último experimentaba fuera de la vista de los asistentes, poniendo las pizarras debajo de la mesa. En contra de esta objeción citaremos el caso del medium Eglinton, relatado en la obra del profesor Stainton Moses, de la Universidad de Oxford, intitulada *Geography*. Allí el fenómeno se producía en plena luz, á la vista de todos.

En esta obra se habla de una sesión á que asistió M. Gladstone. Este notable hombre de Estado escribió cierta pregunta en una pizarra que él mismo colocó inmediatamente sobre otra, y entre ambas un pedazo de lápiz. Se ataron las dos pizarras, y el medium puso sobre ellas las extremidades de sus dedos para

(1). Véase *La Realidad de los Espíritus, escritura directa*, por el barón de Guldenstübbe. Leymarie, editor.

(2). Véase *Espiritismo ó Fakirismo occidental*, por el Dr. Gibier, actualmente (1898) Director del Instituto Anti-rábico de Nueva York.

establecer la comunicación fluidica. Poco después se escuchó el frotamiento del lápiz. Las miradas de M. Gladstone no se apartaban del medium. En estas condiciones de rigurosa precaución, fueron obtenidas respuestas en diversos idiomas, algunos ignorados del medium, respuestas en concordancia con la pregunta hecha.

Mucho más común que el precedente es el fenómeno de la escritura medianímica. El sujeto, obrando por impulsión oculta, traza sobre el papel comunicaciones, mensajes, en cuya redacción su pensamiento y su voluntad sólo tienen escasisima parte. Esta facultad presenta aspectos muy variados. Puramente mecánica en ciertos mediums que, en el momento en que escriben, ignoran la naturaleza y el sentido de los mensajes, hasta tal punto que algunos pueden hablar al escribir, distraer su atención y trabajar en la oscuridad; en otros muchos esa facultad es semi-mecánica; en este caso, el brazo y el cerebro son á la vez influenciados: las palabras se presentan al pensamiento del medium en el momento en que el lápiz las traza; ó bien puramente intuitiva, y, por consiguiente, menos convincente y más difícil de comprobar.

Los mensajes obtenidos por estos diversos procedimientos presentan gran variedad de estilo y son de importancia muy relativa. La mayor parte de ellos sólo contienen banalidades, mas hay algunos notables por la belleza de la forma y la elevación de pensamientos.

El caso más célebre de escritura automática es aquel por medio del cual la obra de Ch. Dickens, *el Misterio de Edwin Droed*, interrumpida por la muerte del novelista inglés, fué terminada, bajo su dirección, por un medium americano poco instruido en letras, de tal modo, que es imposible reconocer en el cuerpo de la obra el punto en que cesa el trabajo del autor vivo y en que comienza la labor medianímica.

Estando el mundo de los espíritus compuesto en gran parte de las almas que han habitado la tierra, y siendo, en uno y otro medio, contadas las inteligencias privilegiadas, se comprende fácilmente que la mayor parte de las comunicaciones de ultratumba estén desprovistas de alteza y de originalidad. Casi todas, sin embargo, tienen carácter moral incontestable y denotan loables intenciones. Cuántas personas afligidas han podido, por este medio, recibir de los que han amado y creían

perdidos, valor y consolación! ¡Cuántas almas vacilantes en la obscura vía del deber, han sido confortadas, desviadas del suicidio, armadas contra la pasión, por medio de las exhortaciones venidas del más allá!

Mucho más elevados que estas manifestaciones cuya utilidad es evidente y su efecto moral tan intenso, son ciertos mensajes extraordinarios, signados con nombres modestos, ó en términos alegóricos, pero animados de una inspiración poderosa y que llevan en sí, por su forma y sus enseñanzas, el sello de espíritus verdaderamente superiores. Por medio de tales documentos se ha constituido la doctrina del espiritismo, y gran número de ellos fueron recogidos por Allan Kardec. Las fuentes de esa enseñanza sobrehumana no se han agotado, y continúan derramándose sobre la humanidad.

Los fenómenos de escritura directa ó automática se completan y confirman por los hechos de incorporación. En éstos, los espíritus no se reducen á escribir ó hacer que otro escriba; hablan por sí mismos, haciéndolo con ayuda de los órganos del medium dormido. Este, sumergido por ellos en el sueño magnético, abandona su envoltura á personalidades invisibles, las cuales hacen uso de ella para conversar con los asistentes. De este modo se entablan pláticas entre los habitantes del espacio y los parientes ó amigos que han dejado en la tierra.

En las manifestaciones de escritura mecánica, la identidad de los espíritus se comprueba por la forma de los caracteres, por la analogía de las firmas, por la construcción de las frases y hasta por las faltas de ortografía habituales en tal ó cual persona, y que se encuentran en sus mensajes. En los fenómenos de incorporación, esta identidad es aún más evidente. Por sus actitudes, sus gestos, sus discursos, el espíritu se revela tal cual era en la tierra. Quienes le han conocido en su precedente encarnación, lo reconocen fácilmente: su individualidad reaparece en las locuciones características, en las expresiones que le eran familiares, en mil detalles psicológicos que escapan al análisis y que sólo pueden apreciar los que han estudiado de cerca este fenómeno. Nada más conmovedor, por ejemplo, que escuchar á una madre que viene desde más allá de la tumba para exhortar y confortar á los hijos que ha dejado en este mundo. Nada más curioso que ver á espíritus de diversos órdenes animar sucesivamente el organismo de un medium, y

manifestarse á los asistentes por la palabra y por el gesto. A cada uno de aquéllos, la fisonomía del sujeto dormido se transforma, la voz cambia, la expresión de sus rasgos se modifica. La personalidad del espíritu se revela por el lenguaje y la actitud, antes de que él diga su nombre.

En un círculo de experimentación que presidíamos, contamos con dos mediums de incorporación. Uno de ellos servía de órgano á espíritus protectores del grupo. Cuando uno de éstos le animaba, los rasgos de su fisonomía tomaban una expresión angélica, y su voz se tornaba dulce y melodiosa. El lenguaje era de exquisita pureza, y de tal poesía y elevación, que notoriamente estaban muy por encima de las facultades del medium. Su voz parecía penetrar hasta el fondo del corazón; el espíritu posesionado de aquél leía el pensamiento de los asistentes y dirigía á cada uno avisos y advertencias tocantes á su estado moral y su vida privada, que denotaban conocimiento perfecto de su carácter y de su estado de conciencia: conversaba de cosas íntimas, de ellos solos conocidas, é imponía á todos, así por su aire majestuoso como por la sabiduría y la dulzura de sus discursos. Todo parecía vibrar y resplandecer en torno de ese espíritu, y después que partía, sentíamos que algo de grande había pasado en medio de nosotros.

Casi siempre un segundo espíritu, de cierta elevación, pero de otro carácter, le sucedía en el cuerpo del medium. Este espíritu tenía la palabra breve y fuerte, el gesto enérgico y dominador. Su ciencia era vasta: había aceptado el cargo de dirigir los estudios filosóficos y morales del grupo, y sabía resolver los más arduos problemas. Le teníamos en gran veneración, y le obedecíamos con gusto. Era extraño espectáculo para quienes asistían por primera vez á nuestra reunión, ver sucederse en el frágil cuerpo de una dama de modales tímidos y de instrucción modesta, dos espíritus de carácter tan elevado y tan distinto.

No era menor el interés que inspiraba nuestro segundo medium durante las manifestaciones de que era el agente. Era una dama elegante é instruida, esposa de un oficial superior, y que desde luego parecía reunir las mejores condiciones para los fenómenos de orden trascendental; mas en la práctica era todo lo contrario. Esta dama servía habitualmente de organismo á espíritus poco avanzados y que habían tenido situa-

ciones diversas en la tierra. Era cosa chistosa, por ejemplo, oír á una ex-mercadera de legumbres de Amiens expresarse en *patois* picardo por boca de una persona de maneras distinguidas y que jamás había estado en Picardía. El lenguaje de la médium, correcto y escogido en la vigilia, se hacía confuso, pastoso, salpicado de lapsus y de expresiones del terruño durante el sueño magnético, cuando el espíritu de Sofia intervenía en nuestras sesiones. Cuando éste se alejaba, otros espíritus tomaban su lugar, desfilando, por decirlo así, en la envoltura del sujeto, y presentándonos sucesivamente los tipos más heterogéneos; un anciano sacristán, de palabra sugestiva y llena de unción, emitida en tono bajo, cual en un templo; un ex-procurador, de gesto imperioso, de tono mofador, palabra dura y punzante, etc.

Otras veces verificábanse escenas conmovedoras, que arrancaban lágrimas á los asistentes. Los amigos de ultratumba venían á recordarles las memorias de la infancia, los favores recibidos, los errores cometidos; á explicar su manera de vivir en el espacio, hablar de los goces y de los sufrimientos morales experimentados después de la muerte, según fué su existencia en la tierra. Asistimos á conversaciones importantes entre uno y otro espíritu, á disertaciones llenas de lógica y de grandeza acerca de los misterios de la vida y de la muerte, sobre todos los grandes problemas del universo, y cada vez nuestras almas se sentían más conmovidas y fortificadas. Esta comunión íntima con el mundo invisible abría perspectivas infinitas á nuestro pensamiento; influía en todos nuestros actos; nos iluminaba con viva luz esta ruta de la existencia, aún tan oscura y tortuosa para las multitudes que la recorren. Día vendrá en que la humanidad conozca el precio de estas enseñanzas, cuando llegue á conocerlas. Ese día se renovará la faz del mundo.

Después de haber considerado los principales fenómenos que sirven de base al espiritualismo moderno, quedaría incompleto nuestro relato si no dijéramos algunas palabras relativas á las objeciones presentadas y á las teorías contrarias, por medio de las cuales se ha pretendido explicar aquéllos.

Desde luego se presenta la negación absoluta. El espiritismo—se ha dicho—es sólo un conjunto de fraudes y de supercherías. Todos los hechos extraordinarios sobre que se apoya, son simulados.

Cierto es que algunos impostores han procurado imitar esos fenómenos; pero sus imposturas han sido fácilmente descubiertas. Hace varios años un médium americano fué sorprendido en París en flagrante delito de superchería, y fueron los mismos espíritas quienes lo desenmascararon. Los fraudes de este género han sido descubiertos por pruebas aun menos minuciosas y menos rigurosas que las efectuadas para comprobar los fenómenos reales. En casi todos los casos antes señalados, levitación, apariciones, materializaciones de espíritus, los médiums son ligados y atados á su asiento; muchas veces sus pies y manos son sujetos por los experimentadores. Algunas veces son encerrados en jaulas preparadas *ad hoc*, bien cerradas y cuya llave queda en poder de los operadores colocados al rededor del médium. Más de una vez, por exceso de precaución, la jaula se ha suspendido del techo; y en tales condiciones, se han producido numerosos fenómenos de materialización.

En resumen, los impostores son pocos, y muchos de los fenómenos espíritas jamás han sido imitados, porque esta imitación es imposible.

Dichos fenómenos han sido observados y comprobados por sabios escépticos que han pasado por todos los grados de la incredulidad, hasta que al fin no han podido menos que rendirse ante la evidencia de los hechos.

Estos sabios eran hombres de laboratorio, físicos y químicos de reconocida aptitud, médicos y magistrados; teniendo, en consecuencia, las cualidades requeridas y la necesaria competencia para descubrir los más hábiles fraudes y desenredar las tramas mejor urdidas. Los hechos espíritas han sido atestigüados por hombres de elevada posición en las ciencias, y cuyos nombres están entre aquellos que la humanidad entera honra y respeta. A la vez que estos hombres ilustres, todos los que se han dedicado al estudio paciente, concienzudo y perseverante de estos fenómenos, afirman su realidad; mientras que la censura y la negación provienen casi siempre de personas que juzgan superficialmente, y que sólo poco tiempo han con-

sagrado á las experiencias é investigaciones, no poseyendo las nociones y el estudio necesarios para ello.

A algunos de éstos ha pasado lo que sucede por lo regular á los observadores inconstantes: sólo han obtenido insignificantes resultados, si no es que completamente nulos, y se han vuelto más escépticos que antes. No han querido tener en cuenta una cosa esencial: que el fenómeno espírita está regido por leyes y sometido á condiciones que es preciso conocer y observar. Pero la paciencia de esos investigadores se ha agotado pronto, sin comprender que las pruebas que exigen no se obtienen en unos cuantos días. W. Crookes, Russell Wallace, Zöllner, Aksakof, Dale Owen, Robert Hare y muchos otros sabios, han estudiado la materia durante muchos años. No se han reducido á asistir á algunas sesiones, bien ó mal dirigidas, y provistas de buenos mediums: se han tomado el trabajo de investigar los hechos, agruparlos, analizarlos; han ido, digámoslo así, al fondo de las cosas. Así pues, su perseverancia ha obtenido brillantes resultados, y su método de investigación puede servir de modelo á todo experimentador sensato.

Una de las principales teorías de que se ha echado mano para explicar los fenómenos espíritas, es la de la alucinación. Ha perdido, sin embargo, toda razón de ser, ante las fotografías espíritas obtenidas por Aksakof, Crookes, Volpi y tantos otros. No se fotografían las alucinaciones.

Los Invisibles impresionan no sólo las placas fotográficas, sino aun los instrumentos de precisión, como los registradores Marey, de los cuales se sirven los sabios ingleses en sus experiencias: levantan objetos materiales, los descomponen y los recomponen, y dejan impresiones en la parafina caliente. Estas son otras tantas pruebas contra la teoría de la alucinación, sea individual, sea colectiva.

Ciertas gentes califican de vulgares, groseros y triviales los fenómenos espíritas, considerándolos como ridículos. Estas apreciaciones prueban su incompetencia. Las manifestaciones no pueden ser diferentes de lo que eran en la tierra, tratándose de un mismo espíritu. La muerte no nos cambia, y en el más allá somos exactamente lo mismo que éramos durante esta vida. De aquí proviene la inferioridad de tantos seres desencarnados.

Por otra parte, esas manifestaciones triviales y groseras

tienen su utilidad, puesto que son las que revelan mejor la identidad del espíritu. Ellas han convencido á muchos experimentadores de la realidad de la supervivencia; les han impulsado poco á poco á observar, á estudiar fenómenos de orden más elevado. Porque—ya lo hemos dicho—los fenómenos se encadenan y se ligan en orden graduado, en virtud de un plan que parece indicar la acción de una potencia, de una voluntad superior, que pretende arrancar á la humanidad de su indiferencia, y endilgarla al estudio y á la investigación de sus destinos. Los hechos físicos, las mesas parlantes, las casas frecuentadas por espíritus, eran necesarios para llamar la atención de los hombres; pero todo esto sólo debe considerarse como medios preliminares, y como el principio de más elevados conocimientos.

El espiritismo ha sido considerado, durante mucho tiempo, como cosa ridícula: los espíritas han sido burlados, befadados, tachados de locos. Mas todos aquellos que han traído al mundo una idea, una fuerza, una verdad nueva, ¿no han sido también tratados de locos? ¡Loco! se ha dicho de Galileo; ¡locos, Giordano Bruno, Galvani, Watt, Palissy, Salomón de Caus!

La ruta del progreso es á veces penosa para los innovadores, y ha sido regada con muchas lágrimas y con no poca sangre. Aquellos cuyos nombres hemos citado han debido caminar en medio de intereses conjurados; fueron despreciados por los unos, odiados y perseguidos por los otros. Ellos han luchado y sufrido, y comparativamente, los burlados de hoy deben considerarse con mejor suerte. Los espiritualistas modernos, inspirándose en esos grandes ejemplos, han aprendido á soportar los males con paciencia. Una cosa les ha consolado de todos los sarcasmos; es la certidumbre de que ellos también proporcionan un beneficio, una fuerza, una luz á la humanidad.

En cada siglo, la historia rectifica sus juicios. Lo que parecía grande se convierte en pequeño; lo que parecía pequeño se engrandece. Al presente, se comienza á comprender que el espiritismo es uno de los acontecimientos más notables de los tiempos modernos, una de las fases más notables de la evolución del pensamiento, el germen de una de las más grandes revoluciones morales que haya presenciado el mundo.

Cualesquiera que sean las burlas de que el espiritismo haya sido objeto, preciso es reconocer que él es al que la nueva cien-

cia psíquica debe su progreso, pues sin él, sin la impulsión que ha dado, todos los descubrimientos relacionados con dicha ciencia estarían aún por venir.

En lo concerniente á las manifestaciones de los espíritus, los espíritas se consideran bien acompañados. Los nombres ilustres de Russell Wallace, de Crookes, de Robert Hare, de Mapes, de Zöllner, de Aksakof, de Boutlerof, de Wagner, de Flammarion, han sido frecuentemente citados. Y sabios como M. Myers, el profesor William James, de la Universidad de Harvard, el profesor Lodge, de Liverpool, el profesor Richet, el coronel Rochas, no consideran como indignos de ellos esos estudios. Después de saber esto, ¿qué pensar de las acusaciones de ridiculez y de locura? ¿Qué prueban ellas, sino una cosa entristecedora, y es que el reinado de la ciega rutina persiste en ciertos medios? El hombre es con frecuencia inclinado á juzgar de las cosas según el estrecho horizonte de sus prejuicios y de sus conocimientos. Preciso es que eleve más alto y extienda más lejos sus miradas, y mida su debilidad ante el universo. Se aprenderá así á ser modesto, á no rechazar ni condenar nada sin examen.

Se ha procurado explicar todos los fenómenos del espiritismo por la sugestión y la doble personalidad. En las experiencias, se dice, el medium se sugestionaba él mismo, ó sufre la influencia de los asistentes.

La sugestión mental, que no es otra cosa que la transmisión del pensamiento, á pesar de las dificultades que presenta, puede comprenderse y establecerse entre dos cerebros organizados, entre el magnetizador y el magnetizado por ejemplo. Pero ¿se puede creer que la sugestión sea capaz de obrar en las mesas? ¿Se puede admitir que los objetos inanimados son aptos para recibir y reproducir las impresiones de los asistentes?

No se podría explicar con esta teoría los casos de identidad las revelaciones de hechos, de fechas, ignorados del medium y de los asistentes, que se producen con frecuencia en las experiencias, ni las manifestaciones contrarias á la voluntad de todos los espectadores. Muchas veces, hechos y detalles absolutamente desconocidos de todo sér viviente en la tierra, han sido reve-

lados por conducto de los mediums, y después comprobados y reconocidos exactos. Notables ejemplos de ello se encuentran en la obra de Aksakof *Animismo y Espiritismo*, y en la de Russell Wallace, *El Moderno Espiritualismo*, así como casos de mediumnidad en niños de corta edad, casos que, como los precedentes, no podrían ser explicados por la sugestión. (1)

Según MM. Pierre Janet y Ferré (2)—y esta es una explicación de que mucho se sirven los adversarios del espiritismo—es igual un medium escribiente á un sujeto hipnotizado, al cual se sugiere una personalidad durante el sueño, y que al despertar pierde el recuerdo de tal sugestión. El sujeto escribe de una manera inconsciente una carta, un relato, referentes al personaje imaginario. Este es—se nos dice—el origen de todos los mensajes espíritas.

Todas las personas que tienen alguna experiencia del espiritismo saben que esta explicación es inadmisibile. Los mediums, al escribir de un modo automático, no son preparados previamente con el sueño hipnótico. En estado de vigilia y en la plenitud de sus facultades y de su yo consciente, escriben siendo impulsados por los espíritus. En las experiencias de M. Janet figura siempre un hipnotizador en relación magnética con el sujeto. No es lo mismo en las sesiones espíritas; ni el evocador ni los asistentes obran sobre el medium, y éste ignora absolutamente el carácter del espíritu que va á intervenir. Muchas veces las cuestiones son propuestas á los espíritus por los incredulos, más dispuestos á combatir que á facilitar la manifestación.

El fenómeno de la comunicación gráfica no consiste solamente en el carácter automático de la escritura, sino más bien en las pruebas inteligentes y en las identidades que proporciona. Pero las experiencias de M. Janet no ofrecen nada semejante. Las comunicaciones sugeridas á individuos hipnotizados son siempre de una banalidad desalentadora, mientras que los mensajes de los espíritus nos traen con frecuencia indicaciones y revelaciones referentes á la vida presente y pasada de seres que hemos conocido en la tierra, que han sido

(1) Véase en la nota complementaria núm. 13, el caso del niño del profesor Hare.

(2) Pierre Janet, *El Automatismo psicológico*.

nuestros amigos ó sólo nuestros prójimos; detalles ignorados del médium y que tienen tal carácter de certidumbre, que los hace absolutamente distintos de las experiencias de hipnotismo.

Con la sola sugestión no se podría hacer escribir á los ilustrados, ni obtener por medio de un velador poesías como las recogidas por M. Jaubert, presidente del tribunal de Carcassonne, ni suscitar la aparición de manos, de formas humanas, ni menos la escritura sobre pizarras sujetas por las manos de quienes las han llevado, sin desasirlas ni un momento.

Necesario es recordar que la doctrina de los espíritus se ha formado por medio de numerosos mensajes obtenidos por médiums escribientes para quienes eran completamente extrañas esas enseñanzas. Casi todos habían sido educados desde la infancia con las enseñanzas de las Iglesias, con las ideas del paraíso y del infierno. Sus convicciones religiosas, sus nociones acerca de la vida futura, estaban en abierta oposición con las doctrinas expuestas por los espíritus. No tenían ninguna idea previa de la reencarnación ni de las vidas sucesivas del alma, y mucho menos de la verdadera situación del espíritu después de la muerte, cosas todas expuestas en los mensajes obtenidos. Hay una irrefutable objeción á la teoría de la sugestión: la realidad objetiva de las comunicaciones resalta con tanta más evidencia, cuanto que los médiums no estaban preparados por su educación y sus miras personales á las concepciones expresadas por los espíritus.

Es evidente que entre el gran número de hechos espíritas registrados actualmente, se encuentran algunos ligeros y poco concluyentes, y otros que pueden ser explicados por la sugestión. Ciertos grupos espíritas son muy dados á aceptarlo todo como emanado de los espíritus, y no se tienen en cuenta los fenómenos dudosos. Mas por grande que sea la parte atribuída á éstos, queda un conjunto importante de manifestaciones inexplicables por la sugestión, lo inconsciente, la alucinación ú otras teorías análogas.

Los críticos proceden siempre de igual manera con el espiritismo. Se refieren sólo á un género especial de fenómenos, y eliminan de la discusión todos los que no pueden comprender ni refutar. Desde el momento en que han creído encontrar la explicación de algunos hechos aislados, concluyen por ta-

char de absurdos á todos los demás. Por esto casi siempre su explicación es inexacta y deja á un lado las pruebas más concluyentes de la existencia de los espíritus y de su intervención en las cosas humanas.

Otra teoría muy aceptada por los contradictores de la idea espírita, es la del inconsciente ó del *yo* inconsciente. Esto indica que muchos sistemas oscuros y complicados se ligan entre sí.

Según esa teoría, dos seres coexistirían en nosotros: el uno consciente, que se conoce y se posee; el otro, inconsciente, que se ignora á sí mismo, como es ignorado de nosotros, y que, no obstante, posee facultades superiores á las nuestras, puesto que se le atribuyen las necesarias para producir los fenómenos de magnetismo y de espiritismo. Y no solamente un segundo nuestro, sino un tercero, un cuarto y más, pues ciertos teóricos admiten en el hombre la existencia de muchas personalidades, de conciencias diversas. Este sistema es conocido con el nombre de poli-conciencia.

Según lo ha demostrado M. Ch. Richet en su bello libro *El Hombre y la Inteligencia; el Sonambulismo provocado*, lo que se llama doble personalidad no es otra cosa que los diversos estados de una sola y misma personalidad. De igual manera, el inconsciente no es más que una forma de la memoria; su existencia es una hipótesis que el sistema de la escuela materialista ha tomado de la fisiología, torturada y deformada. Los partidarios del inconsciente pretenden combatir, por este medio, lo maravilloso, é inventan un sistema que es más fantástico y más complicado que lo que ellos se figuran. No solamente su teoría es ininteligible, sino que no explica satisfactoriamente todos los fenómenos espíritas; pues no se puede comprender cómo el inconsciente podría producir formas visibles y tangibles, comunicaciones inteligentes por medio de sonidos ó golpes, y todos los otros hechos atestiguados por los experimentadores de todas partes. Esto tampoco explica el más simple fenómeno de la doble vista.

Casi todos han confundido el inconsciente, ya con el doble flúidico, que no es un sér, sino un organismo, ya con el espíritu familiar—el ángel guardian de los cristianos—puesto para el cuidado de toda alma encarnada en este mundo.

Se puede preguntar en virtud de qué acuerdo universal es-

tos inconscientes ocultos en el hombre, que se ignoran mutuamente y aun se ignoran ellos mismos, están unánimes, en el curso de las manifestaciones ocultas, en llamarse los espíritus de los muertos.

Al menos, esto es lo que nosotros hemos podido comprobar en las innumerables experiencias en que hemos tomado parte, durante treinta años, y en muchos diversos puntos de Francia y del extranjero. En ninguna parte los seres invisibles se han presentado como los inconscientes ó yo superiores de los mediums y otras personas presentes, y sí, siempre, como personalidades diferentes, gozando de la plenitud de su conciencia, como individualidades libres, habiendo vivido sobre la tierra; habiendo sido, en la mayor parte de los casos, conocidos de los asistentes; presentando todos los caracteres del sér humano, con sus cualidades y sus defectos, sus debilidades y sus grandezas, y dando por millares, pruebas inequívocas de identidad. (1)

Lo que hay de más notable en esto, según creemos, es la ingeniosidad, la fecundidad de ciertos pensadores, su habilidad para vigorizar las teorías fantásticas, con el objeto de escapar de realidades que les desplacen y les molestan.

Sin duda que ellos no han previsto todas las circunstancias de sus sistemas; han cerrado los ojos ante los resultados que son de esperarse. No se han dado cuenta de que sus funestas doctrinas aniquilan la conciencia y la personalidad dividiéndolas; que conducen lógica y fatalmente á la negación de la libertad, de la responsabilidad y, por consecuencia, á la destrucción de toda ley moral.

En efecto, con esta hipótesis el hombre sería una dualidad ó una pluralidad mal equilibrada, en que cada conciencia obraría á su arbitrio, sin cuidarse de las otras. Tales nociones, al penetrar en ciertas almas y siendo para éstas una convicción y un argumento, son las que les impulsan á todos los excesos.

En resumen: todo en la Naturaleza y en el hombre es simple, claro, armónico. El espíritu sistemático es el que complica y obscurece todo.

Del examen atento, del estudio constante y profundo del sér humano, resulta una cosa, la existencia en nosotros de tres elementos; el cuerpo físico, el cuerpo fluídico ó periespíritu,

(1) Véase la nota complementaria núm. 11.

y, en fin, el alma ó espíritu. Lo que se llama el inconsciente, la segunda persona, el yo superior, la poli-conciencia, etc., es simplemente el espíritu que, en ciertas condiciones de desprendimiento y de clarividencia, ve producirse en él como una manifestación de potencias ocultas, un despertamiento de facultades, de recuerdos dormidos, un conjunto de aptitudes que sus existencias anteriores han aumentado en él, y que estaban momentáneamente ofuscadas bajo el velo de la carne.

No, ciertamente, el hombre no tiene muchas conciencias. La unidad psíquica del sér es la condición esencial de su libertad y de su responsabilidad. Mas hay en él muchos estados de conciencia. A medida que el espíritu se desprende de la materia y se libera de su envoltura carnal, sus facultades, sus percepciones, se extienden, sus recuerdos se despiertan, la irradiación de su personalidad se ensancha. Esto es lo que se produce en el estado de trance, de sueño magnético. En este estado, el velo espeso de la materia se aparta, y las potencias latentes reaparecen. De aquí ciertas manifestaciones del mismo pensamiento, que han hecho creer en la doble personalidad y en la pluralidad de conciencias.

Sin embargo, esto no basta para explicar los fenómenos espíritas: en la mayor parte de los casos, la intervención de inteligencias extrañas, de voluntades libres y autónomas, se impone como la sola explicación racional.

Citaremos, sólo para memoria, la teoría que atribuye estas manifestaciones á los demonios. Este es argumento bien añejo, pues de él se ha hecho uso en todos tiempos y contra casi todas las innovaciones. "El árbol es conocido por sus frutos," dice la Escritura. Así pues, si se mide todo el bien moral que el espiritismo ha realizado ya en el mundo; si se considera cuántos escépticos, indiferentes ó sensuales han sido guiados por él hacia una concepción más alta y más recta de la vida, de la justicia y del deber; cuántos ateos han sido atraídos á la idea de Dios, preciso sería concluir que el demonio, si es el autor de los fenómenos de ultratumba, trabaja contra sí mismo, con detrimento de sus propios intereses. Lo que hemos dicho ya en otra parte, (1) del infierno y de los demonios, nos dispensa de

(1) Véase *Después de la Muerte*, pág. 261, y antes, pág. 103.

insistir en esto. Satán es sólo un mito. Ningún sér es eternamente destinado al mal.

Si la mayor parte de las censuras aplicadas al espiritismo son injustas y erróneas, preciso es reconocer que algunas parecen algo fundadas. Muchos abusos sirven de obstáculo á la marcha y al desarrollo del espiritualismo moderno. Estos abusos deben ser atribuidos, no á la idea misma, sino á la mala aplicación que de ella se hace en ciertos medios. ¿No pasa lo mismo con todas las cosas humanas? No hay alguna idea, por santa y respetable que sea, que no haya sido motivo de abusos: es consecuencia inevitable de la inferioridad de nuestro mundo. En lo que concierne al espiritismo, no solamente es necesario señalar la mediumnidad venal, que impulsa á ciertos sujetos á simular fenómenos, sino también las enfadosas prácticas usadas en algunos grupos faltos de saber, de preparación y de dirección. Muchas personas hacen del espiritismo un juego frívolo, y por medio de lo que se ha llamado "la danza de las mesas" atraen á espíritus inferiores y ligeros: éstos no tienen escrúpulo en mistificarles y en anudar con ellas relaciones que en ciertos casos pueden llegar hasta la obsesión.

Otros se dedican sin examen á la escritura medianímica y obtienen no escasos mensajes signados con nombres célebres, escritos que son obras mediocres, desprovistas de estilo y de originalidad.

En ciertos casos estas prácticas han podido hacer creer en la intervención de demonios, cuando lo cierto sería más bien la presencia de espíritus vulgares y atrasados. Basta con adquirir alguna experiencia de estas cosas para distinguir la naturaleza de los seres invisibles, y cuidarse de los embustes de los espíritus atrasados.

Los abusos de que hablamos han sido exagerados muchas veces, y ellos han servido para combatir al espiritismo moderno. Mas sería error grave ver en la práctica del espiritismo sólo estos inconvenientes y, so pretexto de evitarlos, privar á la humanidad de las ventajas reales, considerables, que puede obtener con un estudio serio y una práctica sensata y reflexiva de la mediumnidad.

En cuanto á los peligros que presenta el espiritismo, se les puede conjurar fácilmente proscribiendo en las sesiones todo pensamiento frívolo, toda mira interesada, procediendo á las

evocaciones con sentimientos piadosos y elevados. "Los semejantes se atraen," nos dice un proverbio; y nada es más verdadero en el dominio de los estudios ocultos. Las cuestiones banales y las fútiles chocarrerías, usadas en ciertos medios, atraen á los espíritus mistificadores. Por el contrario, las disposiciones serias, los pensamientos graves y el recogimiento, agradan á las Inteligencias superiores.

Es peligroso trabajar á solas, sin precaución y sin protección eficaz; peligroso dedicarse aisladamente á evocaciones espíritas. Para evitar las malas influencias y las manifestaciones groseras, se debe uno reunir á un pequeño número de personas ilustradas, inclinadas al bien, bajo la dirección de un creyente experimentado. En estas condiciones, pedid á Dios con corazón sincero que permita á un Espíritu elevado os preste su apoyo, que aparte á los seres vagabundos y sombríos, y facilite el acceso á vuestro grupo á los que amáis y de quienes lloráis la ausencia: pedid á las Inteligencias superiores que os den sus enseñanzas, y guíen vuestros pasos en esta vía fecunda de la comunión espírita. Si vuestros sentimientos son desinteresados, si no buscáis en estos estudios más que un medio de mejoramiento, se sentirán dichosos con responder á vuestro llamamiento, y el espiritismo será para vosotros una fuente de luz y de altas inspiraciones.

*
**

De nuestra exposición resulta que hemos llegado á una hora decisiva en la historia de la ciencia.

La ciencia experimental ha franqueado el límite que separa dos mundos, el mundo visible y el invisible. Se encuentra ante un infinito viviente; y, como decía el profesor Ch. Richet, de la Academia de Medicina de París, en su reseña acerca de las sesiones espíritas de Milán, "es un mundo nuevo que se abre ante nosotros." Desde hace medio siglo, lenta, pero seguramente, la ciencia, de descubrimiento en descubrimiento, se encamina hacia el conocimiento de la vida fluídica, de la vida invisible, en perfecto acuerdo con las enseñanzas del espiritismo moderno: y de esta concordancia va á producirse la más firme certidumbre que el hombre haya jamás poseído, de la supervivencia del alma y de su indestructibilidad.

Actualmente esta cuestión, cerrada hace algunos años, resuelta por muchos sabios que la han estudiado, no lo es todavía por la ciencia tomada en conjunto. Esta duda todavía, pero su veredicto no debe tardar. Por cima de las cuestiones de interés y de las rivalidades de escuela; más alto que los sofismas, las argucias, las contradicciones, el problema se ha puesto, de manera imperiosa, ante el tribunal del pensamiento. Ante los hechos espíritas, su persistencia, su renovación incesante y su prodigiosa variedad, preciso es decidirse, y decir si la muerte es la nada, ó bien, si hay un destino futuro para la humanidad.

Hé aquí un debate verdaderamente grave y solemne. Todas las negaciones y todas las esperanzas están en juego: todas las escuelas están interesadas en la solución del problema, interesadas en saber si hay, como nosotros lo afirmamos, una prueba objetiva de la supervivencia del sér, despojada de todo carácter místico.

Las escuelas materialistas de una parte, las Iglesias de otra, se inquietan y se agitan, porque ven en esto, para ellas, una causa de decadencia y de desprestigio, mientras que en realidad es un medio de acercamiento y de conciliación. De aquí surgen, por lo mismo, todos los reproches y todas las protestas que se formulan. Mas cualesquiera que sean la indecisión de la ciencia, la oposición de las escuelas, la obstinación con que se combate la idea nueva y los descubrimientos que la han hecho nacer, las potencias invisibles que actúan en el mundo no emplearán menos energía y tenacidad para defenderlos y propagarlos, porque más alto que los intereses de las escuelas, muy por encima de las teorías y los sistemas, hay una cosa que debe triunfar é imponerse: la verdad.

El mundo invisible, relegado desde hace largo tiempo á sus profundidades, sea por el materialismo que negaba su existencia, sea por la Iglesia que, so pretexto de hechicería, impedía las manifestaciones; ese mundo invisible estaba retraído desde hace algunos siglos. Hoy entra de nuevo en acción. Las manifestaciones ocultas se producen bajo todas las formas, desde las más groseras, según el grado de elevación de las inteligencias que intervienen, hasta las más delicadas. Ellas se presentan conforme á un programa, conforme á un plan majestuoso cuyo objeto aparece claramente: este objeto es demostrar al

hombre que él no es sólo materia perecedera, sino que existe en su sér una esencia que sobrevive al cuerpo y puede entrar en comunicación con otros seres humanos después de la muerte, una individualidad llamada á desarrollarse libremente á través de lo infinito del tiempo y de la inmensidad de los espacios.

Lo invisible ha hecho poco á poco irrupción en el mundo visible, y, á despecho de los desdenes, de las hostilidades y de las resistencias, es evidente que su acción va á extenderse y multiplicarse más y más, hasta que el hombre llegue por fin á convencerse mejor, á discernir la ley de su vida y de sus destinos.

Hay, pues, en la observación de estos hechos, el germen de una revolución que abrazará poco á poco todo el dominio de los conocimientos humanos.

Por lo pronto y desde el punto de vista científico, estos hechos nos abren todo un mundo de fuerzas, de influencias, de formas de vida, en el cual estamos sumergidos sin sospechar su existencia; un mundo en que la grandeza, las riquezas, las energías en reserva desafían todo cálculo, toda previsión. Esos hechos nos enseñan también á ver en el hombre el núcleo de facultades y de poderes ocultos, cuya utilización y desarrollo pueden elevarnos á alturas inmensurables.

La vida se nos presenta ahora con doble aspecto: es á la vez corporal y fluídica. La existencia del hombre es alternativamente terrestre y extra-terrestre. Se efectúa ya sobre la tierra, en la carne, ya en la atmósfera ó en el espacio, siempre con la forma humana, pero impalpable é imponderable. Estos dos modos de vida alternan y se suceden con ritmo armónico, como el día sucede á la noche, como la vigilia sucede al sueño, como la primavera sucede al invierno.

Desde el punto de vista filosófico y moral las consecuencias del fenómeno espírita no son menos importantes.

Desde hace cincuenta años se han venido comprobando los hechos; y cuando de estos hechos se ha querido remontar á las causas que los producen; cuando del conjunto de los fenómenos se ha pretendido deducir la ley que los rige, se ha entrevisto un orden de cosas que conduce forzosamente á una concepción nueva del universo y de la vida. No solamente ha sido consecuencia natural reconocer la existencia de seres invisibles que son los espíritus de los muertos, sino también que estos

seres están ligados por lazos de estrecha solidaridad, y que evolucionan hacia un fin común, hacia la adquisición de estados siempre más elevados.

Por esta concepción, todas las ideas de ley, todas las nociones de progreso, de justicia, de deber, se esclarecen con luz nueva. El sentimiento de las responsabilidades morales acrece: se entrevé ahí el remedio esperado, el remedio posible para los males, los desfallecimientos, las miserias que desolan y debilitan á la humanidad.

Y—cosa notable—esta revelación llega á la hora precisa en que todas las doctrinas se derrumban bajo el peso del tiempo, á la hora en que los sistemas religiosos se desquician, y en que el hombre quedaba reducido á buscar su ruta en la sombra. Llega esa revelación en los instantes en que la sociedad está combatida por fuerzas destructoras, y en que, desde sus capas más profundas, sube hacia el cielo un grito de sufrimiento y de desesperación. En esta hora de crisis es cuando nos vienen los mensajes de paz, de esperanza y de amor que las potencias del espacio, los espíritus de luz, traen á la pobre humanidad conturbada.

X

LA NUEVA REVELACION; LA DOCTRINA DE LOS ESPIRITUS.

El espiritualismo moderno, ya lo hemos dicho, es una forma nueva de la eterna revelación.

Para nosotros, revelación significa simplemente la acción de levantar un velo y descubrir las cosas ocultas.

Desde este punto de vista, todas las ciencias son revelaciones, pero hay una más alta, la de las verdades morales, que nos llega por intermedio de los misioneros celestes, y muchas veces por las inspiraciones de la conciencia.

Todos los tiempos y todos los pueblos han tenido su parte de revelación. Esta no es, como algunos lo creen, un hecho efectuado en una sola época, en un medio determinado, y sin repetición; no: es perpetua, incesante; es la obra del espíritu humano en sus esfuerzos por elevarse, bajo la influencia del espíritu divino, hacia el total conocimiento de las leyes y de las cosas. Esta influencia actúa muchas ocasiones sin que el

hombre se dé cuenta de ello. Por medios humanos obra Dios sobre la humanidad, así en el orden de los hechos históricos, como en el del pensamiento y de la ciencia.

A medida que la historia se desarrolla, á medida que se despliega, en el transcurso de los siglos, la inmensa caravana de la humanidad, una luz más viva se enciende en nosotros y en torno nuestro. La Potencia invisible que desde el seno de los espacios contempla esta marcha, nos dispensa, según nuestro grado de evolución y de comprensión, nuevos datos acerca del gran problema del universo y de la vida.

Las revelaciones de los siglos pasados han ejecutado su obra; al irse sucediendo, han marcado un nuevo progreso, y las jornadas sucesivas de la humanidad; pero no responden á las necesidades del presente, porque la ley del progreso obra incesantemente, y, á medida que el hombre avanza y se eleva, sus horizontes deben ensancharse. Por esta causa esos dones de lo alto se extreman hoy para el mundo.

Preciso es también recordar una cosa, y es que si cada grande época tiene sus reveladores, si poderosos espíritus vienen á traer á los hombres, según los tiempos y lugares, los elementos de verdad y de progreso, los gérmenes que han sembrado en el mundo se han vuelto con frecuencia estériles. Sus doctrinas, mal comprendidas, han dado nacimiento á religiones que se excluyen y se condenan injustamente, puesto que todas las creencias son hermanas y reposan sobre dos bases comunes: Dios y la inmortalidad. Ellas se fundirán, tarde ó temprano, en una vasta unidad, cuando las sombras que envuelven al pensamiento humano sean desvanecidas ante el sol de la verdad.

Al lado de los mensajeros divinos se han alzado muchos falsos profetas: pretendidos reveladores han procurado imponerse á las multitudes; doctrinas confusas y contradictorias se han difundido, con provecho aparente de algunos y, en realidad, con detrimento de todos.

Para prevenir tales abusos, la nueva revelación se presenta con otro carácter. No es obra individual ni se produce sólo en un medio circunscrito: es dada en todos los puntos del globo, á quienes la buscan, por mediación de personas de toda edad, de toda condición y nacionalidad, por medio de innumerables mensajes cuya validez se ha sometido á la comprobación más rigurosa.

seres están ligados por lazos de estrecha solidaridad, y que evolucionan hacia un fin común, hacia la adquisición de estados siempre más elevados.

Por esta concepción, todas las ideas de ley, todas las nociones de progreso, de justicia, de deber, se esclarecen con luz nueva. El sentimiento de las responsabilidades morales acrece: se entrevé ahí el remedio esperado, el remedio posible para los males, los desfallecimientos, las miserias que desolan y debilitan á la humanidad.

Y—cosa notable—esta revelación llega á la hora precisa en que todas las doctrinas se derrumban bajo el peso del tiempo, á la hora en que los sistemas religiosos se desquician, y en que el hombre quedaba reducido á buscar su ruta en la sombra. Llega esa revelación en los instantes en que la sociedad está combatida por fuerzas destructoras, y en que, desde sus capas más profundas, sube hacia el cielo un grito de sufrimiento y de desesperación. En esta hora de crisis es cuando nos vienen los mensajes de paz, de esperanza y de amor que las potencias del espacio, los espíritus de luz, traen á la pobre humanidad conturbada.

X

LA NUEVA REVELACION; LA DOCTRINA DE LOS ESPIRITUS.

El espiritualismo moderno, ya lo hemos dicho, es una forma nueva de la eterna revelación.

Para nosotros, revelación significa simplemente la acción de levantar un velo y descubrir las cosas ocultas.

Desde este punto de vista, todas las ciencias son revelaciones, pero hay una más alta, la de las verdades morales, que nos llega por intermedio de los misioneros celestes, y muchas veces por las inspiraciones de la conciencia.

Todos los tiempos y todos los pueblos han tenido su parte de revelación. Esta no es, como algunos lo creen, un hecho efectuado en una sola época, en un medio determinado, y sin repetición; no: es perpetua, incesante; es la obra del espíritu humano en sus esfuerzos por elevarse, bajo la influencia del espíritu divino, hacia el total conocimiento de las leyes y de las cosas. Esta influencia actúa muchas ocasiones sin que el

hombre se dé cuenta de ello. Por medios humanos obra Dios sobre la humanidad, así en el orden de los hechos históricos, como en el del pensamiento y de la ciencia.

A medida que la historia se desarrolla, á medida que se despliega, en el transcurso de los siglos, la inmensa caravana de la humanidad, una luz más viva se enciende en nosotros y en torno nuestro. La Potencia invisible que desde el seno de los espacios contempla esta marcha, nos dispensa, según nuestro grado de evolución y de comprensión, nuevos datos acerca del gran problema del universo y de la vida.

Las revelaciones de los siglos pasados han ejecutado su obra; al irse sucediendo, han marcado un nuevo progreso, y las jornadas sucesivas de la humanidad; pero no responden á las necesidades del presente, porque la ley del progreso obra incesantemente, y, á medida que el hombre avanza y se eleva, sus horizontes deben ensancharse. Por esta causa esos dones de lo alto se extreman hoy para el mundo.

Preciso es también recordar una cosa, y es que si cada grande época tiene sus reveladores, si poderosos espíritus vienen á traer á los hombres, según los tiempos y lugares, los elementos de verdad y de progreso, los gérmenes que han sembrado en el mundo se han vuelto con frecuencia estériles. Sus doctrinas, mal comprendidas, han dado nacimiento á religiones que se excluyen y se condenan injustamente, puesto que todas las creencias son hermanas y reposan sobre dos bases comunes: Dios y la inmortalidad. Ellas se fundirán, tarde ó temprano, en una vasta unidad, cuando las sombras que envuelven al pensamiento humano sean desvanecidas ante el sol de la verdad.

Al lado de los mensajeros divinos se han alzado muchos falsos profetas: pretendidos reveladores han procurado imponerse á las multitudes; doctrinas confusas y contradictorias se han difundido, con provecho aparente de algunos y, en realidad, con detrimento de todos.

Para prevenir tales abusos, la nueva revelación se presenta con otro carácter. No es obra individual ni se produce sólo en un medio circunscrito: es dada en todos los puntos del globo, á quienes la buscan, por mediación de personas de toda edad, de toda condición y nacionalidad, por medio de innumerables mensajes cuya validez se ha sometido á la comprobación más rigurosa.

La nueva revelación es de carácter impersonal y universal. Es obra de los grandes Espíritus del espacio, que á millares vienen á instruir y moralizar á la humanidad. Tiene por tarea esclarecer y coordinar todas las revelaciones del pasado. Estas, contenidas en los libros sagrados de las diferentes razas humanas, estaban veladas con el símbolo y la parábola. La revelación nueva, despojada de toda forma material, se manifiesta directamente á la humanidad, cuya evolución intelectual es ya suficiente para abordar los altos problemas del destino. Ha sido preparada por los trabajos de las ciencias naturales, sobre las cuales se apoya, y sobre los conocimientos lentamente adquiridos por el espíritu humano. La misma revelación fecunda y liga esos trabajos y esos conocimientos, formando así un conjunto sólido.

La revelación cristiana había sucedido á la revelación mosaica: la de los Espíritus viene hoy á completar las dos. El Cristo la ha anunciado, (1) y aun puede agregarse que él mismo preside esta nueva fase del pensamiento.

La revelación de los Espíritus no se produce por el vehículo de la ortodoxia, y por esto la desconocen las Iglesias establecidas; pero lo mismo sucede con la revelación cristiana con relación al sacerdocio judío. La clerecía cristiana se encuentra hoy en la misma situación que los sacerdotes de Israel hace dos mil años con respeto al cristianismo. Esta analogía histórica debe darle motivo para reflexionar.

La nueva revelación, pues, se manifiesta fuera de las iglesias y á pesar de ellas. Su enseñanza se dirige á todas las razas de la tierra: por todas partes proclaman los espíritus los principios en que se apoya: en todas las regiones del globo resuena la gran voz que llama al hombre hacia el pensamiento de Dios y de la vida futura. Por cima de las agitaciones estériles y de las vanas discusiones de los partidos; por cima de las luchas de intereses y del conflicto de las pasiones, la voz profunda desciende del espacio y viene á ofrecer á todos, con la enseñanza de la Palabra, la divina esperanza y la paz del corazón.

Esta es la revelación de los tiempos predichos. Ella exce-

(1) "Y, cuando los tiempos sean llegados, yo rogaré á mi Padre, quien os dará otro consolador, á fin de que él permanezca con vosotros eternamente; á saber, el Espíritu de verdad que el mundo no puede recibir aún, porque no lo ve ni le conoce todavía." (Juan, XIV, 16 y 17.)

de á todas las enseñanzas del pasado, parciales, restringidas, limitadas en su acción; pero utiliza los materiales que han amontonado, los reúne, los cimenta, para formar un vasto edificio donde el pensamiento podrá desplegarse á su arbitrio. Ella abre una fase nueva y decisiva en la ascensión de la humanidad.

No se puede dejar pasar en silencio las muchas objeciones que se han puesto á la doctrina de los Espíritus. No obstante el carácter imponente de la nueva revelación, muchas personas sólo han visto en ella un sistema de más, una teoría especulativa. Aun entre los que admiten la realidad de los fenómenos hay algunos que han reprochado á los espíritas el haber formado con esos hechos una doctrina prematura, y haber menoscabado así el carácter positivo del espiritualismo moderno.

Quienes usan tal lenguaje no han comprendido la verdadera naturaleza del espiritismo. Este no es, como se pretende, una doctrina elaborada de prisa, y mucho menos una teoría preconcebida: el espiritismo es la consecuencia lógica de los hechos, el coronamiento necesario.

Desde hace medio siglo las comunicaciones establecidas con el mundo invisible no han cesado de proporcionarnos indicaciones numerosas y precisas acerca de las condiciones de la vida en el más allá. Por medio de mensajes que nos dirigen ya por la escritura automática, ya por dictados tiptológicos, ó bien por pláticas en las sesiones de incorporación, y en fin, por todos los medios posibles, los espíritus de todas categorías dan descripciones muy detalladas de su modo de existencia después de la muerte. Pintan las impresiones que han experimentado al separarse del cuerpo, los desengaños ó las satisfacciones que han sentido, según su género de vida en la tierra. De estas descripciones, comparadas y comprobadas, se desprende el conocimiento de la vida futura y de las leyes que la rigen.

Las inteligencias elevadas, en sus relaciones medianímicas con los hombres, vienen á completar esas indicaciones. Confirman las enseñanzas dadas por los espíritus menos avanzados, y elevándose más en concepciones, nos exponen sus miras, sus opiniones acerca de los grandes problemas de la vida y de la

muerte, de la evolución general de los seres, y de las leyes superiores del universo. Todas estas revelaciones concuerdan y se unen para formar una grandiosa filosofía.

Se ha creído notar ciertas divergencias de miras en las enseñanzas de los Espíritus, mas tales divergencias son más aparentes que reales. Consisten las más veces en la forma, en la expresión de las ideas, no alteran el fondo de la doctrina, y ante un maduro examen quedan desvanecidas. Tenemos de ello un ejemplo en lo tocante á las sucesivas reencarnaciones del alma.

De esta cuestión se ha hecho un arma contra el espiritismo, porque ciertos espíritus parecen negar, en algún país anglo-sajón, la reencarnación de las almas en la tierra. Haremos notar que en todas partes los espíritus afirman el principio de las existencias sucesivas, con esta sola reserva en el medio asaz circunscrito de que hablamos: que la reencarnación se efectúa, no sobre la tierra, sino en los otros mundos. Hay aquí, pues, sólo una diferencia de lugar; el principio queda intacto.

Si en algunos países imbuidos en prejuicios tenaces, los espíritus han debido pasar en silencio, al principio, algunos puntos de su enseñanza, ¿no era esto, como aquellos mismos lo han reconocido, para no fomentar ciertas vanidades de raza ó de color? Prueba lo anterior el hecho de que el número de espiritualistas reencarnacionistas, así en América como en Inglaterra, va minorando de día en día, mientras que el de los partidarios de la reencarnación no ha cesado de aumentar.

Se objeta que los espíritus que se nos manifiestan no son todos de orden elevado; que algunos adolecen de miras estrechas y de imperfectos conocimientos acerca de todas las cosas; que otros, están todavía imbuidos en prejuicios terrestres, y sus concepciones tienen el reflejo de los medios en que han vivido.

La muerte no nos cambia repentinamente, como ya lo hemos dicho. (1) En nuestra ruta infinita no hay ninguna transformación brusca: lentamente y después de muchas existencias, el espíritu se emancipa de sus pasiones, de sus errores y debilidades, y se eleva hacia la ciencia y la luz.

De este estado de cosas resulta necesariamente diversidad de situaciones entre los invisibles. Las comunicaciones de los

(1) Véase el capítulo IX.

habitantes del espacio son, como sus autores, de valía desigual, y sujetas á comprobación, y por lo mismo, deben someterse al crisol de la razón y del juicio.

Así pues, el moderno espiritualismo no dogmatiza ni se inmoviliza: no tiene pretensión á la infalibilidad. Aunque superior á las que le han precedido, la enseñanza espírita es progresible, como los mismos espíritus: se desarrolla y completa á medida que por la experiencia se realiza el progreso en las dos humanidades, la de la tierra y la del espacio; humanidades que se penetran la una á la otra, y de las cuales debe formar parte, alternativamente, cada uno de nosotros.

Los principios del espiritualismo moderno han sido expuestos, establecidos, fijados por los numerosos documentos emanados de fuentes medianímicas las más diversas, existiendo entre ellos perfecta concordancia. Allan Kardec primero, y después de él todos los escritores espíritas, se han dedicado á largo y minucioso examen de los mensajes de ultratumba. Agrupando y coordinando todo lo que en ellos había análogo, han reunido los elementos de una enseñanza racional, que da satisfactoria explicación de todos los problemas que antes eran insolubles. Esta enseñanza es siempre comprobable en todas partes, puesto que la fuente de donde emana no se agota. La comunicación establecida entre los hombres y los espíritus es permanente y universal: ella se afirmará más y más con los progresos de la humanidad.

Si es cierto que los espíritus oscuros y atrasados abundan en torno de nosotros, necesario es no perder de vista que las almas elevadas, descendidas de las esferas de luz, vienen también á traer á la tierra estas sublimes enseñanzas, que no se olvidan cuando se las ha escuchado, porque, tan insinuantes como persuasivas, todos los que participan de esas instrucciones conservan largo tiempo la impresión y el recuerdo de ellas. Fácil es comprender que su lenguaje no es de este mundo, sino que viene de lo alto.

A estos Espíritus radiosos se unen con frecuencia las almas de nuestros prójimos, de los que hemos amado aquí, y cuya suerte no puede sernos indiferente. Desde que hemos comprobado la identidad de esos seres queridos, y cuando su personalidad es indudable, ¿no se despierta en nosotros la imperiosa necesidad de conocer las condiciones de su nueva vida?

¿Cómo podríamos permanecer sordos, insensibles, indiferentes á la voz de los que nos han arrullado en la cuna y llevado en sus brazos; de los que han sido un día nuestra carne y nuestra sangre? Esta afección que nos une á nuestros muertos; este sentimiento que nos eleva por encima de las polvaredas terrestres y nos distingue del irracional, ¿no constituye un deber de recoger piadosamente, de examinar y propagar todo lo que nos revelan tocante á los graves problemas del destino, vedados desde hace tantos siglos al limitado pensamiento humano?

Quienes no quieren ver en el espiritualismo moderno más que el lado experimental, el hecho físico, desechando las consecuencias que de éste se desprenden, ¿no prefieren la cáscara á la nuez, la cubierta del libro al libro mismo? ¿No conocen el sabio consejo de Rabelais que dice: "Romped el hueso y chupad la médula?" Y es, en efecto esta enseñanza una médula fortificante: ella nos cura del miedo á la muerte, y nos arma para las luchas fecundas, para la conquista de las grandes alturas intelectuales.

El espiritismo tiene su lado científico: reposa sobre pruebas sensibles, en hechos innegables; pero sus consecuencias morales son, sobre todo, las que interesan á la mayoría de los hombres. La experimentación, el minucioso análisis de los hechos no están al alcance de todos. Aun cuando el tiempo no faltara, necesarios serían los agentes, los medios de acción y de comprobación. Los humildes, los pequeños, los que forman la masa del pueblo, no siempre tienen lo que es necesario para el estudio de los fenómenos, y ellos son precisamente los que más necesitan conocer todos los frutos y el alcance de dicho estudio.

La doctrina de los Espíritus puede resumirse en tres puntos esenciales: la naturaleza del sér; sus destinos; las leyes superiores del universo. Los tocaremos sucesivamente.

El estudio más necesario para nosotros, es el de nosotros mismos: lo que ante todo nos importa, es saber lo que somos. Y de todos los problemas, éste es el que ha permanecido más obscuro hasta hoy. En la actualidad, el conocimiento de la na-

turalidad íntima del hombre se desprende más bien de las comunicaciones dictadas por los espíritus, que de la observación directa de los fenómenos del espiritismo y del sonambulismo.

El hombre tiene dos cuerpos: el uno, de materia grosera, que le pone en relación con el mundo físico; el otro, fluídico, por medio del cual entra en relación con el mundo invisible.

El cuerpo físico es perecedero y se desvanece con la muerte; es un vestido prestado mientras dura nuestro viaje terrestre. El cuerpo fluídico es indestructible, pero se afina y se depura con los progresos del alma, de la cual es envoltura permanente é inseparable. En él se debe ver el verdadero cuerpo, el tipo de la creación corporal, el canavá en que se desarrolla el plan de la vida física; sobre él se modelan los órganos y se agrupan las celdillas, y es el que asegura su funcionamiento. El periespíritu ó cuerpo fluídico es el agente de todas las manifestaciones de la vida, así en la tierra para el hombre, como en el espacio para el espíritu. Contiene, pues, la suma de vitalidad necesaria al sér, para nacer y desarrollarse.

Los conocimientos acumulados en el curso de nuestras vidas anteriores, los recuerdos de nuestras existencias pasadas, se agrupan y se registran en el periespíritu. Exento de las constantes mutaciones sufridas por el cuerpo material, es el sitio imperecedero de la memoria, y asegura su conservación.

El plan admirable de la vida se revela en la constitución íntima del sér humano.

Siendo llamado el hombre á habitar alternativamente dos mundos diferentes, su organismo debía contener todos los elementos propios para ponerle en relación con esos mundos, y para facilitar su obra de progreso. No sólo nuestros sentidos actuales están llamados á desarrollarse, sino que el periespíritu encierra, además, los gérmenes de sentidos nuevos que nacerán y se manifestarán en el curso de nuestras existencias futuras, y ensancharán más y más el campo de nuestras sensaciones.

Nuestros modos de percepción están en consonancia con nuestro grado de adelantamiento, y en relación directa con el medio en que habitamos. Todo se encadena y se armoniza en la naturaleza física como en el orden moral de las cosas. Un organismo superior al nuestro no habría tenido razón de ser en un mundo en que el hombre viene á ensayar sus primeros

pasos y á recorrer las primeras jornadas de su ruta infinita. Pero nuestros sentidos son capaces de perfeccionamiento ilimitado. El hombre actual posee todos los elementos de su grandeza futura; por progresión creciente verá manifestarse en su derredor, en todas las cosas, propiedades y cualidades que le son aún desconocidas. Aprenderá á conocer las fuerzas, las potencias de que no supone ni aun la existencia, porque no hay relaciones posibles entre ellas y el organismo imperfecto de que dispone al presente.

El estudio del periespíritu nos muestra desde ahora cómo el hombre puede vivir simultáneamente de la vida física y de la vida libre del espacio. Los fenómenos del sonambulismo, del desdoblamiento, de la visión, de la acción á distancia, son otros tantos modos de esta vida exterior de que no tenemos conciencia durante la vigilia. El espíritu en la carne, es como un prisionero en su calabozo: el estado de sonambulismo y de mediumidad le hace salir, le permite extender algo ó mucho el círculo de sus percepciones; todo esto manteniéndole unido por un lazo á su envoltura. La muerte es su completa liberación.

A estas diversas formas de la vida corresponden grados diversos de conciencia y de conocimiento, tanto más elevados cuanto que el espíritu es más libre y más avanzado en la escala de las perfecciones.

Observando asiduamente estos diferentes aspectos de la existencia, se llegará al conocimiento perfecto del sér. El hombre cesará de ser para sí mismo un misterio viviente; no estará ya, como lo está todavía hoy, desprovisto de nociones precisas acerca de su naturaleza íntima y de su porvenir.

La ciencia oficial tiene el deber de estudiar los profundos orígenes de la vida: mientras reduzca sus observaciones sólo al cuerpo físico, que es la simple manifestación exterior, superficial, la fisiología y la medicina quedarán adoleciendo de impotencia y de esterilidad.

Nosotros hemos visto, por ciertas experiencias de fotografía y de materialización, ⁽¹⁾ cómo el cuerpo fluídico emite vibraciones, radiaciones que varían de forma y de intensidad según el estado mental del operador. Es la demostración positiva de

1. Véase pág. 145

este hecho, afirmado por los mensajes de ultratumba: la potencia de irradiación del espíritu, la extensión de sus percepciones, son siempre proporcionales á su grado de elevación. La pureza, la transparencia de la envoltura fluídica son, en el espacio, los testimonios irrecusables de la valía del alma: el afinamiento de sus elementos constitutivos, la amplitud de sus vibraciones, aumentan con esa depuración. A medida que la moralidad se desarrolla, nuevas condiciones físicas aparecen en el cuerpo fluídico.

Los pensamientos, las acciones del sér reobran constantemente sobre su envoltura, y según su naturaleza, la emburdecen ó la utilizan. El estudio perseverante, la plegaria, la práctica del bien, el cumplimiento del deber en todas las condiciones sociales, son otros tantos factores que favorecen la ascensión del alma, contribuyen á su depuración, acrecen el campo de sus sensaciones y la suma de sus goces. Por una impulsión intelectual y moral prolongada, por tendencias meritorias, aspiraciones generosas y grandes sacrificios, la irradiación del espíritu se extiende gradualmente, sus vibraciones periespirituales se activan, su brillo se hace más vivo, al mismo tiempo que se minorá la densidad de su envoltura. Estos fenómenos se producen en sentido inverso en los séres inclinados á pasiones violentas ó á placeres sensuales: su modo de existencia determina en el cuerpo fluídico un aumento de densidad y una reducción de la actividad vibratoria, de donde viene el obscurecimiento de los sentidos y la disminución de las percepciones en la vida del espacio.

El espíritu vicioso que persiste en el mal, puede así hacer de su organismo una verdadera tumba, en la cual se encontrará como sepultado después de la muerte, hasta una nueva encarnación.

El poder, la dicha, la irradiación del espíritu dependen de la depuración de su envoltura, siendo esa purificación la consecuencia de su progreso moral: se comprenderá, por esto, cómo el sér es el factor de su propia desgracia ó de su felicidad, de su abatimiento ó de su elevación. Así pues, el hombre mismo es el creador de su destino por sus actos: la repartición de los goces y de los bienes es el resultado matemático de los méritos, de los esfuerzos, de los largos trabajos de cada uno de nosotros.

El hombre tiene dos cuerpos, decíamos, mas ellos son sólo envolturas, vestidos; el uno persistente y sutil, el otro grosero y cambiante. El alma del hombre es el *yo pensante* y consciente.

Llamamos *espíritu* á la alma revestida de su cuerpo fluídico. El alma es el centro de vida del organismo físico: ella es quien siente, piensa y vive: el cuerpo físico, unido al cuerpo fluídico, constituye el doble organismo con ayuda del cual aquélla obra sobre el mundo de la materia.

La muerte es la operación por la cual esos elementos se separan. El cuerpo físico se desagrega y vuelve á la tierra. El alma, revestida de su forma fluídica, se encuentra libre, independiente, tal como ella misma se ha formado, intelectual y moralmente, en el curso de las existencias recorridas. La muerte no la cambia; le permite recobrar, con la libertad, la plenitud de sus facultades, de sus conocimientos, y el recuerdo de sus vidas anteriores. Le abre los campos del espacio; el espíritu se lanza, y se eleva tanto más alto, cuanto que su esencia sea más afinada, menos cargada de los elementos impuros que acumulan las pasiones terrestres y los hábitos materiales.

Hay, pues, para el espíritu humano tres estados de vida: la vida en la carne; el estado de desprendimiento ó de desencarnación parcial durante el sueño; la vida libre del espacio. Estos estados corresponden á los tres mundos en los cuales el alma debe trabajar para su progreso constante; el mundo material, el mundo fluídico y el mundo superior. Recorriéndolos el alma durante muchos siglos, persigue la realización, en ella misma y en torno de ella, de lo bello, de la verdad, del bien, y conquista el amor que la aproxima á Dios.

*
* *

Las anteriores consideraciones nos hacen comprender que la ley del destino consiste en el desarrollo progresivo del alma, que fabrica su personalidad moral, y crea ella misma su propio porvenir: es la evolución racional de todos los seres, partidos del mismo punto para llegar á las mismas alturas y á las mismas perfecciones. Esta evolución se prosigue alternativamente en el espacio y en la superficie de los mundos, á través de

innumerables existencias; pero todas éstas están ligadas por la ley de causa y efecto. La vida presente es, para cada uno de nosotros, la herencia del pasado y el alumbramiento del porvenir.

Es la vida humana escuela y campo de labor; la vida del espacio, que la sigue, es la resultante. El espíritu cosecha, en la luz, lo que ha sembrado en la sombra, y, con frecuencia, en el dolor.

El espíritu se encuentra en el más allá tal como él se ha hecho por la lenta y laboriosa educación en sus vidas pasadas; con sus adquisiciones intelectuales y morales, sus cualidades y sus defectos, sus inclinaciones, sus tendencias y afecciones. Lo que somos moralmente en este mundo lo somos también en el otro: de aquí viene nuestra dicha ó nuestro sufrimiento. Nuestros goces son tanto más vivos, cuanto que mejor preparados estemos á esa vida del espacio, en que el espíritu es todo, y la materia poca cosa; en donde no hay necesidades físicas que satisfacer, ni otros goces que los de la inteligencia y del corazón.

Para las almas apegadas á la materia, la vida del espacio es vida de privaciones y de miseria; es la ausencia de todo lo que les puede agradar. Los espíritus que han sabido emanciparse de los hábitos materiales, y viven por las altas facultades del alma, hallan, al contrario, un medio conforme á sus gustos, un vasto campo abierto á su actividad. En esto sólo hay, en realidad, una cabal aplicación de la ley de las atracciones y de las afinidades, y las consecuencias naturales de nuestros actos, que recaen sobre nosotros.

El desarrollo gradual del ser determina en él aptitudes más y más afinadas de impresiones y de sensaciones. A cada victoria sobre el mal, á cada progreso nuevo, se extiende su círculo de acción. Después de las sombrías regiones terrestres, donde reinan los vicios, las pasiones, los furores, se abren para él las profundidades estrelladas, los mundos de luz con sus encantos, sus esplendores, sus arrobadoras armonías. Después de las existencias de pruebas, de lágrimas y sacrificios, la vida dichosa, el júbilo de las divinas afecciones, las benditas misiones al servicio del eternal Creador.

Por el contrario, el mal uso de nuestras facultades, el ahinco por los goces físicos, las satisfacciones egoistas, amenguan

nuestros horizontes, acumulan la sombra en nosotros y en nuestro derredor. En estas condiciones, la vida del espacio no nos ofrece más que tinieblas, desazón, inquietud, ante la visión vaga y confusa de las almas dichosas, y el espectáculo de una felicidad que no hemos sabido merecer.

El alma, después de cierto tiempo de reposo en el espacio, renace á la condición humana. Lleva las adquisiciones y lo acaparado en sus vidas anteriores. Así se explican las desigualdades intelectuales y morales que diferencian á los habitantes de nuestro mundo. La superioridad nativa de ciertos hombres proviene de sus obras pasadas. Somos más jóvenes ó más viejos espíritus, cuanto que hemos trabajado poco ó mucho, y adquirido más ó menos virtudes y ciencia. Así pues, la infinita variedad de caracteres, de aptitudes y de gustos, cesa de ser un enigma.

Sin embargo, el alma reencarnada no puede utilizar siempre y en su plenitud las potencias y las facultades adquiridas. Dispone aquí en la tierra de un organismo muy imperfecto, de un cerebro que no ha almacenado ninguno de los recuerdos de otro tiempo. No puede encontrar en ellos todos los recursos necesarios para la manifestación de sus ocultas energías. Pero el pasado queda en ella; sus intuiciones y sus tendencias son la revelación sensible de esto.

Las facultades innatas en ciertos niños; los jóvenes prodigios, los artistas, músicos, pintores, sabios, son claros testimonios de la existencia de esta ley. Alguna vez también, almas de genio y orgullosas renacen en cuerpos enfermizos, miserables, para humillarse y adquirir las virtudes que les faltan: la paciencia, la sumisión, la resignación.

Por las mismas razones se explican las existencias penosas, las vidas de lucha y de sufrimiento. Estas son formas transitorias, pero necesarias, de la vida inmortal; cada alma las conocerá á su turno. La prueba y el sufrimiento son otros tantos medios de reparación, de educación y elevación; por ellas borra el sér un pasado culpable y recobra el tiempo perdido; por ellas, los caracteres se tiemplan, se adquiere la experiencia, y el hombre se prepara á nuevas ascensiones. El alma que sufre busca á Dios, piensa en rogarle, y así se aproxima á El.

Cada sér humano, al volver á este mundo, pierde el recuerdo de su pasado; éste, registrado en el periespíritu, des-

aparece momentáneamente bajo la envoltura carnal. Esta es una necesidad física; es también una de las condiciones morales de la prueba terrestre que el espíritu viene á afrontar de nuevo: vuelto al estado libre, despojado de la materia, recobra la memoria de las numerosas etapas recorridas.

Este olvido temporal de nuestras existencias anteriores, estas alternativas de luz y de obscuridad que se producen en nosotros, por extrañas que parezcan á primera vista, se explican fácilmente. Si la memoria actual no nos permite recordar nuestros primeros años, no es sorprendente que hayamos olvidado las vidas que están separadas una de otra por una larga permanencia en el espacio. Los estados de vigilia y de sueño por que pasamos cada día, así como las experiencias de sonambulismo y de hipnotismo, nos prueban que se puede olvidar momentáneamente la existencia normal, sin perder por esto la personalidad. Los eclipses de igual naturaleza, tocante á nuestras existencias pasadas no tienen, pues, nada de inverosímil. Nuestra memoria se pierde y se recobra á través del encañamiento de nuestras vidas, como durante la sucesión de los días y de las noches que componen la existencia actual.

Con referencia á lo moral, el recuerdo de nuestras vidas precedentes causaría aquí profundas perturbaciones. Los criminales que renacen para redimirse, serían reconocidos, rechazados, despreciados; ellos mismos se sentirían aterrorizados y como hipnotizados por sus propios recuerdos. La reparación del pasado se haría casi imposible y la existencia insostenible. Igual cosa sucedería, en grados diversos, con todos aquellos cuyo pasado estuviese manchado. Los recuerdos anteriores serían en la vida social causa de odio y elementos de discordia, que agravarían la situación de la humanidad y harían irrealizable todo mejoramiento. El pesado fardo de los errores y de las faltas, la vista de los actos vergonzosos inscritos en las páginas de su historia, afligirían á la alma y paralizarían su iniciativa. En los que le rodean podría reconocer enemigos, perseguidores, rivales; sentiría despertarse y recrudescer en ella las malas pasiones, que su nueva existencia tiene por objeto destruir, ó al menos atenuar.

El conocimiento de las existencias pasadas perpetuaría en nosotros, no solamente la sucesión de los hechos que en ellas se efectuaron, sino también los hábitos rutinarios, las miras

mezquinas, las manías pueriles, obstinadas, que son aferentes de diversas épocas y oponen gran obstáculo á la elevación de la humanidad. Se encuentran trazas de ello todavía en muchos encarnados. Y ¿qué sería sin el olvido que nos despoja momentáneamente de esas trabas y permite que una nueva educación nos reforme y nos prepare para tareas más altas?

Cuando se consideran maduramente estas cosas, se reconoce que el olvido temporal del pasado es indispensable á la obra de reparación, y que la Providencia, privándonos aquí de nuestros lejanos recuerdos, lo dispuso todo con profunda sabiduría.

Las almas se atraen en razón de sus afinidades; forman grupos ó familias cuyos miembros se unen y se ayudan mutuamente á través de sus encarnaciones sucesivas. Lazos poderosos les unen; numerosas existencias recorridas en común les forman esas similitudes de miras y de caracteres que se encuentran en tantas familias. Hay, sin embargo, excepciones; ciertos espíritus cambian algunas veces de medio, para progresar con más rapidez. En esto, como en todos los actos importantes de la vida, hay una parte reservada á la libre voluntad del sér, quien puede, en cierta medida y según su grado de elevación, escoger la condición en que ha de renacer; pero hay también la parte del destino ó de la ley divina que, desde lo alto, fija el orden de los renacimientos.

* *

La pluralidad de las existencias del alma y su ascensión en la escala de los mundos, constituyen el punto esencial de las enseñanzas del espiritualismo moderno. Hemos vivido antes del nacimiento, y reviviremos después de la muerte. Nuestras vidas son las etapas sucesivas del gran viaje que proseguimos en nuestra marcha hacia el bien, hacia la verdad y la belleza eterna.

Por la doctrina de las preexistencias y de las reencarnaciones, se liga todo, se esclarece, se comprende; la justicia divina aparece en todo su esplendor; la armonía se efectúa en el universo y en el destino.

Se comprende entonces que el alma no está formada con

diversidad de piezas por un Dios caprichoso que, al azar y según su gusto, distribuye el vicio ó la virtud, el genio ó la imbecilidad: creada simple é ignorante, se eleva por sus propias obras, se enriquece ella misma cosechando en el presente lo que ha sembrado en sus vidas anteriores, y siembra para sus vidas futuras.

El alma forma su propio destino: grado á grado asciende del estado inferior y rudimentario hasta la más alta personalidad; de la inconsciencia del salvaje hasta el estado de esos seres sublimes que iluminan la ruta de la historia y pasan sobre la tierra como un rayo divino.

Así considerada la reencarnación, es una verdad consoladora y fortificante, un símbolo de paz entre los hombres: señala á todos la vía del progreso, la grande equidad de un Dios que no castiga eternamente, sino que permite que el culpable se rescate por el dolor. Si inflexible esta ley, proporciona la reparación de la falta, y, después del rescate, nos muestra la exaltación. Estrecha los lazos de la fraternidad humana, enseñando á los que podrían estar en pugna por las desigualdades sociales y las diferencias de condición, que en realidad todos los hombres tienen el mismo origen y el mismo porvenir; que no hay desheredados ni favorecidos, pues que el resultado final será el mismo para todos, si lo saben conquistar.

La ley de reencarnación pone un freno á las pasiones, mostrándonos las consecuencias de nuestros actos, de nuestras palabras y pensamientos, que influyen en nuestra vida presente y en nuestras vidas futuras, y siembran gérmenes de desgracia ó de felicidad. Por ella, en fin, cada uno aprende á velar sobre sí mismo, á cuidar de sus actos, y á preparar cuidadosamente el porvenir.

El hombre que haya comprendido toda la grandeza de esta doctrina, no podrá ya acusar á Dios de injusticia y de parcialidad. Sabrá que cada uno está en su lugar en este mundo, que toda alma está sujeta á las pruebas que ha merecido ó deseado. Dará gracias al Eterno por haberle facilitado, con los renacimientos, el modo de reparar sus faltas y de adquirir, por medio de un trabajo constante, una partícula de su poder, un reflejo de su sabiduría, una chispa de su amor.

Tal es el destino del alma humana, nacida en la debilidad, en la penuria de facultades y de medios de acción, pero llama-

da, elevándose, á realizar en ella misma la vida en toda su plenitud, á conquistar todas las riquezas de la inteligencia, todas las delicadezas del sentimiento, y á llegar á ser un día colaboradora de Dios.

Este es el destino del sér y su grandioso objeto: colaborador de Dios, es decir, destinado á realizar en su derredor, por misiones cada vez más importantes, el orden, la justicia, la armonía; á atraer hacia él á sus hermanos inferiores, á endilgarles á las divinas alturas, á ascender con ellos, de zona en zona, hacia el objetivo supremo, hacia Dios, el Sér perfecto, ley viviente y consciente del universo, foco eterno de amor y de vida.

Esta participación en la obra infinita es al principio bien inconsciente; el sér colabora sin saberlo, y algunas veces sin quererlo, para el orden universal; después, á medida que recorre su ruta, tal colaboración se hace más y más consciente. Poco á poco su razón se esclarece; el alma percibe la armonía profunda de las cosas, penetra sus leyes, y se asocia á esa armonía con sus actos. Mientras más se desarrollan sus facultades, más erecen sus cualidades afectivas, y más se afirma y acentúa su participación en el divino concierto de los seres y de los mundos.

Esta ascensión del alma, formando ella misma su porvenir y conquistando sus grados; este espectáculo de la vida individual y colectiva, continuando de etapas en etapas en la superficie de las tierras del espacio, progresando y perfeccionándose siempre, y ascendiendo hacia Dios, hace que comprendamos mejor la utilidad de la lucha, la necesidad del dolor para la educación y la depuración de los seres.

Todas las almas que viven en las regiones materiales están sumergidas en una especie de letargo; duerme su inteligencia entorpecida, ó, indiferente, se deja llevar por todos los impulsos de la pasión. Bien pocas conocen su verdadero objeto. Necesario es, pues, que esas almas se despierten á la verdad, que esas inteligencias se abran á las sensaciones del bien y de lo bello. Todas deben alcanzar las mismas alturas, surgir y florecer bajo los rayos del divino sol. Y ¿qué sería una existencia única, aislada, para el cumplimiento de esa labor? Por esto son necesarias numerosas etapas, muchas vidas de lucha y de prueba, á fin de que esas almas se acrisolen y las aptitudes en ellas dormidas se despierten y entren en acción.

Con el aguijón de la lucha y de las necesidades; con las alternativas del júbilo y del dolor, las inquietudes, los pesares y remordimientos de que la vida humana está llena; después de las caídas y los levantamientos, los retrocesos y las ascensiones, los vuelos hacia la azul altura y los bruscos descensos hasta un abismo, el alma se desarrolla dignificándose, y las humanidades salen de su escoria de bestialidad y de ignorancia.

Así se resuelve el problema del mal. El mal no es otra cosa que un efecto de contraste; no tiene existencia propia. El mal es al bien, lo que la sombra á la luz: apreciamos ésta mejor, después de haber estado privados de ella: de igual modo, sin la pena no podríamos conocer el júbilo; sin la privación, no estaríamos en aptitud de saborear el bien adquirido, las satisfacciones obtenidas.

Todo se explica y se aclara en la obra divina cuando se la considera desde lo alto. La ley del progreso rige la vida infinita y forma el esplendor del universo. Las luchas del espíritu contra la materia, su ascensión por el dolor, tal es la epopeya grandiosa que los cielos cuentan á la tierra, y que la voz de los invisibles repite á todos los que tienen sed de verdad. La enseñanza es la que precisa difundir, á fin de que el encadenamiento de los efectos y las causas se revele, y con él, la solidaridad de los seres y el amor divino que abraza toda la creación.

Considerado así, el problema del destino no es más que la aplicación lógica y la consagración de esta ley de evolución, de la cual tantos pensadores de nuestra época han tenido, según su estado de espíritu, la intuición confusa, ó la clara visión. Es la ley superior que rige á todas las cosas.

El plan general del universo está diseñado en la exposición precedente. Así pues, sólo nos resta precisar los puntos esenciales.

La enseñanza de los Espíritus nos muestra por todas partes la unidad de leyes y de sustancia. El orden y la armonía reinan en la obra eterna por esta unidad.

El mundo invisible no se distingue del mundo visible sino con relación á nuestros sentidos. El mundo invisible es la con-

tinuación ó prolongación natural del visible. En su unidad, los dos forman un todo inseparable; pero en el invisible es donde se debe buscar el mundo de las causas, el foco de todas las actividades, de todas las fuerzas sutiles del cosmos.

La fuerza ó la energía, nos dice la ciencia, mueve la materia y dirige los mundos en el espacio. ¿Qué es la fuerza? Según la nueva revelación, es el agente, el modo de acción de una voluntad superior. Es el pensamiento de Dios, que da movimiento y vida al universo!

La existencia de Dios es afirmada por todos los Espíritus elevados. Todos los que han bebido en la fuente del espiritismo moderno saben que los grandes Espíritus del espacio están unánimes en proclamar y reconocer la inteligencia suprema que gobierna los mundos. Agregan que esta inteligencia se revela más brillante á medida que se asciende en los grados de la vida espiritual.

En esto están de acuerdo los escritores y los filósofos espíritas, desde Allan Kardec hasta nuestros días: todos afirman la existencia de una causa suprema en el universo.

“No hay efecto sin causa —ha dicho Kardec,— y todo efecto inteligente tiene forzosamente una causa inteligente.”

Sobre este axioma reposa todo el espiritismo. Cuando lo aplicamos á las manifestaciones de ultratumba, este axioma demuestra la existencia de los espíritus. Asimismo, si lo aplicamos al estudio del mundo y de las leyes universales, demostrará la necesidad de una causa inteligente. Por esto es que la existencia de Dios constituye uno de los puntos esenciales de la enseñanza espírita.

Los espíritus, lo mismo que los hombres, no tienen igual adelanto, y no pueden todos ver de idéntica manera: de aquí las diversas concepciones acerca del sér divino. Pero basta notar que existe inteligencia y conciencia en los seres creados, para encontrarlas en la fuente creadora, en esa unidad suprema que no es la causa primera, como dicen algunos, ni causa final, como piensan otros, sino la causa eternamente actuante, de donde emana toda vida.

La solidaridad que liga á todos los seres no tiene otro centro que esta unidad universal y divina; todas las vías terminan en ella para fundirse y armonizarse. Por ella sola podemos conocer el objeto de la vida y sus leyes, pues que ella es la razón

del sér y la ley viva del universo. Es, al mismo tiempo, la base y la sanción de toda moral.

Desde que se estudia el problema del más allá, la situación del espíritu después de la muerte, se entrevé un estado de cosas regido por una ley de justicia que ella misma es la ejecutora, sin tribunal y sin juicio, pero á la cual no se escapa ninguno de nuestros pensamientos, ninguno de nuestros actos; ley que revela una inteligencia directora del mundo moral, que es al mismo tiempo la fuente de toda vida, de toda luz, de toda perfección.

Y esto tiene que ser así, porque la idea de ley es inseparable de la idea de inteligencia. Sin esta noción, las leyes universales estarían destituidas de punto de apoyo, y nada las distinguiría de las leyes mecánicas y ciegas del materialismo.

Se nos habla mucho de las leyes ciegas de la naturaleza. ¿Qué significan estas expresiones? Las leyes ciegas sólo podrían obrar al azar. El azar es la ausencia de plan, de dirección inteligente; es la negación misma de toda ley. El azar no puede realizar la unidad y la armonía, sino más bien la incoherencia y la confusión. Por esto es que una ley no puede ser otra cosa que la manifestación de una inteligencia soberana, la obra de un pensamiento superior. Sólo el pensamiento puede disponer, ordenar, combinar todas las cosas en el universo. Y el pensamiento no puede producirse sin la existencia de un sér que es el generador.

Las leyes universales no podrían reposar sobre una cosa tan móvil y cambiante como el azar: deben apoyarse necesariamente sobre un principio inmutable, ordenador y regulador. Privadas del concurso de una voluntad directora, esas leyes serían ciegas, como dicen los materialistas; irían al acaso, y no serían tales leyes.

Las fuerzas y los seres, los mundos y las humanidades, todo es gobernado por la inteligencia. El orden y la majestad del universo, el orden material y el moral, la justicia, el amor, la libertad, todo reposa sobre leyes eternas; y no hay leyes eternas sin una razón superior que es la fuente de toda ley. Por esto ningún sér, ninguna sociedad puede desarrollarse y progresar sin la idea de Dios, es decir, sin justicia, sin amor, sin libertad, sin razón, pues Dios representa la eternidad y la perfección, y, por consecuencia, Dios es la base esencial de to-

do lo que forma la hermosura, la grandeza de la vida, la magnificencia del universo.

Muchos preocupados han dividido al mundo con estas cuestiones: el moderno espiritualismo ha venido á zanjarlas. Hasta aquí, los materialistas buscaban el secreto de la vida universal donde él no existe, en los efectos; los cristianos por su parte, lo buscaban fuera de la naturaleza. Hoy, comprendemos que la causa eterna del mundo no es exterior al mismo, sino interior; es su alma, su foco, como nuestra alma es el foco de la vida en nosotros.

La ignorancia de estas cosas es la principal causa de nuestros errores, y es la que impulsa al hombre y á la sociedad á cometer actos cuyas consecuencias les son funestas.

Por largo tiempo se ha considerado la obra divina y las leyes superiores desde el punto de vista estrecho de la vida presente y conforme al mezquino cuadro de la tierra, sin comprender que en el encadenamiento de nuestras vidas sucesivas y en la colectividad de los mundos se revelan la universal armonía, la absoluta justicia y la gran ley de la evolución de los seres hacia el Bien perfecto, que es Dios.

La obra divina no puede ser medida, ni en el tiempo, ni en el espacio. Se extiende por el campo inmenso de los cielos con miríadas de soles, y se revela en la tierra, así en la humilde florecilla, como en los gigantescos árboles de las selvas. Dios es infinito; la creación es eterna. No puede comprenderse la creación salida de la nada, porque la nada, nada es. Dios no ha podido sacar algo de una imposible nada, ni crear algo fuera de su infinitud. La creación es incesante; el universo, inmutable en su todo, está en vía de transformación constante en sus partes.

Con todos sus mundos visibles é invisibles, sus espacios celestes, sus poblaciones planetarias y siderales, el universo nos representa un inmenso taller, donde todo lo que se mueve y respira trabaja para la producción, la conservación y el desarrollo de la vida. Cada globo que rueda en el espacio es la morada de una sociedad humana. La tierra es uno de los más pobres y pequeños planetas en la gran jerarquía de los mundos; la sociedad terrestre una de las más inferiores. Pero ella misma se perfeccionará, y nuestra esfera será entonces una mansión dichosa. Las más nobles aspiraciones conducirán

á la humanidad á vías de renovación gradual y de progreso moral.

Todo se transforma y se renueva por el ritmo incesante de la vida y de la muerte. En tanto que unos astros se extinguen, otros se encienden en el seno de los espacios. Esto es lo que ha hecho decir al poeta que hay cunas y tumbas en el cielo. Como el hombre, los mundos nacen, viven y mueren, los universos se disuelven, todas las formas pasan y se desvanecen, mas la vida infinita subsiste en su eterno esplendor.

Un plan admirable se ejecuta; Dios sólo conoce el conjunto; nosotros solamente percibimos algunas líneas, y al mirarlas, nos producen deslumbramiento. Pero la comprensión de las cosas divinas crece con nuestros progresos, á medida que nuestros sentidos y facultades, engrandeciéndose, nos muestran nuevas perspectivas en los mundos superiores.

De igual modo, la cadena de nuestras existencias desarrolla, en la sucesión de los siglos, sus eslabones, deslucidos ó brillantes. Los acontecimientos se suceden sin ligazón aparente; pero la infalible Justicia liga su curso según reglas inmutables. En el dominio moral, como en el orden material, todo está relacionado.

Comparad las concepciones del pasado; la tierra, centro del universo, único planeta habitado; la única y corta vida del hombre perdida en lo infinito de los tiempos, y después de la cual es juzgado y sentenciado por la eternidad; comparadla con esta revelación de los espacios, este universo sin límites, poblado de soles y sus cortejos de mundos secundarios, las ciudades, los pueblos, las innumerables humanidades que los cubren, con las diversas civilizaciones y las obras maravillosas que produce el espíritu. Pensad en ese porvenir del alma, destinada á renacer, de existencias en existencias, en esos mundos, remontándolos uno á uno, como las gradas de colosal ascensión, formando parte de estados sociales de tal modo superiores á los nuestros, que de ellos no pueden darnos idea nuestras mezquinas concepciones terrestres. Y el alma, en sus peregrinaciones infinitas, adquiere siempre cualidades nuevas, poderes cada vez más grandes, que la harán apta para figurar con categoría más y más elevada en el universo.

No hay, pues, elegidos ni réprobos. La humanidad no se divide en dos partes, los salvos y los perdidos: para todos es-

tá abierto el camino del bien por el progreso; todos le recorren, de etapas en etapas, de existencias en existencias; todos se elevan hacia la paz y la felicidad por el trabajo y por la prueba. Todas las almas son perfectibles y susceptibles de educación; deben recorrer iguales vías y partir de la vida inferior á la plenitud de la ciencia y de la virtud. No son igualmente adelantadas, pero todas subirán, tarde ó temprano, por las agrias pendientes que conducen á las cimas radiosas que baña la eterna luz.

El pensamiento divino preside este orden majestuoso; vela por el cumplimiento de sus leyes y la elevación de la vida renaciente. En todas partes reina el poder infinito que anima al universo con su soplo y le calienta con su amor.

* *

Muchos hombres son refractarios á la concepción de Dios: rehusan ver y admitir la potencia eterna que irradia en toda la naturaleza.

El sol brilla sobre las aguas; sus temblantes rayos acarician la onda dormida. Desde la altura viene á iluminar la extensa superficie del mar; hace chispear millones de centellas en la cresta de las olas; todo sér que se mueve en el seno de las aguas puede percibirle; le basta para ello hacer un esfuerzo para ascender de las profundidades y bañarse en sus rayos. Pero si rehusa abandonar su sombría morada, si se complace en sus tinieblas, ¿no existirá por eso el rayo de luz que no ve?

Así es con el gran foco divino. Sin el pensamiento de Dios que ilumina las profundidades del Cosmos, sin esta luz impecedera, todo permanecería hundido en la sombra. Pero ese pensamiento no se muestra con todo su fulgor sino para aquel que se ha hecho digno de comprenderle, aquel cuyo sentido íntimo se ha abierto á la gran voz del infinito, ante este soplo que pasa sobre los mundos, y fecunda las almas y los universos.

Dios en su pura esencia, nos dicen los Espíritus, es como un Océano de llama. Dios no tiene forma, pero puede tomar alguna para aparecer á las almas elevadas. Es la recompensa acordada á las grandes adhesiones, á las existencias de sacrificio y de abnegación. Hay en ello una especie de materializa-

ción, muy diferente de todo lo que podemos suponer. Aun bajo ese aspecto sensible la majestad de Dios es tal que los más puros espíritus apenas pueden soportar su esplendor. Los Espíritus llegados á la perfección tienen el privilegio de contemplar la Divinidad sin velo: declaran que el lenguaje humano es muy pobre para poder hacer una descripción, por ligera que fuese, del foco divino.

Dios ve todo, conoce todo, hasta los más secretos pensamientos. Como el espíritu está en todas partes del cuerpo, así Dios en todo el universo, y en relación con todos los elementos de la creación.

Su amor envuelve y liga todos los seres, de quienes él mismo ha hecho, al llamarlos á la vida, los artifices de su obra eterna. Su solicitud se extiende hasta los más humildes y los más oscuros, pues todos son salidos de El. Así pues, todos, si no por una alta inteligencia y una razón ejercitada, todos pueden conocer y sentir á Dios por los afectos del corazón.

Lo que caracteriza sobre todo á la alma humana, es el sentimiento. Por éste se adhiere el hombre á lo que es bueno, bello y grande, á lo que constituye su sostén en la duda, su fuerza en la lucha, su consuelo en la prueba. Y todo esto revela á Dios. Lo bello y lo bueno no se encuentran en nosotros sino en grado parcial y limitado, y no pueden existir sino á condición de volver á encontrar su origen, su principio y plenitud en un Sér que los posee en grado superior é infinito. Esto es lo que han sentido instintivamente todas las generaciones, las multitudes todas que reposan bajo el polvo de las edades, y por eso los vuelos del pensamiento humano se han dirigido, en todo tiempo, hacia ese Espíritu divino que está por encima de todas las religiones y de todos los sistemas, hacia esa alma del mundo, honrada bajo nombres diversos, pero que es siempre la causa única de donde todo emana y á donde vuelve todo eternamente.

Dios es la grande alma universal, de la que cada alma humana es una irradiación, una chispa. Así pues, cada uno de nosotros poseemos, en estado latente, las fuerzas emanadas del foco divino, y cada uno puede desarrollarlas uniéndose estrechamente á la Causa de la que el hombre es efecto. Por la elevación de nuestros pensamientos hacia Dios, por la plegaria que brota de lo íntimo del sér y liga á la criatura al Creador,

se produce una penetración continua, una fecundación moral, una manifestación de tesoros ocultos en nosotros. Pero el alma humana se ignora á sí misma; falta de conocimiento y de voluntad, deja adormecidos sus ocultos poderes. En vez de mandar á la materia, se deja dominar por ella, y esta es la causa de sus males, de sus pruebas, de sus flaquezas.

El espiritualismo moderno viene, por esto, á decir á todos: ¡Oh hombres! eleváos con el pensamiento por encima de las cosas terrestres; eleváos más y más alto para comprender que sois los hijos de Dios, mucho más alto para sentir que estáis ligados á El, á su obra inmensa, destinados á un fin al lado del cual todos los otros son secundarios; y este fin, es la entrada en la gran comunión, en la santa armonía de los seres y de los mundos, que no se realiza sino en Dios y por Dios!

XI

RENOVACION.

Como creemos haberlo establecido en las páginas que preceden, el espiritualismo moderno descansa sobre testimonios universales. Se apoya sobre hechos experimentales observados en todos los puntos del globo por hombres de todas condiciones, entre quienes se encuentran sabios pertenecientes á todas las grandes universidades y á muchas academias célebres. Debido á ellos y debido también á sus esfuerzos, la ciencia contemporánea, á pesar de sus vacilaciones y sus repugnancias, ha sido conducida poco á poco á interesarse en el estudio del mundo invisible.

De año en año, ha ido aumentando el número de experimentadores. A las pesquisas han sucedido otras pesquisas, y siempre los resultados han venido á confirmar las afirmaciones anteriores. De estas observaciones, multiplicadas hasta lo infinito, ha nacido una certidumbre: la de la supervivencia del sér humano, y con ella las más precisas nociones acerca de las condiciones de la vida futura.

Por el atento estudio de los fenómenos, por la permanente comunicación establecida con el más allá, el espiritualismo moderno ha llegado á confirmar las grandes tradiciones del pasado, las enseñanzas de todas las religiones, de todas las elevadas

filosofías que se relacionan con la inmortalidad del sér y la existencia de una causa ordenadora del universo. Les ha dado una sanción definitiva. Lo que hasta entonces no era más que hipótesis y especulación del pensamiento, ha llegado á ser un hecho adquirido. La vida futura se ha dejado ver en su realidad más sorprendente; la muerte ha perdido su aspecto terrorífico; el cielo se ha aproximado á la tierra.

El espiritualismo ha hecho más. De este conjunto de estudios, de esta investigación proseguida durante medio siglo, de todos los hechos, de todas las revelaciones obtenidas ha constituido una nueva enseñanza libre de toda forma oscura ó simbólica, fácilmente accesible aun para los humildes, y que, para los eruditos y pensadores, abre vastas perspectivas en los altos grados de los conocimientos, referentes á la concepción de un ideal superior.

Esta enseñanza puede ser satisfactoria á todos, tanto para los espíritus más elevados como para los más modestos, pero se dirige sobre todo á los que sufren, á los que se doblegan bajo pesada carga ó penosa prueba, á los que tienen necesidad de una fe viril que les sostenga en su camino, en sus trabajos, en sus dolores. Se dirige á la muchedumbre humana. La muchedumbre se ha vuelto incrédula y desconfiada con respecto á todo dogma, á toda creencia religiosa, porque comprende que se ha abusado de ella durante siglos. Sin embargo, subsisten siempre en ella aspiraciones confusas al bien, necesidad innata de progreso, de libertad y de luz, que facilitarán la manifestación de la idea nueva y su acción regeneradora.

El espiritualismo moderno satisface estas necesidades innatas del alma humana, que ninguna otra doctrina ha podido satisfacer por completo. Por la ley de las existencias sucesivas nos muestra la justicia regulando los destinos de todos los seres. Por ella no hay ya gracias especiales ni privilegios, ni redención por la sangre de un justo, ni desheredados, ni favorecidos. Todos los espíritus que pueblan la inmensidad diseminados en el espacio ó en los mundos materiales, son hijos de sus obras; todas las almas que animan á los cuerpos carnales ó esperan las nuevas encarnaciones, son del mismo origen y están llamadas al mismo fin. Los méritos, únicamente los méritos, las virtudes adquiridas las distinguen, pero todas pueden elevarse por sus propios esfuerzos y recorrer la vía del perfeccionamiento

se produce una penetración continua, una fecundación moral, una manifestación de tesoros ocultos en nosotros. Pero el alma humana se ignora á sí misma; falta de conocimiento y de voluntad, deja adormecidos sus ocultos poderes. En vez de mandar á la materia, se deja dominar por ella, y esta es la causa de sus males, de sus pruebas, de sus flaquezas.

El espiritualismo moderno viene, por esto, á decir á todos: ¡Oh hombres! eleváos con el pensamiento por encima de las cosas terrestres; eleváos más y más alto para comprender que sois los hijos de Dios, mucho más alto para sentir que estáis ligados á El, á su obra inmensa, destinados á un fin al lado del cual todos los otros son secundarios; y este fin, es la entrada en la gran comunión, en la santa armonía de los seres y de los mundos, que no se realiza sino en Dios y por Dios!

XI

RENOVACION.

Como creemos haberlo establecido en las páginas que preceden, el espiritualismo moderno descansa sobre testimonios universales. Se apoya sobre hechos experimentales observados en todos los puntos del globo por hombres de todas condiciones, entre quienes se encuentran sabios pertenecientes á todas las grandes universidades y á muchas academias célebres. Debido á ellos y debido también á sus esfuerzos, la ciencia contemporánea, á pesar de sus vacilaciones y sus repugnancias, ha sido conducida poco á poco á interesarse en el estudio del mundo invisible.

De año en año, ha ido aumentando el número de experimentadores. A las pesquisas han sucedido otras pesquisas, y siempre los resultados han venido á confirmar las afirmaciones anteriores. De estas observaciones, multiplicadas hasta lo infinito, ha nacido una certidumbre: la de la supervivencia del sér humano, y con ella las más precisas nociones acerca de las condiciones de la vida futura.

Por el atento estudio de los fenómenos, por la permanente comunicación establecida con el más allá, el espiritualismo moderno ha llegado á confirmar las grandes tradiciones del pasado, las enseñanzas de todas las religiones, de todas las elevadas

filosofías que se relacionan con la inmortalidad del sér y la existencia de una causa ordenadora del universo. Les ha dado una sanción definitiva. Lo que hasta entonces no era más que hipótesis y especulación del pensamiento, ha llegado á ser un hecho adquirido. La vida futura se ha dejado ver en su realidad más sorprendente; la muerte ha perdido su aspecto terrorífico; el cielo se ha aproximado á la tierra.

El espiritualismo ha hecho más. De este conjunto de estudios, de esta investigación proseguida durante medio siglo, de todos los hechos, de todas las revelaciones obtenidas ha constituido una nueva enseñanza libre de toda forma oscura ó simbólica, fácilmente accesible aun para los humildes, y que, para los eruditos y pensadores, abre vastas perspectivas en los altos grados de los conocimientos, referentes á la concepción de un ideal superior.

Esta enseñanza puede ser satisfactoria á todos, tanto para los espíritus más elevados como para los más modestos, pero se dirige sobre todo á los que sufren, á los que se doblegan bajo pesada carga ó penosa prueba, á los que tienen necesidad de una fe viril que les sostenga en su camino, en sus trabajos, en sus dolores. Se dirige á la muchedumbre humana. La muchedumbre se ha vuelto incrédula y desconfiada con respecto á todo dogma, á toda creencia religiosa, porque comprende que se ha abusado de ella durante siglos. Sin embargo, subsisten siempre en ella aspiraciones confusas al bien, necesidad innata de progreso, de libertad y de luz, que facilitarán la manifestación de la idea nueva y su acción regeneradora.

El espiritualismo moderno satisface estas necesidades innatas del alma humana, que ninguna otra doctrina ha podido satisfacer por completo. Por la ley de las existencias sucesivas nos muestra la justicia regulando los destinos de todos los seres. Por ella no hay ya gracias especiales ni privilegios, ni redención por la sangre de un justo, ni desheredados, ni favorecidos. Todos los espíritus que pueblan la inmensidad diseminados en el espacio ó en los mundos materiales, son hijos de sus obras; todas las almas que animan á los cuerpos carnales ó esperan las nuevas encarnaciones, son del mismo origen y están llamadas al mismo fin. Los méritos, únicamente los méritos, las virtudes adquiridas las distinguen, pero todas pueden elevarse por sus propios esfuerzos y recorrer la vía del perfeccionamiento

infinito. Todos estos espíritus, encaminados hacia un fin común, forman una misma familia, subdividida en numerosas agrupaciones simpáticas, en asociaciones espirituales de las que la familia humana es sólo un reflejo, una reducción, y en la que todos los miembros se siguen y se ayudan al través de sus múltiples existencias, viviendo alternativamente, ya la vida terrestre ó ya la vida libre de los espacios, mas para reunirse tarde ó temprano.

La muerte pierde, por lo tanto, el aspecto lúgubre, aterrador que hasta hoy se la había atribuido. Ella no es ya el "rey de los espantos," sino más bien un renacimiento, una de las condiciones del crecimiento y desarrollo de la vida. Todas nuestras existencias se reúnen y forman un conjunto. La muerte no es más que el tránsito de la una á la otra; para el sabio, como para el hombre de bien, es la puerta dorada que se abre ante más bellos horizontes.

Quando las suposiciones que invaden nuestra mente se hayan desvanecido, el hombre comprenderá la beldad serena y majestuosa de la muerte. Es un error creer que ella nos aleja de aquellos que nos son queridos. Gracias al espiritismo tenemos el consuelo de saber que los seres amados que nos han precedido en el más allá, velan por nosotros y nos guían en el camino obscuro de la existencia. Muchas veces están á nuestro lado, invisibles, listos para socorrernos en el infortunio, para ayudarnos en la desgracia, y esta creencia nos da la calma del espíritu, la fuerza moral en la prueba. Sus comunicaciones, sus mensajes, nos dulcifican las amarguras del presente, las tristezas de una separación que sólo es aparente. Las enseñanzas de los Espíritus desarrollan nuestra inteligencia y nuestros sentimientos elevados; tienden á hacernos mejores y más confiados en el porvenir y en la bondad de Dios.

Así se realiza y se revela á nuestros ojos la ley de fraternidad y de solidaridad que une á todos los seres y de la que la humanidad siempre ha tenido intuición. Ya no más salvación personal, ya no más juicio inexorable que fije para siempre al alma lejos de aquellos que le son queridos, sino la separación siempre posible, con ayuda de nuestros hermanos del espacio, la unión de los seres en su ascensión colectiva y eterna.

Esta revelación nos proporciona nuevas fuerzas contra el desfallecimiento, contra las tentaciones, los malos pensamien-

tos que puedan asaltarnos, y de las que nos preservaremos con más cuidado, sabiendo que serian causa de aflicción para los miembros de nuestra familia espiritual, para nuestros amigos invisibles.

Con el materialismo la fraternidad no era más que un dicho, el altruismo una teoría sin raíces y sin objeto. Sin fe en el porvenir, el hombre dirigía forzosamente su atención á lo presente y á los goces que pudiese contener. A pesar de todas las investigaciones de los teóricos y de los sofistas, se sentía poco inclinado á sacrificar su personalidad, sus intereses ó sus gustos en provecho de una colectividad pasajera, á la cual le ataban los lazos formados ayer y que mañana desataría. Si la muerte es el fin de todo, pensaba, ¿para qué imponerse privaciones que nada vendrá á compensar? ¿De qué servirán la virtud y el sacrificio si todo ha de terminar en la nada?

El resultado inevitable de semejantes doctrinas era el incremento del egoísmo, la ambición febril de riquezas, la exclusiva preocupación por los goces materiales; era el desencadenamiento de las pasiones, de los apetitos furiosos, de las ardientes codicias. Hé ahí lo que fatalmente se produjo. Por la acción de estos soplos destructores, la sociedad oscila sobre sus bases, y con ella todas las nociones de moralidad, de fraternidad, de solidaridad, que el nuevo espiritualismo viene muy á tiempo á restaurar y consolidar.

"La creencia en la inmortalidad—ha dicho Platon—es el lazo de toda sociedad; roto este lazo, la sociedad se disuelve."

Nuestra época, conducida hacia la duda y la negación por las exageraciones teológicas, perdía de vista esta idea salvadora. El espiritualismo experimental le vuelve la fe perdida, apoyándola sobre nuevas é indestructibles bases.

La superioridad moral de la doctrina de los Espíritus se afirma en todas materias. Con ella se desvanece la idea inícuca del pecado de un solo hombre recayendo sobre todos. Ya no hay más decadencia, ni falta colectiva; las responsabilidades son personales. Cualquiera que sea su condición en este mundo, ya haya nacido en la miseria y el sufrimiento, ó desprovisto de ventajas físicas y de brillantes facultades, el hombre sabe ya que no sufre suerte inmerecida, sino simplemente las consecuencias de sus acciones anteriores.

En consecuencia, la sabiduría consiste en aceptar nuestra

suerte sin murmurar, en llenar fielmente nuestra misión, en prepararnos así para otras situaciones que irán mejorando á medida que, por nuestro progreso, vayamos teniendo acceso á sociedades mejores, libres ya de las sujeciones que pesan sobre los mundos materiales.

Gracias á la doctrina de los Espíritus el hombre comprende por fin el objeto de su vida; ve en ella un medio de educación y de reparación, conoce la magnitud de su tarea; cesa de maldecir el destino y de acusar á Dios. Se ha libertado al mismo tiempo de las pesadillas de la negación y del infierno, y de las ilusiones de un ocioso paraíso. La vida futura no es ya una contemplación beata é inútil ni la eterna inmovilidad de los elegidos ó el eterno suplicio de los condenados; es la evolución por grados, es, después del círculo de pruebas y de transmigraciones, el círculo de la felicidad, pero siempre es la vida activa y creciente, la conquista por medio del trabajo, del acopio creciente de ciencia, de poder, de moralidad; es una progresiva participación en la obra divina, en forma de misiones diversas, misiones de sacrificio y de enseñanza al servicio de las humanidades.

Hoy todo el mundo reconoce la necesidad de una educación moral, capaz de regenerar á la sociedad y de arrancar á la Francia de ese estado de decadencia que, acentuándose más cada día, amenaza llegar á la caída y á la ruina.

Por mucho tiempo se ha creído haber hecho bastante con extender la instrucción; mas la instrucción sin la enseñanza moral es impotente y estéril. Ante todo, es necesario hacer del niño un hombre, un hombre que conozca sus deberes como conoce sus derechos. No basta con desarrollar las inteligencias; es necesario formar los caracteres, fortificar las almas y las conciencias. Los conocimientos deben ser completados por luces que aclaren el porvenir y precisen el destino del sér. Para formar una sociedad nueva es necesario hacer hombres nuevos y mejores. Sin esto, todas las reformas económicas, todas las combinaciones políticas, todos los progresos intelectuales serán insuficientes; el orden social no tendrá más valor que el que nosotros tenemos.

Mas esa necesaria educación ¿en qué podrá apoyarse? No será seguramente en teorías negativas, pues que ellas han sido causa, en parte, de los males del presente. No será tampoco sobre dogmas añejos y doctrinas muertas, sobre creencias superficiales y aparentes que no tienen ya raíces en el alma.

¡Nó! la humanidad no quiere ya símbolos, ni leyendas, ni misterios, ni más verdades ocultas. Lo que le falta es la gran luz, la espléndida manifestación de la verdad que tan sólo el nuevo espiritualismo puede proporcionarle.

El sólo puede dar á la moral una base definitiva y procurar al hombre moderno las fuerzas necesarias para soportar dignamente sus pruebas, discernir las causas, reaccionar contra ellas, cumplir en todo con el deber.

Con el nuevo espiritualismo el hombre sabe á dónde va; su paso se hace más firme, más seguro. Sabe que la justicia gobierna el mundo, que todo se encadena, que cada una de sus acciones, buenas ó malas, recaerá sobre él con el transcurso de los tiempos. En este pensamiento encontrará un freno para el mal, un estímulo poderoso para el bien.

Los mensajes de los Espíritus, la comunión de los vivos y de los muertos le han mostrado el porvenir de ultratumba en su más palpable realidad; sabe la suerte que le espera, qué responsabilidades le incumben, qué cualidades debe adquirir para ser feliz.

En efecto, desde el momento en que las condiciones de la vida son conocidas, se precisa el objeto de la existencia, la regla de la vida presente se impone de una manera imperiosa ante todo espíritu cuidadoso de su porvenir. Entonces comprende que no ha venido aquí abajo para buscar placeres frívolos, para satisfacer vanas y pueriles ambiciones, sino para desarrollar sus cualidades superiores, corregir sus defectos, poner en obra todo aquello que pueda contribuir á su elevación.

El estudio del espiritismo nos enseña que la vida es un combate por la luz; la lucha y la prueba no terminarán sino por la conquista del bien moral. Este pensamiento tiembla las almas, las prepara para las grandes tareas, para las nobles acciones. Con el sentimiento de lo verdadero despierta en nosotros la confianza. Fortificados con estos preceptos, no temeremos más ni á la adversidad, ni á la muerte. Con corazón intrépido, y á pesar de los golpes de la suerte, avanzaremos por la vía traza-

da; sin debilidad, sin pesar abordaremos la otra orilla cuando haya llegado la hora.

Del mismo modo la moralizadora influencia del espiritismo penetra poco á poco en los círculos más diversos desde los más cultos hasta los más oscuros y los más degradados.

La prueba la tenemos en el hecho siguiente: desde 1888 los sentenciados á trabajos forzados en la prisión de Tarragona (España) enviaron al Congreso Espírita internacional de Barcelona, una carta conmovedora manifestando toda la magnitud de los socorros morales que les había proporcionado el conocimiento del espiritismo. (1)

Se puede también comprobar, en los centros de obreros en que se ha propagado el espiritismo, cierta notable templanza en las costumbres, una resistencia más firme á todos los excesos en general y á las teorías anarquistas con particularidad. Gracias á los consejos de los Espíritus bastantes hábitos viciosos se han reformado, muchos caracteres turbulentos se han tornado en apacibles. Habiendo perdido la creencia, sus enseñanzas han hecho renacer entre ellos virtudes por cierto ya hoy bien raras.

Es un espectáculo consolador, por ejemplo, ver afluir todos los domingos á Jumet (Bélgica), de todos los puntos de la cuenca de Charleroi, numerosas familias de mineros espíritas; se agrupan en una vasta sala, en donde, después de los preliminares de costumbre, escuchan todos, con recogimiento, las instrucciones que sus guías invisibles les hacen escuchar por boca de los mediums dormidos. Por uno de ellos, simple obrero minero, poco instruido y que habitualmente se explica en dialecto wallon, se manifiesta el espíritu del canónigo Xavier Mouls, sacerdote de gran valía y de elevadas virtudes, á quien se debe la vulgarización del magnetismo y del espiritismo en las chozas de la cuenca. Mouls, después de crueles pruebas y de duras persecuciones, dejó la tierra, pero su espíritu vela siempre por sus queridos mineros. Todos los domingos toma posesión de los órganos de su medium favorito, y después de algunas referencias de los textos sagrados, con una elocuencia verdaderamente sacerdotal, desarrolla ante ellos en castizo francés, du-

(1). Véase el Informe dado por el Congreso espírita de Barcelona, 1888. Librería de las ciencias psíquicas. Paris.

rante una hora, el tema elegido, hablando al corazón y á la inteligencia de sus oyentes, exhortándolos al deber, á la sumisión á las leyes divinas. Y así como es grande la impresión producida en estas buenas gentes, lo mismo pasa en todos los centros en donde el espiritismo se practica de un modo serio por los humildes de este mundo.

Algunas veces llegan á manifestárseles ciertos espíritus de mineros, conocidos de los presentes y que han participado de su vida laboriosa. Se les reconoce con facilidad por su lenguaje, por sus expresiones familiares, por mil detalles psicológicos que son otras tantas pruebas de identidad. Describen su modo vivir en el espacio, las sensaciones experimentadas en la muerte, sus sufrimientos morales, resultado de un pésimo pasado, costumbres perniciosas contraídas por inclinación á la mendicidad ó al alcoholismo, y estas conmovedoras descripciones, llenas de animación y de originalidad, ejercen en el auditorio grande efecto moral, viva y saludable impresión. De aquí una sensible transformación en las ideas y en las costumbres.

Considerando estos hechos, ya numerosos, y que se multiplican cada día, se puede calcular desde ahora la cantidad de pobres almas que el espiritualismo ha consolado y reconfortado. Ha preservado del suicidio á buen número de desesperados; demostrándoles la realidad de la supervivencia, les ha dado el valor y el gusto por la vida.

Creemos no cometer exageración diciendo que millares de seres humanos, pertenecientes á diversas comuniones religiosas, católicas y protestantes, y hasta representantes oficiales, algunos, de estas religiones, á quienes la muerte de sus allegados y las pruebas de la vida habían abatido, no obstante los auxilios de las doctrinas que les eran familiares, han encontrado en la comunión de los muertos, en vez de una fe vaga, una convicción precisa, una inquebrantable confianza en la inmortalidad.

Véase lo que escribía un pastor protestante á Russell Wallace, académico inglés, después de haber comprobado la realidad de los fenómenos espíritas:

“La muerte es para mí ahora una cosa diferente de lo que

(1). Habitaciones de los mineros belgas.

antes era: después de haber sufrido un gran abatimiento á consecuencia de la muerte de mis hijos, estoy en la actualidad lleno de confianza y de gozo; *soy otro hombre.*" (1)

En contraposición de estos testimonios, tan elocuentes por su sencillez, podría objetarse, es verdad, los fraudes, el uso de supercherías, el charlatanismo y la mediumnidad venal; en una palabra, todos los abusos engendrados en ciertos casos por cierta mala práctica experimental del espiritismo y de la que ya hemos hablado.

Mas aquellos que se entregan á esas maniobras, demuestran por eso mismo su ignorancia del espiritismo. Si comprendieran los preceptos y las leyes, sabrían lo que les preparan esos actos que son otras tantas profanaciones. Sabrían lo que se arriesga en hacer de una cosa respetable y sagrada, á la que no se debe tocar sino con recogimiento y piedad, un medio vulgar de explotación, un comercio vergonzoso.

Se nos recordará también la influencia de los malos espíritus, las comunicaciones apócrifas firmadas con nombres famosos, los casos de obsesiones y de posesiones. Pero estas influencias se han ejercido, estos hechos se han producido en todos los tiempos; los hombres siempre han estado expuestos —muchas veces sin conocer las causas— á las maldades de los invisibles de orden inferior, y el estudio del espiritismo viene precisamente á proporcionarnos los medios de apartar estas influencias, de obrar sobre los espíritus malvados, para atraerlos hacia el bien por medio de la evocación y la oración.

Porque la acción saludable del espiritismo no sólo se ejerce sobre el hombre; ella también se extiende á los habitantes del espacio. Por medio de las relaciones establecidas entre los dos mundos, los adeptos esclarecidos pueden obrar sobre los espíritus inferiores, y por medio de frases de consuelo y de piedad, por medio de sabios consejos, arrancarlos del mal, del odio y de la desesperación.

Y hé aquí un deber imperioso, el deber de todo ser superior para con sus hermanos inferiores, ya pertenezcan á un mundo ó al otro; es el deber del hombre de bien, al que el espiritismo eleva á la dignidad de educador y de guía de los espíritus perversos y atrasados, conducidos hacia él para diri-

(1) Russell Wallace. *El Espiritualismo Moderno*, p. 295.

girlos y mejorarlos. Este es al mismo tiempo el medio más seguro de curar fluidicamente á los allegados de la tierra, el medio en que vive y se agita la humanidad.

Con este objeto, todo círculo espírita de cierta importancia consagra una parte de sus sesiones á la instrucción y á la moralización de las almas culpables; por la solicitud que se les consagra, por avisos caritativos, y sobre todo por medio de fervientes oraciones que recaigan sobre ellos en efluvios magnéticos, no es raro ver á los espíritus más empedernidos volver hacia mejores sentimientos, poner por sí mismos un término á las penosas obsesiones con que asediaban á sus víctimas.

Por su concepto erróneo de la vida de ultratumba, por su doctrina de la condenación eterna, la Iglesia por mucho tiempo ha entorpecido el cumplimiento de este deber. Había prohibido toda comunicación entre los hombres y los espíritus y abierto entre ellos un abismo. Todos aquellos que, al separarse de la tierra, eran considerados como condenados por sus faltas, veían cerrarse para los hombres toda salida, desvanecerse toda esperanza de socorro moral, de consuelo y de oración.

Lo mismo acontecía por lo tocante al cielo, pues los espíritus elevados, por la sutil naturaleza de su envoltura, por sus fluidos etéreos, poco en armonía con los de los espíritus inferiores, experimentaban más dificultades que los hombres en comunicarse con ellos, en razón de la diferencia de afinidad. Todas las pobres almas errantes, desgarradas por la angustia, asediadas por los punzantes recuerdos del pasado, estaban abandonadas á sí mismas, sin que un pensamiento amigo, como un rayo de sol, pudiese iluminar sus tinieblas. Imbuídas, en su mayor parte de prejuicios inveterados, muchas veces penetradas, por una falsa educación, de la realidad de las penas eternas que creían soportar, su situación se hacía horrible y suscitaba en ellas pensamientos de rabia y de furor, una necesidad de venganza que procuraban ejercer sobre los hombres débiles ó los inclinados al mal.

La acción malévola de esos espíritus se aumentaba por el mismo hecho de su abandono. Retenidos por sus fluidos groseros en la atmósfera terrestre, en contacto permanente con los humanos, accesibles á su influencia y en posibilidad de ha-

cer sentir la suya, no tenían más que un objeto, el de hacer participar á los hombres de las torturas que ellos creían resentir. Por esto es que durante la Edad Media, época en la cual fueron prohibidas las relaciones con el mundo invisible, consideradas como culpables y merecedoras de la pena del fuego, se ven multiplicar durante largos siglos los casos de ilusión, de posesión, y extenderse la influencia perniciosa de los espíritus del mal. Más bien que procurar atraerlos por las oraciones y las exhortaciones benévolas, la Iglesia sólo tiene para ellos anatemas y maldiciones; ella no procede sino con el uso de exorcismos, medio ciertamente impotente, y cuyo único resultado es irritar á los espíritus malos, provocar sus respuestas cínicas é impías y las acciones indecentes ú odiosas que sugieren á sus víctimas.

Al perder de vista las puras tradiciones cristianas, al sofocar la voz del mundo invisible con la amenaza de las torturas y la hoguera, la Iglesia ha desconocido la gran ley de solidaridad que une á las criaturas de Dios en su ascensión común, é impone á las más avanzadas la obligación de trabajar en instruir y enmendar á sus hermanas inferiores. Durante siglos ella ha privado al hombre de los socorros, de las luces, de los recursos inapreciables que procura la comunión de los espíritus elevados: ha privado á las generaciones de esas comunicaciones de ternura con los seres amados que nos han precedido en la otra vida, comunicaciones que son el gozo, el supremo consuelo de los afligidos, de los desamparados en la tierra, de todos los que sufren las angustias de la separación: ha privado á la humanidad de esa ola de vida espiritual que desciende de los espacios, refrigera las almas y vuelve á levantar los corazones desfallecientes y entristecidos.

Así se ha ido haciendo la obscuridad poco á poco en los cerebros y en las doctrinas, las más claras verdades se han ido ocultando, y las concepciones pueriles ú odiosas han aparecido por la falta de examen. Y la duda se ha extendido, el espíritu de escepticismo y de negación ha invadido al mundo. (1)

(1) La Iglesia, por boca de sus teólogos más acreditados, ha creído poder afirmar que ningún sentimiento de piedad y de caridad subsistía en el corazón de los creyentes y los bienaventurados, para aquellos que fueron sus parientes, sus prójimos, sus compañeros de existencia en este mundo:

"Los elegidos, en el cielo, no conservan ningún sentimiento de amistad y

El espiritismo viene á restablecer esta comunión de las almas que es una fuente de fuerza y de luz. Al hacernos conocer la vida futura con sus verdaderos aspectos, nos une á todas las potencias del infinito y nos hace aptos para recibir sus inspiraciones. Las enseñanzas de los espíritus superiores, los consejos de nuestros amigos de ultratumba, ejercen en nosotros una impresión más profunda que todas las exhortaciones venidas del púlpito ó las lecciones de la más alta filosofía.

Al mostrarnos en los espíritus malévolos las almas descarriadas, susceptibles de volver al bien; al proporcionarnos los medios de influir en ellos, de mejorar su suerte, de preparar su elevación, el espiritismo hace cesar un deplorable antagonismo; hace imposible la vuelta de las escenas de posesión de que está lleno el pasado. Inspira al hombre la actitud única que conviene para con los Espíritus elevados, que son sus maestros y sus guías, así como para con los espíritus inferiores, que son sus hermanos. Le dispone para llenar dignamente el papel que le impone la ley de solidaridad y de caridad que une á todos los seres.

Ya lo vemos, el espiritismo ejerce en todos los medios su influencia bienhechora.

En el espacio, mejora el estado de los espíritus inferior-

"de amor para los reprobos; no tienen por ellos ninguna compasión, y aun gozan con el suplicio de sus amigos y de sus prójimos."

"Los elegidos gozan en cuanto á que se consideran exentos de tormentos, y que, por otra parte, toda compasión será amortiguada en ellos, porque admirarán la justicia divina." (*Summa Theológica* de Santo Tomás de Aquino. Suplemento á la 3ª parte, cuestión 95, arts. 1, 2 y 3, edición de Lyon, 1885, t. II p. 425.)

Esta es también la opinión de San Bernardo (*Tratado De diligendo Deo*, cap. XV, 49; edición Mabillon, t. I, col. 601.)

De aquí, la consecuencia sacada por ciertos autores místicos: "Para llegar desde aquí abajo á la vida perfecta, es necesario no conservar ninguna liga culpable; pues si un padre, una madre, un esposo ó una esposa, etc., han muerto notoriamente criminales y en estado de pecado mortal, es conveniente arrancar del corazón todo recuerdo de ellos, pues que son odiados perpetuamente de Dios, y no se les podría amar sin cometer impiedad."

Doctrina monstruosa, destructora de toda idea de familia y muy diferente de las enseñanzas del espiritismo, que fortifican el espíritu de familia, mostrándonos los lazos que unen á sus miembros, preexistentes y persistentes en la vida del espacio. Ninguna alma es odiada por Dios, Dios, que es el amor infinito, no puede odiar. El alma culpable expía, se rescata, se levanta, temprano ó tarde, con la ayuda de sus hermanos más avanzados.

res, permitiendo á los hombres ilustrados trabajar por su redención.

Sobre la tierra, introduce en el orden social los poderosos elementos de moralización, de conciliación y de progreso. Al aclarar los oscuros problemas de la existencia, ofrece un remedio eficaz contra las utopías peligrosas, las ambiciones exageradas, las teorías disolventes. Apacigua los odios, calma las pasiones ardientes y restablece la disciplina moral, sin la cual no puede haber ni paz ni armonía entre los hombres.

A los gritos amenazadores, á los clamores tumultuosos demandando justicia, al llamamiento á la violencia, á las maldiciones contra la suerte, la voz de los Espíritus responde: Hombres, entrad en vosotros mismos, aprended á conocerlos, á conocer las leyes que rigen á las sociedades y á los mundos. Habláis sin cesar de vuestros derechos; sabed que únicamente poseéis los que os confiere vuestro valor moral, vuestro grado de adelanto. No envidiéis la riqueza: ella impone grandes deberes y pesadas responsabilidades. No busquéis la vida del ocio y del lujo; el trabajo y la sencillez son los mejores elementos de nuestros progresos y de nuestra felicidad futura. Sabed que todo está arreglado con equidad y que nada se ha dejado al azar. La situación del hombre aquí abajo es la que él mismo se ha formado. Soportad, pues, con paciencia los males necesarios por vosotros mismos escogidos. El dolor es uno de los medios de elevación; el sufrimiento de lo presente repara los yerros anteriores y engendra las felicidades futuras.

La existencia terrestre no es más que una página del gran libro de la vida, un corto pasaje que une dos inmensidades, la del pasado á la del porvenir. El globo que habitáis es sólo un punto en el espacio, una mansión inferior, un lugar de educación, de preparación para vidas más elevadas.

Así pues, no juzguéis, no midáis la obra divina con la regla estrecha y en el limitado círculo del presente. Comprended que la Justicia Eterna no es la justicia de los hombres; que no puede definirse sino por sus relaciones con el conjunto de nuestras vidas y la universalidad de los mundos. Confíad en la suprema Sabiduría; cumplid la misión que se os ha asignado, y que libremente habéis aceptado antes de nacer. Trabajad con valor y conciencia en mejorar vuestra suerte y la de vuestros semejantes, ilustrad vuestra inteligencia, desarrollad vues-

tra razón y vuestras facultades. Mientras más ardua sea vuestra tarea, más rápido será vuestro progreso. La fortuna y el gozo constituyen tropiezos para el que desea elevarse. No se llevan fuera de este mundo ni bienes ni honores, sino únicamente las cualidades adquiridas y las perfecciones realizadas; estas son las riquezas imperecederas contra las cuales la muerte nada puede.

Alzad vuestras miradas por encima de la tierra. Con el auxilio de los invisibles, de vuestros guías espirituales, cuyos socorros no os faltarán si les evocáis con fervor, avanzad con resolución por el camino de la vida. Amad á vuestros hermanos, practicad con todos la caridad y la justicia. Recordad que todos formáis una gran familia, dimanada de Dios, y que omitir lo que debéis á vuestros hermanos, es faltar á la eterna bondad de Dios que es nuestro Padre común; es faltar á vosotros mismos, porque unidos con vuestros hermanos, sólo formáis una humanidad en el pensamiento creador de Aquel á quien todo lo debemos.

Porque la única felicidad, la única armonía posible aquí en la tierra no es realizable sino por la unión con nuestros semejantes, por la unión del pensamiento y del corazón, mientras que por la división sobrevienen todos los males: el desorden, la confusión, la pérdida de todo lo que constituye la fuerza y la grandeza de las sociedades.

*
*
*

Frecuentemente se plantea esta cuestión: ¿El espiritismo moderno constituye una ciencia ó una religión?

Hasta ahora, estas dos fases entrevistadas por el espíritu humano en sus seculares investigaciones de la verdad, han conducido á resultados opuestos, signo manifiesto del estado de inferioridad del pensamiento, restringido, sujeto, limitado en su campo de acción. Pero, perseverando en su marcha, llegará forzosamente un día—y este día está cercano—en que el espíritu humano llegará á un punto en donde se unirán estas dos formas de la idea, se fundirán en una síntesis, en tal concepción de la vida y del mundo, que abarcará el presente y el porvenir y fijará las leyes del destino.

El espiritualismo moderno será el factor de esta unión.

Ninguna otra doctrina puede proporcionar á la humanidad esta concepción general que, desde lo más hondo de la vida inferior, eleve el pensamiento hasta la cima de la creación, hasta Dios, reuniendo á todos los seres en una cadena sin fin.

Cuando esta concepción haya penetrado en las almas, cuando constituya el principio de educación, el alimento intelectual, el pan de vida de todos los hijos de los hombres, no habrá ya posibilidad de separar la ciencia de la religión y mucho menos de combatir la una en nombre de la otra, porque la ciencia, confinada hasta ahora en el estrecho círculo de la vida terrestre y del mundo material, habrá conocido lo invisible y levantado el velo que cubre la vida fluidica; habrá sondeado el más allá para determinar las formas y precisar las leyes. Y la existencia futura, la ascensión del alma en sus innumerables moradas, no será ya una hipótesis, una especulación desprovista de pruebas, sino una realidad viviente y activa.

No será ya posible combatir la religión en nombre de la ciencia, porque la religión no será ya el dogma estrecho, exclusivo, el culto material que hemos conocido; ella será el coronamiento de todas las conquistas, de todas las aspiraciones del espíritu humano; será la elevación del pensamiento, que, apoyándose en la certeza experimental, en la comprobación del mundo invisible, en la posesión de sus leyes, y, fortalecida con esta sólida base, se elevará hacia la Causa de las causas, hacia la Inteligencia soberana que preside el orden del universo, para bendecirla por haberle concedido la posibilidad de penetrar sus obras y asociársele.

Entonces cada uno comprenderá que ciencia y religión no eran más que palabras, formadas para expresar el estado inferior de los conceptos humanos, las tentativas del pensamiento en sus primeros ensayos infantiles, el estado transitorio del espíritu en su evolución hacia la verdad.

Lo que estas palabras expresaban se habrá desvanecido con las sombras de la ignorancia y de la superstición, para dar lugar al *conocimiento*, el conocimiento real del alma y de su porvenir, del universo y de sus leyes, y con este conocimiento, vendrán la luz y la fuerza que permitirán por fin á la alma humana tomar su legítimo lugar y desempeñar su verdadero papel en la obra de la creación.

La ciencia siempre se ha gloriado de sus conquistas, y su

orgullo es legítimo. Sin embargo, la ciencia humana es provisional, incompleta y mudable. Es sólo el conjunto de las concepciones de un siglo que la ciencia del siglo siguiente aventaja y deja atrás. A pesar de sus ciegas negaciones y de su mezquina obstinación, cada día las afirmaciones de los sabios se ven desmentidas en algún punto. Teorías penosamente planteadas se hunden, para dar lugar á otras nuevas. Con el transcurso de los tiempos, el pensamiento se desarrolla y avanza, pero en su camino, ¡cuántas dudas, cuántos períodos de eclipse y aun de retroceso!

Al considerar los prejuicios y las rutinas de la ciencia, ciertos escritores se han levantado contra ella y la han acusado de impotente y abortada. Esta era una acusación injusta. Como lo hemos ya demostrado, la "bancarota" ha alcanzado solamente á los sistemas materialistas y positivistas. En sentido opuesto, la teología y la escolástica, al conducir á los espíritus al misticismo, provocaron una reacción inevitable.

El período del misticismo y el materialismo va concluyendo. El porvenir pertenece á la ciencia nueva, á la ciencia psíquica que estudia todos los fenómenos, investiga las causas, reconoce la existencia del mundo invisible, y con todos los análisis que posee, realizará una magnífica síntesis de la vida y del universo para difundir esos conocimientos en la humanidad.

Ella destruirá la noción de lo sobrenatural, pero abrirá á las investigaciones humanas los dominios desconocidos de la naturaleza que esconden inagotables riquezas.

Esta evolución científica se produce ya, por la influencia del espiritualismo moderno. A él es, dígame lo que se quiera, al que la ciencia nueva debe la vida, pues que sin el impulso que ha dado al pensamiento, esta ciencia estaría aún por nacer.

El espiritismo trae á cada ciencia los elementos de una verdadera renovación. Por la comprobación de los fenómenos conduce á la física, al descubrimiento de las formas sutiles de la materia; aclara todos los problemas de la fisiología por el conocimiento del cuerpo fluidico. Sin la existencia de éste, sería imposible explicar el agrupamiento, en la forma orgánica y conforme á un plan determinado, de las innumerables moléculas que constituyen nuestra envoltura terrestre, así como la conservación de la individualidad y la de la memoria, no obstante las constantes mutaciones del cuerpo humano.

Debido á él la psicología no está ya entorpecida por tantas cuestiones oscuras, y particularmente por la de las personalidades múltiples, que, sin conocerse, sucedense en el mismo individuo. Las experiencias espíritas dan á la patología los medios de sanar la obsesión, la posesión y los innumerables casos de locura y de alucinación que con ellas se relacionan. La práctica del magnetismo y la utilización de los flúidos curativos modifican y transforman la terapéutica.

En fin, el espiritualismo moderno nos hace comprender mejor la evolución de la vida, mostrándonos su principio en los progresos psíquicos del sér, que construye y perfecciona él mismo su forma al través de los tiempos.

Esta evolución, produciéndose de manera que nuestras vidas terrestres no son más que una fase transitoria y como simples jornadas de nuestro gran viaje de ascensión en la escala de los mundos, la viene á confirmar la observación astronómica, que nos muestra la insignificante importancia de nuestro planeta en el conjunto del universo, sentando como conclusión la habitabilidad de las otras tierras del espacio.

Así es como el espiritismo viene á enriquecer y á fecundar los diversos dominios del pensamiento y de la ciencia. Esta se había limitado al estudio del mundo sensible, del mundo inferior de la materia. El espiritismo, al demostrarle la existencia de un mundo flúidico, que es la prolongación, el complemento de aquél, le abre horizontes sin límites, y prepara su progreso y su elevación. Y como estos dos mundos se unen y reaccionan constantemente el uno sobre el otro, y el conocimiento del uno sería incompleto sin el conocimiento del otro, el espiritismo al acercarlos, al unirlos, hace posibles la explicación de los fenómenos de la vida y la solución de los múltiples problemas ante los cuales la ciencia había permanecido hasta ahora impotente y muda.

Esta acción renovadora que el espiritualismo experimental ejerce sobre la ciencia, se hará sentir igualmente en las religiones, pero más lentamente y con más dificultad. Entre las instituciones humanas éstas son las más refractarias á toda reforma, á todo movimiento de adelanto; sin embargo, como todas las cosas, están sujetas á la ley divina del progreso.

En el plan superior de evolución, cada símbolo, cada forma religiosa debe hacer lugar á concepciones más elevadas y más

puras. El cristianismo no puede desaparecer porque sus principios contienen el germen de renacimientos infinitos; pero debe despojarse de las formas diversas que ha revestido en el curso de los siglos, regenerarse en las fuentes de la nueva revelación, apoyarse en la ciencia de los hechos, y volver á ser una fe viva.

Ninguna concepción religiosa, ninguna forma de culto es inmutable. Un día llegará en que los dogmas y los cultos actuales irán á juntarse con los despojos de los cultos antiguos, mas el ideal religioso no perecerá; los preceptos del Evangelio dominarán siempre las conciencias, así como la gran figura del Crucificado dominará en el curso de los siglos.

Hasta cierto punto, las creencias, las diversas religiones, tomadas en su orden sucesivo, podrían considerarse como los grados que el pensamiento va alcanzando en su ascensión hacia las concepciones más y más vastas de la vida futura y del ideal divino. En este punto de vista ellas tendrían su razón de ser, pero llega siempre un momento en que las que parecen más perfectas, resultan insuficientes, un momento en que el espíritu humano, en sus ahincos y sus aspiraciones, se eleva más allá del círculo de las creencias usuales, para buscar una forma más completa de conocimientos.

Entonces considera el encadenamiento que une todas estas religiones; comprende que todas se aproximan ó relacionan por un fondo de principios comunes que son verdades imperecederas, en tanto que lo restante, fórmulas, ritos, símbolos, son cosas mudables y como accidentes pasajeros de la historia de la humanidad.

Apartando su atención de estas fórmulas, de estas liturgias religiosas, se transporta hacia el porvenir. Allí, ve elevarse sobre todos los templos, sobre todas las religiones exclusivas, una religión más vasta que abraza todas las religiones actuales, que no tendrá ya ni ritos, ni dogmas, ni barreras, sino que servirá de testimonio á los hechos y á las verdades universales; una iglesia que, sobre todas las sectas y sobre todas las iglesias, extenderá sus manos poderosas para proteger y para bendecir. Ve levantarse un templo en donde la humanidad entera, recogida y prosternada, unirá sus pensamientos y sus creencias en una sólo comunión de amor, en una sólo confesión de fe que se resumirá en estas palabras: ¡Padre nuestro, que estás en los cielos!

Tal será la religión del porvenir, la religión universal. No será una institución circunscrita, ni una ortodoxia regida por reglas estrechas, sino una fusión de los espíritus y de los corazones.

El espiritualismo moderno, por el movimiento de ideas que provoca, prepara su advenimiento. Su acción creciente arrancará á las iglesias actuales de su inmovilidad y las obligará á tornarse hacia la luz que se alza en el horizonte.

Verdad es que ante esta luz, ante las profundidades que ella ilumina, muchas almas ligadas al pasado, aún tiemblan y se sienten poseídas de vértigo. Temen por su fe, por su envejecido y vacilante ideal; esta luz tan viva las deslumbra. ¿No es, dicen ellas, Satanás quien hace brillar á los ojos de los hombres un espejismo engañoso? ¿No es la obra del espíritu del mal?

Tranquilizaos, pobres almas; no hay otro espíritu del mal que la ignorancia. Ese rayo de luz es el llamamiento de Dios; Dios quiere que os aproximéis á él; que abandonéis las oscuras regiones para que entréis á las esferas luminosas.

Las Iglesias cristianas no tienen que alarmarse por este movimiento. La nueva revelación no viene á destruirlas, sino á alumbrarlas, á fecundarlas, á regenerarlas. Si saben comprenderla y aceptarla, encontrarán en ella un socorro inesperado contra el materialismo que sin cesar bate las alas de sus tempestades amenazadoras; y encontrarán nueva y poderosa vida.

¿Habéis visto esas grutas adornadas de estalactitas como blancos cristales, y las galerías subterráneas de las minas de diamantes? Todas sus riquezas están sumergidas en la sombra. Nada revela su oculto esplendor. Pero que la luz penetre y al momento todo se alumbrá; los cristales y los minerales preciosos brillan; las bóvedas, los muros, todo resplandece como fuego deslumbrador.

El espiritualismo moderno trae esta luz á las Iglesias. Bajo sus rayos, todas las ocultas riquezas del Evangelio, todas las joyas de la secreta doctrina del cristianismo, del dogma, todas las verdades ignoradas, opacadas bajo los velos, salen de la noche de los siglos, reaparecen en su esplendor. Hé aquí lo que la nueva revelación viene á ofrecer á las religiones. Es un socorro del cielo, una resurrección de las cosas muertas y olvidadas que encerraban ellas en su seno. Es una nueva floración

del pensamiento del Maestro, embellecida, enriquecida, sacada á luz por los cuidados de los Espíritus celestes.

¿Las Iglesias comprenderán esto? ¿Sentirán el poder de la verdad que se manifiesta en la grandeza del ministerio que les toca desempeñar todavía, si saben comprenderlo y asimilárselo? No lo sabemos. Pero en vano será que quieran combatirlo, entorpecer su marcha, detener su vuelo: “Esta es la voluntad de Dios,—dicen las voces del espacio—; los que se sublevaren contra ella, serán destruidos y dispersados. Ninguna fuerza humana, ningún dogma, ninguna persecución podrá impedir la nueva difusión, enteramente necesaria, de la enseñanza del Cristo, anunciada y dirigida por él.”

Ha sido dicho: “Cuando los tiempos hayan llegado, extenderé mi espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán sueños y vuestros ancianos tendrán visiones.”

Esta época ha llegado; la evolución física y el desarrollo intelectual de la humanidad proveen á los Espíritus superiores de instrumentos bastante dóciles, de organizaciones bastante refinadas, para permitirles manifestar su presencia y extender sus instrucciones. Este es el sentido de esas palabras.

Las potencias del espacio trabajan, y por todas partes se hace sentir su acción. Mas estas potencias, se me dirá, ¿quiénes son?

Son miembros y representantes de las Iglesias de este mundo; escuchad esto y grabadlo en vuestra memoria:

Más arriba de la tierra, en las vastas regiones del espacio, allí vive, piensa, se agita una Iglesia invisible que vela sobre la humanidad.

Ella se compone de los apóstoles, de los discípulos del Cristo y de todos los genios de los tiempos cristianos, y cerca de ellos encontraréis también á los Espíritus elevados de todas las razas, de todas las religiones, todas las grandes almas que han vivido en este mundo conforme á la ley de amor y caridad.

Porque los juicios del cielo no son los juicios de la tierra. En los espacios etéreos no se pide cuenta á las almas de los hombres ni de su raza ni de su religión, sino de sus obras y del bien que han realizado.

Es la Iglesia universal; ella no está limitada como las Iglesias convencionales de la tierra; ella reúne á los espíritus de todos aquellos que han sufrido por la verdad.

Sus decisiones, inspiradas por Dios, son las que gobiernan al mundo; su voluntad es la que levanta, en la hora señalada, las olas de la idea y empuja á la humanidad hacia el puerto, al través de los obstáculos y las tormentas. Ella es la que dirige la marcha del espiritualismo moderno y protege su desarrollo.

Los Espíritus que la componen combaten por él; los unos, desde el seno del espacio, inspirando á sus defensores—pues no hay distancias para los Espíritus, cuyo pensamiento vibra al través del infinito—; los otros, descendiendo á la tierra y algunas veces revistiendo un cuerpo carnal, volviendo á nacer en medio de los hombres para continuar desempeñando el cargo de misioneros divinos.

Dios tiene reservadas otras fuerzas ocultas, otras almas selectas para la hora de la renovación. Esta hora se anunciará por grandes crisis y por acontecimientos dolorosos. Porque es necesario que los hombres sufran; es necesario que el hombre sea abatido para volver á entrar en sí mismo, sienta lo poco que vale, y abra su corazón á las influencias de lo alto.

La tierra verá días sombríos, días de duelo; las tempestades estallarán. Para que el trigo germine es necesario que caiga la nieve y que el invierno triste sirva de incubador. Los fuertes vientos vendrán á disipar las nieblas de la ignorancia y los miasmas de la corrupción.

Pasarán las tempestades; el cielo azul reaparecerá. La obra divina se manifestará con nueva floración. La fe renacerá en las almas, y el pensamiento del Cristo resplandecerá de nuevo, más espléndido, sobre el mundo regenerado.

En resumen, el espiritualismo moderno no es ni una ciencia, ni una religión. Ciencia y religión son dos formas parciales y diferentes de la revelación. El espiritualismo es la revelación en su sentido más lato, la revelación del universo en toda su magnificencia, en su doble aspecto, visible é invisible; la revelación de las leyes eternas y divinas que se nos presentan ahora en su poderosa majestad, meciendo los mundos en el espacio, presidiendo las evoluciones de la vida, haciendo reinar por doquiera el orden y la armonía.

El nuevo espiritualismo es el estudio del hombre, no en la forma pasajera, sino en su espíritu, en su *yo* imperecedero; es la ley del progreso afirmada y explicada, el perfeccionamiento del alma prosiguiendo de siglos en siglos por el regreso á la carne; es el vasto campo de las edades en el que cada individualidad se desarrolla, se perpetúa y desempeña un papel más y más importante en el universo.

El espiritualismo moderno es una doctrina de vida, de verdad y de luz; sus recursos morales, sus medios de consuelo son infinitos. El espiritismo es un don de Dios, una manifestación de su pensamiento. Se apoya en la ciencia de los hechos y tiende la mano á la religión verdadera, al cristianismo puro, á la eterna religión del amor, para levantarla y regenerarla.

La ciencia y la religión han vivido hasta aquí en dominios distintos. Hoy ya no pueden aislarse, porque ese aislamiento es para ellas la impotencia y la esterilidad. Todo las obliga á aproximarse, á unirse, á fecundarse la una á la otra. El espiritualismo moderno les ayudará, les infundirá una vida nueva; les dará los medios para trabajar unidas, con más eficacia, en el mejoramiento y la elevación de las sociedades humanas. Y así saldrá el hombre del carril secular para elevarse á las altas regiones, para unirse á sus semejantes, y á Dios.

Se trata, pues, de toda una nueva orientación del pensamiento. Se trata de pasar del reinado de la leyenda, del milagro y de la fe ciega al reinado de la fe esclarecida, de la razón, de la ciencia y de la ley. Es preciso, en fin, libertar á la humanidad de la estrechez de los sistemas, de las obstinadas rutinas, para hacerla participar de la vida amplia, de la vida infinita.

La obra es grande é imponente. El nuevo espiritualismo invita á todas las inteligencias, á todos los espíritus generosos, á todas las almas ávidas de ideales y de luz. El campo de acción que les abre, las riquezas que les trae no tienen límites. Los sabios, los pensadores, los artistas, los poetas, todos los apasionados de la ciencia profunda, de la beldad ideal, de la armonía divina, encontrarán en él una inagotable fuente de inspiraciones.

La doctrina de las transmigraciones, la epopeya magnífica de la vida inmortal desarrollándose en la superficie de los mundos, dará nacimiento á obras maestras que sobrepasarán en grandeza á las concepciones geniales del pasado.

El espiritismo es el lazo de unión que liga el cielo á la tierra y une á dos humanidades: el mundo de los espíritus no forma ya más que uno con el mundo de los humanos. Por la muerte y por el nacimiento se unen incesantemente el uno y el otro. Los espíritus no son otra cosa que los hombres despojados de su envoltura carnal; ellos se interesan y participan de todo lo que acontece entre nosotros; todas las conmociones que turban el medio terrestre reaccionan en ellos. De aquí una estrecha solidaridad y una necesidad de relaciones mutuas, por las cuales las fuerzas del mundo visible combinadas con las del mundo invisible, realizarán la concordancia universal. Así se establecerá una comunión íntima entre la tierra y el espacio, entre el mundo espiritual, eterno, celeste, y el mundo material, perecedero, el mundo de los humanos.

CONCLUSION.

La observación de los fenómenos espíritas, por una parte; las enseñanzas de los Espíritus, por la otra, nos han descubierto las profundas verdades que forman la base del cristianismo primitivo y de todas las grandes religiones del pasado. La luz se ha hecho acerca de los actos de la vida del Cristo, hasta hoy envueltos en el misterio. Al mismo tiempo, el pensamiento de Jesús se ha revelado por completo; lo grandioso de su obra se nos ha manifestado.

Jesús no es un fundador de dogmas, un creador de símbolos; es el iniciador del mundo en la religión del amor, en el culto del sentimiento. Algunos han basado la creencia sobre la idea de justicia. La justicia no basta; es necesario la caridad, el amor á los hombres, la paciencia, la dulzura, la sencillez. Por esto el cristianismo es superior é imperecedero, y todos los que aman á la humanidad pueden llamarse cristianos, aun cuando estén separados de la tradición de las Iglesias.

La religión de Jesús no es exclusiva. Ella une á todas las almas creyentes por un lazo común; estrecha á todos los seres que piensan, sienten y sufren, en un mismo círculo, en una sola comunión de amor. Es la simple y sublime forma que va recta al corazón, que conmueve y engrandece al hombre, que le abre las vías infinitas del ideal. Ese ideal de fraternidad y de amor ha necesitado diez y ocho siglos para que fuese comprendido, para hacerlo penetrar en la conciencia de la humanidad. Ha penetrado poco á poco, con formas muchas veces vagas y confusas, pero que contienen el germen de todas las transformaciones sociales.

Al establecer el derecho de todos á participar del "reino de Dios," es decir, de la verdad y de la luz, Jesús preparó la

El espiritismo es el lazo de unión que liga el cielo á la tierra y une á dos humanidades: el mundo de los espíritus no forma ya más que uno con el mundo de los humanos. Por la muerte y por el nacimiento se unen incesantemente el uno y el otro. Los espíritus no son otra cosa que los hombres despojados de su envoltura carnal; ellos se interesan y participan de todo lo que acontece entre nosotros; todas las conmociones que turban el medio terrestre reaccionan en ellos. De aquí una estrecha solidaridad y una necesidad de relaciones mutuas, por las cuales las fuerzas del mundo visible combinadas con las del mundo invisible, realizarán la concordancia universal. Así se establecerá una comunión íntima entre la tierra y el espacio, entre el mundo espiritual, eterno, celeste, y el mundo material, perecedero, el mundo de los humanos.

CONCLUSION.

La observación de los fenómenos espíritas, por una parte; las enseñanzas de los Espíritus, por la otra, nos han descubierto las profundas verdades que forman la base del cristianismo primitivo y de todas las grandes religiones del pasado. La luz se ha hecho acerca de los actos de la vida del Cristo, hasta hoy envueltos en el misterio. Al mismo tiempo, el pensamiento de Jesús se ha revelado por completo; lo grandioso de su obra se nos ha manifestado.

Jesús no es un fundador de dogmas, un creador de símbolos; es el iniciador del mundo en la religión del amor, en el culto del sentimiento. Algunos han basado la creencia sobre la idea de justicia. La justicia no basta; es necesario la caridad, el amor á los hombres, la paciencia, la dulzura, la sencillez. Por esto el cristianismo es superior é imperecedero, y todos los que aman á la humanidad pueden llamarse cristianos, aun cuando estén separados de la tradición de las Iglesias.

La religión de Jesús no es exclusiva. Ella une á todas las almas creyentes por un lazo común; estrecha á todos los seres que piensan, sienten y sufren, en un mismo círculo, en una sola comunión de amor. Es la simple y sublime forma que va recta al corazón, que conmueve y engrandece al hombre, que le abre las vías infinitas del ideal. Ese ideal de fraternidad y de amor ha necesitado diez y ocho siglos para que fuese comprendido, para hacerlo penetrar en la conciencia de la humanidad. Ha penetrado poco á poco, con formas muchas veces vagas y confusas, pero que contienen el germen de todas las transformaciones sociales.

Al establecer el derecho de todos á participar del "reino de Dios," es decir, de la verdad y de la luz, Jesús preparó la

regeneración de la humanidad; marcó el camino de la futura revelación; hizo entrever al hombre la magnitud de sus destinos, la posibilidad de elevarse hasta las esferas divinas, por medio de la prueba y del dolor, por las vías del trabajo y de la fe.

El Cristo hizo más aún. Por las manifestaciones de que él era centro y que continuaron después de su muerte, había puesto en contacto á dos humanidades, la visible y la invisible, humanidades que se penetran, se vivifican, se completan la una á la otra. La Iglesia las ha separado de nuevo; ha roto la cadena que unía los muertos á los vivos. Reducida á sus propias inspiraciones, entregada á corrientes de opiniones contrarias, á todos los impulsos de las pasiones, no ha sabido ya discernir é interpretar la verdad. El pensamiento de Jesús se ha ocultado; la sombra se ha extendido en el mundo, esa espesa sombra de la edad media, cuya influencia pesa todavía sobre nosotros.

Mas, después de siglos de silencio, el mundo invisible se abre de nuevo, se aclara, se estremece hasta en sus profundidades. Las legiones del Cristo y el Cristo mismo están en la obra. La hora de la nueva regeneración ha sonado.

De esta regeneración es factor el espiritualismo moderno. Hélo ahí que se levanta con el conjunto de sus descubrimientos, con la multitud de sus testimonios, con la enseñanza de sus Espíritus. Las columnas del templo que construye el pensamiento se alzan poco á poco y se agigantan. Hace veinte años, no era aún más que una construcción mezquina. ¡Y ved ahora! es ya un edificio moral, bajo cuyas bóvedas millones de almas han encontrado un asilo en medio de las tormentas de la vida. La muchedumbre de los que penan y sufren vuelve hacia él sus miradas. Todos aquellos para quienes la existencia es pesada, todos los que están rodeados de negros cuidados, á quienes asalta la desesperación, encontrarán en él sostén y consuelo. Aprenderán á luchar con valor, á desdeñar la muerte, á conquistar un porvenir mejor.

Los pensadores, los nobles espíritus que trabajan en favor de la humanidad, encontrarán los medios de realizar su ideal de paz y de armonía. Porque no hay más que una fe potente, una creencia firme que, uniendo á las almas, pueda preparar la armonía universal. Ya puede perverse que el espirituali-

mo moderno será el que lo realice. El ha hecho más para esto en cincuenta años que el catolicismo en muchos siglos. A la hora presente, se halla extendido por todos los puntos del globo. Sus adeptos, cuyo número no se puede ya calcular, se saludan todos con el nombre de hermanos. Una considerable literatura, centenares de periódicos, de agrupaciones y de federaciones son la manifestación de su vida creciente.

Fortalecido por su remoto pasado, que es el de la humanidad, seguro de su porvenir, el espiritismo se yergue delante de las doctrinas sin base y del escepticismo vacilante; avanza con resolución por la brecha abierta, á pesar de los obstáculos y de las oposiciones interesadas, seguro ya del triunfo final, porque tiene consigo la ciencia y la verdad.

El espiritualismo moderno, volveremos á repetir para terminar, no nos ofrece un nuevo sistema que viene á añadirse á otros sistemas, ni un conjunto de vanas teorías; nos aporta el verdadero secreto de nuestra elevación y de nuestra regeneración.

Es un acto solemne del drama de la evolución humana que comienza; es una revelación que ilumina á la vez las profundidades del pasado y las del porvenir, que hace surgir del polvo de los siglos las creencias adormecidas, las anima con nueva llama y las hace revivir para integrarlas.

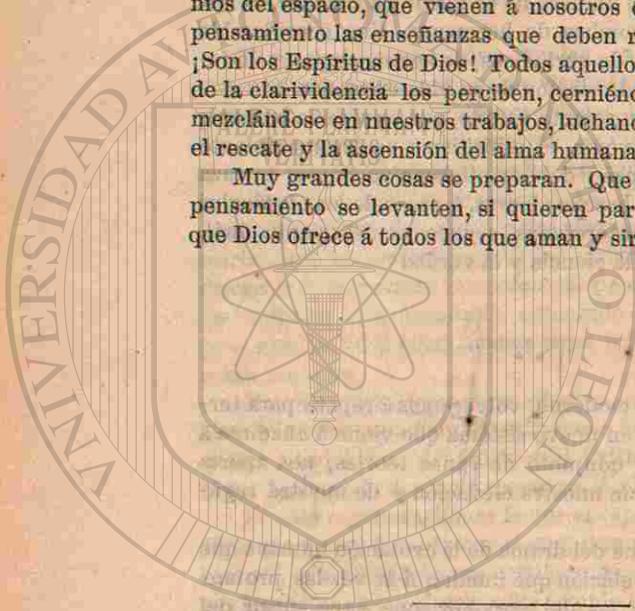
Es un poderoso soplo que descende de los espacios y corre sobre el mundo; por medio de su acción despiertan todas las grandes verdades. Majestuosas, emergen de la obscuridad de las edades, para desempeñar la tarea que el pensamiento divino les asigna. Las grandes empresas se fortifican en el recogimiento y en el silencio. Después del olvido aparente de los siglos, brotan con nuevas energías, se repliegan en sí mismas y se preparan para los futuros trabajos.

Sobre las ruinas de los templos, de las extinguidas civilizaciones y de los derrumbados imperios, sobre el flujo y reflujo de las mareas humanas, una voz se levanta, y esta voz exclama: *¡Los tiempos han venido, los tiempos han llegado!*

De las profundidades estrelladas descienden legiones de

espíritus sobre la tierra para luchar en el combate de la luz contra las tinieblas. No son ya los hombres, ni los sabios, ni los filósofos, los que nos traen una nueva doctrina. Son los genios del espacio, que vienen á nosotros é inspiran á nuestro pensamiento las enseñanzas que deben regenerar al mundo. ¡Son los Espíritus de Dios! Todos aquellos que posean el don de la clarividencia los perciben, cerniéndose sobre nosotros, mezclándose en nuestros trabajos, luchando á nuestro lado por el rescate y la ascensión del alma humana.

Muy grandes cosas se preparan. Que los trabajadores del pensamiento se levanten, si quieren participar de la misión que Dios ofrece á todos los que aman y sirven á la verdad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

NOTAS COMPLEMENTARIAS.

NO. 1.—SOBRE LA AUTORIDAD DE LA BIBLIA Y LOS ORIGENES DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

Para la mayor parte de las Iglesias cristianas la Biblia es la suprema autoridad, siendo los sesenta y seis libros que componen el Antiguo y el Nuevo Testamento la expresión de la "palabra de Dios."

Nosotros, curiosos hijos del Siglo XIX, nos preguntamos: ¿Por qué precisamente sesenta y seis libros? ¿por qué no más ni menos?

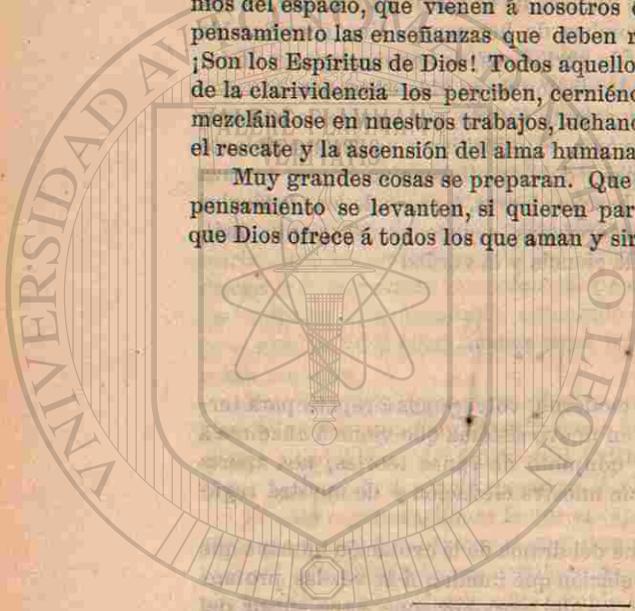
Los libros del Antiguo Testamento fueron escogidos, entre muchos otros, por rabinos judíos desconocidos. El valor de estos libros es por otra parte muy desigual. Por ejemplo, el segundo libro de los *Macabeos* es con mucho superior al de *Esther*; el libro de la *Sabiduría* aventaja al *Eclesiástico*.

Lo mismo pasa con el Nuevo Testamento, compuesto conforme á una regla que los cristianos del primer siglo no conocían. El *Apocalipsis* fué escrito en el año 68 después de J. C. El cuarto Evangelio no apareció sino al final del primer siglo—algunos dicen que en el año 140;—el uno y el otro llevan el nombre de *San Juan*; y sin embargo, estos dos libros están animados de un espíritu muy diferente. El primero es obra de un judío cristiano; el otro está escrito por un cristiano de la escuela filosófica de Alejandría, que no sólo había roto con el dogma judío, sino que se empeñaba en combatirlo.

Fácilmente se comprende que los reformadores protestantes, al basarse sobre el principio de que la Biblia constituye la "palabra de Dios," hayan tropezado con dificultades insuperables. Ellos son sobre todo los que atribuyeron á la Biblia esa autoridad absoluta que había de ocasionar tantos abusos. Pero no hay que juzgarlos tan sólo por los resultados de la teología que ellos edificaron. Las necesidades de la época los obligaron á oponerse á la autoridad de la Iglesia romana, al abuso de las indulgencias, al culto de los santos, á las obras muertas de una religión en la que las prácticas frívolas habían reemplazado á

espíritus sobre la tierra para luchar en el combate de la luz contra las tinieblas. No son ya los hombres, ni los sabios, ni los filósofos, los que nos traen una nueva doctrina. Son los genios del espacio, que vienen á nosotros é inspiran á nuestro pensamiento las enseñanzas que deben regenerar al mundo. ¡Son los Espíritus de Dios! Todos aquellos que posean el don de la clarividencia los perciben, cerniéndose sobre nosotros, mezclándose en nuestros trabajos, luchando á nuestro lado por el rescate y la ascensión del alma humana.

Muy grandes cosas se preparan. Que los trabajadores del pensamiento se levanten, si quieren participar de la misión que Dios ofrece á todos los que aman y sirven á la verdad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

NOTAS COMPLEMENTARIAS.

NO. 1.—SOBRE LA AUTORIDAD DE LA BIBLIA Y LOS ORIGENES DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

Para la mayor parte de las Iglesias cristianas la Biblia es la suprema autoridad, siendo los sesenta y seis libros que componen el Antiguo y el Nuevo Testamento la expresión de la "palabra de Dios."

Nosotros, curiosos hijos del Siglo XIX, nos preguntamos: ¿Por qué precisamente sesenta y seis libros? ¿por qué no más ni menos?

Los libros del Antiguo Testamento fueron escogidos, entre muchos otros, por rabinos judíos desconocidos. El valor de estos libros es por otra parte muy desigual. Por ejemplo, el segundo libro de los *Macabeos* es con mucho superior al de *Esther*; el libro de la *Sabiduría* aventaja al *Eclesiástico*.

Lo mismo pasa con el Nuevo Testamento, compuesto conforme á una regla que los cristianos del primer siglo no conocían. El *Apocalipsis* fué escrito en el año 68 después de J. C. El cuarto Evangelio no apareció sino al final del primer siglo—algunos dicen que en el año 140;—el uno y el otro llevan el nombre de *San Juan*; y sin embargo, estos dos libros están animados de un espíritu muy diferente. El primero es obra de un judío cristiano; el otro está escrito por un cristiano de la escuela filosófica de Alejandría, que no sólo había roto con el dogma judío, sino que se empeñaba en combatirlo.

Fácilmente se comprende que los reformadores protestantes, al basarse sobre el principio de que la Biblia constituye la "palabra de Dios," hayan tropezado con dificultades insuperables. Ellos son sobre todo los que atribuyeron á la Biblia esa autoridad absoluta que había de ocasionar tantos abusos. Pero no hay que juzgarlos tan sólo por los resultados de la teología que ellos edificaron. Las necesidades de la época los obligaron á oponerse á la autoridad de la Iglesia romana, al abuso de las indulgencias, al culto de los santos, á las obras muertas de una religión en la que las prácticas frívolas habían reemplazado á

la fe vivificadora, á la soberanía de Dios y á la autoridad de su palabra, explicada por la Biblia.

A pesar de la desigualdad de elementos que constituyen esta obra, no podría negarse su gran importancia y su elevada inspiración. Un rápido examen nos demostrará, sin embargo, que no puede tener el origen que se le atribuye.

Génesis.—Si leemos con atención los primeros capítulos del Génesis, notaremos que encierran dos narraciones distintas de la Creación. Los capítulos I y II, v. 1 á 3 contienen una primera exposición, pero en el capítulo II, 4, vuelve á comenzar otra narración: estas dos narraciones nos hacen creer en dos autores diferentes. Uno de ellos, hablando de Dios, le llama Elohím; el otro se sirve del nombre de Jehovah—Jahvé, según los modernos orientalistas,—nombre particular del Dios de Israel. Esta diferencia es constante y se encuentra á menudo en toda la obra, hasta tal punto, que los exégetas han llegado hasta distinguir estos dos autores, designándolos con los nombres de autor Elohista y autor Jehovista.

Estos dos autores tienen opiniones particulares y distintas, cuya aplicación produce á veces graves consecuencias. Por ejemplo, el autor del Génesis, I á II, 3, se ha esforzado en dar sanción divina á la institución del sábado, alegando que Dios había descansado el séptimo día. El autor del capítulo siguiente explica el problema del sufrimiento humano. Este proviene, dice, del pecado, y el pecado emana de la caída de Adam. Terrible encadenamiento de consecuencias dogmáticas que debía caer pesadamente sobre el pensamiento humano y detener su vuelo. Renan proclama á este autor como el más grande de los filósofos. Esta es una extraña apreciación. No se podría negar, sin duda, que estas ideas hubiesen inspirado á San Pablo, á San Agustín, Lutero, Calvino y Pascal; pero en qué espantoso dédalo han extraviado á la razón humana!

Deuteronomio.—Consideremos el quinto libro del Antiguo Testamento. Se dice en el cap. I, v. 1, que Moisés fué el autor. Hé aquí un primer ejemplo de esos fraudes piadosos, que consistían en publicar un escrito con el nombre de autor venerado, para darle mayor autoridad. Ya tenemos noticia acerca del origen de este libro, por la narración de los Reyes, II, XXII, v. 8 y 10. Fué encontrado en el templo, en el reinado de Josías, uno de los últimos reyes de Judea, cinco siglos después de Moisés, en una época en que el astro de la dinastía de Judea se inclinaba hacia su decadencia. El autor verdadero lo había evidentemente puesto en el templo á fin de que fuese descubierto y presentado al rey, hombre piadoso, que tomó el libro á lo serio, creyó que Moisés era el autor, y usó de su autoridad para aplicar las reformas que necesitaba. Los judíos estaban entonces sumidos en la idolatría; los preceptos de Moisés estaban de tal modo olvidados, que el autor del *Deuteronomio*, un reformador bien intencionado, habiéndose encargado de recordarlos en un libro, realmente provocó espanto en lo

espíritus y pudo hacer aceptar su libro como una nueva revelación.

Notemos, con este motivo, en el *Deuteronomio*, capítulo XXVIII, que las seductoras promesas y las aterradoras amenazas con las cuales el autor se esfuerza en restaurar el culto de Jehovah, se refieren exclusivamente á la vida terrestre. El autor parece no tener ninguna noción de la inmortalidad.

Lo mismo sucede con el *Pentateuco*, libro que, como el precedente y sin ningún fundamento, es atribuido á Moisés. En ninguna parte el gran legislador judío hace mención del alma como entidad sobreviviente al cuerpo. Para él la vida del hombre, criatura efímera, se desarrolla en el círculo limitado de la tierra, sin perspectiva abierta hacia el cielo, sin esperanza y sin porvenir.

Los otros libros de la Biblia no tratan del porvenir del hombre sino con la misma duda, con el mismo sentimiento de tristeza desesperada.

Salomón dice (Eccles., III, v. 17 y siguientes):

“¿Quién sabe si el espíritu del hombre sube hasta las alturas? Meditando sobre la condición del hombre he visto que es lo mismo que la de las bestias. Su fin es el mismo; el hombre perece como el animal; lo que queda del uno no es más que lo que queda del otro: todo es vanidad.” (1)

¿Podrá estar ahí la “palabra de Dios”? ¿Puedese admitir que hubiese dejado ignorar á su pueblo predilecto los destinos del alma y la vida futura, cuando este principio esencial de toda doctrina espiritualista era desde mucho antes familiar y conocido en la India, en Egipto, Grecia y la Galia?

La Biblia establece como principio el monoteísmo más absoluto. No trata absolutamente de la Trinidad. Jahvé reina solo en el cielo, solitario y celoso. Los Angeles, de quienes no se habla en el Génesis, no se dejan ver sino de tarde en tarde como mensajeros del Eterno. Ningún lugar hay destinado para las almas de los hombres en esos cielos vacíos y tristes. En el punto de vista moral, se presenta á Dios en la Biblia con aspectos múltiples y contradictorios. Se le llama el mejor de los padres, y se le considera sin piedad para con sus hijos culpables. Se le atribuye la omnipotencia, la bondad inñita, la soberana justicia, y se le rebaja al nivel de las pasiones humanas, mostrándonoslo terrible, parcial, implacable. Se le considera creador de todo lo que existe, se le concede la presciencia, y en seguida se le cree arrepentido de su obra:

Génesis, cap. VI, v. 6 y 7: “Se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra, y tuvo gran disgusto en su corazón.”

“Y el Eterno dijo: Exterminaré de sobre la tierra á los seres que he creado, desde el hombre, hasta las bestias, y todo lo que se arrastra, y hasta las aves de los cielos, pues me arrepiento de haberlos hecho.”

(1) “Todo es nada” dice el texto hebreo.

Solamente Noé y su familia alcanzaron gracia delante del Eterno. ¿Qué queda, después de este relato, de la potencia y previsión divinas? ¿Qué queda de su sabiduría y de su bondad después de las palabras de Ezequiel (Ez., cap. XX, v. 25) que hace decir al Señor que "ha dado á los judíos preceptos que no son buenos?"

No podemos examinar aquí todas las obras que componen el Antiguo Testamento. Las dimensiones del presente estudio no son bastantes para un trabajo tan extenso, trabajo, por otra parte, árido y fatigoso para el lector. Por un examen en conjunto, resulta que la Biblia no debería ser considerada como la "palabra de Dios," ni como una revelación sobrenatural. Lo que se debe ver en ella es una recopilación de relatos históricos ó legendarios, de enseñanzas algunas veces vulgares, con no pocas obscenidades, pero alguna vez también, de carácter elevado, relatos útiles para ser conservados y que encierran grandes cosas. La Biblia es obra de los hombres, el testimonio de su fe, de sus aspiraciones, de su saber, así como de sus supersticiones y de sus errores. Los profetas le prestaron la palabra vibrante que les había sido inspirada; los videntes trazaron las imágenes de las invisibles realidades que se les aparecían; los escritores introdujeron la descripción de escenas de la vida social y de costumbres de la época.

Con objeto de dar mayor peso y mayor autoridad á estas enseñanzas tan diversas, fueron presentadas como emanando de la Potencia soberana que rige los mundos.

NO. 2.—EL ORIGEN DE LOS EVANGELIOS.

El antiguo Testamento es el libro sagrado de un pueblo, del pueblo hebreo; el Evangelio es el libro sagrado de la humanidad. Las verdades esenciales que encierra se relacionan con las tradiciones de todos los pueblos y de todas las edades. Pero á estas verdades han venido á añadirse muchos elementos inferiores.

En este punto de vista, el Evangelio sólo es comparable á un vaso precioso en el que, entre polvo y cenizas, se encuentran perlas y diamantes. La reunión de estas joyas constituye la doctrina cristiana pura.

En cuanto á su verdadero origen, admitiendo que los Evangelios canónicos sean la obra de los autores cuyos nombres llevan, es preciso notar que dos de entre ellos, Marcos y Lucas, se ciñeron á transcribir lo que les habían dicho los discípulos. Los otros dos, Mateo y Juan, vivieron cerca de Jesús y recogieron sus enseñanzas. Pero sus evangelios no fueron escritos sino cuarenta y sesenta años después de la muerte del Maestro.

El siguiente pasaje de Mateo (XXIII, 35) prueba que esta obra es posterior á la toma de Jerusalem (año 70). Jesús dirige este apóstrofe vehemente á los Fariseos:

"A fin de que toda la sangre inocente que ha sido derramada sobre la tierra caiga sobre vosotros, desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, hijo de Barachia, á quien matasteis entre el templo y el altar."

Mas, según todos los historiadores y en particular según Flavio Josepho, (1) este asesinato se verificó en el año 67, ó sea treinta y cuatro años después de la muerte de Jesús.

Si se atribuye al Cristo la mención de un hecho que él no pudo conocer, ¿qué no se habrá osado atribuirle con relación á otros puntos!

Los Evangelios no están enteramente de acuerdo acerca de los hechos más importantes atribuidos al Cristo. Así, en lo que concierne á la Ascensión, Mateo y Juan, los únicos compañeros de Jesús que escribieron su vida, no hablan de ella. Marcos la coloca en Jerusalem (XVI, 14, 19), y Lucas declara que se efectuó en Bethania (XXIV, 50, 51).

Por otra parte, es evidente que el último capítulo del evangelio de Juan no es del mismo autor que lo demás de la obra. Este primitivamente terminaba en el verso 31 del capítulo XX, y el primer verso que le sigue indica una recordación.

¿Juan habría osado llamarse "el discípulo que Jesús amaba?" ¿Habría podido pretender que el mundo entero no podría contener los libros que se escribieran sobre los hechos y actitudes de Jesús (XXI, 25)? Si pues reconocemos que un capítulo entero se ha añadido á este evangelio, nos veremos precisados á suponer que es posible se hayan hecho otras muchas intercalaciones.

Ya hemos hablado del gran número de evangelios apócrifos. Fabricio contaba treinta y cinco. Estos evangelios, hoy desdeñados, no dejaban, sin embargo, de tener algún valor á los ojos de la Iglesia, puesto que en uno de ellos, que se dice de Nicodemo, apoya la creencia del descenso de Jesús á los infiernos, creencia impuesta á todo cristiano por el símbolo del Concilio de Nicea y de lo cual no habla ninguno de los evangelios canónicos.

En resumen, según A. Sabatier, decano de la facultad de teología protestante de Paris, (2) los manuscritos originales de los Evangelios han desaparecido sin dejar ninguna traza cierta en la historia. Probablemente fueron destruidos cuando se proscribieron en general los libros cristianos, por mandato del emperador Diocleciano (edicto imperial de 303). Los escritos sagrados que escaparon de la destrucción no son, por tanto, más que copias.

Primitivamente estos documentos estuvieron desprovistos de puntuación, pero en tiempo oportuno, fueron divididos en párrafos para la comodidad de la lectura en público; divisiones

(1) Fl. Josepho, *Guerra de los Judios contra los Romanos*, traducción de Arnau de Andilly, edición de 1838, de Buchon, lib. IV, cap. XIX, p. 704.

(2) *Enciclopedia de las ciencias religiosas*, de F. Lichtenberger.

las más veces arbitrarias y diferentes entre ellas. La actual división apareció por la primera vez en la edición de 1551.

A pesar de todos estos trabajos, lo que científicamente ha podido establecer la crítica como más antiguo, son los textos de los siglos V y VI: no ha podido extenderse más allá sino por conjeturas, siempre sujetas á discusión.

Orígenes se lamentaba ya amargamente del estado de los manuscritos de su época. Ireneo nos dice que pueblos enteros creyeron en Jesús sin el testimonio del papel y la tinta. Después nada se escribió, porque se esperaba la vuelta del Cristo.

No. 3.—LA AUTENTICIDAD DE LOS EVANGELIOS.

Un atento examen de los textos demuestra que en medio de las discusiones y de los trastornos que agitaron al mundo cristiano en los primeros siglos, no se temió, para crear argumentos, desnaturalizar los hechos y falsear el verdadero sentido del Evangelio. Celso, en el siglo II, en el *Discurso verdadero*, hacía á los cristianos el reproche de retocar sin cesar los Evangelios y de borrar al siguiente día lo que habían escrito la víspera.

Muchos hechos parecen imaginarios y añadidos muy posteriormente. Tales son, por ejemplo, el nacimiento de Jesús de Nazareth en Belem, la degollación de los Inocentes de lo cual la historia no hace mención alguna, y la huida á Egipto; la doble genealogía, en tantos puntos contradictoria, de Mateo y de Lucas.

¿Cómo creer también en la tentación de Jesús, que la Iglesia admite en ese mismo libro, y en que cree encontrar las pruebas de su divinidad? Satanás lleva á Jesús á la montaña y le ofrece el imperio del mundo si quiere someterse á él. Si Jesús es Dios, ¿Satanás podía ignorarlo? y si conocía su naturaleza divina, ¿cómo podía esperar sugestionarle?

La resurrección de Lázaro, el más grande de los milagros de Jesús, se menciona solamente en el cuarto Evangelio, más de sesenta años después de la muerte del Cristo, cuando hasta sus más pequeñas curaciones son citadas en los tres primeros.

Con el cuarto Evangelio y Justino mártir la creencia cristiana completa la evolución, que consiste en sustituir á la idea de un hombre vuelto divino, la de un sér divino convertido en hombre.

Después de la proclamación de la divinidad del Cristo en el IV siglo, después de la introducción en el sistema eclesiástico del dogma de la Trinidad en el VII siglo, se modificaron varios pasajes del Nuevo Testamento á fin de que fuesen la expresión de las nuevas doctrinas. (Véase *Juan*, I, 5, 7). "Hemos visto, dice Leblois, (1) en la Biblioteca nacional, en la de

(1) *La Biblia y los iniciadores religiosos de la humanidad*, por Leblois, partor en Strasbourg.

Santa Genoveva, en la del monasterio de Saint-Gall, manuscritos en los que el dogma de la Trinidad está añadido en el margen. Más tarde se intercaló en el texto, donde se encuentra todavía."

No. 4.—EL SENTIDO OCULTO DE LOS EVANGELIOS.

Entre los Padres de la Iglesia muchos afirman que los Evangelios encierran cierto sentido oculto.

Orígenes dice:

"Las Escrituras son de poca utilidad para aquellos que las toman tales como fueron escritas. El origen de muchos males está en el hecho de atenerse á su parte carnal y exterior."

"Así pues, busquemos el espíritu y los frutos substanciales de la Palabra, que son ocultos y misteriosos."

El mismo añade:

"Hay cosas que son referidas como si fuesen históricas, que nunca se verificaron y que eran imposibles como hechos materiales, y otras que eran posibles, pero que no se verificaron."

San Hilario declara con bastante insistencia que para comprender los Evangelios es necesario suponerles un sentido oculto, una interpretación espiritual. (1)

San Agustín abunda en la misma idea:

"En los hechos y milagros de nuestro Salvador hay misterios ocultos que no pueden interpretarse imprudentemente y á la letra, sin caer en el error y cometer graves faltas."

San Jerónimo, en su *Epístola á Paulino*, le dice con insistencia:

"Ten cuidado, hermano mío, en el camino que sigas en la Santa Escritura. Todo lo que leemos en la Palabra santa es luminoso y resplandece exteriormente, pero la parte interior es aún más dulce. El que quiera comer la nuez debe primero romper la cáscara."

De todos estos conceptos oscuros la Iglesia primitiva poseía el sentido, mas lo ocultaba con cuidado y se ha ido perdiendo poco á poco.

No. 5.—LA REENCARNACION.

El historiador judío Josepho hace en sus escritos confesión de su fe en la reencarnación; asegura que era la creencia de los Fariseos.

Esta idea no era, por tanto, extraña al pueblo judío; es lo que explica en muchos casos las preguntas hechas á Jesús por sus discípulos.

(1) Véase el prefacio de los Benedictinos al comentario del Evangelio según San Mateo, *Obras de San Hilario*, col. 599-600.

Con referencia al ciego de nacimiento, el Cristo responde á una de estas interrogaciones:

“No es porque él haya pecado, ni los que lo trajeron al mundo, sino con el fin de que resplandezcan en él las obras del poder de Dios.”

Los discípulos creían que se podía haber pecado antes de nacer, es decir, en una existencia anterior. Jesucristo participa de su creencia, pues que, venido para enseñar la verdad, no habría dejado de rectificar esta opinión si hubiera sido errónea. Muy al contrario, él responde explicando el caso que los preocupaba.

El sabio benedictino Dom Calmet se expresa así en su *Comentario* sobre este pasaje de las Escrituras:

“Varios doctores judíos creen que las almas de Adam, de Abraham, de Phineo, han animado sucesivamente á muchos hombres de su nación. No es de ningún modo extraño que los apóstoles hubiesen racionado de la manera que racionaron acerca de la desgracia de este ciego, y que hubiesen creído que por algún pecado secreto, cometido antes de su nacimiento, se hubiese atraído esa desgracia.”

A propósito de la conversación de Jesús con Nicodemo, un pastor de la Iglesia holandesa escribe en estos términos:

“Es claro que la reencarnación es el verdadero nacimiento para una vida mejor. Es un acto voluntario del espíritu y no el resultado exclusivo del comercio carnal de los padres. Resulta de la doble resolución del alma de tomar un cuerpo material y de hacerse un hombre mejor, un verdadero hijo de Dios.”

“Notemos cómo San Juan (I, 13) niega abiertamente la cooperación de los padres en el nacimiento del alma, cuando dice: Que no son nacidos de sangre ni de carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios.”

“Este es el verdadero pensamiento de Jesús, quien, en majestuoso lenguaje, dijo á sus discípulos: “No llamaréis vuestro padre á ninguna persona sobre la tierra; vosotros no tenéis más que un solo Padre, que está en los cielos.”

“Estas palabras nos han sido reveladas por los Evangelios sinópticos que, cuando son bien inspirados, reproducen más fielmente las palabras de Jesús que el de Juan, que es más bien una concepción libre y poética. Todos estos puntos oscuros se aclaran con viva luz cuando se les considera desde el punto de vista espírita.”

En la conversación de Jesús y Nicodemo, éste, al oír al Cristo hablar de renacimiento, no comprende cómo esto puede producirse. Ante esta estrechez de espíritu, Jesús se siente contrariado. Su pensamiento no puede extenderse ni explicarse. Para él la reencarnación no es más que el primer eslabón de una serie de más importantes verdades. Esta era ya conocida de los hombres de aquella época, ¡y sin embargo, había un doctor en Israel que nada de esto comprendía! De

aquí la respuesta de Jesús: “¿Cómo si no comprendéis las cosas terrestres, podría yo explicaros las celestiales, aquellas que se refieren á mi misión particular!”

De todos los Padres de la Iglesia, Orígenes es el que ha afirmado, del modo más preciso, en numerosos pasajes de sus *Principios*, (lib. I), la reencarnación ó renacimiento de las almas. Hé aquí en qué términos resume su opinión el abate Berault-Bercastel:

“Según este doctor de la Iglesia, la desigualdad de las criaturas humanas no es más que el efecto de sus propios méritos, porque todas las almas fueron creadas simples, libres, ingenuas é inocentes por su misma ignorancia, y todas, por esto mismo, iguales. El mayor número cayó en el pecado, y, en proporción de sus faltas, fueron encerradas en cuerpos más ó menos groseros, creados expresamente para servirles de prisión. De aquí los diversos estados de la familia humana. Pero por grave que haya sido la caída, ésta no implica jamás la vuelta del espíritu culpable al estado brutal; obliga solamente á volver á comenzar de nuevo la existencia, ya sea aquí abajo, ya sea en otros mundos, hasta que cansado de sufrir se somete á la ley del progreso y se mejora. Todos los espíritus están sujetos á pasar del bien al mal y del mal al bien. Las penas impuestas por el Dios Bueno son sólo medicinales, y los demonios mismos dejarán de ser algún día los enemigos del bien y el objeto de los rigores del Eterno.” (*Historia de la Iglesia*, por el abate Berault-Bercastel).

No. 6.—LAS RELACIONES DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS CON LOS ESPIRITUS.

En la lengua filosófica griega, la palabra demonio (*dáimon*) era sinónimo de genio ó espíritu. Así era el demonio de Sócrates. Se hacía distinción entre los buenos y los malos demonios; Platón da aun á Dios el nombre de *todopoderoso demonio*. El cristianismo adoptó este vocablo en parte, pero cambió su significado (1). A los demonios buenos les dió el nombre de *ángeles*, y á los malos les llamó simplemente demonios, sin el adjetivo. La palabra espíritu (*pneuma*) quedó como la expresión usada para designar un sér privado de cuerpo carnal.

Esta palabra *pneuma* S. Jerónimo la traduce como *spiritus*, reconociendo con los Evangelios que los hay buenos, y otros malos. La idea de divinizar al Espíritu vino hasta el III siglo. Sólo hasta después de la *Vulgata* fué cuando la palabra *sanctus* se añadió constantemente á la palabra *spiritus*, no dando esta combinación otro resultado, en la mayor parte de los casos, que hacer el sentido más oscuro y hasta ininteligible. Los

(1) Véase, con este motivo, á San Justino, *Apologética* I, 18, pasaje citado después en la nota núm. 8.

traductores franceses de los libros canónicos se han excedido en este punto y aun han contribuido á desnaturalizar el sentido primitivo. Hé aquí un ejemplo entre otros muchos: Se lee en Lucas (cap. XI, texto griego):

10. "El que pide, obtiene; el que busca, halla; á aquel que llame le será abierto."—13. "Si pues vosotros, aun cuando seais malos, sabéis dar buenas cosas á vuestros hijos, con cuánta mayor razón vuestro Padre enviará del cielo un buen espíritu á aquellos que se lo pidieren."

Las traducciones francesas dicen *el Espíritu-Santo*. Esto es un contrasentido. En la Vulgata, traducción del griego al latín, se dice *Spiritus bonum*, literalmente espíritu bueno. La Vulgata no habla absolutamente del Espíritu-Santo. El texto primitivo griego es todavía más preciso, y no podía ser de otro modo, puesto que el Espíritu-Santo, como tercera persona de la Trinidad, no fué imaginado sino hasta fines del II siglo.

Hay que hacer notar, sin embargo, que la Biblia en ciertos casos habla del Espíritu-Santo, pero esto siempre en sentido de espíritu familiar, de espíritu acompañante de una persona. Por ejemplo, en el Antiguo Testamento (*Daniel*, XIII, 45) (1) se dice: "El Señor hizo surgir el espíritu santo de un joven llamado Daniel."

Con motivo del trato de los primeros cristianos con los espíritus, los siguientes pasajes de las Escrituras deben llamar nuestra atención:

Actas XXI, 9, 11, 12:

"Y dijeron á Pablo, por la influencia de un espíritu, que no subiese á Jerusalem."

La traducción francesa trae *Espíritu-Santo*.

Cor. XIV, 30, 31. Tratándose del orden que hay que establecer en las reuniones de los fieles:

"Que si alguno de los que están sentados (en el templo) tiene una revelación, que el primero se calle. Pues todos podéis profetizar uno después de otro, con el fin de que todos aprendan y que todos sean exhortados."

Resulta de esta instrucción que profetizar no era otra cosa que transmitir una enseñanza; es, aún hoy, el papel del médium parlante ó de incorporación.

Actas XXIII, 6-9, Pablo, dirigiéndose á una asamblea, decía:

"Es por causa de la esperanza de otra vida y de la resurrección de los muertos por lo que se me quiere condenar....."

Se produjo un gran rumor, y algunos de los Fariseos contestaron diciendo:

"¿No encontramos nada malo en este hombre? ¿Qué sabemos si algún espíritu ó un ángel le haya hablado?"

Actas XIV, 16, 17 (Pablo había sido advertido en sueño de ir á Macedonia con Timoteo):

(1) En ciertas Biblias, este capítulo figura aparte con el título de *Historia de Susana*.

"Encontraron una joven sirvienta que, teniendo el espíritu de Python, llevaba á sus patronos considerable ganancia con su facultad adivinatoria. Ella nos siguió por varios días, gritando: Estos hombres son servidores del Muy-Alto, que os anuncian el camino de salvación."

La expresión "espíritu de Python" designa, en el lenguaje de aquel tiempo, á un mal espíritu. Era usada por los Judíos ortodoxos, que solamente admitían la profecía oficial, reconocida, garantizada por la autoridad sacerdotal, y cuando esas enseñanzas eran conformes con las suyas; y por el contrario, condenaban la profecía popular, practicada sobre todo por mujeres que sacaban provecho de ella, como aun hoy lo hacen ciertos médiums retribuidos. Pero esta calificación de "espíritu de Python" era muchas veces arbitraria. Encontramos la prueba de esto en el hecho de que la vidente ó "pitonisa" de Endor, que sirvió de intermediaria á Saul para comunicarse con el espíritu de Samuel, poseía también, según la expresión bíblica, un "espíritu de Python." No es posible, sin embargo, confundir el espíritu del profeta Samuel con espíritus de orden inferior. La escena descrita por la Biblia es de una grandeza imponente, y presenta todos los caracteres de una manifestación elevada. (1)

En el caso de la joven sirvienta, citado más arriba por S. Pablo, si se admite que los malos espíritus pudiesen predicar el Evangelio como sucesores de los apóstoles, se hacía difícil distinguir la fuente de las inspiraciones.

A esto era á lo que se dedicaban los fieles en todas circunstancias, en sus asambleas. Lo encontramos confirmado en un documento célebre, del que damos aquí el análisis:

La Didachè, pequeño tratado descubierto en 1873 en la biblioteca del patriarcado de Jerusalem, en Constantinopla, probablemente compuesto en Egipto por los años 120 y 160, esperece nueva luz acerca de la organización de la Iglesia cristiana á principios del II siglo, sobre su culto y su fe; comprende varias partes: la primera, esencialmente moral, abraza seis capítulos destinados á la instrucción de los catecúmenos. Lo que llama la atención, sobre todo, en este catecismo, es la ausencia completa de todo elemento dogmático. La segunda parte trata del culto, es decir, del bautismo, de la oración y de la comunión; la tercera comprende una liturgia y cierta disciplina. En ella se recomienda la observancia del domingo; *proveye de reglas para distinguir á los verdaderos profetas* (léase médiums) *de los falsos*; indica las condiciones requeridas para ser obispo ó diácono, y termina por un capítulo sobre las cosas finales y la *Parousie* ó vuelta del Cristo.

Esta obra presenta un cuadro de la Iglesia primitiva muy diferente de lo que habitualmente se imagina. Ha sido traducida en francés y publicada por Paul Sabatier, doctor en Teología en Estrasburgo. (París, Fischbacher, 1885.)

(1) Véase I Sam., XXVIII, 6.

Lo mismo que los Fariseos acusaban á ciertos profetas de estar inspirados por el "espíritu de Python," así, entre los sacerdotes católicos de nuestros días, hay algunos que atribuyen las manifestaciones espíritas á los demonios ó espíritus infernales: "Los demonios son, dice el arzobispo de Tolosa en su carta pastoral de cuaresma, 1875, pues no es permitido consultar á los muertos. Dios les niega la facultad de satisfacer nuestra vana curiosidad."

No se lo negó seguramente á Samuel en el caso mencionado antes, al satisfacer la curiosidad de Saul en Endor.

Más no todos los sacerdotes católicos participan de esta opinión. En el seno de ese mismo clero algunos espíritus perspicaces han comprendido la importancia de las manifestaciones espíritas y su carácter verdadero.

El Padre Lacordaire escribía el 30 de Junio de 1853 á Madame Svetchine, con motivo de las mesas giratorias:

"Podrá ser también que, por este medio, Dios quiera proporcionar el desarrollo de las fuerzas espirituales aplicado al de las fuerzas materiales, á fin de que el hombre no olvide, en presencia de las maravillas de la mecánica, que hay dos mundos incluidos el uno en el otro, el mundo de los cuerpos y el mundo de los espíritus."

El Padre P. Le Brun, del Oratorio, en su obra intitulada: *Historia de las prácticas supersticiosas*, t. VI, p. 358, se expresa así:

"Las almas que gozan de la bienaventuranza eterna, entregadas á la contemplación de la gloria de Dios, no por eso dejan de interesarse todavía por lo que respecta á los hombres de cuyas miserias han participado, y como ellas han logrado alcanzar la dicha de los ángeles, todos los escritores sagrados les atribuyen el privilegio de poder, en forma de cuerpos aéreos, hacerse visibles á sus hermanos que aún están sobre la tierra, para consolarlos y hacerles saber las voluntades divinas."

El abate Marouzeau escribía á Allan Kardec:

"Haced ver al hombre que es inmortal. Nada puede secundaros mejor en esta noble tarea como la comprobación de los espíritus de ultratumba y sus manifestaciones. Sólo con esto llegaréis á ayudar á la religión, combatiendo á su lado en los combates de Dios."

El abate Lecanu, en su *Historia de Satanás*, aprecia en estos terminos el papel moral del espiritismo:

"Siguiendo las máximas del *Libro de los Espíritus*, de Allan Kardec, hay lo bastante para hacerse un santo sobre la tierra."

Así pues, por un lado en la Iglesia católica se condena al espiritismo como contrario á las leyes de Dios y de la Iglesia, y por otro, se le considera como un auxiliar de la religión y se le califica como "combate de Dios." En vista de semejantes contradicciones grande debe ser la perplejidad de los creyentes. Lo mismo pasa en el seno de la Iglesia protestante. Muchos de

sus pastores, y no de los menos eminentes, acuden al espiritismo sin rodeos. Puede leerse con este motivo la opinión emitida por el pastor Bénézech, de Montauban, en sus Pláticas de 1892.

En Londres, el reverendo Haweis predicaba no há mucho la "doctrina de los Muertos" en la iglesia de Marylebone, é invitaba á su auditorio á pasar á la sacristía después de su sermón para que examinaran las fotografías de espíritus.

Más recientemente aún, en la iglesia de San Jacobo, el mismo orador predicaba aludiendo á "las tendencias del espiritismo moderno," y concluía diciendo que "los hechos espíritas están en perfecta concordancia con el mecanismo general y las teorías de la religión cristiana." (Traducido de la revista *Light*, de Londres, 7 de Agosto, 1897.)

Algunos pastores americanos han entrado en este orden de ideas.

Las *Neue Spiritualistische Blätter*, del 16 de Marzo de 1893, publican la traducción de un artículo de M. Savage, pastor de la Iglesia unitaria de Boston, en el cual este pensador, este escritor de mérito, bien conocido en los Estados Unidos, da cuenta de sus investigaciones en el terreno psíquico, y relata de qué modo se vió precisado á creer en los hechos espíritas.

Reproduciremos aquí este artículo:

"Con respecto á estas cuestiones, era yo, como en la antigüedad lo eran las gentes honradas de Jerusalem, de Corinto y de Roma con respecto al cristianismo: me parecía que era una superstición perniciosa. Una vez, fundado en mi invencible ignorancia, hice, contra mis ideas, un discurso dividido en cuatro puntos, después de lo cual me sorprendí bastante de que todavía hubiese entre mis conocidos personas ilustradas que persistiesen siempre en creerlo.

"Hace ya diez y siete años que una persona de mi Iglesia perdió á su padre. Poco tiempo después, esta persona vino á confiarme que había ido con un amigo á buscar un medium que le había dicho ciertas cosas convincentes, y me suplicaba le diese un consejo. Comprendí entonces que no me correspondía dar consejo acerca de un asunto que yo no conocía, y ante el cual toda mi ciencia consistía en prejuicios. La rápida extensión del espiritismo entre las clases ilustradas de Boston me hizo comprender que era necesario para mí someter á un serio examen los fenómenos en cuestión, puesto que era posible, ó más bien probable, que otros individuos también de mi Iglesia me pidieran explicaciones en ese particular. Entonces me dije: que sean verdaderas ó falsas, es necesario, en todo caso, que yo estudie estas cosas á fondo para poder ser buen consejero. Comprendí que debería estar avergonzado de no tener opinión alguna respecto de lo expresado en el Antiguo y el Nuevo Testamento relativo á las apariciones y á las influencias del demonio. ¿Para qué ensoberbecerme de mi ignorancia, con motivo de cosas que para los miembros de mi Iglesia tenían cierta importancia? Me convencí de que era mi deber estudiar concien-

zudamente estos fenómenos hasta poder formarme una opinión inteligente sobre su valor. Tales fueron los motivos que principalmente me condujeron hacia estas largas investigaciones.

"En estas pesquisas, seguí el método científico, el único que, en mi opinión, conduce á la comprensión. Por observaciones minuciosas he procurado siempre convencerme de que había que habérmelas con un hecho real, y nunca fijé mi atención en ninguna manifestación de las producidas en las tinieblas ó en ciertas condiciones en que yo no pudiese estar seguro de la realidad. Sin pretender que las manifestaciones obtenidas en semejantes condiciones hayan sido debidas á fraude, no les atribuí sin embargo algún valor; además, aunque reconociese muy bien que una cosa reproducida en otras condiciones no fuese una simple imitación, aprendí á fondo el arte de escamotear, el cual se me hizo familiar. La mayor parte de las manifestaciones que tuve que reconocer como reales y que tuvieron por efecto convencerme, se efectuaron en presencia de algunos amigos sinceros y sin intermedio de medium de profesión.

"Una vez seguro de presenciarse un hecho, llamaba en mi ayuda todas las teorías posibles para explicarlo, sin recurrir á la de los Espíritus. No digo: sin recurrir á una explicación sobrenatural, sino sin recurrir á la teoría de los Espíritus, porque yo no creo en nada sobrenatural. Si acaso hay Espíritus, nuestra incapacidad para verlos no los hace por eso más sobrenaturales que lo que son para la ciencia los átomos que no podemos distinguir.

"Así pues, he descubierto hechos que prueban que el yo no muere y que después de lo que nosotros llamamos la muerte, es capaz, en ciertas condiciones, de ponerse todavía en comunicación con nosotros.

"El reverendo J. Page Hopps, en una reunión de pastores en Manchester, afirmaba "la comunión de los espíritus en lo visible y en lo invisible" y proponía la fundación de una Iglesia cuyas enseñanzas serían "los mensajes de la altura."—(*Aurora*, Julio 1893.)

En un artículo del *Pontefract Express*, del 29 de Enero de 1898, el reverendo C. Ware, ministro de la Iglesia Metodista, habla largamente de los *Hechos de los apóstoles*. Invita á los cristianos "á hacer un estudio profundo de este libro, en el punto de vista de los innumerables hechos maravillosos que relata y que no son sino fenómenos espíritas. Hace notar que al principio del establecimiento del cristianismo, dos clases de cooperadores se encuentran constantemente en contacto: éstos son los espíritus desencarnados y los encarnados. El reverendo Ware menciona sucesivamente: los dos hombres vestidos de blanco que, cuando Jesús hubo desaparecido de la vista de sus discípulos, vinieron á conversar con ellos y á darles instrucciones; la reunión en la cámara alta, con los fenómenos de luces, de ruidos, de influencias obrando en los asistentes y dictándoles discursos en lenguas para ellos desconocidas, etc.; las

curaciones maravillosas hechas por los primeros cristianos; la libertad de la prisión de Pedro y de Juan; el movimiento de la casa en la cual se hacían en reunión oraciones; el envío de Philippo al eunuco y su raptó por una fuerza oculta; el aviso á Cornelio por un espíritu y la visión de Pedro con este motivo; las maravillosas manifestaciones que, de perseguidor y asesino, hicieron de Pablo un apóstol de los más celosos; los éxtasis y los dones notables que demostraron que este apóstol era instrumento de poderes invisibles; en fin, todos los fenómenos extraordinarios que acompañaron á la predicación de los discípulos después de que las lenguas de fuego se extendieron sobre sus cabezas, y el fervor ardiente comunicado á los primeros cristianos por estos fenómenos, todos los cuales se reproducen actualmente en las sesiones espíritas."

No. 7.—LOS FENÓMENOS ESPIRITAS EN LA BIBLIA.

Mucho se ha insistido sobre las prohibiciones de Moisés contenidas en el Deuteronomio, el Exodo, el Levítico. Inspirándose en estas prohibiciones, ciertos teólogos condenan el estudio y la práctica de los hechos espíritas. Pero lo que Moisés condena es á los mágicos, los adivinos, los augures, en una palabra, todo lo que constituye la magia, y esto mismo es lo que hace el espiritismo moderno.

Las prohibiciones de Moisés no podían aplicarse al comercio de los hombres con los espíritus de los muertos, puesto que Moisés nada sabía ó más bien nada debía decir de la supervivencia. Ellas no tenían más que una mira: la de preservar á los Hebreos de las prácticas idólatras de los pueblos vecinos. Puede ser también que sólo considerasen el abuso, el mal uso de las evocaciones, pues á pesar de estas prohibiciones, los fenómenos espíritas abundan en la Biblia. La lista de los videntes, de los oráculos, de las pitonisas, y de los inspirados de todas clases es considerable. ¿No vemos á Daniel, por ejemplo, provocar por medio de la oración hechos medianímicos? (Daniel, IX, 21). El libro que lleva su nombre es, no obstante, considerado como inspirado.

¿Cómo las prohibiciones de Moisés podrían servir de argumento contra los creyentes de nuestros días, cuando que durante los tres primeros siglos de nuestra era, los cristianos no encontraron ningún obstáculo en sus relaciones con el mundo invisible?

San Juan decía: "No creáis á todos los espíritus, pero examinad á los espíritus para saber si son enviados de Dios." (I, Juan, IV, 1). En esto no hay una prohibición, sino al contrario.

Los Hebreos, al creer que el alma del hombre se desvanecía con la muerte ó que vuelve al *scheol* para no volver á salir (Job, X, 21, 22) y que ninguna revelación de ultratumba es

posible, no dudaban en atribuir á Dios mismo todas estas manifestaciones. Dios interviene á cada momento en la Biblia, y algunas veces aun en circunstancias poco dignas para él.

Era costumbre consultar á los videntes en todo lo concerniente á la vida íntima, sobre los objetos perdidos, las alianzas, las empresas de todo género. En I, *Samuel*, cap. IX, v. 9, se lee:

“En otro tiempo, cuando se trataba de consultar á Dios, se decía: Venid, vamos á buscar al vidente. Pues á aquellos que hoy se llama profetas se les nombraba videntes.”

Era, pues, Dios quien inspiraba todas las respuestas á los videntes. Mas los profetas y los videntes eran falibles y muchas veces se equivocaban. ¿Cómo conciliar estos errores con la infalibilidad de Dios?

Por una singular contradicción, aquellos que negaban las manifestaciones de las almas no pocas veces ocurrían á evocar á los muertos, admitiendo así los hechos después de haber negado la causa que los producía. Así fué como Saul evocó el espíritu de Samuel en la casa de la pitonisa de Endor. (I, *Samuel*, XXVIII, 6).

Resulta de estas narraciones que, á pesar de la ausencia de toda noción con respecto al alma y á la vida futura, á pesar de las prohibiciones de Moisés, algunos de los Hebreos creían en la supervivencia y en la posibilidad de comunicarse con los muertos. De esto á explicar la desigualdad de inspiración de los profetas y sus frecuentes errores por la inspiración de espíritus más ó menos iluminados, no hay más de un paso. ¿Cómo los autores judíos no lo han dado? No había, sin embargo, otra explicación. Siendo Dios la infinita sabiduría, no es posible considerar como viniendo de él una doctrina que descuida llamar la atención del hombre hacia un punto tan esencial como su destino de ultratumba; mientras que los espíritus no son sino las almas de los hombres desencarnados, más ó menos puras y esclarecidas, no poseyendo sobre el conocimiento de todas las cosas más que un saber limitado. Sus inspiraciones, pues, al dirigirse á los profetas debían necesariamente interpretarse como enseñanzas, ya poderosas y elevadas, ya vulgares y llenas de errores.

En bastantes casos también debieron tener en cuenta, en sus revelaciones, las necesidades de la época y el estado de atraso del pueblo á quien se dirigían.

Poco á poco las creencias de los judíos crecieron y se completaron por el contacto de otros pueblos más avanzados en civilización. La idea de la supervivencia y de las existencias sucesivas del alma penetró del Egipto y la India hasta Judea. Los saduceos reprochaban á los Fariseos haber tomado de los orientales la creencia en los renacimientos del alma á diversas vidas. Este hecho se ha afirmado por el historiador Josepho (*Antiq. Jud.*, I, XVIII). Los Esenios y los Terapeutas profesaban la misma doctrina. Puede ser que existiese en Judea en

esa época, como se ha probado más tarde, al lado de la doctrina oficial, una doctrina secreta más completa, reservada á las inteligencias elevadas. (1)

Como quiera que sea, volvamos á los hechos espíritas mencionados en la Biblia y que prueban las relaciones de los Hebreos con los espíritus de los muertos, en condiciones análogas á las que observamos hoy.

Lo mismo que en nuestros días, los mediums á quienes llamaban profetas, eran reconocidos como tales á causa de cierta facultad especial (*Números*, XII, 6), algunas veces latente, que exigía cierto desarrollo particular, semejante al usado todavía en los grupos espíritas, así como lo vemos en Josué, á quien Moisés “instruía” por la imposición de las manos (*Números*, XXVII, 15-23). Estos hechos se encuentran muchas veces en la historia de los Apóstoles.

Semejante á la de nuestros mediums, la lucidez de los profetas era intermitente. “Los profetas más iluminados—dice Le Maistre de Sacy en su comentario al libro I de los *Reyes*.—IV, 3—no siempre tienen la facultad conducente á la profecía.” (Véase también *Isaías* XXIX, 10).

Como hoy también sucede, las relaciones medianímicas tardaban bastante en establecerse: Jeremías espera diez días la respuesta á su súplica. (*Jer.* XLII, 7.)

Otros explotaban su pretendida lucidez como mercancía para hacer negocio. Leemos en *Ezequiel*, cap. XIII, v. 1 y siguientes:

“Hijo del hombre, profetiza en contra de los profetas de Israel..... Desdichados los insensatos profetas que no oyen la voz de su propio espíritu!.....

“Tienen visiones de vanidad y adivinaciones mentirosas, haciendo hablar al Eterno que no les ha enviado. Prometen esperanzas que nunca se realizan!” (Véase también *Micheas* III, 11, y *Jer.*, v. 31.)

En la antigüedad judía muchas veces se recurría á la música para favorecer la práctica de la mediumnidad. Eliseo pidió un arpista para poder profetizar (II, *Reyes*, III, 15), y la obscuridad se consideraba propicia para la verificación de estos fenómenos.

“El Eterno quiere habitar en la obscuridad,” dice Salomón, hablando del lugar santo, en la dedicación del Templo (II *Chron.* VI, 1), y es, en efecto, en el santuario donde se efectúan con frecuencia las manifestaciones: “la nube” se deja ver, (II, *Chron.*, v. 13, 14), y Zacarías ve al ángel que le predice el nacimiento de su hijo (*Lucas*, I, 10, y siguientes).

Apreciando en todo su valor el don de la mediumnidad se dedicaban entonces, como hoy, á hacerla nacer; con la diferencia de que lo que ahora se hace en pequeño entre los espíritas, se practicaba entonces en mayor escala: se contaban en

(1) Véase *Después de la muerte*, p. 81.

Judea muchas escuelas de profetas, unas que predecían el porvenir, otras que hablaban al pueblo por inspiración para acrecentar su celo religioso y exhortarlo a una vida moral.

En cuanto á los fenómenos en sí mismos, un examen algo atento de las narraciones bíblicas nos probará que eran de la misma naturaleza que los obtenidos ahora.

Considerémoslos rápidamente, comenzando por los que siendo en nuestros días los primeros en llamar la atención del mundo civilizado, simbolizan, aun á los ojos de ciertos observadores muy superficiales, ó poco iniciados, el hecho espírita en sí mismo: queremos hablar del movimiento de los objetos, sin contacto. La Biblia, II Reyes, VI, 6, nos cuenta que Eliseo, arrojando un pedazo de palo en el agua, hace subir á la superficie un pedazo de hierro que había caído en el fondo.

En cuanto á la levitación, el mismo Eliseo, transportado "hacia los desterrados que permanecían cerca del río del Kebar" (*Ez.* III, 14, 15); Philippo que desaparece súbitamente de la vista del Ethiope y se vuelve á encontrar en Azoth (*Hechos*, VIII, 39, 40), son ejemplos notables. Se puede citar, á propósito de escritura medianímica, la de las Tablas de la ley (*Exodo* XXXII, 15, 16). Todas las circunstancias en que estas tablas fueron obtenidas, prueban superabundantemente la intervención del mundo invisible.

No menos fehaciente es la inscripción trazada por una mano materializada, en un muro del palacio de Baltasar, durante el festín que daba este rey. (*Daniel*, cap. V).

Todos los fenómenos luminosos que hoy se observan tienen igualmente sus paralelos en la Biblia, desde la simple irradiación periespiritual que se le veía á Moisés (*Ex.*, XXXVI, 29, 30) y al Cristo (Transfiguración), y la producción de luces (*Hechos*, II, 3, y IX, 34), hasta las completas apariciones, incontables en la Biblia; tanto así son de numerosas. (1)

La mediumnidad auditiva tiene sus representantes en Judea: los reiterados llamamientos dirigidos al joven Samuel (*I Sam.*, cap. III); la voz que habla á Moisés (*Exodo*, XIX, 19); la que se hizo escuchar en el momento del bautismo de Cristo. (*Luc.*, III, 22) así como la que le glorificó poco antes de su muerte (*Juan*, XII, 28) son otros tantos hechos espíritas.

Las curaciones magnéticas son incontables. Ya la oración y la fe sostienen la acción fluidica, como en el caso de la hija de Jairo; ya la fuerza magnética interviene sola, sin el concurso de la voluntad (*Marc.* v. 25-34); ó bien ya el alivio se obtiene por la imposición de las manos ó por medio de objetos magnetizados (*Hechos*, XIX, 11-12).

La mediumnidad con un vaso de agua, como en nuestros días, se encuentra en las tradiciones antiguas. ¿Qué cosa es, en efecto, la copa de que Joseph se servía (*Génesis*, XLIV, 5)

(1) Véase entre otros hechos, en el II libro de los Macabeos, la aparición del profeta Jeremías y del gran sacerdote Onías á Judas Macabeo.

"para advinar," sino el vulgar vaso de agua ó el globo de cristal, ó algún otro objeto que tenga superficie pulida, en que los mediums de ahora ven dibujarse los cuadros que sólo ellos pueden percibir?

En la Biblia se pueden ver citados casos de clarividencia, consistiendo, entonces como ahora, en sueños, intuiciones, presentimientos, formas ú otros fenómenos derivados de la mediumnidad que, en todos tiempos, han sido muy numerosos y se reproducen ante nuestros ojos. (Véase II Reyes, VI, 8-12)

Digamos una palabra más sobre la inspiración, ese aflujo de pensamientos elevados que nos viene del más allá, y que comunica á nuestra palabra algo de sobrehumano. Los hombres de Judea, esos profetas de alma ardiente, sintieron también esa inspiración, y gracias á esos dones, á ese soplo que anima los discursos, la antigua Biblia hebrea fué por mucho tiempo considerada como el producto de la revelación divina. Se ha querido ignorar las numerosas faltas que se descubren á los ojos de un observador no predispuesto, la insuficiencia, la puerilidad de los consejos ó de las enseñanzas pedidas á Dios (*Gén.* XXV, 22; *I Sam.* IX, 6; *II Reyes* I, 1-4; *I Sam.* XXX, 3-8) y entonces sí habría razón de reprocharnos el que tratemos estas cosas en los grupos espíritas. Olvidanse las crueldades aprobadas y hasta ordenadas por Jehovah, los escabrosos detalles, y en fin, todo aquello que en ese libro nos subleva ó merece nuestra reprobación, para no ver en él más que las bellezas morales que encierra, y, sobre todo, la expresión de una fe viva y apasionada que espera el reinado de la justicia, si no para la generación presente, á quien sólo consuela y sostiene la esperanza, al menos para las venideras.

Núm. 8.—EL SENTIDO ATRIBUIDO A LAS PALABRAS DIOS Y DEMONIO.

Toda la antigüedad ha admitido la existencia de los dioses, palabra que se entendía aplicada á los espíritus puros y elevados y los *semi-dioses* ó héroes, así como las palabras *demonios* ó *genios* se refería á los espíritus en lo general.

Los mismos cristianos se servían de estos nombres.

San Pablo dice (*I Corintios*, cap VIII, v. 5, 6):

"Porque aun cuando haya á quienes se les llama dioses, ya sea en el cielo ó en la tierra, no tenemos seguramente más que un solo Dios, que es el Padre, de quien son todas las cosas."

Orígenes dice en sus *Comentarios sobre San Juan* (libro II, núm. 2):

"El Dios Eterno tiene derecho á más homenajes; él sólo tiene derecho á la verdadera adoración, y no los otros dioses que viven con él y son sus ministros y subordinados, siendo él mismo su Dios y su Creador."

San Agustín dice: (*De civitate Dei*, l. VIII, c. XXIV):

“Los demonios (espíritus malos) no pueden ser amigos de los dioses llenos de bondad á quienes llamamos santos “ángeles.”

En el mismo sentido y, en su *Discurso á los Griegos*, San Justino dice:

“Siguiendo bien la fe podemos “volvemos dioses;” y San Ireneo (*Contra herejes*, I, IV, c. XXXVIII): “No somos todavía más que hombres, pero algún día seremos dioses.”

El mismo San Justino, *Apologética*, I, 18 (edición de los Benedictinos de 1742, p. 54), escribe lo que sigue, con motivo de las manifestaciones de los muertos:

“La nigromancia, las evocaciones de las almas humanas.... os demostrarán que las almas, aun después de la muerte, están dotadas de sentimiento; los que están poseídos por los espíritus de los muertos son llamados por todos endemoniados y furiosos (*et qui ab animabus mortuorum correpti projiciuntur, demoniaci et furiosi ab omnibus appellati*).” Hé aquí cómo, en el XVII siglo, P. Fondet, amparado por la aprobación de los más eminentes doctores eclesiásticos de la Sorbona, traducía, ó más bien desnaturalizaba, este mismo pasaje: “. . . y estos pobres desgraciados de quienes se apoderan los espíritus de los muertos, echan por tierra y atormentan, como sabéis, de muchos modos, comúnmente son llamados furiosos, monomaniacos y agitados por los demonios.” Verdad es que, en ese prefacio, el dicho traductor tuvo cuidado de advertir á sus lectores, que en San Justino “se encontraban en ciertos pasajes muchas cosas bastante obscuras, particularmente en lo tocante á los demonios, con referencia á los cuales el autor escribe según las opiniones de su época, opiniones que no adoptó después la Iglesia, y que hoy sólo servirían para embarazar los espíritus. Se podría notar también en esta apología algunos rasgos ligeros, que se tuvo buen cuidado de atenuar cuanto fué posible, sin atacar la fidelidad de la versión.” (?) P. Fondet, *Segunda Apología de San Justino*, p. 48 y prefacio; París, Savreux, 1670. Nos referimos también á Tertuliano, *Apologética*, cap. XXIII.

Núm. 9.—EL PERIESPÍRITU Ó CUERPO SUTIL; OPINION DE LOS PADRES DE LA IGLESIA.

A las citas contenidas en nuestro estudio sobre la resurrección de los muertos, cap. VII, añadiremos las opiniones de algunos Padres de la Iglesia.

Tertuliano declara que la corporeidad del alma está atestiguada por los Evangelios: “*Corporalitas animæ in ipso Evangelio relucescit*,” porque—añade él—si el alma no tuviese un cuerpo, la imagen del alma no tendría la imagen del cuerpo.” (*Tratado De Anima*, cap. VII, VIII y IX, edición de 1657, p. 8.)

San Basilio habla del cuerpo espiritual como lo había hecho Tertuliano. En su tratado del Espíritu Santo, asegura que los

ángeles se hacen visibles por las especies de su propio cuerpo, apareciéndose á los que de ello son dignos. (San Basilio, *Liber de Spiritu Sancto*, c. XVI, edic. benedict. de 1730, t. III, p. 32.)

Esta doctrina era también la de San Gregorio, de San Cirilo de Alejandría y de San Ambrosio. Este último se expresa así:

“No nos imaginemos que ningún sér esté exento de materia en su composición, con la única excepción de la substancia de la adorable Trinidad.” (*Abraham*, lib. II, § 58, edic. benedict. de 1686, t. I, col. 338.)

San Cirilo de Jerusalem escribe esto:

“El nombre espíritu es un nombre genérico y común; todo lo que no tiene un cuerpo espeso y pesado es, de modo general, llamado espíritu.” (*Catechesis*, XVII, edic. benedict. de 1720, p. p. 251, 252.)

En otros pasajes, San Cirilo atribuye á los ángeles, á los demonios, y á las almas de los difuntos, cuerpos más sutiles que el cuerpo terrestre: *Cat. XII*, párr. 14; *Cat. XVIII*, párr. 19.” (Obra citada, p. 252, *Nota del benedictino A. Toutée*.)

Evodio, obispo de Uzale, escribió en 414 á San Agustín interrogándole sobre la naturaleza y la causa de las apariciones, de las cuales le cita varios ejemplos, y para preguntarle si, después de la muerte,

“Cuando el alma ha abandonado el cuerpo burdo y terrestre, esta substancia incorpórea no permanece ya unida á algún otro cuerpo, no compuesto de los cuatro elementos como el nuestro, sino más sutil, y que tiene la naturaleza del aire y del eter?”

Y termina así su carta:

“Creo, pues, que el alma no podría estar sin algún cuerpo.” (*Obras de San Agustín*, edic. benedictina de 1679, t. II, carta 158, col. 560 y siguientes.)

Véase también la carta de San Agustín á Nebrido, escrita por el año 390, en que el Obispo de Hippona se expresa así:

“Es necesario que recuerdes que muchas veces nos hemos engolfado en discusiones que nos dejaban sin aliento y muy acalorados, acerca de la cuestión de saber si el alma no tiene cabida en alguna otra especie de cuerpo ó algo análogo, que algunos, como tú sabes, llaman su “vehículo.” (*San Agustín*, ob. cit., t. II, carta 14, col. 16 y 17.)

San Bernardo dice:

“Atribuiremos, pues, con toda seguridad, á Dios solamente, la verdadera incorporeidad, así como la verdadera inmortalidad; porque sólo él entre los espíritus, sobrepasa toda la naturaleza corpórea lo suficiente para no tener necesidad de ningún cuerpo para trabajo alguno, puesto que su sola voluntad espiritual, cuando la ejerce, le permite hacerlo todo.....” (*Sermo VI in Cantica*, edic. Mabillon, t. I, col. 1277.)

En fin, San Juan de Tesalónica resume la cuestión en estos

términos, en su declaración en el segundo concilio de Nicea (787), el cual adoptó estas ideas:

“Acerca de los ángeles, los arcángeles y las potencias,—y añade también acerca de las almas,—la Iglesia decide que estos seres son en verdad espirituales, pero no enteramente privados de cuerpo, y si dotados, por el contrario, de un cuerpo *ténue, aéreo ó igneo*. Sabemos que así es como muchos santos Padres han pensado, entre ellos, Basilio, llamado el Grande, el bienaventurado Atanasio, Methodio y los que les han sucedido. No hay más que Dios solo, que sea incorpóreo y sin forma. En cuanto á las criaturas espirituales, ellas no son de ningún modo incorpóreas.” (*Hist. universal de la Iglesia católica*, por el abate Rohrbacher, doctor en teología, tomo XI, pp. 209, 210.)

Hemos creído deber recordar estas opiniones, porque ellas constituyen otras tantas afirmaciones en favor de la existencia del periespíritu. Este no es otra cosa, en realidad, más que el cuerpo sutil, cubierta inseparable del alma, indestructible como ella, entrevista por las autoridades eclesiásticas de todos los tiempos.

Estas afirmaciones se robustecen con los testimonios de la ciencia actual. La Sociedad de investigaciones psíquicas, de Londres, ha registrado mil seiscientos casos de apariciones de “fantasmas,” de los vivos y de los muertos. La existencia del periespíritu está probada, además, por numerosas impresiones, de manos y caras fluidicas; por las materializaciones de espíritus obtenidas por Crookes, Russell Wallace, Aksakof, etc.; por la visión de mediums y sonámbulos; por fotografías de difuntos; en una palabra, por un imponente conjunto de hechos debidamente comprobados. (Véase Nota núm. 11.)

Algunos escritores católicos confunden voluntariamente la acción del periespíritu y sus manifestaciones después de la separación del cuerpo humano con la idea de la “resurrección de la carne.” Ya antes hemos hecho notar que esta expresión se encuentra poco en las Escrituras. Más bien se halla la de “resurrección de los muertos.” (Véase, por ejemplo, *Pablo, I Cor., XV, 21.*)

La resurrección de la carne se hace imposible por el hecho de que las moléculas que componen nuestro cuerpo actual han pertenecido antes á millares de cuerpos humanos, como pertenecerán en lo porvenir á otros millares de cuerpos. El día del juicio, ¿cuál de éstos podría recobrar la posesión de esas moléculas errantes?

La resurrección es un hecho espírita, que sólo el espiritismo hace comprensible. Los católicos, para explicarla, se ven obligados á recurrir al milagro es decir, á la violación por Dios de las leyes naturales establecidas por él mismo.

¿Cómo, sin la existencia del periespíritu, sin la doble corporeidad del hombre, podrían explicarse los numerosos casos de bilocación relatados en los anales del catolicismo?

Alfonso de Ligorio fué canonizado por haberse aparecido simultáneamente en dos lugares diferentes.

San Antonio defiende á su padre de una acusación de asesinato ante el tribunal de Padua, y denuncia al verdadero culpable, en el mismo instante que predicaba en España delante de numerosos fieles.

San Francisco Javier se aparece varias veces y á la misma hora en lugares muy distantes los unos de los otros.

¿Será posible ver en estos hechos otra cosa que casos de desdoblamiento del sér humano y la acción á distancia de su envoltura fluidica?

Otro tanto sucede con los numerosos casos de apariciones de muertos, mencionados en las Escrituras. Estas no son explicable más que por la existencia de una forma semejante á la que el espíritu poseía en la tierra, pero más sutil y más tenue, y que sobrevive á la destrucción del cuerpo carnal. Sin periespíritu, sin forma, ¿cómo podrían los espíritus hacerse reconocer de los hombres? ¿cómo podrían reconocerse entre sí en el espacio?

No. 10.—GALILEO Y LA CONGREGACION DEL INDICE.

Hé aquí un extracto de la condenación de Galileo en 1615, fotografiado de los archivos del Vaticano por un católico ferviente, el conde Henrique de l'Epinois:

“Tú has sido denunciado en 1615 al Santo Oficio:

Porque sostenías como verdadera una doctrina falsa que mucho se extendía, á saber: “que el Sol está inmóvil en el centro del mundo y que la tierra tiene un movimiento diurno.”

Porque enseñabas esta doctrina á tus discípulos; porque mantenías con este motivo correspondencia con los matemáticos de Germania; porque publicabas cartas sobre las manchas solares en las cuales presentabas estas doctrinas como una verdad; porque á las objeciones que se te hacían, contestabas explicando la santa Escritura según tu idea.....

El tribunal ha querido evitar los inconvenientes y perjuicios que surgirían y se agravarían en detrimento de la fe.

Conforme á la orden del papa y de los cardenales, los teólogos encargados de esta misión han calificado así las dos proposiciones:

“El Sol está en el centro del mundo é inmóvil.” Proposición absurda, falsa en filosofía y herética en su expresión, porque es contraria á la santa Escritura.

“La tierra no es el centro del mundo; no está inmóvil, pero se mueve por un movimiento diurno.”

Proposición igualmente absurda y falsa en filosofía, y considerada desde el punto de vista teológico, errónea en la fe...

Declaramos que te has hecho fuertemente sospechoso de heregía:

Porqué has creído y sostenido una doctrina falsa y contraria á las santas y divinas Escrituras, á saber: "que el sol es el centro del universo y de ninguna manera se mueve de Oriente á Poniente; que la Tierra se mueve y no es el centro del mundo."

Porque has creído que podías sostener, como probable, una opinión que ha sido declarada contraria á la santa Escritura

En consecuencia, declaramos que has incurrido en todas las censuras y penas señaladas en los sagrados cánones y otras constituciones generales y particulares contra aquellos que desobedecen los estatutos y otros decretos promulgados.

De cuyas censuras es de nuestro agrado el absolverte siempre que, previamente, con un corazón sincero y una fe verdadera, abjures, delante de nosotros, maldigas y detestes, según la fórmula que te presentamos, los dichos errores y herejías, y cualquier otro error y herejía contraria á la Iglesia católica, apostólica, romana.

Y con el fin de que tu grave y pernicioso error y desobediencia no queden impunes;

Con el fin de que en lo porvenir seas más reservado y sirvas de ejemplo á otros para que eviten este delito;

Declaramos, por edicto público, que el libro de los *Diálogos*, de Galileo, está prohibido.

Te condenamos á prisión ordinaria de este Santo Oficio por un tiempo que será limitado á nuestro arbitrio.

A título de saludable penitencia, te ordenamos que recites durante tres años, una vez por semana, los siete salmos de la Penitencia.

Reservándonos la facultad de moderar, cambiar y reponer en todo ó en parte las penas y penitencias anteriores."

Un teólogo dictó, hace cinco años, á M. Henri Lasserre, las siguientes líneas, que el autor de *Nuestra Señora de Lourdes* y de la *Nueva traducción de los Evangelios* (esta última obra también condenada por el Índice) relata en sus *Memorias á Su Santidad*:

Este decreto, que anatematiza el admirable descubrimiento del gran astrónomo y lo castiga con la prisión, fué un doble y completo error; fué, ante todo, un principal error con relación á la doctrina.

Y cosa notable: por todas las palabras del decreto la Sagrada Congregación se había condenado á sí misma.

Al calificar de absurdo, es decir, de contrario á la razón, lo que es conforme á ella, la Sagrada Congregación estaba convencida de estar fuera de la razón y opuesta á la misma.

Al calificar de falso, es decir, de contrario á la verdad lo que le es conforme, se había ella convencido de estar fuera de la verdad y opuesta á la verdad.

Al calificar de herejía, es decir, de contrario á la ortodoxia lo que es una ley divina del universo visible, ella se había con-

vencido de estar fuera de la ortodoxia y opuesta á la ortodoxia, porque si es una herejía abjurar la creencia de un dogma de la Iglesia, no es menor herejía el querer imponer como dogma lo que no lo es, y si un particular error, lo cual de suyo es como la antinomia de todos los dogmas.

Al calificar de contraria á las Escrituras una maravillosa disposición del Criador, la Sagrada Congregación se había convencido de estar fuera de la ciencia de las Escrituras y opuesta á su verdadera interpretación.

Cada uno en Roma, en lo particular, no vaciló, en lo íntimo de la conversación, en confesar y deplorar la falta cometida por los eminentísimos jueces.

Lo que fué todavía más deplorable, es que sin embargo de las quejas y reclamaciones, á pesar de las pruebas y de las evidencias, á pesar de las órdenes de Benedicto XIV y una sentencia de cancelación que este pontífice dictó el 10 de Mayo de 1754; á pesar de un segundo decreto de la misma naturaleza dado por Pío VII el 25 de Septiembre de 1822, la repugnancia á desdecirse ella misma ó á ser nulificada su sentencia por el papa fué tan grande en la congregación romana, que, durante más de dos siglos y en contra de la verdad conocida, este tribunal mantuvo su decreto en el catálogo del *Index librorum prohibitorum*.

Las obras que contenían los descubrimientos de Galileo y de Copérnico, condenadas el 23 de Agosto de 1634 con el calificativo de absurdas, falsas y heréticas, de contrarias á las santas y divinas Escrituras, no fueron borradas del Índice sino hasta que se hizo la edición de 1835. Subsistieron durante 201 años.

No. 11.—LOS FENÓMENOS ESPIRITAS CONTEMPORANEOS; PRUEBAS DE LA IDENTIDAD DE LOS ESPIRITUS.

Debido al espiritualismo experimental, el problema de la supervivencia, cuyas consecuencias filosóficas y morales son incalculables, ha tenido solución definitiva. El alma se ha hecho objetiva y algunas veces tangible: su existencia se ha revelado, así después de la muerte como durante la vida, por manifestaciones de todo género.

Los fenómenos psíquicos no ofrecían en su principio más que una base insuficiente de argumentación; pero, de entonces acá, los hechos han revestido un carácter inteligente; se han acenuado hasta el punto de que toda negación se ha hecho imposible.

La cuestión de la existencia del alma y su inmortalidad ha sido resuelta por pruebas positivas. Las radiaciones del pensamiento se han fotografiado; el espíritu, revestido de su cuerpo fluidico, de su envoltura indestructible, aparece en la placa sensible. Su existencia se ha hecho tan cierta como la del cuerpo físico.

La identidad de los espíritus se ha establecido con innumerables hechos, algunos de los cuales creemos de nuestro deber citar.

M. Oxton (alias Stainton Moses), profesor en la Universidad de Oxford, en su libro *Spirit Identity (Identificación de los Espíritus)*, relata un caso en que la mesa hace una larga y circunstanciada relación de la muerte, de la edad, y hasta del número de meses, y los nombres (cuatro para uno de ellos y tres para otro) de tres pequeños seres, hijos de un mismo padre, á quien habían sido arrebatados súbitamente por la muerte. "Ninguno de nosotros tenía conocimiento de estos nombres poco comunes. Habían muerto en la India, y cuando nos fué dado el mensaje, no teníamos ningún medio aparente de comprobación." Esta revelación fué, sin embargo, confirmada y reconocida cierta más tarde, por el testimonio de la madre de estos niños, con quien ulteriormente hizo conocimiento M. Oxton.

El mismo autor cita el caso de un individuo, llamado Abraham Florentine, muerto en los Estados Unidos, enteramente desconocido de los experimentadores y cuya identificación fué rigurosamente comprobada.

La historia de Siegwart Lekebusch, joven obrero que pereció aplastado por un tren de camino de fierro, prueba, además, que es contrario á la verdad afirmar que las personalidades que se manifiestan por la mesa son siempre conocidas de los asistentes.

Según *Animismo y Espiritismo*, de Aksakof, la identidad póstuma de los espíritus se prueba:

1° Por comunicaciones de la persona en su idioma materno, desconocido del medium (véase p. 538, el caso de la Sra. Edmonds, de M. Turner, de la Sra. Seongall y de Madanie Corvin, quien conversó con uno de los asistentes por medio de gesticulaciones tomadas del alfabeto de los sordo-mudos, que era desconocido de la medium.)

2° Por la comprobación de la personalidad de un difunto, por medio de comunicaciones dadas en el estilo característico de éste, ó con expresiones que le eran familiares, recibidas en ausencia de personas que conocieron al difunto (p. 543). Terminación de un romance de Dickens, *Edwin Drood*, por un joven artesano, analfabeta, sin que sea posible comprobar dónde termina el manuscrito original, y dónde comienza la comunicación medianímica.

Véase también la historia de Luis XI, escrita por la Srita. Hermance Dufaux, á la edad de catorce años (*Revista Espírita*, 1858). Esta historia bien documentada, contiene noticias inéditas hasta entonces.

3° Por la identificación de la personalidad de un difunto, desconocido del medium, comprobada por comunicaciones de escritura idéntica á la que se le conocía en vida (p. 345). Carta de Madame Livermore, escrita por ella misma después de su

muerte. Este espíritu hizo patente su identidad mostrándose, escribiendo y conversando como en vida. Y, caso notable, el espíritu hasta escribió en francés, idioma desconocido de la medium, Kate Fox. El caso en el que M. Owen obtuvo una firma del espíritu, la que fué reconocida como idéntica por un banquero. (Véase á Guldenstube, *la Realidad de los Espíritus*.) Escritura directa de una parienta del autor, reconocida idéntica á su escritura en vida. (Estos hechos se obtuvieron muchas veces en nuestro propio círculo de experiencias.)

4° Por la identificación de la personalidad de un difunto, comprobada por una comunicación proveniente de él, y conteniendo un conjunto de detalles relativos á su vida, y recibida en ausencia de toda persona que hubiese conocido al difunto (véase p. 436). Por la mediumnidad de Mme. Conaut, muchos espíritus desconocidos para la medium han sido identificados con personas que han vivido en diferentes países (p. 559 y siguientes). El caso del viejo Chamberlain, el de Violette, de Robert Dale Owen, etc.

5° Por la identificación de la personalidad de un difunto, comprobada por la comunicación de hechos sólo de él conocidos en vida y que solamente él pudo comunicar (véase p. 466). El caso del hijo del Dr. Davey, envenenado y robado en el mar, hecho reconocido exacto después. Descubrimiento del testamento del barón Korff; el espíritu Jack, que indica lo que él debe, y lo que le deben, etc.

6° Por la identificación de la personalidad, comprobada por comunicaciones que no son espontáneas, como las que preceden, sino provocadas por llamamientos directos al difunto, y recibidas en ausencia de personas que conocieron á éste (véase p. 585). Contestaciones á cartas cerradas, por espíritus (medium Mausfield). Escritura directa dando respuesta á una pregunta desconocida del medium, M. Watkins.

7° Por la identificación del difunto, comprobada por medio de comunicaciones recibidas en ausencia de toda persona que le hubiese conocido, y que revelan ciertos estados psíquicos ó provocan sensaciones psíquicas que eran propias del difunto (p. 597). El espíritu de una loca, aún turbado en el espacio. El caso de M. Elie Pond, de Woonsoket, etc.

8° Por la identificación de un difunto, atestiguada por la aparición de su forma terrestre (p. 605). Estos fenómenos se han producido muchas veces en las sesiones que nosotros mismos hemos dirigido.)

M. Gabriel Delanne, en la *Revista científica y moral del Espiritismo*, se expresa así:

"La literatura espírita encierra millares de hechos semejantes, bien observados por testigos honorables que es imposible recusar. Tenemos, pues, la prueba científica de que el principio individual es independiente del cuerpo; que tiene existencia propia; que sobrevive á la desagregación corporal; que además, conserva bastantes elementos de su per-

sonalidad para demostrar el hecho grandioso de la supervivencia."

Es posible también, gracias á la experiencia, demostrar irrefutablemente que el yo tiene una forma objetiva, que puede percibirse por los sentidos en ciertas condiciones determinadas, por ejemplo:

A. Por la aparición de un difunto, atestiguada por la visión mental del medium, estando ó no presentes personas que lo conocieron (Aksakof, p. 605 y siguientes); véase también en los *Anales de Ciencias psíquicas*, Marzo-Abril 1897, la historia de Juan el carrero.

Relación del Gral. Drayson, á quien un medium da las señas de un su amigo á quien creía vivo; el muerto le cuenta las circunstancias extraordinarias que acompañaron su muerte. Visión por Mdme. Aksakof de la hija de la condesa Tolstoi.

B. Caso en que la visión de un difunto se atestiguó por la visión mental del medium, y, simultáneamente, por la fotografía, en ausencia de personas que conocieron al difunto.

Experiencias de M. Beattie, en que el medium en trance hacía la descripción de las formas luminosas que aparecían á su vista mental. Testimonio de Stainton Moses; vista y fotografía del espíritu de la pequeña Paulina. Testimonio de Mrs. Moses A. Dow, relativo á la autenticidad del retrato de su amiga muerta. El de Russell Wallace, referente al caso de M. Blond. Mencionemos también el caso del retrato de Mdme. Bonner, aparecido en la fotografía de M. Bronson Murray, quien no conocía á esa señora. Retrato de la madre del Dr. G. Thomson, muerta inmediatamente después del nacimiento de éste. Había un intermedio de cuarenta y cuatro años entre su muerte y la fotografía; etc.

C. Aparición de la forma terrestre de un difunto por vía de materialización, apoyada por pruebas intelectuales (p. 705).

Algunas veces los espíritus se han presentado con los defectos naturales de su organismo material para hacerse reconocer después de su muerte, reproduciendo estos accidentes por medio de materializaciones. Ya es una mano con dos dedos doblados hacia la palma, como consecuencia de una quemadura, ó bien con el índice encorvado en la segunda falange, etc.

Información de M. Sherman sobre la materialización de un indio, el cual le recuerda un episodio de su vida. En fin, el caso de Estella, la mujer de M. Livermore, ya citado por Aksakof (véase nuestra p. 248).

NO. 12.—LA TELEPAPIA.

La Sociedad de investigaciones psíquicas de Londres ha emprendido varios estudios acerca de los fenómenos de telepatía, apariciones y otras manifestaciones del mismo género.

El primero de esos estudios ha tenido por resultado comprobar en Inglaterra ochocientos casos de apariciones, relatados en la obra de los Dres. Myers, Podmore y Gurney, intitulada *Phantasms of living* (fantasmas de los vivos). Una segunda investigación, más reciente, ha revelado 1,652 casos. Todos estos hechos han sido consignados y publicados en dos volúmenes intitulados: *Proceedings of the Society for Psychological Researches*. Los informes y otros documentos que los componen están firmados por hombres de ciencia que ocupan puestos notables en las academias y otras corporaciones de sabios: astrónomos, matemáticos, físicos, químicos, etc. Entre las firmas, se encuentran nombres como los de Mrs. Gladstone, Balfour, etc. Estas apariciones se verifican casi siempre en el momento de la muerte, ó después de la muerte de la persona cuya imagen se hace visible. Hay también casos en que un hombre vivo se aparece á otro sin saberlo. Se ha querido atribuir á estos fenómenos un carácter exclusivamente subjetivo, atribuyéndolos á alucinación; pero del atento examen de los informes y documentos resulta que estos hechos tienen carácter objetivo y real, pues ellos no sólo impresionan á personas humanas; se ha podido comprobar que los animales los percibían por ciertos movimientos de terror que parecían inexplicables.

En algunos casos, las mismas apariciones se han visto sucesivamente en los diversos departamentos de una casa por diferentes personas. Otros fenómenos de la misma naturaleza han sido acompañados de manifestaciones psíquicas, como ruidos, golpes estruendosos, voces que han sido oídas, puertas que se han abierto y objetos que han sido cambiados de lugar por los fantasmas.

El Dr. Myers, autor de la obra antes citada, durante mucho tiempo titubeó en dar crédito á la existencia de los espíritus, pero en su impotencia para encontrar en alguna parte la causa inteligente de estos fenómenos, llegó hasta decir esto (*Anales de ciencias psíquicas*, Agosto de 1892, p. 246): "El método espírita es, por sí mismo, legítimo, necesario y verdadero."

Las investigaciones hechas en Inglaterra y publicadas con los testimonios de personas cuya honorabilidad está á cubierto de toda sospecha, se siguen actualmente en Francia por el Dr. Dariex, el profesor Richet, de la Academia de medicina de París, y el coronel Rochas. Los resultados, muy notables é idénticos á los obtenidos del otro lado de la Mancha, están consignados en los *Anales de ciencias psíquicas*, citados antes.

Aksakof, en su obra *Animismo y Espiritismo* (1), menciona también casos interesantes de desdoblamiento de personas vivas. Se puede ver, entre otros, el caso de Mlle. Emilia Sagée, institutriz francesa, que fué despedida, por este motivo, de diecisiete establecimientos de instrucción. Este fenómeno se

(1) P. 604 de la edición alemana.

producía algunas veces en presencia de sus discípulas, lo que sembraba el pavor entre ellas.

No. 13.—SUGESTION Ó TRANSMISION DEL PENSAMIENTO.

Por lo que respecta á las teorías de la telepatía, de la transmisión del pensamiento ó de la sugestión, Mme. Britten, escritora espiritualista muy conocida en Inglaterra, menciona una experiencia decisiva de Robert Hare, profesor en la Universidad de Pensilvania, que por mucho que se haya contado, ella la recuerda como relación obtenida del sabio profesor en persona. El profesor Hare hacía experiencias, como otros muchos, con el único objeto de descubrir lo que él había afirmado, *a priori*, no ser más que una farsa abominable. Después de investigaciones proseguidas durante largos meses, llegó á concluir que los fenómenos revelaban la existencia de una fuerza desconocida hasta entonces, y que las comunicaciones recibidas emanaban todas de la inteligencia, ó dicho de otro modo, de la transmisión del pensamiento; esto es lo que en nuestros días se ha considerado como nuevo descubrimiento, y á lo que se ha dado el nombre de telepatía.

Para comprobar esta fuerza, dicho profesor inventó una especie de *cuadrante marcador*, cuyos movimientos eran producidos por mediums de efectos físicos, mientras que una aguja puesta en acción por el poder medianímico, indicaba las letras en un alfabeto colocado en una mesa, al lado opuesto al en que estaba el medium, de tal manera que le fuese imposible dirigir la aguja, y sin que pudiese conocer ni ver las comunicaciones dictadas. El cuadrante recibía la influencia del poder del medium, pero sin que éste pudiese examinar la palabra deletreada, y estando también los asistentes en la imposibilidad de dirigir la fuerza que hacía mover el cuadrante.

Durante una serie de experiencias, hechas por este medio, un espíritu que se hacía pasar por el primogénito del profesor—un pequeño sér muerto á la edad de dos años—venía constantemente á comunicarse.

Aun cuando aseguraba ser ya un adulto, se hacía conocer con el nombre de *pequeño Tarley*, pretendiendo pronunciar Tarley en vez de Charley para dar, por este estilo infantil, una prueba de su identidad.

Un día que el cuadrante funcionaba bajo la mano de un potente medium, y cuando el *pequeño Tarley* se hubo anunciado, le dijo el profesor: “Ahora bien, *pequeño Tarley*, si verdaderamente eres tú quien está ahí, y supuesto que tú pareces saberlo todo, dime qué cosa encierro en un paquete que está en la bolsa de mi paletot.

“Lo que tienes allí, padre, dentro de un pedazo de papel amarillo, ajado—replicó el espíritu,—es un pedazo de velo de punto aun más arrugado, que fué arrancado de encima de mi rostro cuando estaba tendido en mi pequeño féretro.”

“Pequeño Tarley—respondió el profesor con tono burlesco—veo que no eres ciertamente sabio, pues no tengo en mi bolsa nada que se parezca á eso.” En seguida, volviéndose hacia las personas que formaban el círculo, les dijo en tono grave: “Ved, amigos míos, lo que son las pretendidas comunicaciones de los espíritus, cuando no hay un cerebro en el cual puedan leer. Lo que tengo en la bolsa es un pequeño zapato; lo extraje, antes que cerrasen el féretro, del pie de mi hijo muerto, y lo he conservado cuidadosamente en un cajón, durante un cuarto de siglo, en memoria de mi primer hijo, junto con sus juguetes y otros recuerdos del querido muerto; confesad ahora que este espíritu se burla de nosotros.”

Al decir estas palabras, saca de su paletot un paquete y desenvuelve uno después de otro, cierto número de viejos pedazos de papel amarillo; llega por fin al último que contenía... un velo de punto amarillo; en la envoltura, la madre, ya difunta, había escrito que aquel objeto fué quitado del rostro de su pequeño hijo muerto.....

El profesor había cometido un error, pero el espíritu no se había equivocado.

FIN.

Se concluyó la impresión de la presente obra en Noviembre de 1900, y es traducción fiel de la edición francesa de 1898, hecha en París.—(N. del T.)

BIBLIOTECA CENTRAL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

ÍNDICE.

	Págs.
INTRODUCCION	4
I Origen de los Evangelios	15
II Autenticidad de los Evangelios	19
III Sentido oculto de los Evangelios	25
IV La doctrina secreta	33
V Relaciones con los espíritus de los muertos	41
VI Alteración del cristianismo.—Los dogmas	55
VII Los dogmas (continuación), los Sacramentos, el culto	66
VIII Decadencia del cristianismo	92
IX La nueva revelación. El Espiritismo y la ciencia	136
X La nueva revelación. La doctrina de los Espíritus	172
XI Renovación	196
CONCLUSION	219

NOTAS COMPLEMENTARIAS.

Nº 1.—La autoridad de la Biblia y los orígenes del Antiguo Testamento	223
Nº 2.—El origen de los Evangelios	226
Nº 3.—La autenticidad de los Evangelios	228
Nº 4.—El sentido oculto de los Evangelios	229
Nº 5.—La Reencarnación	229
Nº 6.—Relaciones de los primeros cristianos con los Espíritus	231
Nº 7.—Los fenómenos espíritas en la Biblia	237
Nº 8.—Sentido atribuido á las palabras Dios y demonio	241
Nº 9.—El periespiritu ó cuerpo sutil: opinión de los Padres de la Iglesia	242
Nº 10.—La condenación de Galileo	245
Nº 11.—Los fenómenos espíritas contemporáneos	247
Nº 12.—La telepatía	250
Nº 13.—La sugestión ó transmisión del pensamiento	252



BIBLIOTECA CENTRAL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

ÍNDICE.

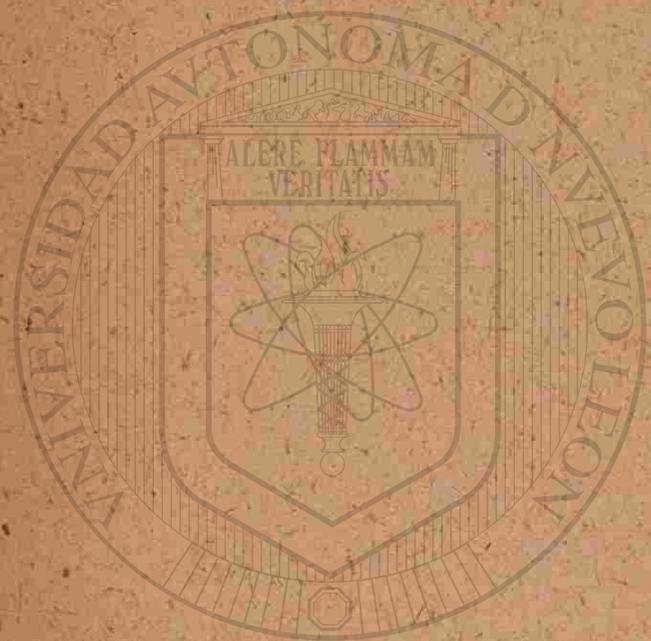
	Págs.
INTRODUCCION	4
I Origen de los Evangelios	15
II Autenticidad de los Evangelios	19
III Sentido oculto de los Evangelios	25
IV La doctrina secreta	33
V Relaciones con los espíritus de los muertos	41
VI Alteración del cristianismo.—Los dogmas	55
VII Los dogmas (continuación), los Sacramentos, el culto	66
VIII Decadencia del cristianismo	92
IX La nueva revelación. El Espiritismo y la ciencia	136
X La nueva revelación. La doctrina de los Espíritus	172
XI Renovación	196
CONCLUSION	219

NOTAS COMPLEMENTARIAS.

Nº 1.—La autoridad de la Biblia y los orígenes del Antiguo Testamento	223
Nº 2.—El origen de los Evangelios	226
Nº 3.—La autenticidad de los Evangelios	228
Nº 4.—El sentido oculto de los Evangelios	229
Nº 5.—La Reencarnación	229
Nº 6.—Relaciones de los primeros cristianos con los Espíritus	231
Nº 7.—Los fenómenos espíritas en la Biblia	237
Nº 8.—Sentido atribuido á las palabras Dios y demonio	241
Nº 9.—El periespiritu ó cuerpo sutil: opinión de los Padres de la Iglesia	242
Nº 10.—La condenación de Galileo	245
Nº 11.—Los fenómenos espíritas contemporáneos	247
Nº 12.—La telepatía	250
Nº 13.—La sugestión ó transmisión del pensamiento	252



BIBLIOTECA CENTRAL



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

NUEV
LIOTEC